

**marcelino legido**

# **luz de los pueblos**

**ediciones sigueme**

## MARCELINO LEGIDO

Nació en 1935 en San Esteban de Zapardiel (Avila). Estudió en Salamanca y en Stuttgart. Se ordenó sacerdote en 1971. Fue profesor de filosofía en la Universidad de Salamanca, trabajó con los emigrantes en Alemania. Actualmente es párroco de cuatro comunidades rurales de la diócesis de Salamanca. Es un gran especialista en san Pablo.

### OBRAS:

*La Iglesia del Señor. Un estudio de eclesiología paulina*, 1978; *De dos en dos*, <sup>2</sup>1981; *Fraternidad en el mundo*, <sup>2</sup>1986; *Misericordia entrañable*, <sup>2</sup>1987; *Evangelio a los pobres* (2 vols.), 1987; *Luz de los pueblos*, 1993.

---

**EDICIONES SIGUEME**

# luz de los pueblos

## luz de los pueblos



Otras obras publicadas  
por Ediciones Sigueme:

- M. Lejido, *Misericordia evangélica* (NA 98)
- M. Lejido, *Evangélio a los pobres I* (P 189)
- M. Lejido, *Evangélio a los pobres II* (P 190)
- M. Lejido, *De dos en dos* (NA 70)
- R. Blázquez, *La Iglesia del concilio Vaticano II* (Vol 107)
- S. Damián, *Iglesia en misión* (Vol 108)
- I. M. R. Tiliard, *Iglesia de Iglesia* (Vol 113)
- S. Damián, *Iglesia evangélica* (Vol 114)

Otras obras publicadas  
por Ediciones Sígueme:

- M. Legido, *Misericordia entrañable* (NA 98)
- M. Legido, *Evangelio a los pobres I* (P 189)
- M. Legido, *Evangelio a los pobres II* (P 190)
- M. Legido, *De dos en dos* (NA 76)
- R. Blázquez, *La Iglesia del concilio Vaticano II* (VeI 107)
- S. Dianich, *Iglesia en misión* (VeI 108)
- J.-M. R. Tillard, *Iglesia de iglesias* (VeI 113)
- S. Dianich, *Iglesia extrovertida* (VeI 114)

**marcelino legido**

CONTENIDO

# luz de los pueblos

*Introducción* ..... 9  
*Luz de Cristo. Luz de la Iglesia. Luz de las gentes* ..... 13

## I LA IGLESIA MISTERIO DE COMUNION



1. La parábola de la familia y de la casa ..... 27  
2. Nos ha trasladado al Reino de su Hijo ..... 37  
3. Para reconocer todos ..... 47  
4. ..... 57  
5. ..... 67  
6. ..... 77  
7. ..... 87  
8. ..... 97

## II ALTURA, HONDURA Y ANCHURA DE SU MISTERIO

1. La Iglesia, reino de Cristo en misterio ..... 99  
2. La Iglesia, nuevo pueblo de Dios ..... 115  
3. La Iglesia, cuerpo de Cristo ..... 131  
4. La Iglesia, templo del Espíritu ..... 147

## III

## LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNION

ediciones sígume - salamanca 1993

marcelino legido

# luz de los pueblos



Otras obras publicadas  
por Ediciones Sígueme:

— M. Legido, *Miserere de marcelino* (NA 96)

© Ediciones Sígueme, S.A., 1993

Apartado 332 - E-37080 Salamanca/ESPAÑA

ISBN: 84-301-1203-0

Depósito legal: S. 206-1993

Printed in Spain

Imprime: Gráficas Ortega, S.A.

Polígono «El Montalvo» - Salamanca 1993

217	.....	CONTENIDO	.....
220	.....	7. La senda del amor crucificado, abierta a todos	.....
229	.....	8. La peregrinación hacia la casa del Padre	.....
231	.....	9. María, Madre del Señor, madre y figura de la Iglesia	.....
263	.....	10. En el amanecer del tercer milenio	.....

277	.....	Diseño de la catequesis	.....
277	.....	I. Diseño de la constitución Lumen gentium	.....
277	.....	Diseño del contenido de la catequesis	.....
9	.....	Introducción	.....
13	.....	Luz de Cristo. Luz de la Iglesia. Luz de las gentes	.....

I

LA IGLESIA MISTERIO DE COMUNION

19	.....	1. La parábola de la familia y de la casa	.....
27	.....	2. Nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido	.....
37	.....	3. Para recapitularlo todo en él	.....
47	.....	4. Dándole como cabeza del universo a la Iglesia	.....
57	.....	5. En torno a la mesa del Señor	.....
65	.....	6. Familia de hijos y de hermanos	.....
75	.....	7. Para reunir a todos los hijos dispersos	.....
85	.....	8. Para preparar la gran mesa común	.....

II

ALTURA, HONDURA Y ANCHURA DE SU MISTERIO

99	.....	1. La Iglesia, reino de Cristo en misterio	.....
115	.....	2. La Iglesia, nuevo pueblo de Dios	.....
131	.....	3. La Iglesia, cuerpo de Cristo	.....
147	.....	4. La Iglesia, templo del Espíritu	.....

III

LA IGLESIA, MISTERIO DE SERVICIO

165	.....	1. Tienda de campaña para la peregrinación	.....
175	.....	2. La mesa puesta y la puerta abierta	.....
185	.....	3. La unidad en la comunión para el servicio	.....
197	.....	4. El servicio de partir el pan y llevar el cayado	.....
207	.....	5. El servicio de poner la mesa en medio del mundo	.....

6. El servicio de anticipar la mesa del último día .....	217
7. La senda del amor crucificado, abierta a todos .....	229
8. La peregrinación hacia la casa del Padre .....	239
9. María, Madre del Señor, madre y figura de la Iglesia .....	251
10. En el amanecer del tercer milenio .....	263

### Diseño de la catequesis .....

1. Diseño de la constitución <i>Lumen gentium</i> .....	277
2. Diseño del comentario «Luz de los pueblos» .....	278

### Notas bibliográficas .....

1. La constitución <i>Lumen gentium</i> . Su texto y su contexto .....	281
2. La recepción del Vaticano II. Balance y prospectiva ...	282
3. Sínodo '85. Balance y prospectiva en la mesa de la Iglesia .....	283

1. La parábola de la familia y de la casa .....	19
2. Nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido .....	27
3. Para recapitularlo todo en él .....	37
4. Dándole como cabeza del universo a la Iglesia .....	47
5. En torno a la mesa del Señor .....	57
6. Familia de hijos y de hermanos .....	65
7. Para reunir a todos los hijos dispersos .....	75
8. Para preparar la gran mesa común .....	85

## II

### ALTURA, HONDURA Y ANCHURA DE SU MISTERIO

1. La Iglesia, reino de Cristo en misterio .....	99
2. La Iglesia, nuevo pueblo de Dios .....	115
3. La Iglesia, cuerpo de Cristo .....	131
4. La Iglesia, templo del Espíritu .....	147

## III

### LA IGLESIA, MISTERIO DE SERVICIO

1. Tienda de campaña para la peregrinación .....	165
2. La mesa puesta y la puerta abierta .....	175
3. La unidad en la comunión para el servicio .....	185
4. El servicio de partir el pan y llevar el calzado .....	197
5. El servicio de poner la mesa en medio del mundo .....	207

## INTRODUCCION

En los días del concilio Vaticano II (1962-1965) el Señor prendió fuego a su Iglesia, inaugurando en ella un nuevo Pentecostés. Fuego y viento en la travesía para alentar y transfigurar la aventura humana, que comenzaba una senda nueva de su andadura. El concilio no es un acontecimiento pasado. Es el diseño y el aliento del camino de la Iglesia, en el umbral del tercer milenio, en su avance hacia la plenitud, a la espera de la venida gloriosa del Señor. A los veinticinco años de este paso fuerte del Espíritu parecía conveniente poner en la mesa común de la Iglesia un sencillo comentario de la constitución *Lumen gentium*, el documento central del concilio, para que los más pequeños pudieran oír esta voz y dejarse prender de este fuego.

Es un trabajo sencillo, que pretende desentrañar las líneas maestras del documento de manera honda y transparente. El misterio de la Iglesia debe ser contemplado siempre desde el misterio de Cristo, el Señor, para el misterio del Reino, que él mismo inicia y lleva adelante en su Iglesia para entregarlo al Padre al final de los tiempos. La meditación cristológica es el fundamento de esta catequesis; la meditación escatológica es su horizonte; y la meditación eclesiológica es el hilo del camino. La contemplación de la «Iglesia desde la Trinidad» y de la «Iglesia en Cristo» hace que el misterio pascual del crucificado Señor de la gloria sea un latido permanente. Y por ello, la fuerte acentuación del Espíritu y de la eucaristía. La catequesis desea ser en verdad una meditación pneumática y eucarística del misterio de la Iglesia. Además siempre se sugiere, como clave, la contemplación del Hijo entregado y exaltado, el Hombre nuevo, absoluta gracia y entera novedad que hace germinar la nueva

humanidad para la nueva creación. Son perspectivas de fondo de la lectura del concilio, que están sugeridas en los mismos documentos. Recogemos también la sugerencia del Sínodo '85, que propone contemplar la Iglesia, desde más arriba, desde la altura, es decir, desde la centralidad de la cruz gloriosa del Señor; desde más abajo, hacia la hondura, es decir, desde el misterio que origina, atraviesa y desvela la institución eclesial; desde más adentro, en la espesura, es decir, desde el propósito de avocar la historia de la Iglesia en el mundo hacia la germinación de la nueva civilización del amor.

La catequesis lee la palabra en la mesa de la Iglesia del Vaticano II. Hay como un camino de ida y vuelta. Del concilio pasamos al evangelio para acabar leyendo el concilio desde el evangelio. Siempre presuponemos la absoluta primacía del evangelio, pues la Iglesia vive «bajo la palabra de Dios» (Sínodo '85). Con ello se pretende una catequesis decididamente evangélica y evangelizadora. En esta hora de gracia, vivimos en un mundo que germina hacia una novedad inédita desde las sombras de la idolatría y de la opresión del paganismo poscristiano y del capitalismo abarcante. En el surco que abre la nueva evangelización, que vuelve al modelo apostólico enteramente primero, urge una catequesis misionera centrada en la cena del Señor, en el domingo, la fiesta primordial, y ofrecida a la comunidad naciente en torno a la mesa, en el corazón de la Iglesia y del mundo. La catequesis parte y conduce a la mesa eucarística, donde se reúne la muchedumbre y el puñado de hermanos en seguimiento es un pequeño germen y un sencillo diseño. Es, por tanto, una «catequesis mistagógica», para la celebración de los misterios del Señor por la salvación del mundo (Sínodo '85).

La catequesis está acompañada de algunos materiales: textos, vocabulario, celebraciones y pistas para el camino. Todo ello son sencillamente unos papeles para el caminar. En absoluta provisionalidad. Pues nuestro único propósito es que pasen a la mesa de la comunidad la Escritura santa y el texto mismo del concilio. La catequesis pretende renunciar a cualquier forma de directividad selectiva y a cualquier acento carismático singular. Que aparezcan los textos en su desnudez y plenitud. Lo que sí

se pretende es ayudar a que la mesa se convierta en lugar de encuentro y de marcha. Experiencias vivas de encuentro. Encuentro con el Señor. Iniciación a la oración. Encuentro con los hermanos. Iniciación a la fraternidad. Encuentro con el camino del mundo. Iniciación al compromiso histórico desde la lectura de los signos de los tiempos y la opción preferencial por los pobres. Encuentro y marcha «en el Señor», «en el Espíritu». Los materiales desean ser tan solo una pequeña sugerencia. Cada parroquia o cada comunidad debe construir su propio itinerario. Con el evangelio y el concilio entre las manos. Desde la conciencia viva de la situación de la Iglesia y del mundo. Hacia la comunión de la Iglesia local, abierta de par en par a la Iglesia universal. Para avanzar el reino de Cristo en el mundo.

Al recorrer la catequesis, que pretende ayudar a todo el pueblo santo de Dios, con la mirada puesta en los pequeños a los que el Padre revela sus secretos, se descubre enseguida que los pobres no son solo sus destinatarios, sino los hermanos que nos están evangelizando a nosotros. Por su existencia, por su mirada y su palabra se nos descifra con singular claridad la gracia irrasuble del Señor, que se esconde en el misterio de la Iglesia. Por otra parte al buscar sencilla y humildemente que la catequesis fuera la voz viva del evangelio para alentar el seguimiento apasionado al Señor en la Iglesia peregrina, con los pobres a la cabecera del camino, hemos preferido hablar un lenguaje al estilo de Jesús. Es como un relato que se cuenta y una canción que se canta. Con ello deseamos volver a la evangelización como narración y como aclamación, tal como lo hicieron los apóstoles y aparece en los documentos del nuevo testamento.

La catequesis tiene ciertamente un «puesto en la vida»: la Iglesia viva en las pequeñas parroquias rurales de la frontera salmantina de Portugal. Este puesto puede ayudar a desvelar el evangelio, pero también puede correr el riesgo de velarlo. Por eso los papeles están destinados a la mesa común de la Iglesia, en donde tienen que ser completados y corregidos. Solo en la Iglesia local, abierta a la Iglesia universal, en la mesa del pan y de la palabra, servida por el ministerio de los apóstoles, puede des-cifrarse verdaderamente la palabra del evangelio y del con-

cilio. Agradeceríamos de verdad que los hermanos nos dijeran cómo podemos dejar pasar esta voz con más integridad y luminosidad.

Estos apuntes, surgidos entre la mesa y el camino, son en realidad un escrito comunitario. De entre tantos hermanos, que me han ayudado a perfilarlos, solo a unos pocos puedo aquí darles las gracias. Don Mauro, obispo y hermano, me encomendó la redacción de estos apuntes, como servicio a la Iglesia del Señor, que peregrina en Salamanca, para acoger el pentecostés del concilio en su sínodo diocesano. La fraternidad apostólica del Campo charro, los sacerdotes, los laicos y las hijas de la caridad, compartieron conmigo la alegría y el dolor de dar el evangelio a los pobres y me ayudaron con sus ensayos y sugerencias a lo largo de todo el camino. Las hermanas franciscanas del monasterio del Zarzoso con su ternura y sencillez nos acogieron, cuando el Señor nos invitaba a «subir arriba» y a «descansar un poco». Andrea, nuestra hermana mayor, nos acompañó día a día con su cariño y con su pan.

Un agradecimiento hondo y entrañable debemos a Conrado y Fidela, que ofrecieron al Señor su casa humilde para que fuera un cenáculo, donde los hijos de los pobres acogieran el evangelio para anunciarlo en los caminos. En aquella tienda de campaña encendida de amor iluminado, mis hermanos Celeste, Gabriel y Gonzalo compartieron conmigo la tarea de repensar, transcribir y dibujar estos sencillos papeles que cuentan y cantan el paso del Señor en esta hora de pentecostés. Tantos hermanos como él me regaló eran la presencia viva y palpitante de su Iglesia, madre querida, la Iglesia del crucificado Señor de la gloria. A él la gratitud y alabanza por los siglos.

Peralejos de Abajo, 14 de septiembre de 1992

Fiesta de la exaltación de la santa Cruz

*Marcelino Legido*

LUZ DE CRISTO  
LUZ DE LA IGLESIA  
LUZ DE LOS PUEBLOS

Es de noche. Noche oscura. Arde el fuego. Con llama de amor viva. Sobre el cirio pascual una cruz ensangrentada. Se oye una voz.

Cristo ayer y hoy.

Principio y fin.

Alfa y omega.

Suyo es el tiempo

y la eternidad.

A él la gloria y el poder

por los siglos de los siglos.

Amén.

Ha aparecido la gracia. El Padre le resucitó de entre los muertos y le puso a la derecha y a la cabeza nuestra. Es el Señor. ¡Jesús! ¡Cristo! ¡Señor! ¡oh luz gozosa de la santa gloria del Padre celeste inmortal! ¡santo y feliz Jesucristo!

El Padre nos ha iluminado en su rostro. El que hizo pasar la nada al ser, la noche al día, él mismo ha hecho brillar la luz de su gloria ante los ojos de nuestro corazón en el rostro del Hijo amado, crucificado y entronizado ahora. Su rostro arde. Es la gloria de la gracia. Desde todos los confines de la tierra los ojos de todos le estaban aguardando. La voz continúa gritando: «Luz de Cristo». Y todos a una, contestan: «Demos gracias a Dios».

La llama del amor viva se fue prendiendo poco a poco. De la lumbre de la hoguera pasó a nuestras manos. Y luego de las manos de unos a las manos de otros. La luz que ardía en las manos iba iluminando nuestros rostros, mientras íbamos entrando en la casa común y nos íbamos apiñando en torno a su mesa.

Poco a poco iba amaneciendo. El hacía amanecer iluminando nuestros rostros. Por primera vez nos veíamos iluminados. Esos rostros, que eran un diseño del Hijo, resplandor de su gloria. Rostros que se habían desfigurado y ensombrecido. Habían perdido la claridad de la gracia y les había invadido la noche de la tristeza. ¿De qué le serviría al hombre haber nacido, si no hubiera sido rescatado? Pero ahora la tiniebla misma se había hecho lumbre. Y el fuego ardía más. Y los trazos sombríos de los rostros resplandecían con más fuerza. Porque el Hijo se había hecho maldición y pecado. Y la misericordia, hecha miseria, era todavía más misericordia. ¿No será esta la hora primera de la creación? ¡Oh feliz culpa! ¡oh inmensa ternura! ¡oh increíble beneficio! El Hijo por nosotros y en nosotros. En forma de esclavo. Nunca tan adentro tuvo el sol la tierra.

Ahora nosotros éramos su rostro (LG 1). Luz de luz. Todos nosotros allegados a él en la mesa. Fraternidad del Primogénito, cuerpo suyo, encendido de su Espíritu. Un Padre. Un Hermano mayor a su derecha. Un único aliento de amor. Todos hijos y hermanos. Corro grande. La tierra convertida en hogar. Los pequeños sirviendo el pan y la copa. Eramos el rostro del Hijo unigénito y primogénito. Como él es el rostro del Padre, así nosotros su rostro. La luz de Cristo resplandecía ahora en el rostro de la Iglesia, misterio de comunión, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu. Pero el rostro luminoso suyo en nosotros ardía e iluminaba. Era la claridad del día mismo, el lucero de la mañana levantado en lo alto para hacer amanecer la noche.

Porque, efectivamente, todavía las tinieblas cubrían la tierra. La luz cegadora que ardía en nuestra tienda, en la claridad del rostro del crucificado Señor de la gloria, contrastaba con la densa oscuridad de la noche. La humanidad y la tierra gemían. Las cadenas destrozaban sus entrañas y un terrible muro sembraba el odio y provocaba a derramar la sangre. Por un momento estuvimos a punto de llorar. ¿Cómo cantar nosotros, cuando mueren de hambre ellos? ¿cómo sentirse cobijados por el techo, cuando ellos mueren en la intemperie de la noche? Pero pusimos los ojos todavía más en el rostro del Crucificado. Y le vimos con las manos extendidas de norte a sur, de este a oeste. Brazos inmensos

que acogían a todos y a todo. Los acogían y los metían en sus entrañas.

Y enseguida nos vimos nosotros como lugar de paso. La luz que ardía en nuestro rostro era para ellos. Por ellos estábamos nosotros reunidos, amados y bendecidos. El Señor había encendido el rostro de la pequeña fraternidad, como un resplandor de su rostro, para iluminar los rostros de todos los hombres y de todas las criaturas con la absoluta gracia de su pascua. Eramos un poco de levadura, una luz prendida en la mesa. El en nosotros ardía para inaugurar la nueva humanidad de la nueva creación que todo lo inundará y transfigurará de gloria. El se va a levantar de la mesa y saldremos ahora al camino. Detrás de él, sobre sus huellas. «Id», dijo con el aliento del Espíritu. A todos los pueblos, a la creación entera. Hasta los confines de la tierra.

El Señor con los hermanos a la mesa es el rostro desvelado del Padre. Pero es también el rostro desvelado de la humanidad y del mundo. La liberación y la reconciliación, que se dan entre sus manos, son el enigma resuelto de la historia, la anticipación de la plenitud, el germen y el camino de la libertad y de la fraternidad que esperan la humanidad y el universo. Por eso la «luz de Cristo», que arde y alumbraba en el «rostro de la Iglesia» es un resplandor para «la plenitud de la aventura humana», que avanza entre gozos y angustias, entre gérmenes y gemidos. Una aventura que el Señor encabeza y que ahora avanza por caminos insospechados hacia la consumación.

«En un momento de la liturgia resuena su nombre. *Lumen Christi*.

La Iglesia de Jesús, desde todos los puntos de la tierra, responde: *Deo gratias*. Como diciendo: *Lumen Christi; lumen Ecclesiae; lumen gentium*.

¿Qué es en realidad un concilio ecuménico, sino la renovación de este encuentro con el rostro del Cristo resucitado, rey glorioso e inmortal, radiante para toda la Iglesia, para salvación, alegría y esplendor de todo género humano?» (Juan XXIII, *Mensaje al orbe católico*, 11 de septiembre de 1962).

# La parábola de la familia y de la casa

Para comprender con hondura el misterio de la Iglesia del Señor, conviene partir de una sencilla parábola de la familia en el hogar.

Ha llegado la noche. El padre y todos los hijos vienen a casa. Los mayores del trabajo, los pequeños de la escuela. Alguno o lo mejor está enfermo en casa.

— Vienen del camino y al anochecer se sientan a la mesa a cenar. Aquella mesa es el punto de llegada de las sendas de su vida.



## I LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNION

1

## La parábola de la familia y de la casa

Para comprender con hondura el misterio de la Iglesia del Señor, conviene partir de una sencilla parábola de la familia en el hogar.

Ha llegado la noche. El padre y todos los hijos vienen a casa. Los mayores del trabajo, los pequeños de la escuela. Alguno a lo mejor está enfermo en casa.

— Vienen del camino y al anoecer se sientan a la mesa a cenar. Aquella mesa es el punto de llegada de las sendas de su vida.



— El padre ha pasado a la cabecera de la mesa. Junto a él se sienta el hijo mayor, que es el que más le ayuda. Al otro lado el más pequeño.

— Todos están sentados alrededor de la mesa. Hay un mismo amor que les une. En este amor todos se sienten hijos y por eso se sienten hermanos.

— El padre parte el pan. Antes cuentan lo que les ha pasado a todos y el padre, como siempre, cuenta la historia de su amor. Después parte el pan que se ha sacado del cuerpo.

— Con la fuerza del amor, que les entregó en el pan, los hijos, que lo reciben, pueden compartir todo. Todo lo que son, todo lo que valen, todo lo que tienen. Empezando por los más pequeños.

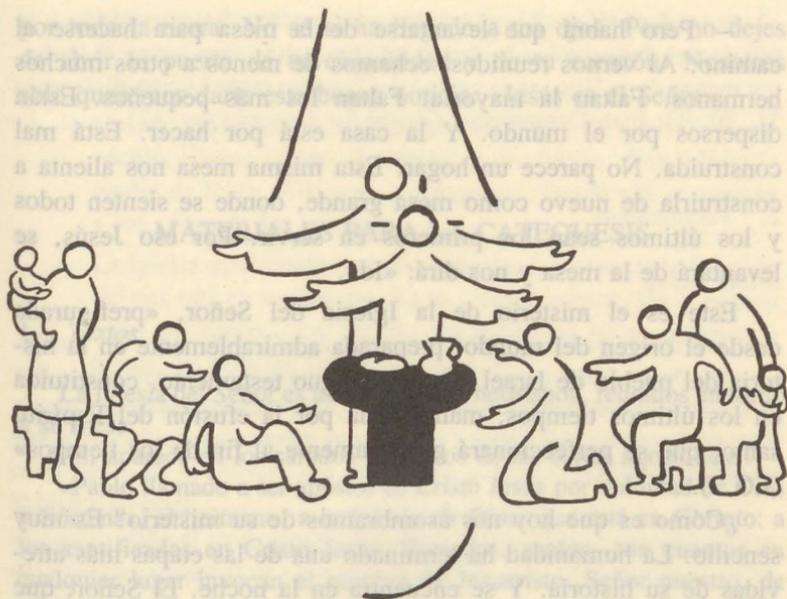
— Y unidos en amor, pueden empezar de nuevo el camino. Desde la mesa volverán otra vez a las sendas de su vida, para llevar adelante la familia y la casa.

— Quieren reunirse un día todos juntos. Ya libres y hermanos. Ya construida la casa. Todos uno. Con la alegría del amor. Podría ser una cena para siempre.

Esta sencilla parábola que todos los hombres conocen por experiencia nos puede servir de pista para ahondar en el misterio de la Iglesia del Señor.

Este misterio tenemos que cantarle y explicarle en la mesa del Señor. Y sobre todo en la mesa puesta en la noche santa de la pascua. Ya lo conocéis y lo habéis visto. Al lado de la mesa está el crucificado, con los brazos extendidos en la cruz. Abarcan a toda la humanidad, a toda la tierra, a toda la historia. El cirio pascual ardiendo nos da a entender que el Crucificado vive. Que el Padre le resucitó de entre los muertos y le sentó a su derecha y a la cabeza de su familia y de su hogar. El hermano que hace sus veces nos da un saludo lleno de alegría. «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu santo esté con todos vosotros».

Vamos a detenernos un momento a contemplar este misterio de amor que nos envuelve. Somos una gran familia en un inmenso hogar. Venimos desde un camino largo, hasta esta mesa.



— Preside el Padre de Jesús, que es nuestro Padre. A su derecha está su Hijo amado, el Hijo mayor, el Primogénito. El nos ha dado el abrazo de amor, que el Padre le dio a él, el Espíritu santo. Y en este abrazo de amor nos hemos reunido todos.

— Jesús, el Primogénito, es la cabeza de muchos hermanos y cabeza de la casa común. Por eso, en su amor, hemos llegado a ser todos hijos en él y hermanos en él. Tiradas todas las barreras. Y nos sentimos herederos de la casa común, reponsables con él para llevarla adelante.

— El centro de esta inmensa reunión de familia es la mesa que Jesús pone. Parece que son sus mismas manos. En ellas entrega el pan y la copa. Se entrega él mismo a sí mismo con todo su amor. Su cuerpo entregado y su sangre derramada.

— En la mesa todos somos iguales. Todos somos hijos y hermanos en él. Pero al tiempo cada uno es distinto. Pues cada hermano ha recibido un don de su amor para un servicio. Todos así reunirán la familia y prepararán el hogar. Compartiendo todo lo que son, lo que tienen, y lo que valen.

— Pero habrá que levantarse de la mesa para hacerse al camino. Al vernos reunidos, echamos de menos a otros muchos hermanos. Faltan la mayoría. Faltan los más pequeños. Están dispersos por el mundo. Y la casa está por hacer. Está mal construida. No parece un hogar. Esta misma mesa nos alienta a construirla de nuevo como mesa grande, donde se sienten todos y los últimos sean los primeros en servir. Por eso Jesús, se levantará de la mesa y nos dirá: «Id».

Este es el misterio de la Iglesia del Señor, «prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en el antiguo testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu santo, que se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos» (LG 2).

¿Cómo es que hoy nos asombramos de su misterio? Es muy sencillo. La humanidad ha terminado una de las etapas más atrevidas de su historia. Y se encuentra en la noche. El Señor, que ama tanto a su humanidad y a su creación, camina delante para abrir una senda nueva hacia la casa del Padre. Por eso ha encendido la claridad de su rostro en el rostro de la Iglesia, para poder así iluminar a todos los hombres y a todas las criaturas, que esperan ardientemente su liberación y su reconciliación.

Así hace el Señor las cosas. Un buen día a un pobrecillo papa, Juan XXIII, que hacía las veces de Pedro, se lo dijo al oído: Reúne a los hermanos en el cenáculo. Llámalos a todos. La familia está dividida. El hogar se arruina. Los pequeños se pierden. Es la hora del fuego y del viento. Llámalos al cenáculo. Pídeles que se sienten a mi mesa. Sobre ella les partiré el pan de mi palabra y de mi cuerpo. Ya verás cómo sus corazones se encienden de fuego y de esperanza. Es hora de salir.

El pobrecillo papa Juan llamó a todos los hermanos al cenáculo. Y allí permanecieron unidos escuchando la palabra y partiendo el pan. Abrieron las manos para acoger el fuego y compartirlo. Y luego salieron por todas las sendas de la tierra a darnos la buena noticia de pentecostés. Arde el fuego. Sopla el viento. El Señor va a la cabeza reuniendo a su familia y preparando su hogar. Es hora de salir. Y así se ha prendido fuego

por toda la tierra. No sé si ha llegado a tus ojos. Pero no dejes de abrir la puerta de tu comunidad y de tu corazón. Nosotros solo queremos darte esta buena noticia: «Jesús es el Señor».

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. Textos

La Iglesia del Señor es una familia de hermanos, reunidos en torno a su mesa.

Así aparece en los saludos litúrgicos de las cartas apostólicas.

«Pablo llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios y Sóstenes, el hermano, a la *Iglesia de Dios*, que está en Corinto: a los santificados en Cristo Jesús, llamados, santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro, de ellos y de nosotros, *gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo*» (2 Cor 1, 1-3). «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu santo sean con vosotros» (2 Cor 13, 13).

Así se manifiesta toda la Iglesia como «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu santo» (LG 4).

Estas palabras están tomadas de una obra sencilla de san Cipriano, obispo de Cartago (s. III), explicando al pueblo la oración del Padre-nuestro (*De orat. dom.*, 23).



Otros Padres de oriente y de occidente han visto también a la Iglesia del Señor como la familia de hermanos, que reúne el Padre, por manos de su Hijo, en la unidad del Espíritu santo (Agustín, *Sermón* 71, 20, 33; Juan Damasceno, *Contra los iconoclastas*, 12).

## 2. Vocabulario

### *Senda nueva*

Cuando los padres se reunieron en el concilio, no vieron el mundo a punto de anochecer, sino más bien amaneciente a la alborada. Por eso no fueron «profetas de calamidades», sino mensajeros de una nueva hora de la gracia del Señor. «Surge una nueva condición de la humanidad» (AG 1).

- En el siglo XVI comienza una gran aventura de la historia humana, que llamamos la edad moderna. El hombre se siente grande, la medida de todas las cosas. Y se abre camino como un gigante para construir la sociedad y el mundo. El resultado de esa aventura es un claro-oscuro (GS 4-10).
- Cambios profundos. Contradicciones más hondas. Desequilibrios. La distancia y la dependencia separa y enfrenta a los hombres. Los pueblos hambrientos interpelan a los pueblos opulentos. Y por dentro, los hombres enredados entre su grandeza y su pequeñez.
- Esperanza y miedo. Nuevas preguntas. Preguntas últimas. Aspiraciones más hondas. Señales del tiempo. La noche se levanta. Es el Señor el que hace amanecer en la tierra cuando el hombre no estaba para cantar la aurora.

Por eso, fuego en la travesía. Es el pentecostés del concilio para iluminar, alentar y trascender la nueva aventura de la historia humana. Vaticano II.

### *Cenáculo*

Se llama cenáculo a la sencilla habitación donde Jesús celebró la última cena con sus discípulos. Ante el escándalo de la cruz huyeron, pero no se fueron cada uno por su sitio.

- Vinieron todos juntos al hogar, donde el Señor les había partido el pan. Cerraron las puertas por miedo. Pero se mantuvieron allí en la espera.
- Cuando Jesús asciende junto al Padre, se van también al cenáculo. Todos juntos. Apóstoles y discípulos. Con María la madre de Jesús. Allí oran y comparten. Desde allí se asoman a los gritos de los hombres.
- La Iglesia vive siempre en el cenáculo. La mesa de la fracción del pan está en su corazón. Es su corazón mismo. En el tiempo recio del fuego y del viento, los hermanos no se deben dispersar. Es hora de volver al cenáculo.

Así fue en el concilio. Y el Señor se presentó. Y alumbró los ojos y encendió el corazón de los hermanos. Y la luz de Cristo resplandece en el rostro de la Iglesia para iluminar a la humanidad, el universo y la historia entera.

«Que brille el rostro amable de Jesucristo» (Mensaje de los padres del concilio ecuménico Vaticano II a todos los hombres, 21 octubre 1962).

### 3. *Celebración: La mesa en el centro*

#### 1. *El saludo de la eucaristía*

Descifrar con ejemplos sencillos el saludo de 2 Cor 13, 13.

#### 2. *Proclamación de la palabra*

Ef 4, 1-6. Cf. 1 Cor 8, 5-6.

#### 3. *Dílogo sobre la palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación compartida entre todos.

Sugerencias para el diálogo en profundidad.

— ¿Habéis puesto la mesa del Señor en el centro de vuestra parroquia y de vuestra comunidad?

— ¿Hay en tu parroquia y en tu comunidad un verdadero ambiente familiar de hermanos en el Señor?

— ¿Os habéis asomado para descifrar los «signos de los tiempos», las angustias y esperanzas de los hombres?

Estas pistas deben conducir no solo al diálogo, sino a la experiencia de oración, de fraternidad y de inserción en el mundo.

#### 4. *Aclamación final*

«Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo,  
un solo Dios y Padre» (CL 108).

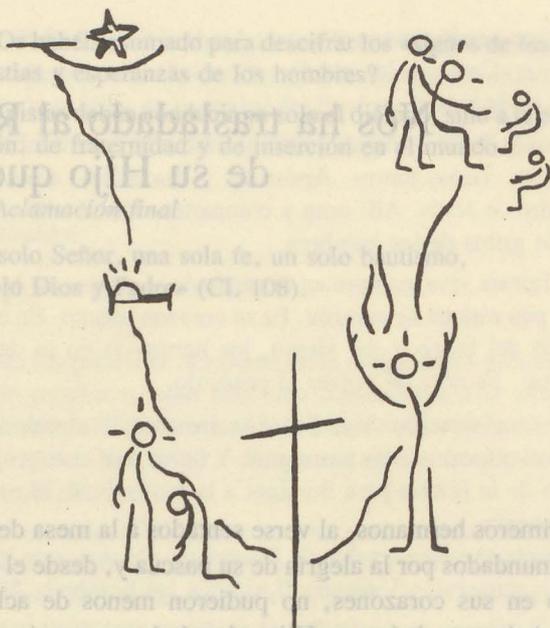
6. «Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte. ¡Y una muerte de cruz!» (Flp 2, 8). El Reino, inaugurado en los días de la pascua, por el entregamiento del esclavo crucificado. Por su obediencia (Flp 2, 8; LG 3).

7. «Por eso Dios, a su vez, lo encumbra sobre todo» (Flp 2, 9a). El Hijo enviado y entregado ha sido coronado. «Entregado por nuestros pecados y resultado para nuestra salvación» (Rom 4, 25), y ha conseguido un nombre que está sobre todo nombre, una glorificación en los cielos» (LG 9). En efecto «Cristo, hecho obediente hasta la muerte y por eso exaltado por el Padre (cf. Flp 2, 8) ha entrado en la gloria de su Reino. A él están sometidas todas las cosas, las que él se someta a sí mismo» (Flp 2, 10).

Los primeros hermanos, al verse sentados a la mesa del Señor, se vieron inundados por la alegría de su pascua y, desde el Espíritu derramado en sus corazones, no pudieron menos de aclamar al Padre, por habernos dado a su Hijo, alentándonos su mismo amor. Nosotros queremos hacerlo con las mismas palabras del evangelio recogidas por el concilio. «Damos gracias al Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. El nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha hecho pasar al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados» (Col 1, 12-13).

Queremos aclamar a Jesús, el Señor, primogénito entre muchos hermanos, primogénito de toda la creación. Y para ello vamos a aclamarle en todo su camino. Su camino es un camino de bajada y de ascenso, de humillación y de exaltación. El concilio ha tomado los himnos cristológicos del nuevo testamento como trasfondo de su contemplación del misterio de la Iglesia: Flp 2, 6-11; Ef 1, 3-14 (LG); Col 1, 15-20 (GS). Es la Iglesia del Señor crucificado. Vamos a aclamarle.

1. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios» (Flp 2, 6/LG 8) es la imagen de Dios invisible (Col 1, 15; 2 Cor 4, 4), la misma revelación del misterio del Padre y de su amor (GS 10; 22).



2. «Se vació a sí mismo, tomando la forma de esclavo» (Flp 2; LG 8) y «siendo rico se hizo pobre por nosotros» (2 Cor 8, 9; LG 8). Así el Hijo, que es la Palabra del Padre, «enviado por el Padre» (Gál 4, 4) puso su tienda entre nosotros y «se hizo carne» (Jn 1, 14; DV 13; SC 5).

3. «Haciéndose a semejanza de los hombres y dejándose encontrar, se presentó como un hombre» (Flp 2, 7b). Trabajó con manos de hombre. Amó con corazón de hombre. Nacido de María, verdaderamente uno de nosotros. En todo semejante a nosotros menos en el pecado (Heb 4, 15; GS 22; 32).

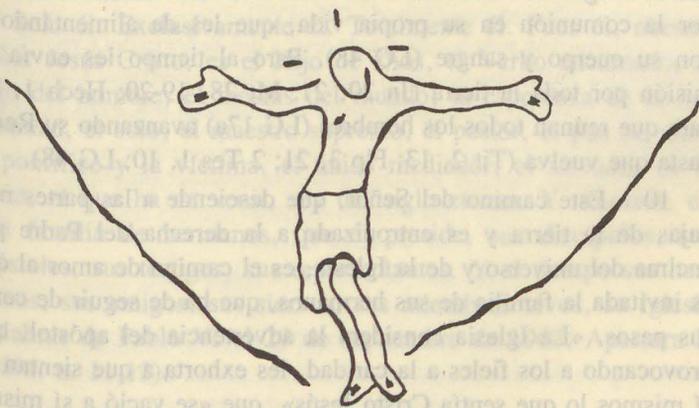
4. Este Hijo del amor «fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos (Lc 4, 18), para buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10; LG 8; cf. AG 3).

5. Por eso sale a los caminos a anunciar el evangelio del Reino. «El tiempo se ha cumplido y se ha acercado el reino de Dios» (Mc 1, 15; Mt 4, 17). La mesa del Reino aparece en «su palabra», en «sus signos», en «su persona» y sobre todo en «su pascua» (LG 5).

6. «Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte. ¡Y una muerte de cruz!» (Flp 2, 8). El Reino, inaugurado en los caminos, se empezó a realizar plenamente en su pascua, por su entrega como siervo obediente hasta la muerte del esclavo crucificado. Por su obediencia realizó la redención (Flp 2, 8; LG 3).

7. «Por eso Dios, a su vez, lo encumbró sobre todo» (Flp 2, 9a). El Hijo enviado y entregado ha sido entronizado. «Entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación» (Rom 4, 25), y habiendo conseguido un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos» (LG 9). En efecto «Cristo, hecho obediente hasta la muerte y por eso exaltado por el Padre (cf. Flp 2, 6-9) ha entrado en la gloria de su Reino. A él están sometidas todas las cosas, hasta que él se someta a sí todo lo creado para que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Cor 15, 27-28)» (LG 36). Por eso le está sometido todo lo que hay en los cielos, en la tierra y en los abismos (Flp 2, 9; Col 1, 15-18; LG 7).

8. «Para que al nombre de Jesús caigan de rodillas todos los seres del cielo, de la tierra, y de los abismos» (Flp 2, 10). La contemplación de la travesía pascual de Jesús, cantada con asombro por el apóstol, se completa y se ilumina con otros testi-





monios. Para Juan, la crucifixión fue ya una exaltación. «Cuando yo fuere levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo» (Jn 12, 32; LG 3). Y además al ser levantado y entronizado, ha sido constituido a la derecha del Padre, Cristo, Señor y Sacerdote. Pues «Jesús al padecer la muerte de cruz por los hombres y al resucitar, apareció constituido para siempre como Señor, Cristo y Sacerdote (Hech 2, 36; Heb 5, 6; 7, 17-21) y derramó sobre los discípulos el Espíritu prometido por el Padre» (LG 5).

9. «Y toda lengua confiese: ¡Jesús, Cristo, Señor! para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 11). Cristo, el Señor, exaltado sobre la tierra, todo lo atrae hacia sí mismo. Resucitado y sentado a la derecha del Padre envía su Espíritu vivificante a su cuerpo, que es la Iglesia. Así reúne a los hombres, uniéndoles a sí mismo por la comunión en su propia vida, que les da alimentándoles con su cuerpo y sangre (LG 48). Pero al tiempo les envía en misión por toda la tierra (Jn 20, 21; Mt 28, 19-20; Hech 1, 8), para que reúnan todos los hombres (LG 17a) avanzando su Reino hasta que vuelva (Tit 2, 13; Flp 3, 21; 2 Tes 1, 10; LG 48).

10. Este camino del Señor, que desciende a las partes más bajas de la tierra y es entronizado a la derecha del Padre por encima del universo y de la Iglesia, es el camino de amor al que es invitada la familia de sus hermanos, que ha de seguir de cerca sus pasos. «La Iglesia considera la advertencia del apóstol, que provocando a los fieles a la caridad, les exhorta a que sientan en sí mismos lo que sentía Cristo Jesús», que «se vació a sí mismo

tomando la forma de esclavo, hecho obediente hasta la muerte» (Flp 2, 7-8; 2 Cor 6, 9; LG 42).

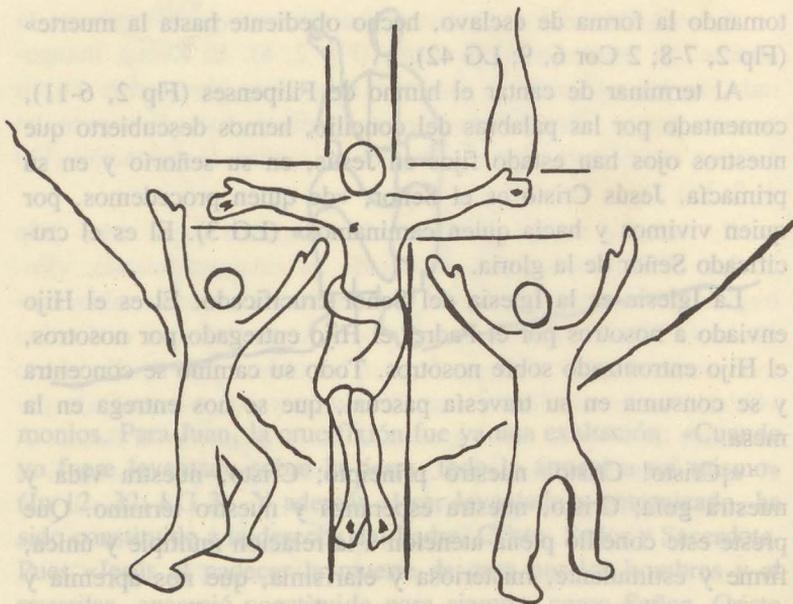
Al terminar de cantar el himno de Filipenses (Flp 2, 6-11), comentado por las palabras del concilio, hemos descubierto que nuestros ojos han estado fijos en Jesús, en su señorío y en su primacía. Jesús Cristo es el Señor, «de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos» (LG 3). El es el crucificado Señor de la gloria.

La Iglesia es la Iglesia del Señor crucificado. El es el Hijo enviado a nosotros por el Padre, el Hijo entregado por nosotros, el Hijo entronizado sobre nosotros. Todo su camino se concentra y se consuma en su travesía pascual, que se nos entrega en la mesa.

«¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestra vida y nuestra guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término. Que preste este concilio plena atención a la relación múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima, que nos apremia y nos hace dichosos, entre nosotros y Jesús bendito, entre esta santa y viva Iglesia, que somos nosotros y Cristo, del cual venimos, por el cual vivimos y al cual vamos».

El solo. Ninguna otra luz. Ninguna otra verdad. Ninguna otra aspiración. Ninguna otra esperanza. Y la Iglesia entera postrada a sus pies rostro a tierra, pequeña y casi aniquilada ante el Pantocrátor, maestro soberano que domina y bendice la asamblea en torno a la mesa.

Solo él. Exclusivamente él. Totalmente él. Pues él, nuestro Señor Jesús Cristo, es el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, el Hijo del hombre, el mesías del mundo, la esperanza de la humanidad, él solo, el maestro supremo, el pastor, el pan de vida, el pontífice y la víctima, el único mediador, el salvador de la tierra, el que ha de venir, rey del siglo eterno. Y nosotros, en esta familia de hermanos, que él preside, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus representantes. Y al tiempo sus hermanos, sus amigos, sus siervos, sus miembros vivos, su Iglesia (palabras de Pablo VI el 29 de septiembre de 1963, Apertura II sesión, n. 11-13).



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

«Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, de manera más profunda, el valor, importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo» (Sínodo '85. D 2).

La aclamación más honda y más ancha del Señorío del Crucificado se encuentra en la carta de Pablo a los Flp 2, 6-11. Pero esta aclamación se ilumina con las otras aclamaciones sembradas por todo el nuevo testamento.

El cual, aunque existía en la forma de ser de Dios,  
no intentó arrebatar  
el ser igual a Dios,  
sino que se vació a sí mismo,  
tomando la forma de ser del esclavo,  
haciéndose a semejanza de los hombres;  
y dejándose encontrar se presentó como un hombre  
y se humilló a sí mismo

— haciéndose obediente hasta la muerte,  
 ¡Y una muerte de cruz!  
 Por eso Dios, a su vez, lo encumbró sobre todo  
 y le agració con el nombre sobre todo nombre  
 para que al nombre de Jesús,  
 caigan de rodillas todos los seres  
 de los cielos, de la tierra y de los abismos  
 y toda lengua confiese  
 ¡Jesús, Cristo, Señor!  
 para gloria de Dios Padre»

(Flp 2, 6-11)

## 2. Vocabulario

### «Forma de Dios»/«Forma de esclavo»

— Dos palabras centrales en el himno de Filipenses. Palabras de contraste, que estructuran la aclamación. «Forma» es lo mismo que «imagen». La «forma de ser», que se aparece y se revela.

— Un padre engendra un hijo, según su forma de ser. Por eso Jesús, Hijo engendrado por el Padre, es «su forma de ser». «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre», decía él. Los primeros hermanos le llaman «imagen visible» del Padre invisible, resplandor de su gloria, marca de su ser.

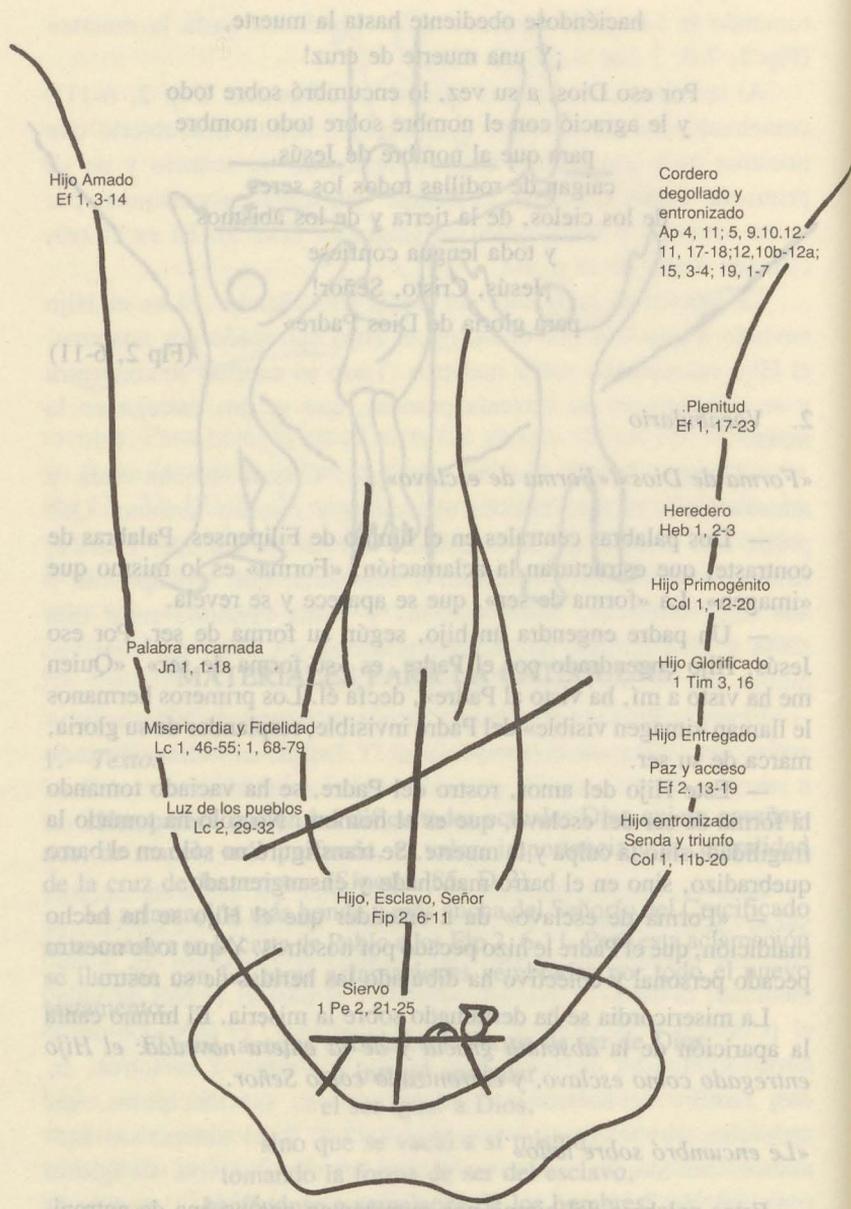
— Este Hijo del amor, rostro del Padre, se ha vaciado tomando la forma de ser del esclavo, que es el hombre. No sólo ha tomado la fragilidad, sino la culpa y la muerte. Se transfiguró no sólo en el barro quebradizo, sino en el barro manchado y ensangrentado.

— «Forma de esclavo» da a entender que el Hijo se ha hecho maldición, que el Padre le hizo pecado por nosotros. Y que todo nuestro pecado personal y colectivo ha dibujado las heridas de su rostro.

La misericordia se ha derramado sobre la miseria. El himno canta la aparición de la *absoluta gracia y de la entera novedad: el Hijo entregado como esclavo, y entronizado como Señor.*

### «Le encumbró sobre todo»

Estas palabras del himno nos representan una escena de entronización del hijo del rey. Su padre lo levanta, lo nombra, lo proclama. A la proclamación seguirá la aclamación.



Hijo Amado  
Ef 1, 3-14

Cordero  
degollado y  
entronizado  
Ap 4, 11; 5, 9.10.12.  
11, 17-18; 12, 10b-12a;  
15, 3-4; 19, 1-7

Plenitud  
Ef 1, 17-23

Hereditero  
Heb 1, 2-3

Hijo Primogénito  
Col 1, 12-20

Hijo Glorificado  
1 Tim 3, 16

Hijo Entregado  
Paz y acceso  
Ef 2, 13-19

Hijo entronizado  
Senda y triunfo  
Col 1, 11b-20

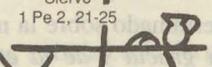
Palabra encarnada  
Jn 1, 1-18

Misericordia y Fidelidad  
Lc 1, 46-55; 1, 68-79

Luz de los pueblos  
Lc 2, 29-32

Hijo, Esclavo, Señor  
Fip 2, 6-11

Siervo  
1 Pe 2, 21-25



- «Le levantó sobre todo». En la pascua, el Padre le entronizó por encima del universo, más arriba de todos los poderes.
- «Le agració con el nombre-sobre-todo-nombre». Le da su mismo nombre. «Es vuestro hermano mayor». «Es vuestro Señor». «Es yo mismo». El «Yo soy».
- Así la historia entera pasa a sus manos. El es la última palabra, el último «sí», la última letra de la fila, la omega. «Para mostrar la gloria del Padre».
- A la proclamación de su señorío doblan la rodilla todos los seres del universo. En sus tres regiones: los cielos, la tierra y los abismos. «Y en su templo un grito unánime: ¡Gloria!».

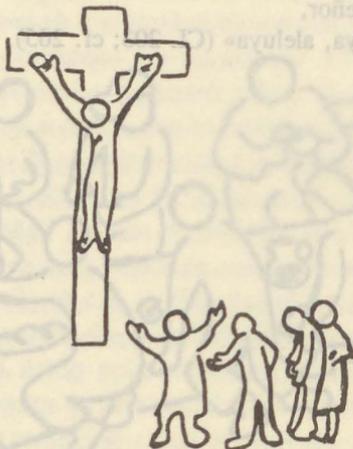
### 3. *Celebración: Mirad el árbol de la cruz*

Conviene pasar de modo visible el misterio pascual al centro de la comunidad. Que la cruz gloriosa presida la asamblea, junto a la mesa.

#### 1. *La oración inicial*

Sería conveniente decir la oración colecta de pascua.

Muy significativa es también la de la exaltación de la cruz.



## 2. Proclamación de la palabra

— La cruz como último abajamiento: 2 Cor 5, 14-21.

— La cruz como suprema exaltación: Jn 19, 28-37.

— Como canto interleccional.

\* «¡Victoria! ¡tú reinarás! ¡Oh cruz! ¡tú nos salvarás!» (CL 106).

\* «¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!» (CL 156).

## 3. Diálogo sobre la palabra

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación compartida por todos.

Sugerencias para el diálogo en profundidad.

— Cada uno de los hermanos y la parroquia misma, ¿tenemos como único Señor al Crucificado? ¿hemos roto con los ídolos?

— ¿Estamos vueltos sobre nosotros mismos? ¿nos hemos apropiado del Crucificado para defender nuestros intereses en un golpe/contragolpe eclesial?

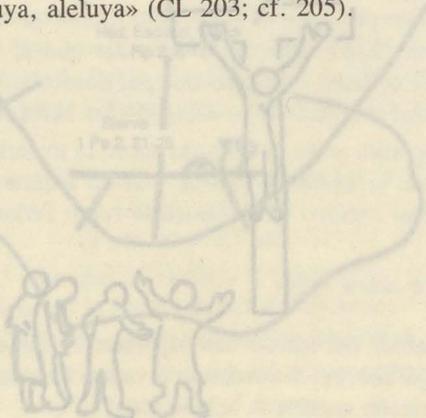
— ¿Nos hemos identificado con los intereses del mundo en algunos de sus bloques y por tanto nos hemos mundanizado? ¿vivimos por la vida del mundo en esperanza viva?

## 4. Aclamación final

«Nuestra Pascua, inmolada, Aleluya,

es Cristo el Señor,

aleluya, aleluya, aleluya» (CL 203; cf. 205).



## Para recapitarlo todo en él

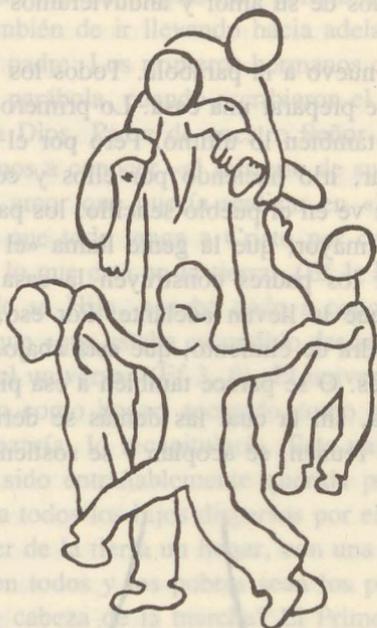
Aún no hemos terminado nuestra alabanza. De momento hemos cantado una aclamación al crucificado Señor de la gloria. «Cristo, alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre. ¡Bendita la mañana que anuncia tu esplendor al universo!». Nos encontramos subidos a una cima, la plenitud del tiempo comenzada. Por eso desde la mesa podemos contemplar el camino de esa misericordia que ha llegado hasta nosotros. Primero vamos a dirigir nuestra mirada hacia atrás para cantar el proyecto de amor del Padre, que se nos ha entregado y revelado en su Hijo. También aquí el concilio presta su voz a las palabras de los primeros hermanos. Palabras que canta y desentraña: Ef 1, 3-4.18-23.



Volvamos a nuestra parábola de la familia y del hogar. Todo empezó por un gesto de amor. Un buen día el padre y la madre se propusieron un proyecto y decidieron llevarlo adelante. Era un proyecto de amor. Un amor que se adelantaba, inquebrantable y fiel. Querían reunir una familia de hijos y preparar para ellos una casa donde pudieran sentarse a compartir para hacer camino hacia adelante. Este proyecto de amor se adelantaba a la familia y al hogar. De antemano los amaban con un amor inquebrantable y fiel. Ellos no buscaban nada a cambio. Tan solo mostrarles la fuerza de su amor gratuito. Pero pensaban que la familia iba a ser grande y la casa también. Y entonces pensaron pedir ayuda a su hijo mayor. Siempre en las casas, el mayor, que nace primero, es quien ayuda a los padres a llevar la familia adelante y a construir la casa. Así sería. Ellos se entregarían a todos por manos de él. El podía ser la cabecera de los hermanos y del hogar. El estaría con ellos a la cabecera de la mesa y del camino. Hasta aquí la parábola.

Los primeros hermanos eran gente del pueblo sencillo. Y tenían estas experiencias vivas en su corazón. Por eso, cuando se propusieron cantar el amor entrañable del Padre aparecido en la pascua de Jesús y entregado en la mesa de los hermanos, se valieron de esta parábola. Querían cantar el «propósito de su voluntad de amor», que estaba escondido en sus entrañas como un «misterio», pero que ahora por fin se había manifestado (Ef 3, 9). Era el plan de amor de la familia y de la casa, que abarcaba todo el camino. La «economía del misterio», decían ellos. Era la mejor manera de poder descifrar quiénes eran los hermanos que estaban a la mesa, cómo es que el Señor les había congregado y cómo estaban llamados a compartir con él su camino en favor de la humanidad y de la tierra (Ef 1, 19-23; 3, 4-11).

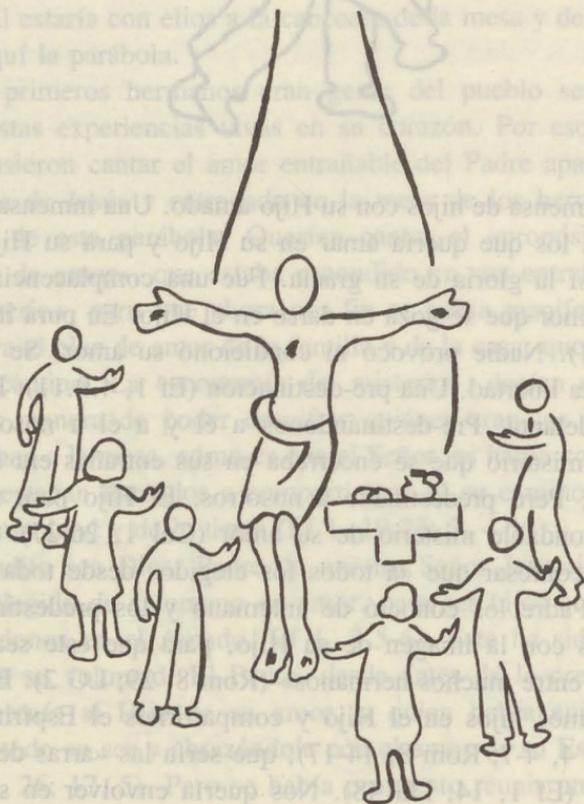
«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo», que nos ha elegido de antemano en amor, para ser hijos en su Hijo, agraciándonos en el Amado (Ef 1, 3.5-6). Este ha sido el propósito de su voluntad. El Padre, desde antes de la creación del mundo, tenía al Hijo de su amor, a quien había engendrado, dándole todo su ser y abrazándole con el amor de su Espíritu (Jn 3, 35; 5, 26; 17, 5). Pero se había propuesto reunir una muche-



dumbre inmensa de hijos con su Hijo amado. Una inmensa familia de hijos a los que quería amar en su Hijo y para su Hijo. Para mostrar así la gloria de su gracia. Fue una complacencia (Ef 1, 5-9). El amor que se goza en darse en el Hijo. En pura iniciativa (1, 5.9.11). Nadie provocó ni condicionó su amor. Se nos dio en absoluta libertad. Una pre-destinación (Ef 1, 4.9.11). En amor que se adelanta. Pre-destinándonos a él y a él a nosotros. El profundo misterio que se encerraba en sus entrañas era su Hijo, el amado. Pero predestinado a nosotros. El Hijo para nosotros era el insondable misterio de su amor (Col 1, 26-27). Por eso podemos confesar que «a todos los elegidos desde toda la eternidad el Padre los conoció de antemano y los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29; LG 2). El quería que fuéramos hijos en el Hijo y compartirnos el Espíritu de su Hijo (Gál 4, 4-7; Rom 8, 14-17), que sería las «arras de nuestra herencia» (Ef 1, 14; LG 48). Nos quería envolver en su amor,

para que viviéramos de su amor y anduviéramos en su amor (Ef 1, 4, LG 3).

Volvemos de nuevo a la parábola. Todos los padres, para su familia, tienen que preparar una casa. Lo primero en su proyecto son sus hijos. Y también lo último. Pero por el camino han de construir un hogar, irlo haciendo por ellos y con ellos y para ellos. Y, como se ve en el pueblo sencillo, los padres tienen que ayudarse del hijo mayor, que la gente llama «el cabecera». Por manos del mayor los padres construyen la casa. Y no solo la construyen sino que la llevan adelante. Por eso, el hijo mayor se parece a la piedra de cimiento, que está abajo, sosteniendo la casa con los padres. O se parece también a esa piedra última que cierra una bóveda, sin la cual las demás se derrumban, con la cual las demás se reúnen, se acoplan y se sostienen. Esa imagen



de la «cabecera» nos da mucha luz, porque no se trata solo de reunir, sino también de ir llevando hacia adelante la casa según el proyecto del padre. Los primeros hermanos contaban con estas imágenes de la parábola, cuando escribieron el himno.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque se propuso darnos a conocer «el misterio de su voluntad», según el proyecto de amor que quería realizar en «la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1; LG 48). El Padre, en la pascua de su Hijo, nos ha dado a conocer «la economía del misterio», que «que estaba escondido desde los siglos en Dios que ha creado el universo» (Ef 3, 9). El universo destinado a ser hogar, diseñado como hogar, recreado como hogar. El Hijo del amor lo encabezaría, lo recapitularía. Esta palabra de la «recapitulación» ha sido entrañablemente querida por el concilio. Se trata de reunir a todos los hijos dispersos por el mundo. Más aún se trata de hacer de la tierra un hogar, con una mesa compartida, donde se sienten todos y los pobres sean los primeros en servir. ¿Quién irá a la cabeza de la marcha? El Primogénito que está a la cabecera de la mesa. Pues esta mesa es ya la mesa de toda la humanidad y de todo el universo. En ella se ha desentrañado el misterio de la misericordia que nos ha hecho ser familia y hogar.

Por eso los primeros hermanos llaman a Jesús con una palabra llena de amor. Le llaman Señor. Y entienden por esta palabra el Hijo mayor, puesto a la cabecera de la familia y del hogar; «primogénito de muchos hermanos», pero también «primogénito de toda criatura» (Col 1, 15; LG 2). El, que es la cabeza (Col 1, 18; 2, 10; Ef 1, 22), la piedra angular y la clave de bóveda (1 Cor 3, 11; Ef 2, 20-22; 4, 15). Es así como se ha desentrañado la «economía del misterio»: vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió antes de la creación del mundo y nos predestinó a la adopción de hijos, porque en él se complació restaurar todas las cosas (cf. Ef 1, 4-5.10; LG 3).

El himno está contemplando la humanidad y la creación entera desde el misterio pascual de Jesús. La humanidad está caída. Está esclavizada y enfrentada bajo los poderes (Col 1, 13.16). El Señor, Hijo entregado y entronizado, es la absoluta novedad.

Ha venido a reunir a los hijos dispersos y a reconstruir la casa derrumbada. Pero al cantar su obra como una obra de recapitulación, cantamos su encabezamiento que todo lo recrea (Ef 1, 10). Pues él es el germen de liberación y de reconciliación. Por eso el primogénito de toda la creación, que lo es siendo el primogénito de la fraternidad (Ef 1, 22-23), libera y reúne a los hermanos, transfigurándolos en su amor, al configurarlos con él en su travesía pascual. Ahora es cuando el universo se desentraña y se descifra, desde la mesa eucarística, donde se anticipa su consumación. En la pequeña fraternidad, reunida por el Señor en torno a su mesa, con las arras del Espíritu, tenemos el comienzo de la nueva humanidad para la nueva creación. «El Hijo de Dios, encarnado en la naturaleza humana, redimió al hombre y lo transformó en una criatura nueva (cf. Gál 6, 15; 2 Cor 5, 17), superando la muerte con su muerte y resurrección. A sus hermanos, convocados de entre todas las gentes, lo constituyó misteriosamente como un cuerpo, comunicándoles su espíritu» (LG 7). Pero esta nueva humanidad es para recrear el universo en nueva creación. En alabanza de gloria de su gracia. Es ahora cuando se nos termina de des-velar el misterio de su novedad, que estamos contemplando desde la mesa de la eucaristía.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

1. *Textos*

«Bendito sea el Dios y Padre del Señor nuestro Jesús Cristo.

— El nos ha bendecido con la entera bendición del Espíritu,  
en los cielos, en Cristo,  
pues nos eligió en él antes de la creación del mundo —  
para que fuésemos santos e inmaculados ante su rostro.

— El nos ha predestinado en amor a la adopción filial  
por Jesús Cristo, para él  
según el beneplácito de su voluntad,

\* para alabanza de la gloria de su gracia  
con la que nos agració en el amado,  
en el que tenemos la liberación por su sangre,  
el perdón de los pecados.

\* según la riqueza de su gracia  
que hizo desbordar sobre nosotros  
en toda sabiduría e inteligencia.

— El nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad  
según el beneplácito, que se propuso en él;  
para la economía de la plenitud de los tiempos:  
recapitular el universo en Cristo,  
lo que hay en los cielos y lo que hay en la tierra, en él.

\* En el cual también nosotros entramos en herencia  
según el propósito del que obra todo  
según el designio de su voluntad,  
para que los que ya de antes esperábamos en Cristo,  
seamos para alabanza de su gloria;

\* en el cual, también vosotros,  
tras haber oído la palabra de la verdad,  
el evangelio de nuestra salvación,  
en el que también habéis creído,  
fuisteis sellados con el Espíritu santo de la promesa,  
que es prenda de nuestra herencia  
para la liberación de la adquisición,  
para alabanza de su gracia».

(Ef 1, 3-14)

## 2. Vocabulario

### «La gloria de la gracia»

El Padre nos ha entregado al Hijo de su amor, a su amado. Por eso en su pascua, se ha desentrañado su misericordia entrañable. Pues en obediencia a su voluntad, se entregó el Hijo «gratis, en su gracia, en su sangre».

— El es la gracia. El amor gratuito, absoluto y definitivo. Hecho por nosotros pecado, hecho por nosotros maldición. Alcanzado por la muerte de cruz. Es la aparición misma de la gracia. La gracia en persona.

— Pero en la resurrección, la debilidad de la gracia se ha mostrado en toda su fuerza y en toda su luz. Eso es la gloria. La fuerza luminosa, la luz poderosa de su amor.

Ahora hemos visto «la gloria de la gracia». La gracia como fuerza de nueva creación que transfigura y recrea la historia de los hombres. Esta gracia nos provoca a la acción de gracias. «Para alabanza de la gloria de su gracia». «Gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu santo».

### «Recapitular»

Con esta palabra traducimos otra palabra griega, que aparece con hondura misteriosa dentro del himno de Efesios. En el fondo de la palabra griega «recapitular», se esconden otras dos: «resumen» y «cabeza».

— «Resumir» es reducir a la unidad. Cuando yo tengo varias palabras o varios números y los «resumo», realizo dos acciones. En primer lugar los «sumo», los reúno en la unidad. En segundo lugar los «incorporo». Pues en el resumen están incorporados y asumidos los elementos que antes estaban separados y dispersos.

— «Encabezar» es más todavía. Es dar como cabeza, es poner bajo la cabeza. Si la palabra «resumir» indica incorporación, la palabra «encabezar» indica señorío. La cabeza no sólo da vida al cuerpo, sino que lo dirige. Por eso recapitular tiene que ver con el señorío del Crucificado en el mundo.

En el proyecto amoroso del Padre se incluye reunir la familia de los hijos y preparar para ellos su hogar, su mesa compartida, bajo el Primogénito que llevará todo a plenitud.

3. *Celebración: El proyecto de amor, la economía del misterio*

1. *La oración del comienzo*

Texto del prefacio dominical del domingo VIII del tiempo ordinario.

2. *La proclamación de la Palabra*

- El proyecto de amor del Padre: Ef 1, 3-14.
- Realizado en el señorío de Jesús: Mt 28, 18-20.
- Como aclamación interleccional:  
«Pueblo de reyes, asamblea santa,  
pueblo sacerdotal, pueblo de Dios,  
¡Bendice a tu Señor!» (CL 401).

3. *Diálogo sobre la palabra*

- Tiempo de oración para escucharla personalmente.
- Tiempo de conversación, compartida entre todos.

Sugerencias para un diálogo en profundidad.

1. ¿Habéis ahondado en el hecho de que la Iglesia brota «de la elección, la misericordia y la caridad de Dios», entregada en Jesucristo por la «fuerza del Espíritu»?

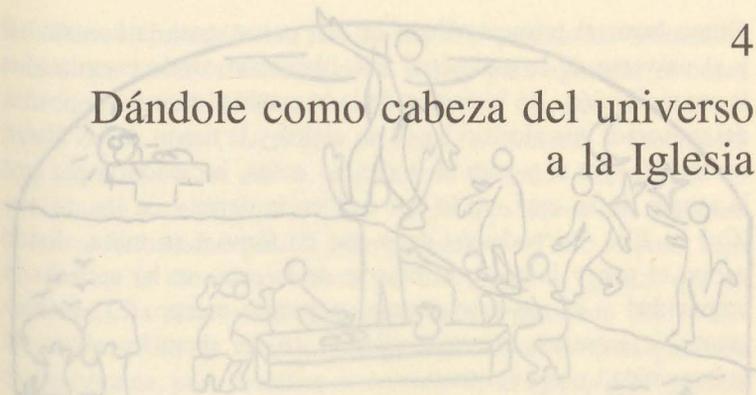
2. ¿Vais más allá de la comprensión sociológica de la Iglesia, bien como institución, bien como Iglesia nacida del pueblo? ¿habéis ahondado en su misterio?

3. ¿Habéis descubierto que la Iglesia no es para sí misma, ni tampoco es sin más para el mundo? La Iglesia en el mundo para el Reino.

4. *Aclamación final*

«Juntos como hermanos, miembros de una Iglesia,  
vamos caminando al encuentro del Señor» (CL 403).

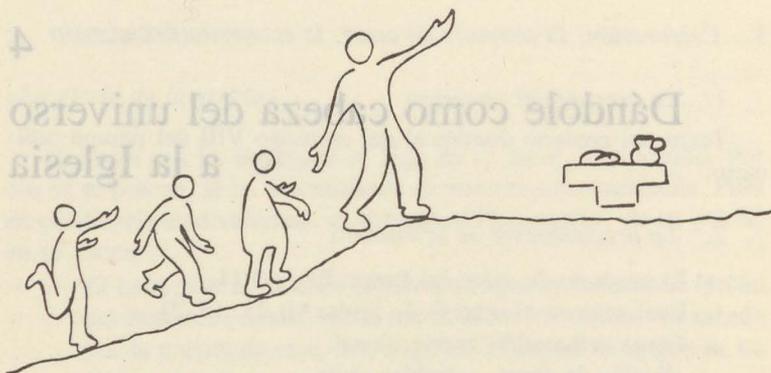
## Dándole como cabeza del universo a la Iglesia



que con su vida de entrega, llevada a veces hasta el extremo, hace que los hermanos se arrodillen las cabezas que les man...

Aún no hemos terminado nuestra alabanza. La historia de la salvación, que el Padre ha realizado por su Hijo, comenzó antes de la creación del mundo y se ha cumplido en la pascua, anticipo de la parusía. Pero continúa hacia adelante. El camino que viene del Padre por el Hijo en el Espíritu santo avanza ahora hacia el Padre por el Hijo en el Espíritu santo. Ya están reunidos un puñado de hermanos, pero hay que reunir a todos. Ya está recreado un trozo de la tierra, pero hay que recrearla toda entera. El Hijo entregado, que el Padre puso a su derecha y a la cabeza nuestra, de nuestra familia y de nuestro hogar, se levanta ahora de la mesa para ir hacia el Padre a la cabeza de la humanidad y del universo, encabezando la pequeña fraternidad de la Iglesia. Si desde la mesa nos ponemos a mirar hacia adelante, nuestros corazones se llenarán de alegría y confesaremos y aclamaremos el reino del Hijo, que ha empezado ya, y avanza hacia su consumación. El concilio también aquí ha prestado su voz a los himnos del nuevo testamento: Col 1, 12-20; Ef 1, 18-23.

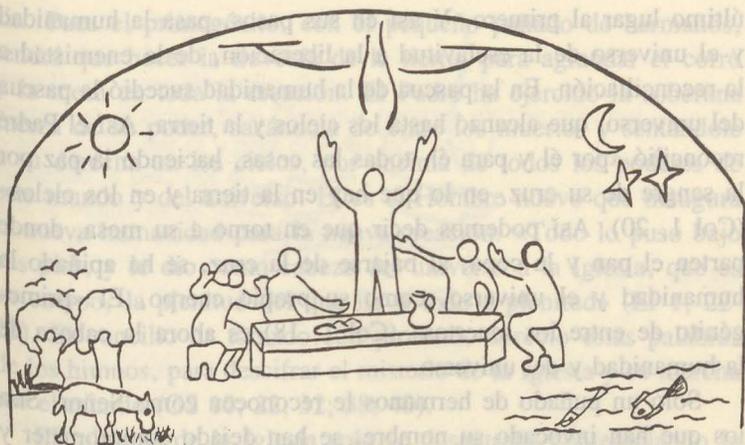
De nuevo tenemos que volver a nuestra parábola. Los hijos son un dibujo del rostro de los padres. Al engendrarlos se les configura con su imagen. Pero además el hijo mayor no es solo la imagen luminosa del padre, sino la prolongación de sus manos. Los padres, por manos del mayor, construyen la casa. De alguna forma la casa se sostiene en él. Pero no sólo la sostiene, sino



que con su vida de entrega, llevada a veces hasta el extremo, hace que los hermanos se arranquen las cadenas que los atan, y derriben el muro de separación que los separa. Así el mayor, que es el primero en caminar, es también el primero en sufrir.

Y con todo el amor del padre, que lleva en sus entrañas, logra que los hermanos se perdonen y se quieran, haciendo la paz, con su propia renuncia. Cuando los hermanos están ya reunidos a la mesa, el mayor siente lo que sienten los padres. Siente tan dentro los hermanos, que le parece que son sus entrañas, que son su mismo cuerpo. Y los problemas de la casa le llegan tan dentro que se le han metido en el corazón. Pero claramente parece que él está puesto por el padre como cabecera. Cabecera de la casa y de la familia. O mejor, cabecera de la casa siendo cabecera de la familia. Pues con la familia de los hermanos tiene que llevar él adelante la casa, según el proyecto y el encargo del amor que el padre le ha hecho. Hasta aquí la parábola.

Damos gracias al Padre, porque nos ha hecho pasar al reino del Hijo de su amor. Este Reino es la gracia de su pascua, que nos ha hecho ser libres y hermanos, en corro de familia, en torno a su mesa. ¿Qué vamos a temer? Aunque nos amenace la división por dentro y la persecución por fuera, ¿quién nos arrancará de su amor? Efectivamente: «El es imagen de Dios invisible, primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra. Todo fue creado por él y para él. El es antes que todo y todo tiene en él su consistencia» (Col 1, 15-17; LG 7). El Hijo amado es el resplandor de la gloria

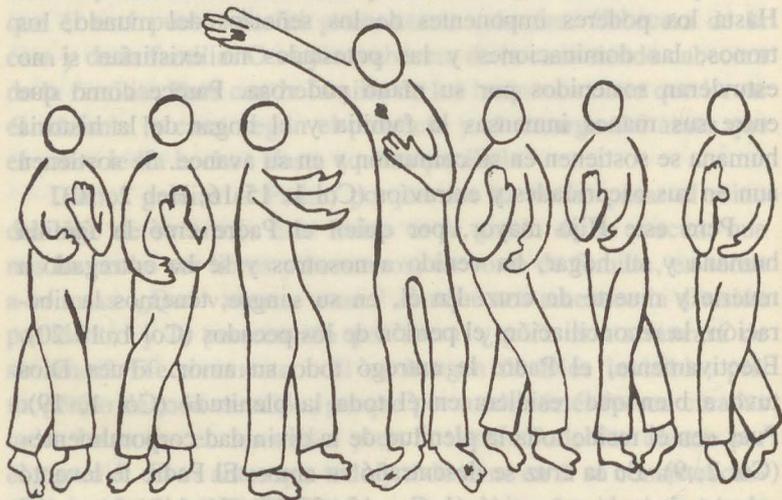


del Padre, la marca de su ser, su misma imagen, su misma palabra. Cuando hizo la casa, la dejó vestida con la hermosura de su imagen. Cuando crea a los hijos, los creó a su imagen y semejanza. Los hombres son un diseño del Hijo del amor. Por eso podemos confesar que todo fue creado por sus manos y para pasar a sus manos (1 Cor 8, 5-6; Col 1, 10-17; Jn 1, 3; Heb 1, 2-3). Que él no solo es el primero que nació antes de que todo fuera creado, sino el primero en quien se inicia todo lo creado. Hasta los poderes imponentes de los señoríos del mundo, los tronos, las dominaciones y las potestades no existirían si no estuvieran sostenidos por su mano poderosa. Parece como que entre sus manos inmensas la familia y el hogar de la historia humana se sostienen en su comunión y en su avance. Se sostienen aun en sus oscuridades y extravíos (Col 1, 15-16; Heb 2, 10).

Pero este Hijo mayor, por quien el Padre creó la familia humana y su hogar, ha venido a nosotros y se ha entregado a muerte y muerte de cruz. En él, en su sangre, tenemos la liberación, la reconciliación, el perdón de los pecados (Col 1, 13.20). Efectivamente, el Padre le entregó todo su amor. «Pues Dios tuvo a bien que residiera en él toda la plenitud» (Col 1, 19). Pues «en él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2, 9). En la cruz se desentrañó su amor. El Padre le levantó sobre todo y le entronizó (1 Cor 15, 22-28). Le hizo pasar del

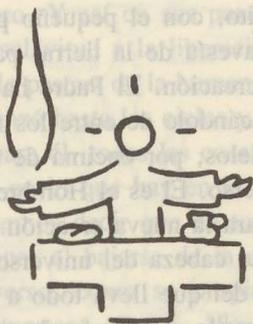
último lugar al primero. Y así en sus pasos, pasa la humanidad y el universo de la esclavitud a la liberación, de la enemistad a la reconciliación. En la pascua de la humanidad sucedió la pascua del universo, que alcanzó hasta los cielos y la tierra. Así el Padre reconcilió «por él y para él, todas las cosas, haciendo la paz por la sangre de su cruz, en lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1, 20). Así podemos decir que en torno a su mesa, donde parten el pan y la copa, al bajarse de la cruz, se ha apiñado la humanidad y el universo, como su propio cuerpo. El «primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18) es ahora la cabeza de la humanidad y del universo.

Solo un puñado de hermanos le reconocen como Señor. Son los que han invocado su nombre, se han dejado comprometer y configurar con él por el bautismo y ahora están sentados a la mesa de la fracción del pan. Solo en la Iglesia se le reconoce como cabeza a aquel que es la cabeza de la humanidad en el universo. Por eso el himno señala: El es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia» (Col 1, 16). Más aún, en el himno de los Efesios se proclama que el Padre le ha hecho cabecera del hogar del universo, poniéndole como cabecera de la familia de la Igle-



sia. Pues el primogénito, con el pequeño puñado de hermanos, tendrá que hacer la travesía de la tierra, para agrandar el corro y la mesa en toda la creación. El Padre ha ejercido la soberana fuerza de su poder, sacándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos, por encima de todos los poderes de este mundo y del universo. El es el Hombre nuevo que inaugura la nueva humanidad para la nueva creación. «Todo lo puso bajo sus pies, y le dio como cabeza del universo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva todo a plenitud» (Ef 1, 22-23). El concilio ha tomado con profundo aprecio estas palabras de los himnos, para descifrar el misterio de la Iglesia y su marcha por el mundo (GS 10; 22; 32; 38; 40).

El misterio de la Iglesia solo se desentraña contemplando la familia de hermanos desde la primacía absoluta y soberana del Señor. «El domina con la excelsa grandeza de su poder los cielos y la tierra y llena de riquezas con su eminente perfección y su obra todo el cuerpo de su gloria» (LG 7; cf. Ef 1, 18-23). Pero al llamar a la Iglesia cuerpo suyo, hemos de reconocer que él está sobre ella. Con su espíritu se ha entrañado a la familia de su hermanos, como cuerpo, pero él continúa siendo el primogénito y la cabeza. El cuerpo y la cabeza comparten «un uno y mismo Espíritu», pero la Iglesia, por su parte, está sometida a su cabeza (Ef 5, 23-24). «El que es la plenitud misma» (Col 2, 9) «colma de bienes divinos a la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud» (LG 7; Ef 1, 22-23). Por medio de ella, que es la plenitud de la plenitud, el Señor llevará a plenitud la humanidad y el universo, haciendo crecer todo hacia él, que es la cabeza. Y la misma Iglesia, todavía peregrina y anhelante, llegará también a la «plenitud de Dios» (Ef 3, 19). Así el Señor primogénito que es el Hombre nuevo, por medio de la Iglesia que se va recreando como nueva humanidad, configurándose en su pascua, será el fermento y el alma de la humanidad y del universo, para que pasen también a la liberación y a la reconciliación gloriosa de los hijos, en la unidad del Espíritu, para alabanza de gloria del Padre (cf. LG 17; GS 40-45).



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

Con alegría  
dando gracias al Padre,  
que os ha hecho capaces de compartir  
la herencia de los santos en la luz.

El nos ha liberado del dominio de las tinieblas  
y nos ha hecho pasar al Reino del *Hijo de su amor*,

en quien tenemos la liberación,  
el perdón de los pecados.

El es *imagen* de Dios invisible,  
*primogénito* de toda criatura,  
porque en él fueron creadas todas las cosas  
en los cielos y en la tierra,

las visibles y las invisibles,  
los tronos, las dominaciones,  
los principados, las potestades

todo fue creado por él y para él  
y él es antes que todo  
y todo se mantiene en él,  
y él es la cabeza del cuerpo: de la Iglesia.

El es el *principio*,  
*primogénito de entre los muertos*,  
 para llegar a ser él mismo el que inicie todo,  
 porque en él tuvo a bien Dios que habitara toda la *plenitud*,  
 y reconciliar por él y para él todas las cosas,  
 haciendo la paz, por él,  
 por la sangre de su cruz,  
 en lo que hay en la tierra y en los cielos.

(Col 1, 11-20).

## 2. Vocabulario

### Primogénito

Juan llama a Jesús Hijo unigénito, Hijo único. Esta palabra viene a significar Hijo amado, en quien somos todos amados y engendrados. Pero Pablo le llama Hijo primogénito, Hijo mayor entre muchos hermanos. De tres maneras se usa este título en las cartas.

- «Primogénito entre muchos hermanos». Desde antes de la creación del mundo, el Padre nos eligió en él, para que fuésemos adoptados en él y configurados con él.
- «Primogénito de toda la creación». Al ser el hermano mayor de los hermanos, es también el hermano mayor del hogar, quien lo sostiene y lo lleva adelante.
- «Primogénito de entre los muertos». El que nació primero y sufrió primero es también el que murió por todos y el que venció a la muerte para todos.

Primogénito viene a traducir el título de Señor. Hijo entronizado sobre nosotros, sobre la familia de la Iglesia, sobre el hogar del universo, Hijo constituido en fuerza y señorío, desde su resurrección de entre los muertos. Este título cristológico es central en los textos conciliares y se relaciona con el título del Hombre nuevo, el nuevo Adán, cuya imagen llevamos y llevaremos.

### Plenitud

Habéis visto cuando un vaso se llena de agua y se desborda. Entonces decimos que se ha llenado en abundancia y profusión. Es

una palabra que indica que algo se colma y se realiza «del todo en todo». Los primeros hermanos han tomado esta palabra del ambiente griego donde se usaba por influencia de los pensadores estoicos.

- Jesús, el Hijo del amor, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros es «la plenitud de Dios». Toda su gracia en sobreabundancia y desbordamiento está en él. Es él mismo. Corporalmente. En el cuerpo de su cruz y de su cena.
- Pero esta plenitud se ha desbordado sobre su fraternidad. El era la plenitud originaria. Pero al desbordarse sobre la Iglesia, la ha colmado de gracia hasta desbordar. Así la Iglesia, que es su cuerpo, es una plenitud desbordada para desbordarse.
- Por la Iglesia, su plenitud, el Señor se desbordará sobre la humanidad y el universo, como gracia regalada a la gracia. Y este derroche de gracia no solo hará a la creación ser en plenitud sino que la recreará en la plenitud de la gracia pascual del Hijo.

### 3. *Celebración: A la cabecera de la mesa y del camino*

#### 1. *La oración del comienzo*

Oración del último domingo del tiempo ordinario «Jesucristo, Rey del universo».

#### 2. *Proclamación de la palabra*

- El Señor crucificado ha empezado a reinar: Col 1, 12-20.
- Y extiende su señorío desde su Iglesia: Mc 16, 14-20.
- Aclamación:

«Anunciaremos tu Reino, Señor,  
tu Reino, Señor, tu Reino» (CL 402).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación para compartirla entre todos.

Sugerencias para el diálogo en profundidad.

1. ¿Es la aclamación incondicional del señorío de Jesucristo el punto de arranque de toda la vida de vuestra parroquia-comunidad?

2. ¿Resuena en vosotros el encargo del Señor de llevar el universo a su plenitud, respondiendo a las angustias y esperanzas de los hombres?

3. ¿Os sentís como fermento y alma del mundo o acuartelados frente a él? ¿sois fermento de nueva creación?

#### 4. *Aclamación final*

«Juntos cantando la alegría  
de vernos unidos en la fe y el amor;  
juntos sintiendo en nuestras vidas  
la alegre presencia del Señor» (CL 410).

Nos encontramos reunidos en familia en torno a la mesa del Señor. Es él mismo quien preside la mesa, en representación del Padre. El mismo con las manos señaladas con las marcas de la cruz. Es el Hijo entronizado sobre nosotros, el primogénito, que nos entrega su misma entrega pascual. La mesa del Reino que él fue poniendo por los caminos se convirtió en la cruz del amor consumado. Ahora de nuevo la cruz se convierte en mesa. Inclinando la cabeza entregó el Espíritu, que se nos da en la sangre y el agua, que manan del costado abierto de Cristo crucificado (Jn 19, 34; EG 3).

Volvamos a nuestra parábola de la familia en la casa. ¿Qué sucede a la hora de cenar? El padre que vino agotado del trabajo, por llevar adelante su compromiso de amor, ha pasado a la cabecera de la mesa. Del último lugar al primero. En torno a él todas sus hijas, con los pequeños a su lado. La cena comienza con una conversación donde todos hablan. Y el padre, contando la historia de su amor, va iluminando el paso de la vida, con la palabra que es el don de sí mismo, que al decirse se entrega. Después parte el pan, que se ha sacado del cuerpo. El mismo se da a sí mismo en todo su amor. Su sacrificio del camino se ha hecho ahora pan en la mesa. La entrega del pasado se hace ahora fuerza para el porvenir. Y los hijos acogen en sus manos el pan que el padre les parte. Todos comparten el mismo amor, para llegar a ser uno y así salir al camino de nuevo a llevar adelante

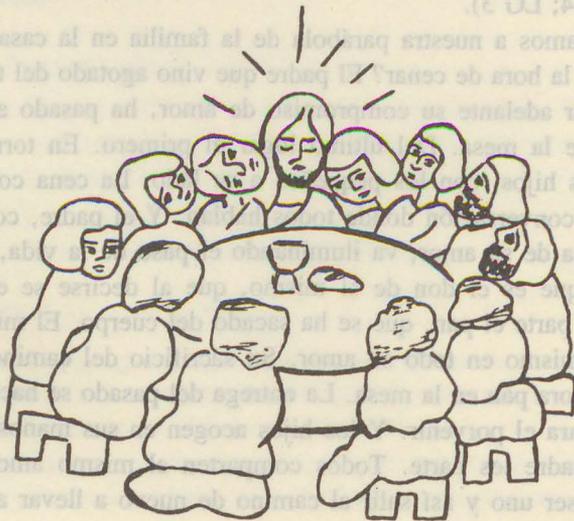
## En torno a la mesa del Señor

Nos encontramos reunidos en familia en torno a la mesa del Señor. Es él mismo quien preside la mesa, en representación del Padre. El mismo con las manos señaladas con las marcas de la cruz. Es el Hijo entronizado sobre nosotros, el primogénito, que nos entrega su misma entrega pascual. La mesa del Reino que él fue poniendo por los caminos se convirtió en la cruz del amor consumado. Ahora de nuevo la cruz se convierte en mesa. Inclinando la cabeza entregó el Espíritu, que se nos da en la sangre y el agua, que manan del costado abierto de Cristo crucificado (Jn 19, 34; LG 3).

Volvamos a nuestra parábola de la familia en la casa. ¿Qué sucede a la hora de cenar? El padre que vino agotado del trabajo, por llevar adelante su compromiso de amor, ha pasado a la cabecera de la mesa. Del último lugar al primero. En torno a él todos sus hijos, con los pequeños a su lado. La cena comienza con una conversación donde todos hablan. Y el padre, contando la historia de su amor, va iluminando el paso de la vida, con la palabra que es el don de sí mismo, que al decirse se entrega. Después parte el pan, que se ha sacado del cuerpo. El mismo se da a sí mismo en todo su amor. Su sacrificio del camino se ha hecho ahora pan en la mesa. La entrega del pasado se hace ahora fuerza para el porvenir. Y los hijos acogen en sus manos el pan que el padre les parte. Todos comparten el mismo amor, para llegar a ser uno y así salir al camino de nuevo a llevar adelante

la familia y la casa. En una gran cena de familia, inundada de alegría, podría terminar esta aventura. Hasta aquí la parábola.

Jesús que conocía bien la cena de familia, quiso tomar este signo (sobre todo la cena pascual) para entregarnos su última entrega, cuando habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. La familia de hermanos de la Iglesia nace de la cena del Señor, pues allí se nos entrega su misterio pascual, en toda la fuerza del amor del Espíritu (SC 5; 7; 17). La cena comienza también con una larga conversación de familia. Es un coloquio en que hablamos todos. Pero quien lleva la conversación es el Primogénito que preside la mesa. En realidad nos habla el Padre por él, que es su Palabra, en el aliento del Espíritu (DV 2; 21; SC 33). El Señor mismo proclama la palabra. Nos cuenta todo lo que se refiere a él en todas las Escrituras, pues la historia de la salvación no es más que la promesa y la entrega del Hijo, que lleva todo a su consumación (DV 4; 17; SC 5). La Escritura proclama en la palabra sus misterios, que al tiempo suceden y se hacen presentes (SC 102). Pues toda la historia santa se ha concentrado en la Palabra encarnada y todos los misterios de la Palabra encarnada se han concentrado en la Palabra crucificada, que se entrega en el pan partido y en la copa ofrecida.



La familia de hermanos tiene que acoger esta palabra, que encierra las inenarrables riquezas del sublime conocimiento de Cristo. Y para ello la escucha silenciosa, el diálogo comunitario y el desciframiento en el camino, ayudan a los hermanos a acoger, a adentrarse y dejarse transfigurar por la palabra del evangelio, que después pasa a entregarse como pan de vida.

El Señor, que preside, extiende las manos y se nos entrega. «Tomad y bebed. Esta es mi sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados». Se entrega él mismo a sí mismo, en todo el amor de su Espíritu. Por ello lo que sucede es que su sacrificio se convierte en cena. Y al tiempo que se hace presente, en el memorial, la pascua de su amor, se anticipa, como prenda, la consumación del amor en el último día. Sacrificio y banquete. Memorial y anticipo. «Cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra pascua ha sido inmolada (1 Cor 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención. Al propio tiempo, en el sacramento del pan eucarístico, se representa y reproduce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo (cf. 1 Cor 10, 17)» (LG 3).

«Nuestro salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (SC 47). El Padre acoge a sus hijos en torno a la mesa, entre los brazos de su Hijo, Verbo encarnado, crucificado y glorificado, en la efusión del Espíritu santo, dándonos parte en su naturaleza divina, en la comunión misma de su Hijo amado (cf. UR 15).

Al partir el pan y dar la copa, el Señor se nos da por entero en la unidad del Espíritu santo. Y por ello nos allega a sí mismo, nos incorpora a sí mismo y nos hace ser todos uno en la unidad de su familia, que es su propio cuerpo. «En la fracción del pan



eucarístico, participando realmente del cuerpo del Señor, nos elevamos a una compenetración con él y con nosotros mismos. Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan (1 Cor 10, 17). Así todos nosotros quedamos hechos miembros de su cuerpo (cf. 1 Cor 12, 27) pero cada uno es miembro del otro (Rom 12, 5)» (LG 7).

El aliento del Espíritu, que el Señor nos entrega a todos y a cada uno, nos incorpora a él, en un mismo amor y un mismo latido de su obediencia de inmolación. Por eso este mismo aliento que nos hace vivir para él, nos hace vivir unos para otros, entrañándonos unos a otros, como un único cuerpo, de forma que se obre el milagro de la comunión en el Espíritu, en el cual podemos vivir la comunión entera hasta su consumación. En la cena, donde se reúne la fraternidad entera, pasamos a ser lo que comemos, el cuerpo del Señor. Por eso allí nos entrañamos con toda la Iglesia peregrina y celestial, con toda la humanidad y con todo el universo (cf. LG 17; 26; SC 7; DV 26; AG 6; UR 2; 4).

La misma cena que nos reúne y nos congrega, nos expropia y nos envía al camino de la misión, urgidos por el apremiante amor de Cristo (SC 9). Faltan todavía muchos hermanos a la mesa. La tierra no es todavía un hogar. Los pobres están todavía tirados en las sombras de la muerte. La cena se convierte así en el punto de arranque de la misión (SC 2). La palabra y el pan nos encienden en el mismo Espíritu, con el mismo latido de la obediencia para la inmolación en favor de todos.

El Señor que preside la mesa se levanta y se pone a la cabeza nuestra para hacer la travesía de la tierra y reunir a todos los hijos dispersos, transformando el mundo en el hogar del reino del Padre. Pero de nuevo volverá a la mesa con los que ya haya reunido. Con lo cual la cena, que era el punto de arranque, se

convierte en término, lo que era la fuente, pasa a ser la cima (LG 11; SC 10; AG 9). En realidad la cena es el anticipo de la parusía, la realización anticipada de la nueva humanidad y de la nueva creación. Por eso este anticipo se convierte en aliento irresistible. La comunión de la cena, donde se anticipan los nuevos cielos y la nueva tierra, es una comunión irradiante y transformante, que expropia a la Iglesia para compartir la misión de su Señor, por los mismos caminos de sus huellas hasta que él vuelva (LG 35; 50). «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven Señor Jesús». El *maranatha*, que es una aclamación de la presencia, es al tiempo un grito por la consumación (1 Cor 16, 22; Ap 22, 20; Did 10, 6). En este sentido la cima de esta eucaristía de la Iglesia y de la humanidad peregrinas será la eucaristía eterna, donde sólo resonará un grito. «Al que está sentado en el trono y al cordero: la alabanza, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos» (Ap 5, 13-14).

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. Textos

#### «Mi cuerpo por vosotros»

Jesús, el Señor, nos entrega su entrega pascual en la mesa de la eucaristía. El relato de esta entrega se nos conserva en dos tradiciones:

- la tradición que se llama antioquena: 1 Cor 11, 23-26; Lc 22, 15-20;
- la tradición que se llama marcana: Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29.

Se diferencian y se completan. Para expresar cómo el Señor se entrega él mismo a sí mismo, cumpliendo toda la alianza del amor del Padre.



«La comunión en el cuerpo de Cristo»

— Al entregarse a nosotros, nos incorpora a su misma vida. Y así nos incorporamos unos a otros, formando un solo cuerpo (Jn 6, 51-58; 1 Cor 10, 16-17).

— En la fuerza de este amor, podemos después amar y servir a los hermanos, como el Señor ha hecho con nosotros (Jn 13, 1-20; Lc 22, 24-27; Col 3, 12-17).

Con estos dos grupos de textos aparece en el evangelio la cena del Señor como don y como encargo. La institución de la eucaristía y el testamento del amor deben ir siempre unidos.

## 2. Vocabulario

### *Alianza y sangre*

La alianza es el compromiso de amor que el Padre ha hecho con nosotros: darnos a su Hijo, Hermanándonos en torno a su mesa para mostrar la gloria de su gracia. El amor se consume en la entrega a muerte. Por eso la alianza se cumple en la sangre. En los textos de la eucaristía aparece:

— «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre» (1 Cor 11, 25), «que es derramada por vosotros» (Lc 22, 19). En este caso la sangre es el sello de la alianza. La entrega en sacrificio por

los hermanos, en vez de ellos. Como siervo obediente del Señor (Is 52, 13-53, 12; Jer 31, 31).

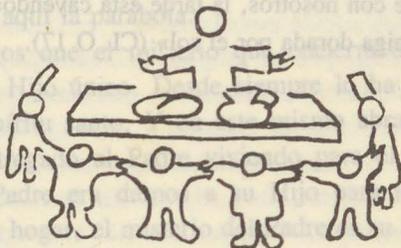
- «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Mc 14, 24), «para perdón de (los) pecados» (Mt 26, 28). En este caso la sangre es el fruto de la alianza. Fruto que se comparte en la mesa y crea la comunión. Haciendo referencia al texto de Ex 24, 1-8.

Las palabras expresan la consumación del don del Señor. Habiendo amado a los suyos, los ama hasta el fin en la cruz y entrega su amor crucificado en la mesa. En el aliento mismo del Espíritu.

### *Cuerpo en misterio*

En los textos eucarísticos de las cartas del apóstol, la palabra «cuerpo» se emplea en dos sentidos. Por una parte el cuerpo inmolado de Cristo en la cruz, por otra el cuerpo comunitario de la Iglesia.

- «Mi cuerpo por vosotros» (1 Cor 11, 24). «El pan que partimos, ¿no es la comunión con el cuerpo de Cristo?» (1 Cor 10, 16). Cuerpo, aquí, es el cuerpo inmolado en la cruz, el cuerpo crucificado, entregado por nosotros. Cuerpo es la persona entera, en su totalidad y en su fragilidad. El don de sí mismo a muerte es el cuerpo inmolado de la cruz.
- «Somos un solo cuerpo, porque partimos el mismo pan» (1 Cor 10, 17). «Quien come y bebe, sin darse cuenta del cuerpo» (1 Cor 11, 29). Cuerpo aquí es la Iglesia, la comunidad de hermanos que se constituye en torno a la mesa, cuando comulgan en el Espíritu el cuerpo inmolado del Señor. Es un cuerpo en misterio. El cuerpo que desentraña el cuerpo de la cruz. Cuerpo del cuerpo de la eucaristía. Iglesia, cuerpo de Cristo.



### 3. *Celebración: Pan partido sobre la mesa*

#### 1. *La oración del comienzo*

Liturgia de la fiesta del Cuerpo de Cristo.  
Sacramento admirable. Misterio de redención.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

- La cena del Señor, misterio de entrega (1 Cor 11, 23-27),
- que realiza la comunión de vida con el Señor, para vivir de él, en el camino (Jn 6, 51-58).
- Como aclamación entre las lecturas:
  - \* «Beberemos la copa de Cristo» (CL O 10).
  - \* «Gustad y ved, que bueno es el Señor» (CL O 30).

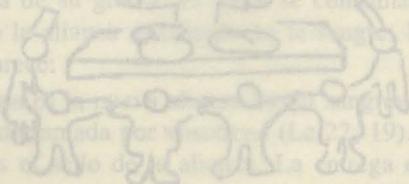
### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.  
Tiempo de conversación para compartirla entre todos.  
Sugerencias para el diálogo en profundidad.

1. La cena del Señor en el centro de la Iglesia. ¿Qué puesto ocupa entre nosotros? ¿nos preparamos a ella con larga oración silenciosa?
2. La cena que incorpora a la Iglesia. ¿Tiramos todas las barreras en torno a la mesa? ¿rompemos las diferencias sociales y las distancias entre los grupos? ¿nos sentimos allí la Iglesia universal?
3. La cena que envía a la Iglesia. ¿Qué relación hay entre la eucaristía y el camino del seguimiento? La cena del Señor ¿es verdaderamente el punto de arranque y el término de todo el camino?

#### 4. *Aclamación final*

- «Quédate con nosotros, la tarde está cayendo» (CL O 28).
- «Una espiga dorada por el sol» (CL O 17).



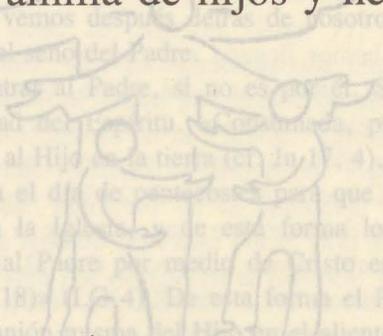
desde sus entrañas. Ha extendido sus brazos en la cruz y nos reconciliado con el Padre, dándonos su mismo Espíritu. Así el

6

## Familia de hijos y hermanos

que aparecía ante nosotros, se vino despa... para acogerlos, se vino despa... de nosotros, adelantaron por él hacia el seno del Padre.

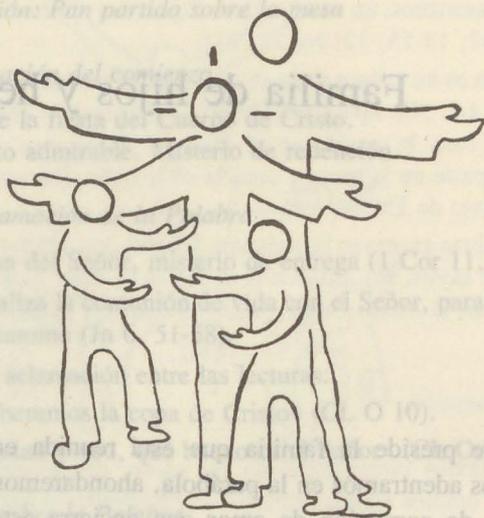
Nadie puede entrar al Padre, si no es por él. Solo él es la puerta. En la unidad del Espíritu Santo, pues, la obra que el Padre confió al Hijo (Jn 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que indefinidamente santificara a la Iglesia y se esta forma los que creen pudieran acercarse al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2, 18). De esta forma el Padre nos ha



El padre preside la familia que está reunida en torno a la mesa. Si nos adentramos en la parábola, ahondaremos la profunda experiencia de comunión de amor que encierra este puñado de hijos, que por ser hijos han llegado a ser hermanos. El padre les ha amado y les ha engendrado, dándose él a sí mismo, compartiendo su misma vida. Su amor es su misma vida compartida que les hace ser hijos, teniendo la misma vida que tiene él, alentando el mismo amor, configurados en la misma imagen. Por este amor, hecho vida, que les hace ser hijos del padre y para el padre, les hacer ser de los hermanos y para los hermanos. Pues en las mismas manos se ha compartido la misma vida a todos. Es por tanto el amor, que alienta en la misma vida, el que hace al tiempo a los hijos ser hijos y hermanos, en un mismo aliento, en una misma raíz. El amor es como el lazo que los reúne, el abrazo que los estrecha, la mano que los sostiene y les da consistencia. En la unidad de amor, entregado en la mesa, la familia es una comunión de vida, que después se hace comunión de camino. Hasta aquí la parábola.

Ya decíamos que el misterio que encierra el Padre en sus entrañas es su Hijo único. Desde siempre lo ha abrazado en la unidad del Espíritu Santo. Y en este mismo abrazo de amor, el Hijo se ha entregado al Padre viviendo para él. Pero como el proyecto del Padre era darnos a su Hijo para reunirnos en su familia y en su hogar, el misterio del Padre es su Hijo, en cuanto

del Padre. Vuelto a las entrañas del Padre, se ha vuelto a nosotros.



hermano mayor de una inmensa familia de hermanos y de una inmensa casa común (Rom 8, 29; Col 1, 15; LG 2).

El Padre ha querido que su Hijo amado nos diera el mismo abrazo de amor que él le da desde antes de la creación del mundo. Ha querido incorporarnos a este misterio de comunión. Su propósito era que fuéramos uno en el Hijo. Y el Hijo del amor se ha entregado a este encargo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. «Padre, quiero que donde yo estoy estén también ellos conmigo para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 24-26). Cuando el Hijo fue crucificado y entronizado, el Padre nos entregó en sus manos el aliento mismo del amor, que les hace ser a los dos uno, para que también nosotros fuéramos consumados en la unidad y así el mundo se sintiera amado por el Padre.

El Primogénito, por su sangre, en la fuerza de su amor, ha derribado así el muro de separación, que nos separaba del Padre y de los hermanos. Por él y con él y en él, hemos llegado a ser hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano (LG 9; 27; 28; 32; 37; 50; 51; 62; 64; UR 2; 3; 5; 7). En la unidad del Espíritu santo. En primer lugar, él ha derribado el muro que nos separaba del Padre. Vuelto a las entrañas del Padre, se ha vuelto a nosotros.

desde sus entrañas. Ha extendido sus brazos en la cruz y nos ha reconciliado con el Padre, dándonos su mismo Espíritu. Así el que aparecía ante nosotros en la mesa, con los brazos extendidos para acogernos, le vemos después detrás de nosotros, adentrándonos por él hacia el seno del Padre.

Nadie puede entrar al Padre, si no es por él. Solo él es la puerta. En la unidad del Espíritu. «Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra (cf. Jn 17, 4), fue enviado el Espíritu santo en el día de pentecostés para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen pudieran acercarse al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2, 18)» (LG 4). De esta forma el Padre nos ha compartido la comunión misma del Hijo en el aliento mismo del Espíritu. Ahora somos hijos para el Padre en el único y mismo Espíritu. «El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor 3, 16; 6, 19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (Gál 4, 6; Rom 8, 15-16.26)» (LG 4). Ahora, en la plenitud de los tiempos, el Padre nos ha hecho vivir la vida del Hijo, configurándonos con la imagen del Hijo. Hijos por adopción y configuración, en el aliento del Espíritu que nos hace gritar: «Abbá». Nuestro rostro de hombres, que era un diseño suyo, una figura que se había desfigurado, ahora comienza a transfigurarse, configurándose con el rostro del Hijo entregado en la gloria de su gracia. Está comenzando la nueva humanidad.

Pero el Primogénito ha derribado también el muro que nos separaba de los hermanos. Al dejar de ser hijos, dejamos de ser hermanos. Un muro inmenso de separación, el muro del odio, se ha levantado sobre la casa de la herencia, muro que está construido de moles inmensas de piedras que se empalman y se sostienen: la situación socio-económica, socio-política, socio-cultural, socio-religiosa. Lo que era un corro de hermanos se ha convertido en escuadrones de esclavos y enemigos. Un muro separa al rico del pobre, al opresor del oprimido, al culto del ignorante, al blanco del negro, al hombre de la mujer, al creyente del no creyente. Pero el Padre al entregarnos en las manos del Hijo, en la fuerza del Espíritu, el don de la liberación y de la

reconciliación, no sólo nos ha hecho hijos en el Hijo, sino hermanos en el Hermano. El Hijo, que nos abre el acceso al Padre en el Espíritu, nos abre el acceso a los hermanos, en el mismo espíritu.

Por eso hemos llegado en verdad a ser hermanos, rotas de raíz todas las diferencias. «En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 27-28). El Espíritu, que se nos da en el agua del bautismo y en el pan y la copa de la cena, ha realizado y realizará este milagro (1 Cor 12, 13).

Los hermanos, en la familia del Señor, han llegado a ser radicalmente iguales. Un Señor, una fe, un bautismo. «Gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una salvación, una esperanza y una indivisa caridad. Ante Cristo y ante la Iglesia no existe desigualdad alguna en razón de estirpe, de nacimiento, condición social o sexo (cf. Gál 3, 28; Col 3, 11)» (LG 32). La filiación en el Hijo, nos hermana radicalmente en él. Ha nacido en el Espíritu la comunión de la fraternidad (LG 28) donde aparece ya la nueva humanidad de la nueva creación (Ef 4, 24; AG 7). «Primogénito entre muchos hermanos, constituye, con el don de su Espíritu, una nueva comunidad fraternal entre todos los que con fe y caridad le reciben después de su muerte y resurrección». Esta fraternidad será el fermento y el alma de la familia humana hasta que todos los hombres, «salvados por la gracia, como familia amada de Dios y de Cristo, hermano, darán a Dios gloria perfecta» (GS 32).

El misterio escondido en el Padre se ha manifestado ahora en la pascua del Hijo, entregada en la mesa, cuando el Primogénito al extender los brazos nos ha entrañado en su cuerpo, con el amor de su mismo Espíritu. Ahora podemos adentrarnos en este misterio de comunión. En la cabecera de la mesa está el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por ser Padre de él, es Padre nuestro. A su derecha está su Hijo mayor, Jesús, entregado por nosotros como Cristo y entronizado sobre nosotros como Señor. El abrazo de amor que el Padre le dio a él, nos lo ha dado él a nosotros. Y en este abrazo de comunión que es el

Espíritu hemos llegado a ser hijos y hermanos en él (UR 2). «Así se manifiesta la Iglesia», como «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu santo» (LG 4; cf. Cipriano, *De orat. dom.* 23; Agustín, *Serm.* 71, 20, 33; Damasceno, *Adv. iconocl.* 12). La Iglesia es una familia de hermanos, que ha reunido el Padre por manos de su Hijo en el aliento de su Espíritu. Iglesia de la Trinidad. Iglesia en Cristo. Iglesia en el Espíritu. Misterio de comunión. Anticipo de la comunión consumada. Fermento de la comunión irradiante y transformante. Se ha reunido del Padre por el Hijo en el Espíritu y camina hacia el Padre por el Hijo en el Espíritu. En el Señor, que es el Espíritu.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

*La fraternidad de Jesús ha comenzado en el camino*

— Jesús allega a los hermanos a él y al darles su mismo amor, empiezan a sentirse hijos: «Padre nuestro» (Mt 6, 9-13; Lc 11, 2-4).

— Al empezar a sentirse hijos, pueden empezar a ser hermanos, yendo más allá de la familia de la sangre (Mc 3, 31-35).

*Pero se realiza de lleno en la pascua de su amor*

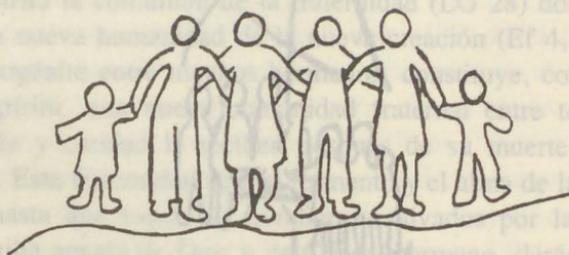
— Al alentar su Espíritu en nosotros, empezamos a ser hijos en el Hijo. Adoptados, incorporados, configurados con él (Gál 4, 4-7; Rom 8, 14-17).

— De esta forma, se rompen todas las barreras, que separan a los hombres en el mundo, para entrar a la verdadera fraternidad (Gál 3, 26-29; 1 Cor 12, 12-13).

*Su centro y su camino es siempre el Hijo amado*

— Por él y con él y en él. Único pastor. Única cepa. Todos y cada uno allegados a él, enraizados en él. En su misma vida (Jn 10, 1-18; 15, 1-17).

— Es este amor el que nos hermana. Y si permanecemos en él, podemos amarnos en él. Y llegar a la unidad consumada (Jn 17, 11-23).



## 2. Vocabulario

### *Entrada*

«Por él, unos y otros, tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2, 18). Jesús, el Hijo amado, es la única entrada al Padre. El ha venido del Padre a nosotros. «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18). El va de nosotros al Padre. Es el camino de entrada y la puerta misma. «Nadie va al Padre, sino por mí» (Jn 14, 5). Por él y con él y en él entramos al Padre, siendo hijos en el Hijo, en la unidad del Espíritu santo.

Pero tal vez podríamos trazar en horizontal esta línea vertical, que se levanta hacia lo alto. Lo que nos hace hermanos unos de otros es precisamente el ser hijos en él. No podemos ser hermanos si no es porque él nos ha reunido, nos ha incorporado. Al ser en él, somos unos de otros, unos en otros, unos para otros. En este sentido Jesús, el Señor, como primogénito es la puerta de entrada de unos hermanos a otros. Por él tenemos libre acceso a los hermanos en la unidad del Espíritu santo.

### Uno

«Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí, yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17, 21). La unidad es la unidad del amor entre el Padre y el Hijo único y amado. El Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre. En el mismo amor. Los dos son uno. Así nosotros podemos ser uno. La unidad del Padre y del Hijo es la fuerza y el modelo de nuestra unidad en la fraternidad. Porque el Hijo, vuelto a las entrañas del Padre, se ha vuelto a nosotros y nos ha incorporado a su amor. «Que sean uno», «que sean uno en nosotros». Juan acentúa que la unidad de la fraternidad nace en la unidad del Padre y del Hijo en el Espíritu.

Es una unidad personal. Una unidad de personas. En el pensamiento bíblico hay una imagen que lo describe bien: la «personalidad comunitaria». Es una persona comunitaria que se constituye con muchas personas. No es sencillamente una individualidad, ni tampoco una colectividad. «Todos vosotros sois uno (en masculino) en Cristo Jesús» (Gál 3, 28). Pablo acentúa así la unidad de los hermanos, que tira todas las barreras. Pero es una unidad «en Cristo Jesús», «en el Señor», «en el Espíritu». Por eso es el milagro de la nueva creación, que ha empezado a germinar ya en el mundo.

### 3. Celebración: El milagro de la fraternidad

#### 1. La oración del comienzo

La Iglesia familia de hermanos en la unidad del amor.

Oración por la santa Iglesia C.

Oración por la unidad de los cristianos A.



## 2. Proclamación de la Palabra

- El misterio de la Iglesia es la comunión en el Hijo (Rom 8, 14-17.28-30),
- que, al compartirnos su misma vida, hace posible que vivamos como hermanos, en su mismo amor (Jn 15, 9-17).
- Aclamación entre lecturas:  
«¡Un solo Señor, una sola fe,  
un solo bautismo,  
un solo Dios y Padre!» (CL 708).

## 3. Diálogo sobre la Palabra

Tiempo de oración para escucharla personalmente.  
Tiempo de conversación para compartirla entre todos.  
Sugerencias para el diálogo en profundidad.

1. La vida de hijos en el Hijo. ¿Cómo adentrarnos personal y comunitariamente, cada vez más íntimamente, en la oración de Jesús? Caminos. Espacios.
2. La vida de hermanos en el Hermano. ¿Cómo avanzar la comunicación profunda de la vida para ser un solo corazón? Caminos. Espacios.

3. Los pequeños en la fraternidad. ¿Cómo pasar al centro de la mesa a los hermanos que entre nosotros parece que son menos valorados? Nuevos signos.

#### 4. *Aclamación final*

«En el nombre del Señor nos hemos reunido».

«Ved qué gozo, que los hermanos se quieran».

«Cristo siempre está en medio de nosotros».

La parábola, que estamos contando, es la parábola de una familia muy numerosa en una casa muy grande. ¿Qué ocurriría si a la hora de cenar sólo se sentaran a la mesa unos pocos hermanos? El pan partido mismo, entre las manos del padre, encendería en todos el desasosiego por los hermanos que no están allí. ¿Son tantos los puestos y están ocupados tan pocos! ¿Dónde están los otros hermanos? ¿por qué no han venido? ¿qué les mantiene alejados y no les permite acercarse a la casa común? En la familia tan grande podían ocurrir varias situaciones.

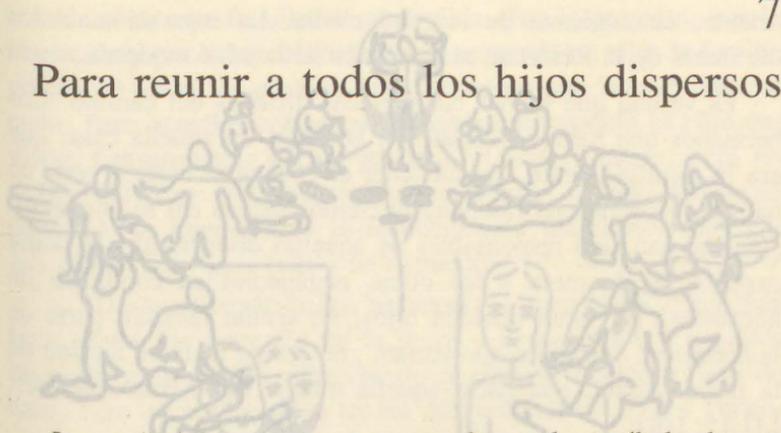
— Algunos hermanos se marcharon porque habían reñido con otros. Son frecuentes las peleas entre hermanos. Discutiendo a veces quiénes son los que aman más al padre y conservan mejor sus palabras.

— Pero puede ocurrir que otros hermanos, reconociendo al padre, no quieran reconocer que el hijo mayor, el que nació y crió primero, esté sentado a su derecha haciendo sus veces. ¿No es esto un escándalo?

— Puede suceder también que otros nacieran fuera de casa y desde niños no tuvieran ocasión de ver el rostro del padre. Tan sólo le buscaban a tientas y de alguna manera le descubrieron por la añoranza de su corazón.

— Y por fin, puede suceder también que haya hijos rebeldes, que no quieran venir a casa. Se han hecho mayores, ya no quieren

## Para reunir a todos los hijos dispersos



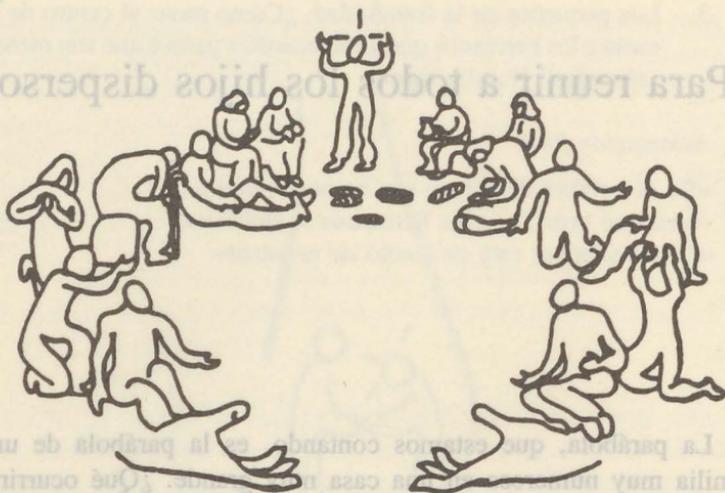
La parábola, que estamos contando, es la parábola de una familia muy numerosa en una casa muy grande. ¿Qué ocurriría si a la hora de cenar sólo se sentaran a la mesa unos pocos hermanos? El pan partido mismo, entre las manos del padre, encendería en todos el desasosiego por los hermanos que no están allí. ¡Son tantos los puestos y están ocupados tan pocos! ¿Dónde están los otros hermanos? ¿por qué no han venido? ¿qué les mantiene alejados y no les permite acercarse a la casa común? En la familia tan grande podían ocurrir varias situaciones.

— Algunos hermanos se marcharon porque habían reñido con otros. Son frecuentes las peleas entre hermanos. Discutiendo a veces quiénes son los que aman más al padre y conservan mejor sus palabras.

— Pero puede ocurrir que otros hermanos, reconociendo al padre, no quieran reconocer que el hijo mayor, el que nació y sufrió primero, esté sentado a su derecha haciendo sus veces. ¿No es esto un escándalo?

— Puede suceder también que otros nacieran fuera de casa y desde niños no tuvieran ocasión de ver el rostro del padre. Tan sólo le buscaban a tientas y de alguna manera le descubrieron por la añoranza de su corazón.

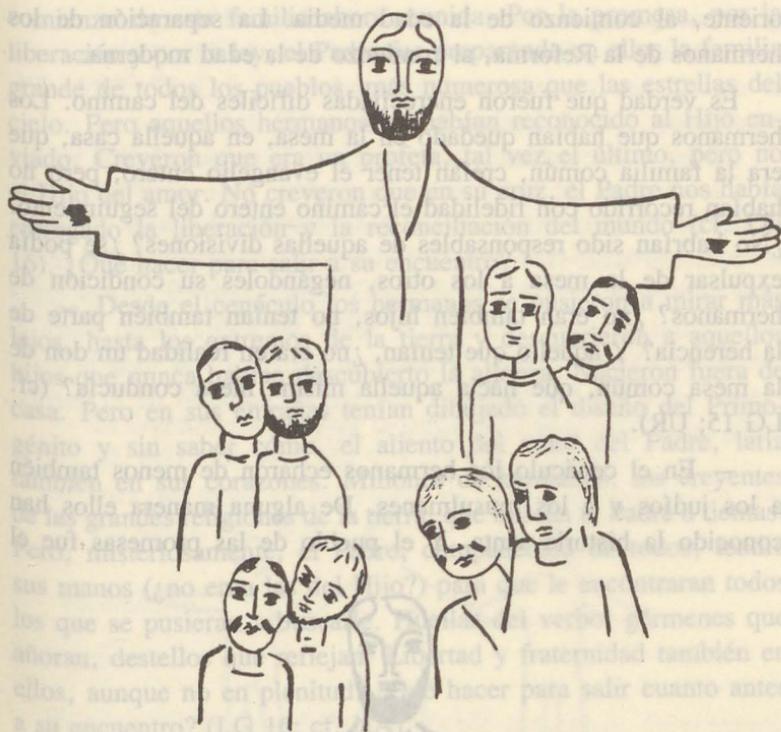
— Y por fin, puede suceder también que haya hijos rebeldes, que no quieran venir a casa. Se han hecho mayores, ya no quieren



dependen de nadie. Quieren ser ellos mismos por sí mismos. Y les resulta duro ser hijos y hermanos.

La cena de familia, hogar de amor, es el sitio donde se echa más de menos a los que faltan. Pues el padre que preside es padre de todos, el hermano mayor que sirve es el hermano de todos, el amor que les reúne abarca a todos. El pan es para todos. ¿Cómo partir el pan, sin desasosiego? Habrá que salir a buscar a todos, por los caminos que sea. Pero habrá que salir a su encuentro. Hasta aquí la parábola.

Cuando el buen papa Juan llamó a todos los hermanos a sentarse a la mesa en el cenáculo ocurrió de hecho lo que hemos contado en la parábola. Presidía Jesús, el Señor, el primogénito de los hermanos y de toda criatura, hermano mayor de la familia y del hogar. Cuando sentó a todos a la mesa y les partió la palabra y el pan, todos le vieron ponerse en pie. Y levantando los ojos al cielo dijo: «Padre, que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Después añadió: «Tengo otras ovejas que no son de este redil. También a esas las tengo que traer y escucharán mi voz. Y habrá un solo rebaño, un solo pastor» (Jn 10, 16).



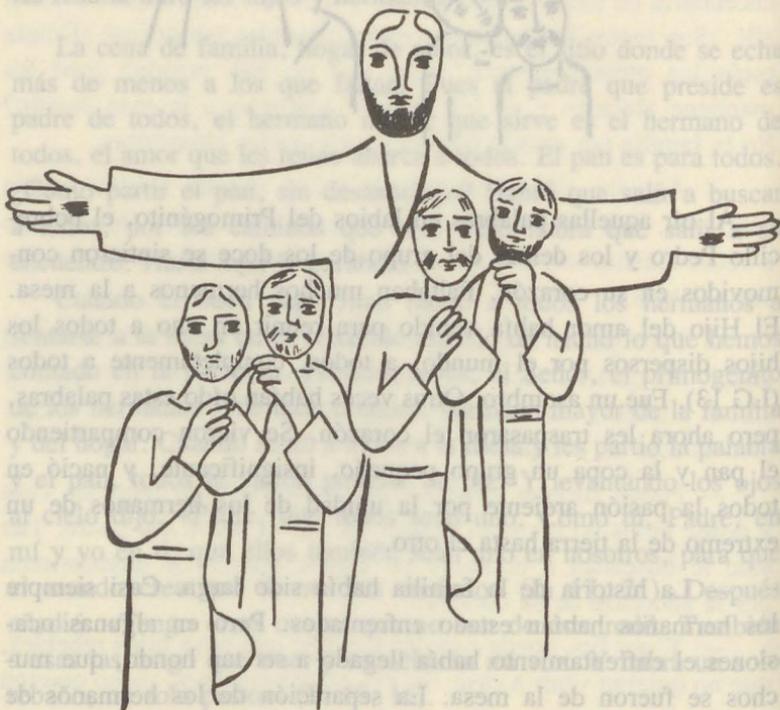
Al oír aquellas palabras en labios del Primogénito, el pobre-cillo Pedro y los demás del grupo de los doce se sintieron conmovidos en su corazón. Faltaban muchos hermanos a la mesa. El Hijo del amor había venido para reunir en uno a todos los hijos dispersos por el mundo, a todos, completamente a todos (LG 13). Fue un asombro. Otras veces habían oído estas palabras, pero ahora les traspasaron el corazón. Se vieron compartiendo el pan y la copa un grupo pequeño, insignificante, y nació en todos la pasión ardiente por la unidad de los hermanos de un extremo de la tierra hasta el otro.

— La historia de la familia había sido larga. Casi siempre los hermanos habían estado enfrentados. Pero en algunas ocasiones el enfrentamiento había llegado a ser tan hondo, que muchos se fueron de la mesa. La separación de los hermanos de

oriente, al comienzo de la edad media. La separación de los hermanos de la Reforma, al comienzo de la edad moderna.

Es verdad que fueron encrucijadas difíciles del camino. Los hermanos que habían quedado en la mesa, en aquella casa, que era la familia común, creían tener el evangelio entero, pero no habían recorrido con fidelidad el camino entero del seguimiento. ¿No habrían sido responsables de aquellas divisiones? ¿se podía expulsar de la mesa a los otros, negándoles su condición de hermanos? ¿no eran también hijos, no tenían también parte de la herencia? Y aquello que tenían, ¿no era en realidad un don de la mesa común, que hacía aquella misma mesa conducía? (cf. LG 15; UR).

— En el cenáculo los hermanos echaron de menos también a los judíos y a los musulmanes. De alguna manera ellos han conocido la historia santa. Y el pueblo de las promesas fue el



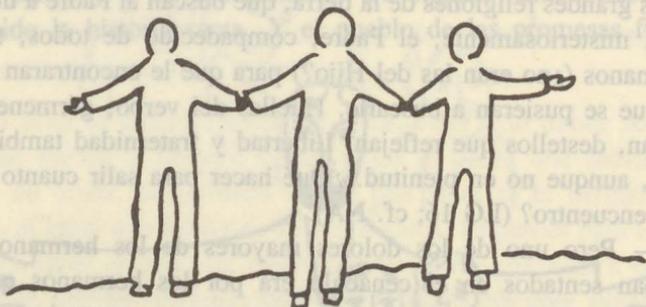
comienzo de esta familia ahora reunida. Por la promesa, por la liberación y por la ley, el Padre fue preparando en ellos la familia grande de todos los pueblos, más numerosa que las estrellas del cielo. Pero aquellos hermanos no habían reconocido al Hijo enviado. Creyeron que era un profeta, tal vez el último, pero no el Hijo del amor. No creyeron que en su cruz, el Padre nos había entregado la liberación y la reconciliación del mundo (cf. LG 16). ¿Qué hacer para salir a su encuentro?

— Desde el cenáculo los hermanos se pusieron a mirar más lejos, hasta los extremos de la tierra y descubrieron a aquellos hijos que nunca habían descubierto la alianza. Nacieron fuera de casa. Pero en sus entrañas tenían dibujado el diseño del Primogénito y sin saber cómo, el aliento del amor del Padre, latía también en sus corazones. Millones de hermanos, los creyentes de las grandes religiones de la tierra, que buscan al Padre a tientas. Pero, misteriosamente, el Padre, compadecido de todos, tendió sus manos (¿no eran las del Hijo?) para que le encontraran todos los que se pusieran a buscarle. Huellas del verbo, gérmenes que añoran, destellos que reflejan. Libertad y fraternidad también en ellos, aunque no en plenitud. ¿Qué hacer para salir cuanto antes a su encuentro? (LG 16; cf. NA).

— Pero uno de los dolores mayores de los hermanos que estaban sentados en el cenáculo era por los hermanos que no querían venir de ninguna manera. La mayor parte estuvieron antes en casa. Y se marcharon. Unos dijeron que la casa no era el hogar de Jesús, que no refleja su rostro. Otros, que los hermanos mayores se habían puesto de parte de los opresores del mundo y eran reos de la sangre de los pobres. Y otros de verdad creyeron que la familia y el hogar era una señal de inmadurez, indigna de la grandeza del hombre. Si el hombre tiene que ser hombre, decían algunos, tiene que morir Dios. Con Padre que engendra y hermanos que reclaman, el hombre no puede decidirse a sí mismo. Parecía que estos hermanos hablaban las palabras de la primera hora de la creación, aunque un poco cambiadas. El Padre puso todo bajo los pies de los hijos. Ahora estos hijos piensan que es el hombre en su grandeza el verdadero soberano y protagonista del mundo. ¿Es que el hombre es un hijo pródigo? ¿es

que tiene que aprender el camino humillante del arrepentimiento? ¿no habrá que poner fin a esta historia de la filiación para que el mundo sea verdaderamente mundo? (cf. LG 17; Pablo VI, homilía del 7 de diciembre de 1965, n.º 8).

El Señor que estaba a la cabecera de la mesa reflejaba en sus ojos los rostros de todos estos hermanos. Pero eran unos ojos llenos de inmensa misericordia. Los otros hermanos al verles ya no pudieron sacar las reglas de la verdad, tan seguras como antes, para admitir o excluir. Un inmenso sentimiento de misericordia les invadió a todos. Era que el Señor les había dicho hasta el hondo de su alma: «Id». «Poneos en marcha». «A toda la creación». «A todos los pueblos». «Hasta los confines de la tierra». «Que todos sean uno» (cf. LG 17; AG).



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

La comunidad de Jesús está reunida en torno a la mesa y llamada a la unidad en el Espíritu. Pero ya desde el principio ha tenido grandes dificultades para vivir esta comunión de amor. Por eso en el evangelio aparecen con frecuencia llamadas a ser todos uno, pues en uno el Señor nos ha reunido.

— La comunidad que acoge a los pequeños y perdona a los extraviados. Hogar de perdón interminable (Mt 18, 1-35).

— La comunidad que se reviste de entrañas de misericordia, de dulzura y de paciencia larga (Col 3, 12-17; cf. Flp 2, 1-5; Ef 4, 1-6).

— La comunidad que expresa la unión de amor del Padre y del Hijo para que el mundo se sienta amado y redimido (Jn 17, 1-26).

Esta pequeña fraternidad de la Iglesia, que se reúne en torno a la mesa, está llamada a reunir en uno a todos los hijos dispersos, buscando a los que están lejos, a los que todavía no han contemplado el amor del Padre, aparecido en el rostro de Jesús.

— Las palabras del envío a las fronteras de la tierra (Mc 16, 14-20; Mt 28, 16-20; Lc 24, 44-49; Hech 1, 1-8).

— La urgencia de atravesar la tierra anunciando su nombre (Rom 10, 8-21; 15, 14-21; Ef 3, 1-20; Col 1, 21-29).

— Para que todos los hijos estén en torno a la mesa (Jn 10, 16; 11, 49-51; 17, 18-26).

## 2. Vocabulario

### Ecumenismo

Ecumenismo es una palabra que procede de ecumene. En el mundo antiguo por donde empezó a extenderse el evangelio, se llama «ecumene» a toda la tierra habitada. Y por tanto la humanidad entera, el universo entero. En la Iglesia de hoy, se llama ecumenismo al movimiento que busca que todos los cristianos, que todos los creyentes sean uno en Cristo y en su Iglesia para ser testimonio ante el mundo.

— Como ya hemos indicado, a lo largo de los siglos, muchos hermanos se han marchado de la mesa común de la Iglesia



católica. Primero se separaron las Iglesias ortodoxas, después las Iglesias protestantes. Y se creó una distancia grande. Hubo enfrentamientos hasta pelearse con guerras. Después, a veces desconocimiento y desconfianza.

— Pero el Señor con su Espíritu ha ido alentando a todos hacia la unidad. Sobre todo en el último siglo ha crecido la urgencia de reencontrarse en la única Iglesia del Señor. En el concilio se reconoce que los hermanos, que están separados, tienen participación en el misterio de la Iglesia y que se encuentran por ello en el camino de la unidad verdadera, que se va buscando.

— La Iglesia católica reconoce sus culpas en la división de los hermanos y quiere entrar al camino de la conversión, para preparar mejor la mesa en donde todos puedan compartir el mismo cáliz.

### *Secularismo*

Al comienzo de la edad moderna, el hombre se sintió grande. Experimentó su grandeza, que había salido de las manos del Padre. El mundo no es sólo un valle de lágrimas. La humanidad no es sólo un poco de polvo, que al polvo vuelve. La historia no es sólo un escenario de la acción salvadora de Dios.

— Se descubre la autonomía del mundo y del hombre. El Padre ha hecho a los hombres como personas responsables de su historia. Es la gracia primera de la creación. No reconocer la grandeza del hombre es disminuir la gloria de Dios. Es, por tanto, una gracia reconocer que la historia está puesta por el Padre en manos del hombre. La mundanidad y secularidad del mundo.

— Pero el hombre puede dar un paso más. Asombrado de su propia grandeza puede aspirar a ser independiente y bastarse a sí mismo. Puede romper como Adán y Prometeo las raíces que le hacen ser desde el Padre. Así se pasa de la autonomía a la independencia, de la secularidad al secularismo. La humanidad moderna ha avanzado en esta aventura.

¿Qué hacer cuando parece que la humanidad gigantesca en sus hazañas se ve tirada en la cuneta de su propia historia de grandeza?

El concilio ha sentido la inmensa compasión de Jesús por ella, para inclinarse a ella ofreciéndole misericordia.

### 3. *Celebración: Un corro más grande todavía*

#### 1. *La oración del comienzo*

Ser todos uno para que el mundo se sienta amado.

Oración por la unidad de la Iglesia A1. B2. C2.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— La llamada urgente a la unidad de todos los hermanos, para que pongan sus dones en común, en la mesa y el camino (Ef 4, 1-13).

— Nace del don del Señor, que se da a sí mismo y nos reúne en sí mismo en la unidad misma de su amor (Jn 17, 20-26).

— Aclamación entre lecturas:

«¡Un solo Señor, una sola fe,  
un solo bautismo,  
un solo Dios y Padre!» (CL 708).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación para compartirla entre todos.

Sugerencias para el diálogo en profundidad.

1. La actitud de acogida a los cristianos separados de la Iglesia católica. Sentir la división. Orar ardientemente por la unidad. Nuevos signos.

2. La actitud de acogida de los creyentes con otra religiosidad. Respeto a su fe. Diálogo acogedor. Testimonio evangélico.

3. La actitud ante los paganos y ateos. Las nuevas formas de paganismo. La misericordia que reencuentra. El testimonio que hace presente a Jesús.

Estas realidades, que hace pocos años parecía que no se daban entre nosotros, se van a dar cada vez más. Empecemos ya desde ahora a prepararnos a evangelizar en una Iglesia dividida y en un mundo pagano.

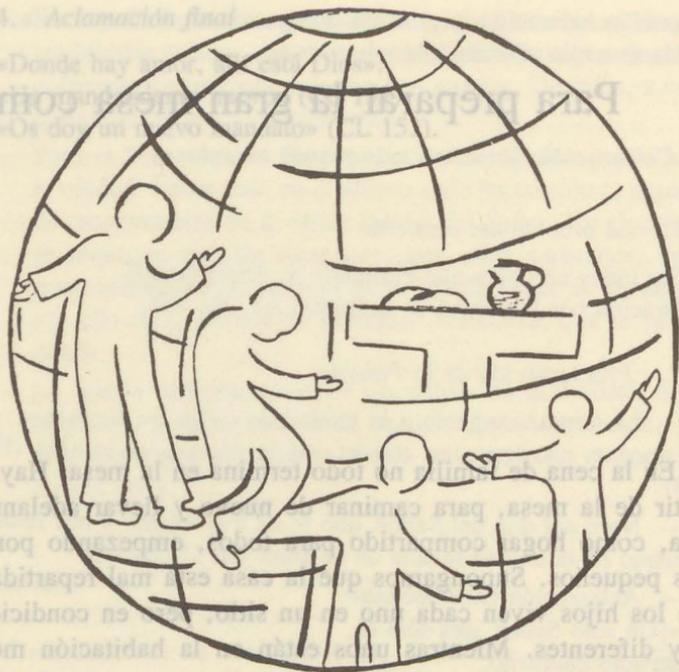
4. *Aclamación final*

- «Donde hay amor, allí está Dios».
- «Un mandamiento nuevo» (CL 152).
- «Os doy un nuevo mandato» (CL 153).

## Para preparar la gran mesa común

Cuando el buen pan fue repartido a los hermanos al cenáculo el Señor los sentó a la mesa. Los hermanos sintieron los gritos de la creación de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano, que no se encuentre eco en su corazón. «Gloria a ti, Señor». Los hermanos se pusieron a mirar con un amor inmenso a la historia de los hombres, a la gran aventura de la época moderna. Miraron a la humanidad peregrina y a la tierra como escenario de su historia. ¿Qué sucederá?

En la cena de familia no todo termina en la mesa. Hay que partir de la mesa, para caminar de nuevo y llevar adelante la casa, como hogar compartido para todos, empezando por los más pequeños. Supongamos que la casa está mal repartida. Y que los hijos viven cada uno en un sitio, pero en condiciones muy diferentes. Mientras unos están en la habitación mejor, otros tienen que vivir en la cuadra. En ese caso, el padre, después de partir el pan, hace un encargo a todos los hijos: derribar la casa y hacer otra nueva, donde haya solo una mesa para todos, como verdaderos hermanos, y donde los más pequeños tengan un lugar de preferencia. El padre que ha construido la casa para sus hijos sabe bien que si la casa no es un hogar, donde puedan compartir, tampoco pueden ser verdaderamente hermanos. Si todos están sentados a la misma mesa, no es posible que después de cenar uno tenga que vivir en un basurero y otros en una sala nueva. El proyecto de amor del padre incluye la casa compartida. No es la familia para la casa, sino la casa para la familia. Y reunir una familia como una fraternidad exige hacer una casa única con una sola mesa, donde los hermanos lo sean también en verdad. Si es una familia numerosa y hay un hijo mayor, que sea bueno, seguro que el padre le encarga que se ponga a la cabeza de los hermanos para llevar adelante la construcción de la nueva casa, según su proyecto de amor. Hasta aquí la parábola.



El Señor Jesús preside la mesa, en el puesto del Padre. No sólo es el hermano mayor de todos los hermanos, sino el hermano mayor del hogar del universo. Un encargo lleva consigo el otro. Para reunir a los hermanos, ha de reconstruir el mundo. Pero, para reconstruir el mundo, tiene que contar con el puñado pequeño de hermanos que se sentó con él a la mesa, para compartir su amor y su camino. El Padre, según decíamos, se ha propuesto recapitular todo el universo en él. Y esto significa arrancar las cadenas y tirar los muros de separación. Al pasarnos al reino del Hijo de su amor, el Padre le ha puesto como el libertador y el reconciliador del mundo. Con el aliento de su Espíritu, que alienta en su Iglesia, llevará adelante esta obra de recapitulación para mostrar la gloria de la gracia del Padre. No es de extrañar, pues, que cuando nos sentemos con él a la mesa, al tiempo que nos hace mirar a ver los hermanos que faltan, nos haga contemplar también cómo la casa común está derrumbada y convertida en un campo de guerra.

Cuando el buen papa Juan llamó a los hermanos al cenáculo, el Señor los sentó a la mesa y los hizo sentir los gritos de la creación. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano, que no encuentre eco en su corazón» (GS 1). Los hermanos se pusieron a mirar con un amor inmenso a la historia de los hombres, ahora que termina la gran aventura de la época moderna. Miraron a la humanidad peregrina y a la tierra como escenario de su historia. Y ¿qué descubrieron?

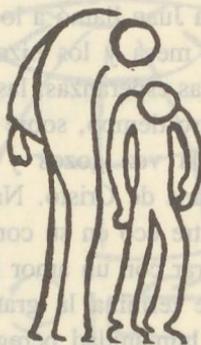
— Que el avance de la historia humana era en verdad admirable. Tecnificación y socialización, democratización y personalización. Se cumplía la palabra del Padre, que les encargó llevar adelante la tierra.

— Pero al tiempo descubrieron que los hombres no habían tirado el muro, ni arrancado las cadenas. Por el contrario, el muro era más grande y las cadenas eran más fuertes.

— Donde parecía que las cadenas se rompían, allí mismo podían reforzarse. La tecnificación podía llevar a la manipulación; la socialización al colectivismo; la democratización al imperialismo del dinero; la vuelta sobre sí, al más cruel individualismo.

— A su vez el muro de separación se hacía más ancho. Los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. El abismo entre el norte y el sur parece insalvable. El despilfarro y la miseria a un lado y a otro. El bienestar como programa propuesto para todos, acallando los gritos y pudriendo la sangre.

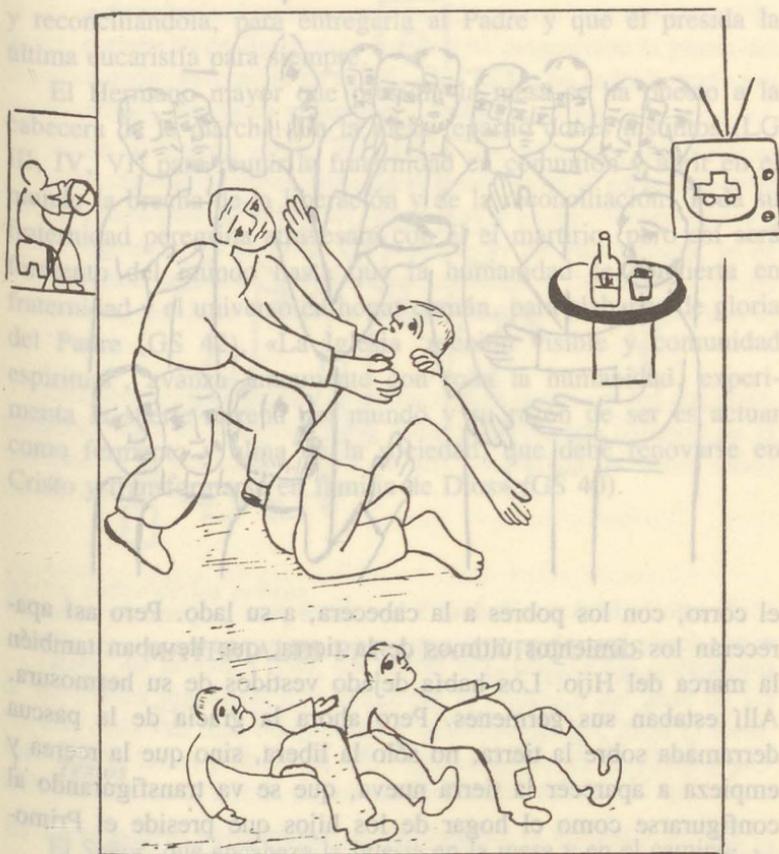
Los cambios profundos han agudizado las contradicciones. Los hombres se debaten entre la esperanza y el miedo. Entre sus manos germina la historia con un vigor desacostumbrado. Y al tiempo, de sus entrañas salen los gemidos más dramáticos. La humanidad y la creación entera gimen por la libertad y por la fraternidad. Aspiran a una vida nueva en plenitud donde se alcance la verdadera alegría (cf. GS 2-10).



Ante esta situación, los hermanos reunidos en el cenáculo se pusieron de rodillas, rostro a tierra, para aclamar al Señor del mundo y de la historia. «Jesucristo, ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo en el tiempo y la eternidad. A él la gloria por los siglos de los siglos». «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado (2 Cor 5, 15) por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse (Hech 4, 12)». La clave, el centro y el fin de la historia es el Hijo amado, imagen del Padre y primogénito de toda la creación (Col 1, 15). A esta luz podemos esclarecer el misterio del hombre y abrir brechas nuevas hacia el porvenir (cf. GS 10).

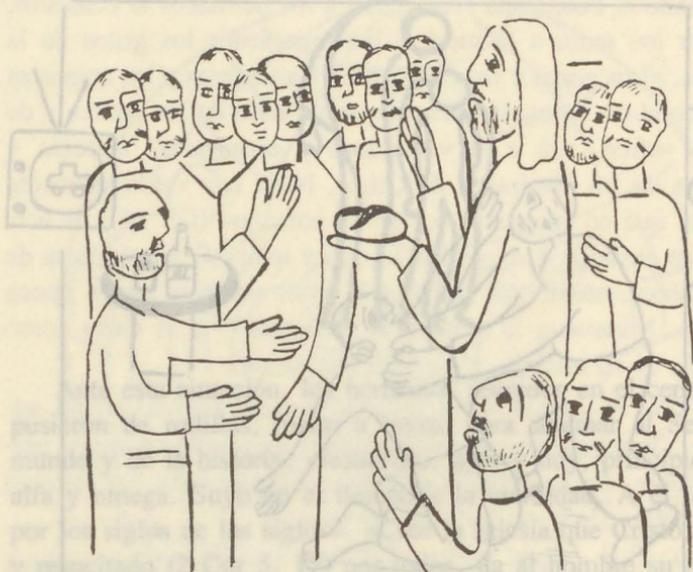
El Señor es la cabeza del cuerpo, de la Iglesia. En él está toda la gracia, en toda su fuerza y novedad. Esta plenitud de gracia, la ha entregado a su cuerpo, en el pan y en la copa, para que por medio de su fraternidad, la novedad de su gracia se siembre en el mundo, y así lo purifique, lo levante, lo transforme y lo lleve a plenitud. El irá a la cabeza de los hermanos, pues reina para arrancar todas las cadenas y derribar todos los muros, preparando así el hogar, que ha de entregar al Padre (GS 22; 32; 38; 45).

— El Señor a la cabecera de la Iglesia hará camino por la tierra, arrancando todas las cadenas. Desde la cadena más honda del pecado personal, hasta las cadenas del montaje de la sociedad, incluso las cadenas del dolor y la muerte.



— Pero al tiempo, derribará el muro de la separación, la idolatría y el odio, que se han hecho muros en el mundo. Al abrir la entrada, el Padre derribará el muro que separa a los hermanos, para sentarlos a todos a una mesa (LG 36.38.48.51; GS 40.43.45).

La mesa de la cena, quiere el Señor ponerla en medio de la humanidad y del mundo, allí mismo donde está el muro de la separación. Y para que sea una mesa para todos, quiere levantar del basurero a los pobres. Allí, entre los frentes, en medio de las trincheras, están tirados los últimos. La mesa que él quiere poner es la mesa del año de la gracia, donde, tiradas todas las barreras y rotas todas las cadenas, la tierra llana sirva para hacer



el corro, con los pobres a la cabecera, a su lado. Pero así aparecerán los cimientos últimos de la tierra, que llevaban también la marca del Hijo. Los había dejado vestidos de su hermosura. Allí estaban sus gérmenes. Pero ahora la gracia de la pascua derramada sobre la tierra, no sólo la libera, sino que la recrea y empieza a aparecer la tierra nueva, que se va transfigurando al configurarse como el hogar de los hijos que preside el Primogénito.

El Primogénito es el hermano de los pobres para ser el hermano de todos. Su Iglesia ha de ser la Iglesia de los pobres, para ser la familia de todos. Pero la senda por donde él avanzará para hacer el año de la gracia será la senda de su bajada, de su despojo y de su vaciamiento. El se hizo pobre (Flp 2, 6; 2 Cor 8, 9) para servir a los pobres y así sentar a todos a la mesa (Lc 4, 18; 19, 10). «La Iglesia está llamada a seguir ese mismo camino». Su Iglesia tiene que hacerse pobre, para servir a los pobres y sentar a todos los hombres a la mesa (LG 8). Una mesa que será la creación recreada, el campo de guerra convertido en hogar, la cárcel que se abre al paraíso. Porque el Primogénito de toda la creación la va sometiendo con la fuerza de su gracia, liberándola

y reconciliándola, para entregarla al Padre y que él presida la última eucaristía para siempre.

El Hermano mayor que presidía la mesa se ha puesto a la cabecera de la marcha. En la mesa repartió dones distintos (LG III, IV, VI) para reunir la fraternidad en comunión y abrir en el mundo la brecha de la liberación y de la reconciliación. Toda su fraternidad peregrina atravesará con él el martirio, pero así será fermento del mundo hasta que la humanidad se convierta en fraternidad y el universo en hogar común, para alabanza de gloria del Padre (GS 42). «La Iglesia 'reunión visible y comunidad espiritual', avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo y su razón de ser es actuar como fermento y alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios» (GS 40).

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. Textos

El Señor, que encabeza la Iglesia en la mesa y en el camino,

- no sólo pretende reunir en uno a los hijos dispersos,
- sino preparar para todos el hogar común del Padre, en medio de los cielos y de la tierra.

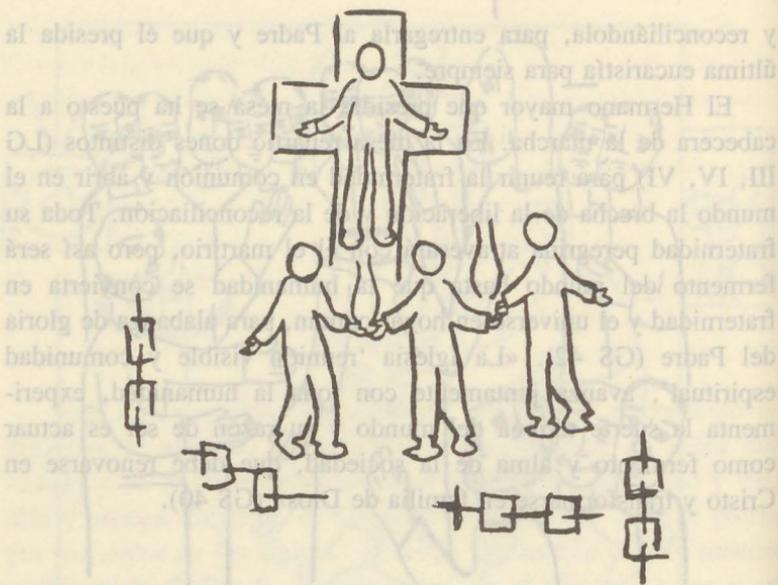
Esta obra de su señorío aparece en los textos con tres palabras principales: liberar, reconciliar y recapitular.

— Flp 2, 6-11; Col 1, 13-20.

— Ef 1, 9-10.18-23.

— Ap 1, 5-8; 21, 1-6.

Liberar da a entender que el Señor arrancará las cadenas que encadenan la creación. Reconciliar da a entender que el Señor derribará el muro que enfrenta la creación.



Y esto lo hará poniéndose a la cabeza para preparar la mesa del reino, donde los pobres ocuparán, como ya empiezan a ocupar ahora, el primer lugar, junto a él.

— 1 Cor 15, 20-28; 1 Cor 1, 22-31; 2 Cor 8, 1-15.

— Lc 6, 20-23; Mt 11, 2-6.25-30; 25, 31-46.

— Ap 11, 17-18; 12, 10b-12a.

Así se cumplirá el misterio de su voluntad de «recapitular» en Cristo todo lo que hay en los cielos y en la tierra.

## 2. Vocabulario

### *Gérmenes del Verbo*

El concilio ha contemplado la recapitulación del mundo con una mirada llena de misericordia. Al asomarse desde el cenáculo a los cielos y a la tierra, los ha visto en un claro-oscuro. No están radiantes de luz. Pero tampoco están ennegrecidos por la noche.

— Todo ha sido creado por las manos del Hijo y todo se mantiene en él. «Con solo su figura, vestidos los dejó de su hermosura».

Todas las criaturas tienen una huella de la imagen del Hijo. Y

más todavía el hombre, que ha sido creado a su semejanza. El pecado ha desfigurado la figura y ha desgraciado la gracia del mundo. Pero no la ha anulado. La figura no se ha borrado por entero. La gracia no se ha desgraciado por entero.

- En el mundo están, por tanto, «los gérmenes del Verbo». Todas las criaturas están germinando hacia el encuentro de la gracia pascual del Señor. Germinan y gimen. Tienen brotes y lágrimas. El concilio, sin desconocer las esclavitudes, se ha fijado con amor en las potencialidades. Y las ha visto como obra del Hijo y para ser consumadas en el encuentro con el Hijo.

Esta visión en esperanza descubre que la historia es ya una «preparación hacia el evangelio». Se trata de realizar la plenitud de la novedad de la pascua del Señor en una historia que ya había salido de sus manos.

### *Iglesia pobre de los pobres*

Desde los primeros días, los padres del concilio son conscientes de las graves injusticias que atraviesan el mundo y del grito de los pobres, cada vez más marginados y destrozados, que llega al cielo. Juan XXIII fue el primero en decir que la Iglesia es de todos y preferentemente es la Iglesia de los pobres.

- Pero el concilio no plantea el problema de la pobreza desde la situación del mundo (visión sociológica), ni tampoco desde la situación de la Iglesia en el mundo (visión eclesial). Su punto de mira es la pobreza de Jesús. Se trata de un planteamiento cristológico de la pobreza.
- Jesús, el Hijo del Padre, se ha despojado y se ha vaciado. Se ha hecho pobre. Y siendo el último de los pobres, ha anunciado el evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. El Cristo pobre se ha hecho el siervo de los pobres para salvar a todos y a todo.

Esta contemplación del misterio de la pobreza del Señor conduce a la Iglesia a un camino radical de empobrecimiento que consiste, sencillamente, en pisar sobre las huellas de su Señor. El despojo y el vaciamiento son camino obligado. Pero entrando en él, solo se entra

al último lugar del servicio. La Iglesia está llamada, por tanto, a ser «sacramento universal de salvación», siendo la Iglesia pobre de los pobres. La Iglesia acoge en los pobres a su Señor y los pobres acogen en la Iglesia a su Señor. Así el corro y la mesa quedan abiertos desde el último lugar como fraternidad universal para acoger a todos y a todo en la interminable alabanza a la gloria de su gracia.

### 3. *Celebración: Una mesa tan grande como el mundo*

#### 1. *Oración del comienzo*

La Iglesia, fermento y alma de la humanidad en el mundo.

Oración por la santa Iglesia B.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— El mundo entero sufre los dolores de un nuevo nacimiento. Gime por la libertad y la fraternidad (Rom 8, 18-25).

— La respuesta a este gemido es la mesa compartida del año de la gracia, que Jesús ha empezado a preparar y que su Iglesia continúa preparando con él (Lc 4, 16-22).

Aclamación entre las lecturas:

«Tu Reino es vida, tu Reino es verdad;  
 Tu Reino es justicia, tu Reino es paz;  
 Tu Reino es gracia, tu Reino es amor;  
 Venga a nosotros tu Reino; Señor» (CL 511).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación para compartirla entre todos.

Sugerencias para el diálogo en profundidad:

1. Ir más allá de los dos riesgos: quedarse sólo en la Iglesia o quedarse sólo en el mundo. ¿Cuál de estos peligros amenaza nuestra Iglesia? ¿cómo avanzar en el camino de la Iglesia en el mundo, hacia el Reino?

2. Comprender que para preparar esta gran mesa son necesarias las dos tareas: la liberación y la reconciliación. Una sin la otra no es posible. ¿Cómo las empalmamos en el camino?

3. La opción preferencial por los pobres es una exigencia del evangelio. ¿Hemos hecho esta opción? ¿la hemos hecho en el Espíritu de Jesús? ¿por dónde podríamos avanzar en ella? Y ¿cómo empalmarla con la fraternidad universal que acoge a todos y a todo?

4. *Aclamación final*

«Con vosotros está  
y no le conocéis,  
con vosotros está,  
su nombre es el Señor» (CL 723).

II  
ALTURA, HONDURA  
Y ANCHURA  
DE SU MISTERIO

## La Iglesia, reino de Cristo en misterio

### I. El reinado de la des-gracia

Jesús recorría los pueblos y aldeas... proclamando el evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a la muchedumbre se le conmovieron las entrañas por ellos, porque estaban despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 35-36). Su amor entrañable le hace ver y sentir su situación. Están despojados. Alguien les ha robado. Están abatidos. Alguien les ha golpeado. Y ellos en vez de unirse se han dispersado, cada uno a lo suyo, perdiéndose en las sombras de la muerte.

¿Cómo es que la tierra se ha convertido en el reino de la des-gracia? A primera vista se ven las cadenas que encadenan la tierra y el muro que encierran la historia. Pero si se mira más a fondo con los ojos de la hondura de la esclavitud y del dolor, ¿qué se ha sucedido?

Los hombres salieron de las manos del Padre, creados a su imagen y semejanza, la imagen de su Hijo. Eran una mano abierta, que era para darse. Eran libertad, capacidad de amar. Pero al comenzar su aventura prefirieron cerrarse para vivir su vida para sí mismos. Sus manos se cerraron al Padre en la des-

## II ALTURA, HONDURA Y ANCHURA DE SU MISTERIO

# 1 La Iglesia, reino de Cristo en misterio

## 1. *El reinado de la des-gracia*

«Jesús recorría los pueblos y aldeas... proclamando el evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a la muchedumbre se le conmovieron las entrañas por ellos, porque estaban despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 35-36). Su amor entrañable le hace ver y sentir su situación. Están despojados. Alguien les ha robado. Están abatidos. Alguien les ha golpeado. Y ellos en vez de unirse se han dispersado, cada uno a lo suyo, perdiéndose en las sombras de la muerte.

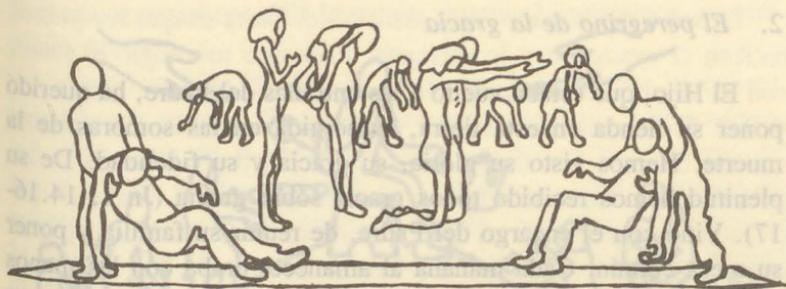
¿Cómo es que la tierra se ha convertido en el reinado de la desgracia? A primera vista se ven las cadenas que encadenan la tierra y el muro que la divide y enfrenta. Personajes y grupos escenifican la historia en el escenario del mundo. Pero cuando se mira más a fondo con los ojos de su misericordia, se descubre la hondura de la esclavitud y de la enemistad. ¿Qué es lo que ha sucedido?

Los hombres salieron de las manos del Padre, creados a su imagen y semejanza, la imagen de su Hijo. Eran una mano abierta, que era para darse. Eran libertad, capacidad de amor. Pero al comenzar su aventura prefirieron cerrarse para vivir su vida para sí mismos. Sus manos se cerraron al Padre en la des-

obediencia y se cerraron a los hermanos en la ambición (Gén 2, 4-4, 16). Al cerrar sus manos sintieron la necesidad de tener más que los otros, de poder más que los otros, de saber más que los otros. Así inauguran y establecen en el mundo la injusticia, la opresión y la manipulación. Ahora los hombres son una mano cerrada. Pero como son constructores del mundo, han hecho del hogar de la tierra un campo de guerra. Con el pecado personal han creado las estructuras de pecado, el pecado colectivo, que a su vez retorna sobre ellos para cerrarles todavía más en la desobediencia y en la ambición. La aventura de la historia es un camino en el que todos se van precipitando en el abismo del dolor que termina en la muerte.

El mundo no es una tierra de nadie. Es un reinado, un señorío. La pregunta es ¿quién reina en realidad? En este campo de guerra, encadenado y atrincherado reinan las figuras históricas de turno. Pero enseguida se percibe que estos señores son muñecos de guiñol de fuerzas inmensas y poderosas, que los movilizan y dirigen desde dentro. Detrás de los señores que parecen llevar en su mano el imperio del mundo, están la injusticia, la opresión y la manipulación, fuerzas cósmicas que dominan la tierra encadenándola. Pero en su origen están las manos cerradas, la cadena del pecado, y en su consecuencia, las manos destrozadas, las cadenas del dolor y de la muerte. Estas cadenas de la esclavitud encadenan y enfrentan a la humanidad, sujetándola al muro del enfrentamiento, de la enemistad y del odio. Unos y otros, ricos y pobres, poderosos y débiles, sabios e ignorantes, enfrentados como enemigos, están unidos radicalmente por la solidaridad del pecado, de la culpa y de la muerte. En este combate, junto al muro, entre los frentes, están tirados los pequeños cuya sangre es la primera que se vierte, sin que apenas haya ojos para contemplarla.

Estas fuerzas cósmicas de la esclavitud y la enemistad son «los principados... las potestades... los dominadores de este mundo tenebroso... Los espíritus del mal, que lo dominan envolviéndolo desde la altura» (Ef 6, 12-13). Están a las órdenes del príncipe de este mundo, que encabeza estas fuerzas en su señorío (Ef 2, 1-2; Jn 12, 31; 2 Cor 4, 4). Al principio decíamos que,



en este reinado de la desgracia, se dejaban ver a primera vista las figuras históricas que protagonizaban la historia del despojo, la opresión y la dispersión. Después hemos descubierto que las manos cerradas de los hombres, de todos sin excepción, construyeron unas cadenas y un muro, que ahora les sobrepasan con sus fuerzas imperiosas y les empujan a cerrarse más todavía. Pero al fin divisamos que quien reina en último término es el pecado y la muerte, las manos cerradas que se van destrozando sin remedio. «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». «Por el delito de un solo hombre reinó la muerte». «Abundó el pecado». «Reinó el pecado en la muerte» (Rom 5, 12.17.19.20.21).

Los hombres, llamados a ser hijos, se han convertido en esclavos; llamados a ser hermanos, se han convertido en enemigos. Eran gracia, pero la gracia se ha desgraciado, la figura se ha desfigurado. En este reinado de la des-gracia, se oyen los gemidos de la humanidad y de la creación entera. Gemidos por la liberación y la reconciliación. «La espera apremiante de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación entera fue sometida a la anulación, no porque ella quisiera, sino por aquel (el hombre) que la sometió». Así vemos y escuchamos que «la creación entera hasta el presente sufre dolores de parto» (Rom 8, 19-20.22). Pues el universo es el seno en donde madura o se malogra la humanidad que está germinando. La gracia no se ha desgraciado enteramente, pero se ha desgraciado profundamente. Al caminar por la tierra de la humanidad se oyen sus gemidos y se ven sus gérmenes.

## 2. *El peregrino de la gracia*

El Hijo, que estaba vuelto a las entrañas del Padre, ha querido poner su tienda en esta tierra, sumergida en las sombras de la muerte. Hemos visto su gloria, su gracia y su fidelidad. De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia (Jn 1, 14.16-17). Vino con el encargo del Padre, de reunir su familia y poner su mesa común. Cada mañana al amanecer oraba con las manos abiertas al Padre: Abbá, Padre. Aquí estoy por ellos. En alabanza a la gloria de tu gracia. Quiero que donde yo estoy estén también ellos conmigo.

Después de abrir las manos al Padre, las extendía a los hermanos. Iba recorriendo las calles de los pueblos, con el saludo de su sonrisa. En su corazón resonaban los gemidos del pueblo y de la tierra a los que prestaban su voz el puñado de pobres del Señor (cf. Sal 71; 95; 112; 145). El era el mensajero de la buena noticia, el heraldo que anuncia la paz del reinado de Dios (Is 52, 7-10). A su paso, los hermanos se iban reuniendo. Atraídos por su cariño se fueron a hacer corro en torno a él. Llevaban consigo a sus pobres, que los ponían a sus pies. A su lado estaba el puñado de sus apóstoles, sacados del pueblo sencillo y humilde.

Jesús proclamaba el evangelio de Dios. «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 14-15). Después iba poco a poco descifrando el mensaje. ¿Sabéis lo que es un reino? En el reino siempre hay un rey, que lleva adelante su reinado ayudado por un encargado que hace sus veces. Pero el reino se realiza en un pueblo, que camina por una tierra. En este pueblo y en esta tierra, el rey lleva adelante su reinado. La señal de que reina con justicia es que salga en defensa de los desvalidos y de los pobres. Un rey, un encargado, un pueblo, una tierra, un reinado. Eran palabras que la gente llevaba en el corazón por el mensaje de los profetas y la oración de los salmos. Lo que más les sorprendía, sin embargo, era el cariño entrañable de aquel mensajero que los había reunido en corro.

Su sorpresa llegó al asombro cuando descubrieron que él era el Hijo amado del Padre. Les habló al corazón y les dijo: El Padre



me ha enviado para que os traiga su amor. El que me ve a mí está viendo al Padre (Jn 14, 9). Desde su rostro, entre sus manos, las palabras de su mensaje se hacían enteramente nuevas. «Ha llegado el reino de Dios». El rey que reina es mi Padre, que es vuestro Padre. Ha aparecido la aurora de su misericordia y de su fidelidad. Junto a mí, con el mismo amor que os entrego, podéis llamarle «Padre nuestro» (Mt 6, 9). Reina su ternura, reina la fuerza de su gracia. Por eso vosotros ya no sois esclavos, encadenados por las cadenas, ni enemigos enfrentados en el muro. Os anunció una gran alegría: «Todos vosotros sois hermanos... Uno solo es vuestro Padre» (Mt 23, 8.9). El pueblo del reino es un pueblo de hijos, una familia de hermanos.

Ahora comprendéis que la tierra ha cambiado de rostro. ¿No lo veis con vuestros ojos? Antes veáis que era un campo de guerra. Pero en este corro grande, que estamos haciendo, la tierra pasará a ser una pradera florecida, como la palma de la mano, donde nos sentemos todos a compartir el pan, servido por los más pequeños (Mc 6, 30-44; 8, 1-10). En este corro ya veis cómo los pequeños han pasado al primer lugar de la mesa. Junto a mí están los pobres, que llamé a ser apóstoles conmigo. Y junto a mí, vosotros habéis traído también a vuestros pobres, marcados por el dolor y el desvalimiento. Así tiene que ser, la tierra del reino será un hogar, donde se sienten todos y los más pequeños se pongan conmigo a la cabecera de la mesa.

La señal del reinado de la justicia del Padre es que los pobres reciben el evangelio y lo entregan. Para esto me ungió el Padre con su amor, con el encargo de inaugurar el año de la gracia (Lc 4, 18). Ya lo veis: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Lc 7, 22). Ya veis que se están rompiendo las cadenas y derribando el muro. «Si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12, 18).

En medio del gran corro se veía ya el pequeño grupo de hermanos que estaba acogiendo su mensaje. Jesús no estaba solo. Junto a él un puñado de apóstoles y discípulos, que con las manos abiertas acogían su amor, para compartirlo y ofrecerlo. En esta pequeña fraternidad, que estaba con él en la mesa y en el camino, el Reino había sido acogido y estaba germinando. «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro a su alrededor, dice: Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 34-35). «No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros el Reino» (Lc 12, 32). En Jesús, al que acompaña su pequeña fraternidad, ha aparecido el Reino en medio de la tierra de las sombras de la muerte.

### 3. *Entronizado en el madero de los criminales*

La mesa del Reino, puesta por los caminos, fue rechazada por todos y el peregrino de la gracia terminó en el madero de los criminales. En el viernes santo clavaron el madero vertical en la tierra. Después, en el madero horizontal, puesto en el suelo, le enclavaron sus manos abiertas. Por fin lo levantaron a lo alto. Y sobre su cabeza, Pilato mandó poner una inscripción: Jesús, el Nazareno, el Rey de los judíos (Jn 19, 19). El Reino que se inauguraba por los caminos empieza a consumarse en el Reino del Hijo del amor. Allí estaba él. Allí el corro de hermanos. Allí

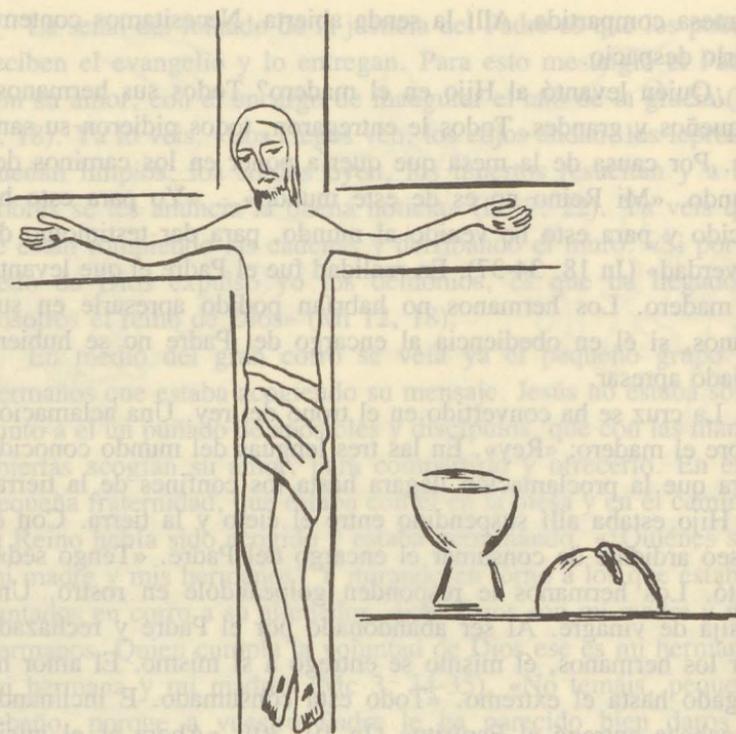
la mesa compartida. Allí la senda abierta. Necesitamos contemplarlo despacio.

¿Quién levantó al Hijo en el madero? Todos sus hermanos, pequeños y grandes. Todos le entregaron, todos pidieron su sangre. Por causa de la mesa que quería poner en los caminos del mundo. «Mi Reino no es de este mundo»... «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 34-37). En realidad fue el Padre el que levantó el madero. Los hermanos no habrían podido apresarle en sus manos, si él en obediencia al encargo del Padre no se hubiera dejado apresar.

La cruz se ha convertido en el trono del rey. Una aclamación sobre el madero: «Rey». En las tres lenguas del mundo conocido para que la proclamación llegara hasta los confines de la tierra. El Hijo estaba allí suspendido entre el cielo y la tierra. Con el deseo ardiente de consumir el encargo del Padre. «Tengo sed», gritó. Los hermanos le responden golpeándole en rostro. Una vasija de vinagre. Al ser abandonado por el Padre y rechazado por los hermanos, él mismo se entregó a sí mismo. El amor ha llegado hasta el extremo. «Todo está consumado. E inclinando la cabeza entregó el Espíritu» (Jn 19, 30). «Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo» (Jn 12, 31-32).

La cruz se ha convertido en mesa. El Hijo en sus manos enclavadas ha puesto ya definitivamente la mesa del Reino y el pan que hemos de compartir. En esta mesa él mismo se da a sí mismo. Pues el aliento de su amor se nos entrega en el pan que partimos y en la copa que bebemos. «Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Jn 19, 34). El agua del bautismo en el que nos abraza para ser hijos en él. El pan de la eucaristía en el que nos acoge, entrañándonos en su misma entrega. El Espíritu, en el agua y la sangre. «El recibirá de lo mío y os lo comunicará» (Jn 16, 14).

Ya tenemos la sede, ya tenemos la mesa. Pero ¿y el corro de hermanos? Casi todos le habían abandonado. Sin embargo, «junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su



madre, María mujer de Clopás y María Magdalena» (Jn 19, 25). María, el discípulo amado y unas mujeres sencillas que lo habían acompañado. Sus brazos extendidos entre ellos los acogen y, porque él los acoge, ellos pueden acogerse unos a otros. Son de los pequeños, de los humildes. Los que quedaron más cerca de él en la mesa, los que hicieron el corro de familia, con una Madre en medio, para que un día pudieran reunirse todos los hijos del Padre que estaban dispersos por el mundo. Se nos va dibujando el misterio del reinado del Hijo. El a la cabecera de la mesa, con sus hermanos pequeños. Entre sus manos, la mesa grande y extendida en la que él mismo se entrega a sí mismo, en todo su amor.

Desde la mesa se abre el camino de la pascua. Sobre ella está el cordero pascual, al que no se quebrará hueso alguno. Estamos en la fiesta de pascua inaugurada por «el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29.36). La pascua es el paso de la esclavitud a la libertad, de la enemistad a la fraternidad.

Pascua del Señor, pascua de su Iglesia, pascua de la humanidad, pascua del universo. Todos tendrán que mirar al que traspasaron para llegar a ser hombres. En el madero, desde donde reinó, ha aparecido el hombre y el rey. «Ecce homo». «Ecce rex». Así el Padre nos ha arrancado del dominio de las tinieblas y nos ha hecho pasar al reino del Hijo de su amor (Col 1, 12-13).

Contemplamos todavía más de cerca el rostro del Rey. Es el Hijo, imagen del Padre. Con las manos abiertas se volvió a nosotros en admirable intercambio. En la creación el Padre nos hizo a su imagen, en la pascua le hizo a él a imagen nuestra. El Hijo ha aparecido en la forma de esclavo. Pero se ha mantenido con las manos abiertas. Los hermanos pudieron así hacer la última hazaña de su historia: dar muerte al Hijo en el madero. Murió como un esclavo crucificado. «Hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Pero el Padre le alentó su amor, le arrancó de la muerte, le encumbró, le entronizó. Tú eres mi Hijo. Tú eres el Primogénito. Tú eres el Hombre nuevo. Tú eres el Señor. Que caigan de rodillas los cielos y la tierra y los abismos. Jesús, el Hijo enviado a nosotros y entregado por nosotros es ahora el Hijo entronizado como Señor. El rey ha anticipado en su señorío el reino del Padre (Flp 2, 6-11).

#### 4. *La Iglesia, reino de Cristo presente ya en misterio*

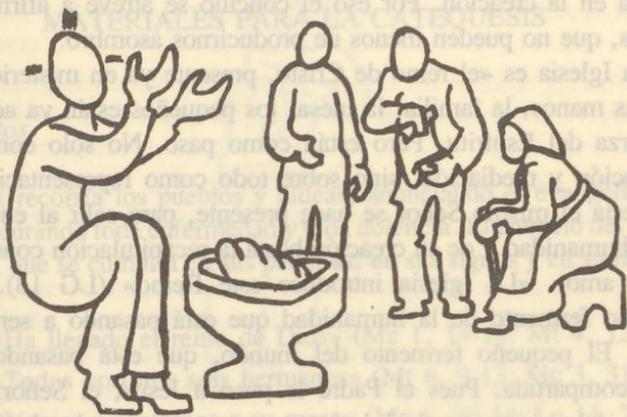
Pongamos los ojos en el Señor entronizado (1 Cor 15, 20-28). El es el Hijo, él es el Cristo, él es el Señor. «Es necesario que él reine» (1 Cor 15, 25a). El encargo que ha recibido es preparar el reino del Padre, para entregárselo a él, el día de la consumación. «El fin, cuando entregue a Dios Padre el reino después de haber destruido todo principado, dominación y potestad» (1 Cor 15, 24). Este Rey aparece en primer lugar como el Ungido, el Mesías. Tú eres mi Hijo. Siéntate a mi derecha. Conmigo a tu derecha quebrantarás a los reyes. Te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra (cf. Sal 110, 1-7; 2, 7-8; 1 Cor 15, 25). Pero el Mesías reina por su pueblo. El reinado del Ungido se realizará por medio de su pueblo mesiánico, que es la Iglesia.

Si continuamos ahondando en la palabra, el rostro del Cristo se nos transfigura en el rostro del Hombre nuevo. «Lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (Sal 8, 6-7; 1 Cor 15, 27). «Pues del mismo modo que en Adán murieron todos, así también en Cristo, todos volverán a la vida» (1 Cor 15, 22). Si el Mesías encabeza el pueblo mesiánico, el Hombre nuevo encabeza la nueva humanidad. Pues el último Adán es Espíritu que alienta la vida en todos sus hijos, que se configuran con él (1 Cor 15, 45). El reinado del Hombre nuevo se realiza así por medio de la nueva humanidad, que es la Iglesia.

Se ha inaugurado el reino de Cristo, el señorío del Hombre nuevo (Rom 5, 12-21). Si por un hombre se inauguró el reinado de la desgracia, por otro hombre único se ha inaugurado el señorío de la gracia. Pero el don excede al delito. Por el delito de uno murieron todos, por la obediencia de uno se desbordará la gracia sobre todos. «Si por el delito de uno solo reinó la muerte por un solo hombre, ¡con cuánta más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, Jesucristo!» (Rom 5, 17). «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia». «Así lo mismo que el pecado reinó en la muerte, así también reinará la gracia en la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor» (Rom 5, 20-21).

El reino de Cristo es para el reino de Dios (Ef 5, 5). El Hijo, el Hombre nuevo, el Rey mesiánico, a través de su Iglesia dará la liberación y la reconciliación a la humanidad y al cosmos, que todavía gimen con apremiante esperanza. «Cuando hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a aquel que ha sometido a él todas las cosas para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 28).

Ahora comprendemos la profundidad del misterio de la Iglesia del Señor, peregrina por el mundo hacia el reino del Padre. La Iglesia no es el reino de Dios. «La Iglesia recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de las gentes y constituye en la tierra el germen y el comienzo de este Reino» (LG 5). La pequeña familia de hermanos no es la gran familia, la mesa del compartir no es la gran mesa. Todavía



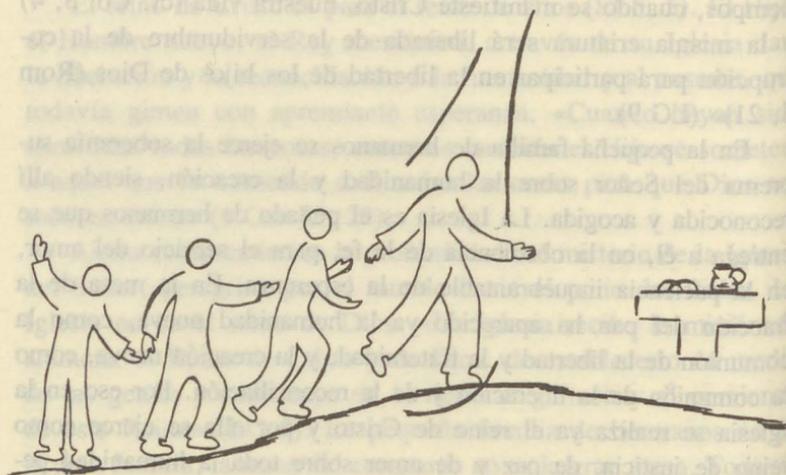
hay cadenas y muros. Todavía las lágrimas corren por los rostros de los hermanos. Pero el Reino es sobre todo el Hijo, sus manos, su pan, su fuego, que va prendiendo en el pequeño grupo de hermanos, para acabar incendiando la humanidad y la tierra.

Por eso decimos que la Iglesia es el comienzo anticipado del reino de Dios, es el germen sembrado como fermento, para irradiar su fuerza. Esta familia de hermanos, pueblo mesiánico del Ungido, que él preside como cabeza, «tiene últimamente como fin la dilatación del reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por él mismo al fin de los tiempos, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (cf. Col 3, 4) y la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 21)» (LG 9).

En la pequeña familia de hermanos se ejerce la soberanía suprema del Señor sobre la humanidad y la creación, siendo allí reconocida y acogida. La Iglesia es el puñado de hermanos que se entrega a él, en la obediencia de la fe, para el servicio del amor, en la paciencia inquebrantable de la esperanza. En la mesa de la fracción del pan ha aparecido ya la humanidad nueva, como la comunión de la libertad y la fraternidad, y la creación nueva, como la comunión de la liberación y de la reconciliación. Por eso en la Iglesia se realiza ya el reino de Cristo y por ella se ejerce como reino de justicia, de paz y de amor sobre toda la humanidad pe-

regrina en la creación. Por eso el concilio se atreve a afirmar dos hechos, que no pueden menos de producirnos asombro.

La Iglesia es «el reino de Cristo, presente ya en misterio» (LG 3). Las manos, la familia, la mesa, los pequeños están ya aquí. En la fuerza del Espíritu. Pero están como paso. No sólo como manifestación y mediación, sino sobre todo como representación. En la Iglesia el mismo Señor se hace presente, para salir al encuentro de su humanidad y de su creación hasta la recapitulación consumada en su amor. «La Iglesia introduce este Reino» (LG 13). Es el pequeño fermento de la humanidad que está pasando a ser fraternidad. El pequeño fermento del mundo, que está pasando a ser mesa compartida. Pues el Padre le puso a Jesús, el Señor, como cabeza del universo en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva todo a plenitud. Hasta que vencidos todos los poderes, él mismo se entregue al Padre, para que el Padre sea todo en todas las cosas, para alabanza de la gloria de su gracia. Por eso el concilio puede atreverse a decir que esta pequeña fraternidad, fermento del reino en el mundo es «germen de unidad» e «instrumento de redención» (LG 9), «fermento de fraternidad y fermento de libertad» (AG 8). Ha de hacer camino con su Señor por el camino de la cruz para dejar pasar por él la gloria de su gracia que acabará inundando toda la tierra y se convertirá en la interminable acción de gracias al Padre, por su Hijo, en la unidad del Espíritu santo.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. Textos

Jesús recorría los pueblos y aldeas, anunciando el evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. El anuncio del reino de Dios, que se cumplía en sus palabras, en sus signos y en su misma persona.

- «Ha llegado el reino de Dios» (Mc 1, 14-15; Mt 4, 12-17).
- «Todos vosotros sois hermanos» (Mt 6, 9-13; Mc 3, 31-35).
- «Vamos a sentarnos a su mesa» (Mc 6, 30-34; Lc 14, 7-24).
- «Donde los pobres sean los primeros» (Lc 4, 16-22; Mt 11, 2-6).

El Reino anunciado por los caminos se cumplió en la pascua del Señor. El Hijo entregado como siervo ha empezado a reinar. Ya está hecho el corro de hermanos. Ya está la mesa puesta. Ya los pobres han empezado a servir.

- «Conviene que él reine» (1 Cor 15, 20-28; Hech 2, 22-36).
- «Para que encabece todo el universo en la Iglesia» (Col 1, 13-20; Ef 1, 18-23).
- «Llevando todo hacia su plenitud» (Ef 1, 9-10; 4, 7-16).

El reino de Dios se ha inaugurado en el reino de Cristo. El Señor, que encabeza su Iglesia hacia la consumación es ya el «reino de Cristo, presente en misterio».

### 2. Vocabulario

#### Abbá

En el anuncio del Reino que Jesús hace por los caminos hay una absoluta novedad, que se encierra en la palabra «abbá», una palabra aramea, que los hermanos no pueden traducir. Es tan única y tan nueva que no se puede traducir. Es una palabra mismísima de Jesús. Una palabra que es un don nuevo que hace nuevas todas las cosas.



- «Abbá» es la palabra con que se dirige al padre el hijo pequeño que no sabe hablar. En ella se dice y se entrega por entero. Pero es una palabra de respuesta ante la ternura del padre, que aparece en su rostro ante los ojos del niño pequeño. El Padre se ha entregado a su Hijo por entero. Esta palabra expresa la relación única de Jesús con el Padre. El es su Hijo amado, su Hijo único, entregado al Padre en la absoluta obediencia y confianza.
- Lo asombroso es que Jesús ha pasado esta palabra a nuestros labios. ¿Cómo es que podemos pronunciar esta palabra que es única? Sencillamente porque ha derramado su Espíritu en nuestros corazones y nos ha dado parte de su filiación y en su fraternidad. El Padre os ha regalado la «comunión en el Hijo», último misterio del Reino. Ahora la humanidad ya se transforma en fraternidad, la tierra en hogar y la historia en camino hacia la última casa de la herencia. De forma tan sencilla revela Jesús el misterio del Reino.

### *Signo e instrumento*

La Iglesia es el fermento del Reino. Un poco de levadura en la masa, un poco de luz en la noche, un poco de sal en la comida, un grano de trigo en la tierra, un pequeño rebaño en el camino. Si esta realidad tan misteriosa y tan sencilla tuviéramos que expresarla en términos más teológicos, más abstractos, para precisar sus rasgos di-

riamos que la Iglesia del Señor, donde se anticipa e irradia el Reino, es a la vez:

- Sacramento. Es decir, signo visible del misterio invisible. La Iglesia está vista entonces en el horizonte de la revelación, como epifanía, como rostro.
- Instrumento. Con esta palabra se añade algo más. Se ve a la Iglesia en el horizonte de la mediación, como camino, como medio por donde el Reino avanza.
- Representación. Pero tal vez las dos palabras puedan ser asumidas y trascendidas en otra de profundo enraizamiento bíblico: la representación.

La Iglesia, «reino de Cristo ya presente en misterio», es «representación del Señor». No representa al Señor, sino que es el Señor quien se hace presente en ella para realizar el reino del Padre. De ahí que el sacramento sea para la total transparencia y la mediación para la absoluta inmediatez.

### 3. *Celebración: Germen y comienzo del Reino*

#### 1. *Oración del comienzo*

Oración de Jesucristo, Rey del universo.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

El reino del Padre se ha realizado en la entronización de Jesús en su travesía pascual. Ahora ya reina él. Ahora ya, en la Iglesia y por la Iglesia, va ejerciendo su reinado, para avanzar la llegada del reino del Padre.

— 1 Cor 15, 20-28; Col 1, 12-20; Ap 1, 5-8.

— Mt 25, 31-34; Lc 23, 35-43; Jn 18, 33-37.

— Aclamación entre las lecturas:

«Tu Reino es vida, tu Reino es verdad;  
tu Reino es justicia, tu Reino es paz;  
tu Reino es gracia, tu Reino es amor;  
venga a nosotros tu Reino, Señor» (CL 511).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación para compartirla entre todos.  
Sugerencias para un diálogo en profundidad.

1. La Iglesia no es el reino de Dios, sino tan sólo su germen y comienzo. ¿Vivimos centrados sólo sobre nosotros mismos, sin escuchar los gritos de los hombres?

2. La Iglesia es el reino de Cristo. No la organización, sino la comunión en su misterio es lo que da a la Iglesia su verdadera fuerza. ¿Vivimos por él y con él y en él? ¿y para él?

3. La Iglesia reino de Cristo en el mundo hacia la consumación en el reino del Padre. Un poco de levadura en la masa. Un grano de trigo en la tierra. ¿Somos en verdad fermento y alma de este mundo, en donde nos ha puesto el Señor?

#### 4. *Aclamación final*

«Anunciaremos tu Reino, Señor» (CL 402).

«Id y enseñad» (CL 409).

## 2 La Iglesia, nuevo pueblo de Dios

### 1. A la cabeza del pueblo de la nueva alianza

El Padre se ha propuesto salvar a los hombres no individualmente «sino constituir un pueblo que le conociera de verdad y le sirviera santamente» (LG 9). Cuando los hombres se cerraron al amor y la tierra quedó invadida por la noche, el Padre mantuvo fielmente el propósito de su voluntad, la misericordia y la fidelidad de su alianza.

El comenzó a mostrar su alianza en la elección de la promesa. Junto a Babel, andaban errantes los beduinos del desierto. Por mano de Abrahán, empezó a reunir de entre los pobres de la tierra a su pueblo amado, a quien se propuso entregar la tierra de la herencia. Siempre su mano extendida, su representante, en quien él mismo actúa, el pueblo que va reuniendo la tierra de la herencia, adonde se dirige, y el camino, que va abriendo hacia



el porvenir hasta llegar a ella. «El Señor dijo a Abrahán: Vete de tu tierra y de tu patria y de tu casa, a la tierra que te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y sé tú una bendición. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gén 12, 1-3). Su descendencia como las estrellas del cielo, su tierra ancha desde el oriente al poniente (Gén 13, 14-16). «Aquel día firmó el Señor una alianza con Abrahán» (Gén 15, 18; cf. 17, 3-7).

El Padre continuó mostrando su alianza en el éxodo de la redención. Oyó los gemidos de sus hijos, reducidos a esclavitud. Y llamó a un caudillo, para llevar adelante su salvación con brazo extendido (Ex 6, 5-7). «Ahora, si de verdad escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mí propiedad personal entre todos los pueblos de la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 3-6). Fue un gesto de su amor por ellos, los más pequeños de la tierra. Fue una fidelidad al juramento hecho a los padres (Dt 7, 6-8). «Como el águila incita a su nidada revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas. El Señor solo los condujo, no hubo dioses extraños con él» (Dt 32, 11-12).

El Padre continuó mostrando su alianza en la promesa del porvenir. La alianza del pasado se abre camino por el presente hacia el tiempo final, en el que él hará todas las cosas nuevas. Llegan días en que pactaré con la casa de Israel una alianza nueva. Escribiré mi ley en sus corazones y perdonaré con misericordia sus pecados. La nueva alianza proviene de más arriba: el amor del Padre que perdona. Alcanza hasta más abajo: un corazón nuevo en las entrañas. Va más adelante: el nuevo éxodo encabezado por el Ungido (Jer 31, 31-34; Ez 11, 19-20). El Padre les recogerá de entre los países para llevarlos a su tierra. Les perdonará todas sus traiciones, les dará un corazón nuevo y les infundirá un espíritu nuevo, para que caminen por sus mandamientos (Ez 36, 24-28). Al frente del pueblo, que se reúne para avanzar a la tierra de la herencia, habrá un enviado, que será su pastor y su rey (Ez 34, 23).

El Padre «realizó todo esto como preparación y símbolo de la nueva alianza perfecta, que había de efectuarse en Cristo, y

de la plena revelación, que había de hacer por el mismo Verbo encarnado» (LG 9). La increíble novedad de la alianza nueva es que el Padre entregará a su Hijo como siervo, para que encabece al pueblo nuevo de su adquisición. Cuando decidió hacer todo nuevo (Is 43, 16-21), puso a su Siervo, como alianza del pueblo y luz de las naciones (Is 42, 6-7; 49, 6) para realizar con dulzura y sin desmayo su justicia hasta los confines de la tierra (Is 42, 1-6). El nuevo pueblo, que en el nuevo éxodo inaugurará la tierra nueva, estará encabezado por aquel Siervo entregado, que nos ha reunido cuando estábamos dispersos, que ha cargado con nuestras iniquidades y con sus heridas ha curado las nuestras (Is 52, 13-53, 12).

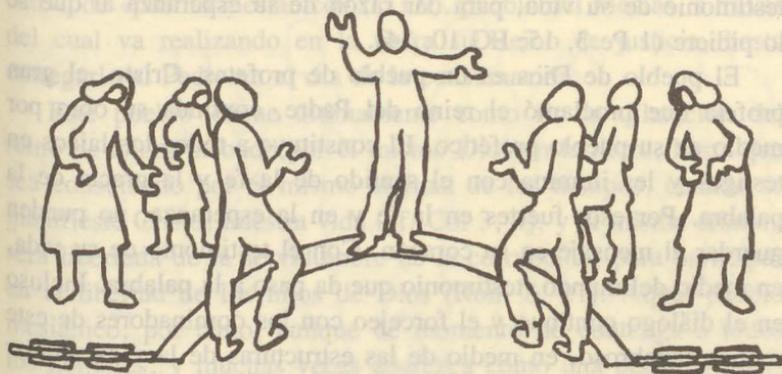
La nueva alianza se ha realizado en la pascua del Señor y se nos ha entregado en la mesa pascual. «Esta es la alianza nueva que estableció Cristo, es decir, el nuevo testamento en su sangre (cf. 1 Cor 11, 25)» (LG 9). El Hijo, entregado como siervo y entronizado como Señor, es en realidad la misma nueva alianza. Su sangre es el sello con el que el Padre ha sellado su compromiso de amor con su pueblo y con su tierra. «Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación (Rom 4, 25) y, habiendo conseguido un nombre que está sobre todo nombre (Flp 2, 6-11), reina ahora gloriosamente en el cielo» (LG 9). Es él quien está a la cabecera de la mesa entregándonos el pan y la copa de la alianza. Es él quien se ha puesto delante en el camino para congregar y conducir al nuevo pueblo, que continúa y sobrepasa al antiguo. En esta alianza antigua y nueva, aparece este pueblo colgado de la misericordia y de la fidelidad del Padre. La elección de Abrahán, la salida de Egipto, el retorno desde Babilonia, la nueva pascua del Hijo entregado muestra claramente que el pueblo que viene de atrás y se abre camino hacia adelante es enteramente una obra del Padre, el gesto inquebrantablemente fiel de su misericordia. El pueblo de la alianza es exclusivamente obra de su gracia, aparecida en plenitud en su Hijo, para la incesante acción de gracias, que será ya interminable.

## 2. *Un pueblo de hijos, iguales en dignidad*

El concilio, al poner delante de todos los dones y servicios (LG III; IV, VI), el misterio del pueblo de Dios (LG II), pretende subrayar que este pueblo «tiene por suerte la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu santo como en un templo» (LG 9). Es el pueblo que el Hijo ha rescatado y reunido con su propia sangre (Hech 20, 28; Tit 2, 13-14; Heb 2, 17; 13, 12). El viejo pueblo era «el Israel, según la carne». La gracia de la alianza se había estrechado entre sus manos. Era nación elegida por su sangre; tenían un camino único por su ley; estaban marcados con una señal propia por su circuncisión. La Iglesia ahora, reunida de entre los judíos y gentiles, se reúne en la unidad por el Espíritu. Pues los que creen en Cristo, renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo (cf. 1 Pe 1, 23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu santo (cf. Jn 3, 5-6), son hechos por fin «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición... que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios» (1 Pe 2, 9-10).

Ahora los que estaban lejos y los que estaban cerca, todos han llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. El Señor en su pascua ha llegado a ser liberación y reconciliación para todos. Para todos, paz y entrada. Efectivamente, él ha derribado en su carne el muro que nos separaba del Padre. Así todos por él tenemos acceso al Padre en la unidad del Espíritu santo (cf. Ef 2, 11-19). Al llegar la plenitud de los tiempos envió el Padre a su Hijo, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para que recibieran la adopción. Entonces nos hizo ser hijos en su Hijo. La prueba de que somos hijos es que el Padre envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita «Abbá, Padre» (Gál 4, 4-7). Este mismo Espíritu da testimonio a nuestros corazones de que somos hijos del Padre, hijos y herederos, que pueden clamar «Abbá, Padre» (Rom 8, 14-17).

Todos, pues, somos hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano. El pueblo de Dios, en la profundidad más honda de su



misterio, es un pueblo de hijos y de hermanos. Se han roto todas las diferencias. «Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer porque todos sois uno en Cristo» (Gál 3, 28; 1 Cor 12, 13; Col 3, 9-11). Ya no somos extranjeros y forasteros. Antes no teníamos hogar. Ahora hemos entrado al hogar del Padre, por su Hijo, en el Espíritu santo. Por el Hijo, a través del Hijo; con el Hijo, en compañía del Hijo; en el Hijo, en el mismo aliento del Hijo. Este es el don originario, la comunión en el Hijo, que nos iguala radicalmente a todos.

La comunión en el Hijo nos comparte radicalmente a todos la comunión en su filiación y en su fraternidad. Pero el Hijo entregado y entronizado es también el único Sacerdote, el único Profeta y el único Rey. A todos sus hermanos les ha compartido su servicio sacerdotal, profético y real. Aunque de manera esencialmente distinta, todos sin embargo somos sacerdotes en el Sacerdote, profetas en el Profeta y reyes en el Rey.

El pueblo de Dios es un «sacerdocio real» (1 Pe 2, 9). Su Hijo Jesucristo, que nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre «ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre» (Ap 1, 6; 5, 9-10). Sacerdotes que aclaman al Padre en la liturgia. Todos los discípulos, perseverando en la oración y en la alabanza (Hech 2, 42-47) se ofrecen a sí mismos como hostia viva agradable a Dios (Rom 12, 1). Sacerdotes que proclaman al Padre en el mundo. Ellos anuncian las maravillas del que los sacó de las tinieblas, y acompañan el anuncio con el

testimonio de su vida, para dar razón de su esperanza al que se lo pidiere (1 Pe 3, 15; LG 10; 34).

El pueblo de Dios es un pueblo de profetas. Cristo, el gran profeta que proclamó el reino del Padre, continúa su obra por medio de su pueblo profético. El constituye a todos los laicos en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra. Por eso, fuertes en la fe y en la esperanza, no pueden guardar el mensaje en su corazón. Con el testimonio de su vida, en medio del mundo, testimonio que da paso a la palabra. Incluso en el diálogo continuo y el forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso, en medio de las estructuras de la vida secular (LG 12; 35).

El pueblo de Dios es un pueblo de reyes. Al Hijo crucificado y exaltado le está sometido todo lo creado para llevar adelante el Reino y entregarlo al Padre. Esta potestad se la ha comunicado a sus discípulos, contituyéndoles en libertad regia, que vence el reino del pecado. Pero además el Señor, a través de los laicos, lleva adelante en el mundo su Reino de justicia, de paz y de amor, hasta que vengan los hermanos hacia el Rey, a quien servir es reinar y hasta que todas las criaturas tomen parte en la libertad gloriosa de los hijos de Dios (LG 36).

Partiendo de la mesa del Señor, el pueblo de hijos sale a los caminos del mundo a proclamar la profecía del evangelio y a realizar la justicia del Reino, para volver de nuevo como sacerdotes a ofrecerse a sí mismos en alabanza de gloria, junto con el pan partido que se ofrece y se entrega en la mesa.

### 3. *Germen de unidad e instrumento de redención*

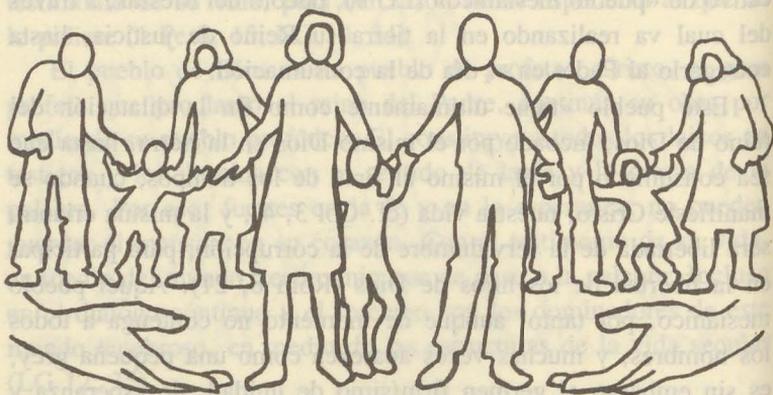
Al llamar a la Iglesia «el pueblo de Dios», la estamos viendo encabezada por su Señor y destinada a la realización de su Reino. Una y otra vez hemos señalado que la mano misericordiosa del Padre se hace presente en su Hijo enviado, el Ungido con el Espíritu, para reunir al pueblo de los hijos y conducirlos hacia la tierra de la herencia. El Señor, su Iglesia, su Reino, su camino. Por eso a este pueblo santo le llamamos con el nombre signifi-

cativo de «pueblo mesiánico» (LG 9), pueblo del Mesías, a través del cual va realizando en la tierra su Reino de justicia, hasta entregarlo al Padre en el día de la consumación.

Este pueblo «tiene últimamente como fin la dilatación del reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por él mismo al final de los tiempos, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (cf. Col 3, 4), y la misma criatura será libertada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 21). Aquel pueblo mesiánico, por tanto, aunque de momento no contenga a todos los hombres, y muchas veces aparezca como una pequeña grey, es sin embargo el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por él como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16)» (LG 9).

El Señor por medio de su Iglesia realiza su Reino para el reino del Padre. «La Iglesia... recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino» (LG 5). En esta perspectiva aparece, pues, la Iglesia como «germen de unidad» e «instrumento de redención». Si traducimos estas dos palabras por otras dos paralelas del evangelio, nos encontramos con «liberación» y «reconciliación». La Iglesia, así pues, es germen e instrumento de la liberación y de la reconciliación de la humanidad y del universo por donde la humanidad peregrina.

Tendríamos que volver a nuestro dibujo de la tierra encadenada y dividida. Las cadenas del pecado, de la injusticia, de la opresión, de la manipulación, del dolor y de la muerte. Son cadenas empalmadas que atraviesan la tierra desde un extremo al otro de su escenario. Pero atravesando toda la superficie aparece también el muro de separación, construido por la enemistad y utilizado como trinchera. Es en este gran escenario, atravesando su hondura y su anchura, donde avanza el Señor con su Iglesia



inaugurando la novedad de su liberación y reconciliación. Debemos notar que no se trata de un recambio del montaje del mundo. Esto sería una de las dos alternativas de la restauración. La integración, que se propone desde el bloque dominante (cf. el fariseísmo), y la revolución, que se propone desde el bloque dominado (cf. zelotismo) son solo intentos de mantener la pirámide del mundo o darla la vuelta.

El Señor, por medio de su Iglesia, realiza la innovación escatológica de la historia con «su liberación» y «su reconciliación». Sus manos extendidas y abiertas ponen su gracia donde estaba nuestro pecado. Así somos liberados y reconciliados en el pequeño corro de hijos y hermanos que comparten su comunión. Pero ahora sus manos, acogiendo y sosteniendo las nuestras, por medio de las nuestras, ponen «su justicia» en la injusticia, liberando a los ricos y a los pobres y reconciliándolos en la mesa del compartir, anulando la división de riqueza y pobreza. Avanza, después, poniendo «su libertad» en la opresión, liberando a los amos y a los esclavos y reconciliándolos en la mesa del servir, anulando la división entre el poder y la servidumbre. Avanza todavía más poniendo «su verdad» en la manipulación, liberando a los inteligentes y a los manipulados, reconciliándolos en la mesa del darse, anulando la división entre el saber y la manipulación. Avanza incluso más todavía y pone «su vida» en el dolor y en la muerte. Su Iglesia, sembrada con él en la travesía

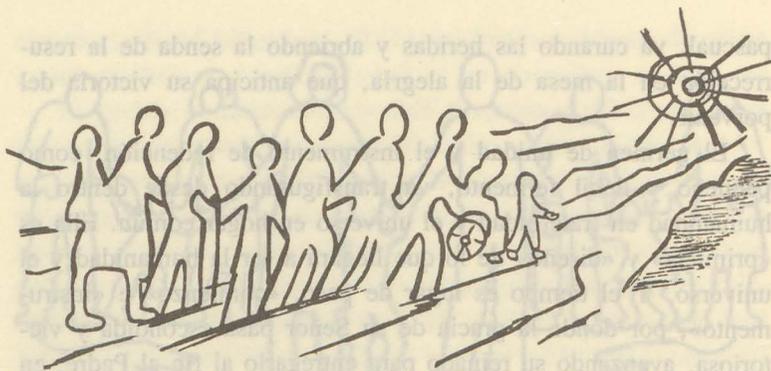
pascual, va curando las heridas y abriendo la senda de la resurrección en la mesa de la alegría, que anticipa su victoria del porvenir.

El germen de unidad y el instrumento de redención, como pequeño y débil fermento, va transfigurando desde dentro la humanidad en fraternidad y el universo en hogar común. Ella es «primicia» y «diseño» de lo que llegará a ser la humanidad y el universo. Y el tiempo es lugar de paso, «comienzo» e «instrumento», por donde la gracia de su Señor pasa escondida y victoriosa, avanzando su reinado para entregarlo al fin al Padre, en alabanza de la gloria de su gracia. Por eso con razón podemos llamarla «sacramento visible de esta unidad salvadora» (LG 9). Ella es en verdad el «sacramento universal de salvación» (LG 48). Cuando el Señor domine por fin los últimos poderes que encadenan todavía a la humanidad y al cosmos, todos los hombres y todas las criaturas harán corro en torno a la mesa de la pascua eterna, para cantar el cántico nuevo que ya habíamos empezado a cantar en la mesa de la Iglesia peregrina.

#### 4. *Peregrinando por la cruz a la luz sin ocaso*

La Iglesia es el «pueblo peregrinante de Dios». «Así como el pueblo de Israel según la carne, el peregrino del desierto, es llamado alguna vez Iglesia (cf. Núm 20, 4; etc.), así el nuevo Israel, que va avanzando en este mundo hacia la ciudad futura y permanente (cf. Heb 13, 14), se llama Iglesia de Cristo (cf. Mt 16, 18), porque él la adquirió con su sangre (cf. Hech 20, 28) y la llenó de su Espíritu» (LG 9).

El camino por donde avanza la Iglesia es el mismo que su Señor ha abierto al andar. Su camino fue el camino del amor, que se consuma en la muerte de cruz. Si el viejo pueblo tenía su camino en la ley, el nuevo pueblo tiene su camino en el mandamiento nuevo. «Tiene por ley el mandato del amor, como el mismo Cristo nos amó» (LG 9). «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie



tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 12-13; 13, 34; 1 Jn 3, 16). El camino del amor es, por ello, el camino de la cruz.

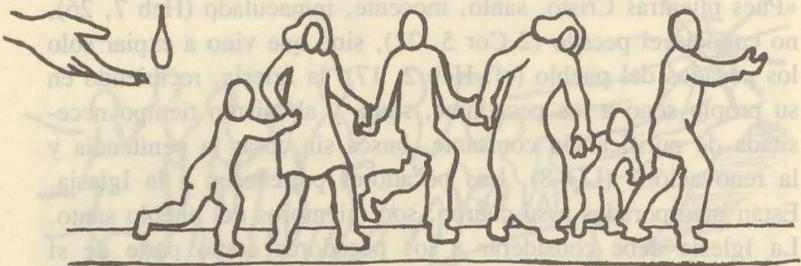
El pueblo de Dios está pasando del señorío de las tinieblas al reino del Hijo del amor. Una peregrinación en el claro-oscuro. La oscuridad proviene en parte de los golpes. Desde la eucaristía, la Iglesia se abre camino por el mundo para proclamar la muerte del Señor hasta que él venga (1 Cor 11, 26). Es por tanto un camino martirial. La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» (LG 8). El martirio que nos configura con el Señor es el supremo don y la prueba mayor de caridad. Aunque el derramar la sangre es de unos pocos, todos los hermanos han de dar testimonio del Señor delante de los hombres, disponiéndose así a acoger la persecución, que nunca faltará a la Iglesia. La fuerza del Señor resucitado la sostiene y la vigoriza. «Peregrinos todavía en la tierra, siguiendo sus huellas en el sufrimiento o en la persecución, nos unimos a sus dolores, como el cuerpo a la cabeza, padeciendo con él para ser con él glorificados (cf. Rom 8, 17)» (LG 7).

El claro-oscuro de la peregrinación proviene en parte también de las culpas. El Hijo entregado es inocente (Heb 7, 26), pero no se avergonzó de llamarnos hermanos. Él ha participado en nuestra carne y sangre, asemejándose en todo a nosotros menos en el pecado (Heb 4, 15). Más aún, él ha tomado nuestra carne de pecado y fue hecho pecado por nosotros (Gál 3, 13; 2 Cor 5, 21; Rom 8, 3). Nos asomamos a un asombroso misterio de amor.

«Pues mientras Cristo, santo, inocente, inmaculado (Heb 7, 26), no conoció el pecado (2 Cor 5, 21), sino que vino a expiar solo los pecados del pueblo (cf. Heb 2, 17), la Iglesia, recibiendo en su propio seno a los pecadores, santa y al mismo tiempo necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación» (LG 8). Los pecadores pertenecen a la Iglesia. Están incorporados a su cuerpo, son miembros del pueblo santo. La Iglesia debe considerar a los pecadores como parte de sí misma. Ella está afectada por el pecado de sus miembros. No solo hay pecadores en la Iglesia, sino que ella misma es pecadora. Si busca la penitencia y la renovación es porque ha conocido en sí misma el pecado. La Iglesia tiene que orar todos los días: «perdona nuestras ofensas» (LG 40).

En el claro-oscuro de la cruz, donde se sufren las culpas y se acogen los golpes, amanece ya la aurora sin ocaso. Pues la Iglesia es «Iglesia santa» (LG 5; 8; 26; 32), «pueblo santo» (LG 9), «indefectiblemente santa» (LG 39), «esposa inmaculada» (LG 6), «digna esposa» (LG 9). Lo decisivo en la Iglesia no está en ser pecadora. Su pecado está definitivamente acogido y perdonado en la sangre del Hijo del amor derramada en la cruz. Con Cristo, en su encarnación, cruz y resurrección, ha llegado la gracia de la definitiva novedad. Ha llegado la plenitud de los tiempos, la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a germinar en la Iglesia «una verdadera, si bien imperfecta, santidad» (LG 48). Ya se ha manifestado el amor del Padre, por la gracia del Señor, en la comunión del Espíritu santo. Por la gracia del Señor preveniente y eficaz, la Iglesia está absolutamente predestinada y constituida en indefectible santidad. Lo auténtico y definitivo es que es la nueva humanidad capaz de soportar las culpas y los golpes por la gracia victoriosa del Señor.

El camino de la cruz es al tiempo el camino de la luz. De las tinieblas pasamos definitivamente a la luz sin ocaso. La Iglesia «se vigoriza con la fuerza del Señor resucitado, para vencer con paciencia y con caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y externas y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos



se descubra en todo su esplendor» (LG 8). «Caminando, pues, la Iglesia a través de peligros y de tribulaciones, de tal modo se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios, que el Señor le prometió, que en la debilidad de la carne no pierde su fidelidad absoluta, sino que persevera siendo digna esposa de su Señor, y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso» (LG 9).

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

— El pueblo de Dios, que viene desde atrás, es un milagro de la misericordia de la alianza del Padre. Por eso lo convoca, lo congrega y lo conduce su Hijo, el Ungido.

\* Gén 12, 1-3; Ex 19, 3-4; Jer 31, 31-34; Ez 36, 24-28.

\* Lc 4, 16-22; 1 Cor 15, 22-28; Flp 2, 6-11; Rom 4, 25.

— El pueblo de Dios, que existe en la comunión del Hijo, es un pueblo de hijos radicalmente iguales. Todos hijos y hermanos. Todos sacerdotes, profetas y reyes.

\* Mc 3, 31-35; Jn 15, 1-10; Rom 8, 14-17; Ef 2, 11-19.

\* 1 Pe 2, 4-10; Ap 5, 9-10; Hech 2, 14-21; Ef 6, 10-20.

— El pueblo de Dios, encabezado por el Ungido, es el germen y el instrumento del reino de Dios. El Señor, por medio de él, abre sus caminos de liberación y de reconciliación.

\* Mc 2, 1-2; Mt 8, 1-16; Lc 11, 37-54; Jn 11, 1-44.

\* Col 1, 13-20; Ef 1, 7-10; Rom 8, 18-23; Ap 11, 17-18; 12, 10-12.

— El pueblo de Dios, pueblo peregrino, que entre el pecado y la gracia, entre la persecución y la consolación avanza hacia la luz que no conoce ocaso.

\* Hech 4, 32-37; 5, 1-11; 2 Cor 8, 1-15; 1 Cor 11, 17-22.

\* Mt 25, 31-46; Jn 10, 11-16.26-29; Rom 5, 15-21.

## 2. Vocabulario

### *Larga marcha del éxodo*

El Padre nos ha sacado del «dominio de las tinieblas» y nos ha hecho pasar al «reino de su Hijo querido». Es un paso, una pascua. Desde la tierra de Egipto, tierra de la esclavitud, hasta la tierra de la herencia, tierra de la libertad, hay una larga travesía. Desde este mundo, donde se siembra el germen de la nueva creación, hasta la tierra nueva, donde habita la justicia, hay una travesía todavía más larga.

— La senda que abre el Señor no es un mesianismo político, como el de los fariseos o los zelotes, es un mesianismo escatológico que inaugura la nueva humanidad para la nueva creación. Por eso la Iglesia alentada por el Espíritu de su Señor va ahondando y ensanchando las entrañas del mundo. Así la gracia pascual del Señor acoge, libera, transforma y plenifica el tejido vivo de la historia.

— La nueva creación solo será posible si hay hombres nuevos de la nueva humanidad, hombres espirituales y proféticos, pobres del Señor, peregrinos de las bienaventuranzas. Estos hombres en ocasiones construirán unas pequeñas embarcaciones (plataformas) para hacer la travesía, pero habrá otras ocasiones en que dibujen sencillas parábolas (germinaciones).

— Unos y otros gestos serán necesarios para la travesía, aunque unos se aproximen más a la tierra de la esclavitud y otros a la tierra nueva. Pues se trata no sólo de la integración o la revolución, sino de una nueva civilización, en la que germine históricamente la nueva creación. Sería muy importante un discernimiento espiritual, en la mesa común de la Iglesia.

— En un momento de la historia santa como éste, en que se ve germinar la novedad para una aventura histórica nueva, se debería cuidar de no recortar la nueva creación a la medida de las estructuras históricas, que se pretenden cambiar sin un corte frontal con ellas. Como también es necesario valorar el exceso

de la nueva creación respecto de todas las instituciones eclesiales que pretenden permanecer y exigen estabilizarse, corriendo incluso el riesgo de pretender legitimarse con la gracia pascual. Hoy se aprecia como pocas veces en la historia el fuego vivo y el viento fuerte del Espíritu que alientan a la travesía de una nueva civilización ya emergente.

### *Peregrinación en esperanza*

En la fraternidad de la Iglesia debemos hacernos a la marcha, a la peregrinación. Con el fuerte aliento de la esperanza. No se trata sólo de pasar de un pueblo a otro, de una ciudad a otra para anunciar el evangelio, sino de pasar continuamente del pecado a la gracia, en la incesante conversión al Señor para vivir solamente para él.

- Caminamos entre el pecado y la gracia, pasando de uno a otro, sin abandonar por entero la tierra de la fragilidad y de la culpabilidad. Habrá siempre hermanos, que están sin ser y serán expulsados del reino del Hijo del hombre. Pero habrá hermanos que son sin estar y serán acogidos por el Juez, que nos juzgará de amor a la caída de la tarde.
- Confesamos también que la fraternidad de la Iglesia, en su totalidad, no se apartará jamás del amor de su Señor. Es el milagro de su sangre vertida en el madero y de su Espíritu alentado en las entrañas de la Iglesia. Algunos hermanos sin vestido de fiesta tendrán que marchar, pero el banquete de las bodas del Hijo se celebrará irremediabilmente.
- Necesitamos el temple de los caminantes. Estamos de paso. Aún no hemos llegado al descanso del último sábado. Aún somos extranjeros en la tierra, acosados por la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida. Nuestra lucha es además contra los poderes cósmicos, que asedian a la Iglesia amenazándola con el exterminio. Las fatigas, el dolor y la prueba están en el camino.
- Pero cuando abrimos los ojos a la liturgia celestial, a la que se asocia nuestra pobre liturgia terrestre, vemos a los hermanos que lavaron sus túnicas en la sangre del Cordero, que le siguen a donde quiera que va. La Iglesia puede vivir en la absoluta esperanza. Tiene la certeza de la victoria. En el umbral de la



tierra prometida, se asoma a la gloria futura y ya ahora la experimenta y gusta de antemano, cuando en su mesa se parte el pan y se ofrece la copa.

### 3. *Celebración: El pueblo peregrinante de Dios*

#### 1. *La oración del comienzo*

La Iglesia, sacramento universal de salvación.

Oración por la santa Iglesia A.

#### 2. *Proclamación de la palabra*

— Pueblo sacerdotal, profético y real (1 Pe 2, 4-10).

— Fermento y luz del mundo (Mt 5, 13-16).

— Aclamación entre las lecturas:

«Tu Reino es vida, tu Reino es verdad» (CL 511).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación para compartirla entre todos.

Sugerencias para el diálogo en profundidad.

1. La Iglesia es radicalmente la Iglesia del Señor. ¿La contemplamos de tejas abajo solamente? ¿o la vemos colgada de la misericordia de su Señor?

2. La común dignidad de los hijos en el Hijo. ¿Reproducimos en la comunidad las relaciones de dominación del mundo? ¿el poder del clericalismo o el contragolpe del laicismo?

3. El pueblo del Mesías para su Reino. ¿Distinguimos bien entre mesianismo político y mesianismo escatológico? ¿valoramos y discernimos las plataformas y las parábolas?

4. Aclamación final

«Anunciaremos tu Reino, Señor.  
 Reino de paz y justicia.  
 Reino de vida y verdad.  
 Tu Reino, Señor, tu Reino (CL 402).

tierra prometida, se asoma a la gloria futura y ya ahora la experimenta. Y gusta de amarnos, cuando en su mesa se pone el pan y se ofrece

En la fraternidad de la Iglesia debemos hacernos la misma. En la comunión de la fraternidad de la Iglesia debemos hacernos la misma. En la comunión de la fraternidad de la Iglesia debemos hacernos la misma.

— La oración del comunión. La oración del comunión. La oración del comunión. La oración del comunión.

— Pueblo sacerdotal, profeta y rey (1 Pe 2, 4-10). Pueblo sacerdotal, profeta y rey (1 Pe 2, 4-10). Pueblo sacerdotal, profeta y rey (1 Pe 2, 4-10).

— Aclamación final. Aclamación final. Aclamación final. Aclamación final.

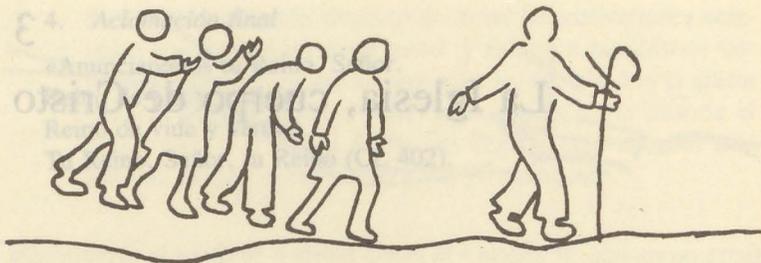
— Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente.

— Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente.

— Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente.

— Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente. Necesidad de oración para escuchar personalmente.





misma travesía (Rom 8, 11). Con él pasamos de la muerte a la vida, del último lugar al primero.

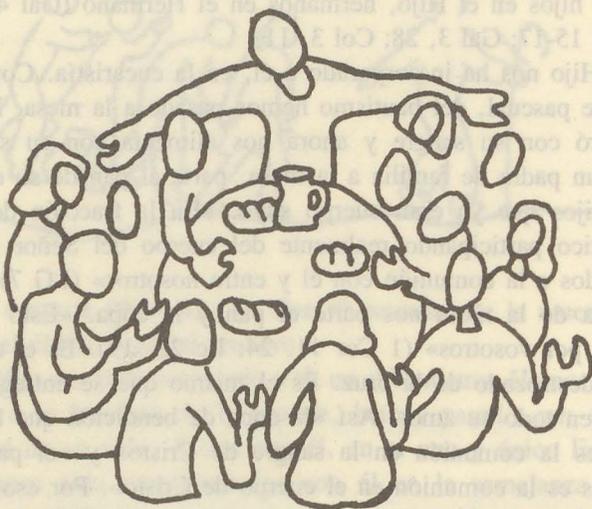
El Hijo nos ha incorporado a él, en el bautismo. Hemos bajado con él a la hondura de la muerte, hemos pasado con él a la novedad de su vida. A una con él, en el uno y único Espíritu. «Si hemos sido com-plantados con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos por una resurrección como la suya. Sabed que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él... Si hemos muerto con Cristo, creemos que también con-viviremos con él» (Rom 6, 3-8). En el bautismo «se representa y efectúa la unión con la muerte y resurrección de Cristo» (LG 7). La con-asociación conduce a la con-figuración. El ha pasado a ser el Hombre nuevo, Espíritu vivificante. Pues nosotros en él hemos pasado a ser hombres nuevos, configurados a su imagen (1 Cor 15, 48-49; 2 Cor 5, 17).

En la pascua, el Señor no sólo pasó de la muerte a la vida, sino del último lugar al primero. Murió como esclavo crucificado y pasó a ser entronizado como Señor, a la derecha del Padre y a la cabeza nuestra. «Dios, rico en misericordia, por el grande amor, con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros pecados, nos con-vivificó en Cristo —por gracia habéis sido salvados— y con él nos con-resucitó y nos con-asetó sobre los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús... En efecto, hechura suya somos, creados en Cristo Jesús» (Ef 2, 4-10). La comunión en su pascua ha sido abismal. No sólo hemos pasado de su muerte a su vida, sino de su servidumbre a su filiación. Ahora somos, con él, por él,

y en él hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano (Gál 4, 6-7; Rom 8, 15-17; Gál 3, 28; Col 3, 11).

El Hijo nos ha in-corporado a él, en la eucaristía. Como en la noche pascual, del bautismo hemos pasado a la mesa. El nos engendró con su sangre y ahora nos alimenta con su sangre. Como un padre de familia a la mesa, parte el pan de su cuerpo a los hijos que ya eran cuerpo suyo. «En la fracción del pan eucarístico participando realmente del cuerpo del Señor somos levantados a la comunión con él y entre nosotros» (LG 7). A la cabecera de la mesa nos parte el pan y la copa. «Esto es mi cuerpo, por vosotros» (1 Cor 11, 24; Lc 22, 19). Es el cuerpo roto y destrozado de la cruz. Es el mismo que se entrega a sí mismo en todo su amor. Así «la copa de bendición que bendecimos es la comunión en la sangre de Cristo» y «el pan que partimos es la comunión en el cuerpo de Cristo». Por eso, «aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, porque todos participamos del único pan» (1 Cor 10, 16-17). Al entregarnos su cuerpo nos pasa a su amor, nos adentra en sus entrañas, nos in-corpora a su cuerpo. «El que se allega al Señor se hace un Espíritu con él» (1 Cor 6, 17; 12, 13). «Su cuerpo» es ahora el cuerpo de la Iglesia, el cuerpo de su cuerpo pascual y eucarístico. En verdad hemos pasado a ser lo que recibimos (1 Cor 10, 17; 11, 29).

«Te pedimos humildemente que el Espíritu santo congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo» (PE II). «Para que fortalecidos con el cuerpo y la sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo Espíritu» (PE III). «Nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros» (Rom 12, 5). El y nosotros, un solo cuerpo, una personalidad comunitaria. Es necesario que nos transfiguremos en él, con-sepultados con él, con-resucitados con él, con-reinando con él. Pues hemos sido in-corporados a los misterios de su vida, consumada en la pascua (LG 7).



## 2. *Dones para edificar la comunidad en la unidad*

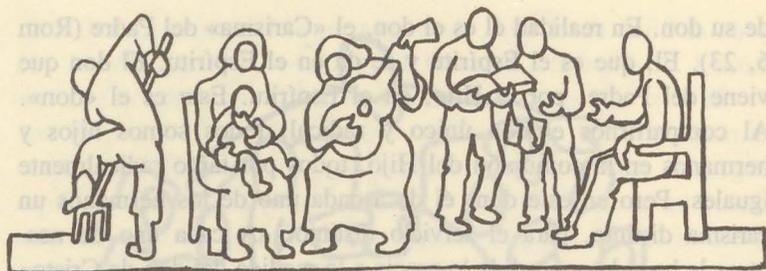
El apóstol continúa ahondando su contemplación. El Hijo entregado por nosotros está y vive «en nosotros», pero nos sobrepasa, encabezándonos «sobre nosotros». El es la Iglesia, él es el cuerpo. Pero enseguida podemos decir que él es la cabeza, la Iglesia es su cuerpo. «La cabeza de este cuerpo es Cristo», la imagen del Padre, el que es anterior a todo, el primogénito que tiene en todo la primacía (Col 1, 15-18). «El domina con la excelsa grandeza de su poder los cielos y la tierra y llena de riquezas con su eminente perfección y su obra todo el cuerpo de su gloria (cf. Ef 1, 18-23)» (LG 7). El apóstol lo ha ido diseñando poco a poco. El es la cabeza del universo, él es la cabeza de la Iglesia, él es la cabeza del universo en la Iglesia (Col 1, 18; 1, 24; 2, 9; Ef 1, 20-23). Cabeza significa por una parte la vida, que se entrega y se pasa al cuerpo y por otra el encabezamiento y el señorío sobre el cuerpo.

El Hijo primogénito, sentado a la derecha del Padre, a la cabecera de la mesa, entrega a sus hermanos su don, los dones

de su don. En realidad él es el don, el «Carisma» del Padre (Rom 6, 23). El, que es el Espíritu y se da en el Espíritu. El don que viene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Este es el «don». Al compartirnos el don único y radical, todos somos hijos y hermanos en la comunión del Hijo, todos por tanto radicalmente iguales. Pero en este don, él da a cada uno de los hermanos un carisma distinto, para el servicio distinto. «A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida del don de Cristo» (Ef 4, 7).

Si ahora ponemos los ojos en la mesa, donde preside él, junto al Padre, unidos todos en el abrazo común del Espíritu, comprendemos las palabras del apóstol. «Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de energías pero es el mismo Dios, que obra todo en todos» (1 Cor 12, 4-7; cf. 2 Cor 13, 13). Del Padre, que es la energía del amor, por el Hijo, que es la gracia del servicio, en el Espíritu, que es la comunión en el don. La fuerza del amor, es la gracia del servicio, para vivir en la comunión del don. La Iglesia, icono de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu. Un don en los dones para los servicios.

Ahora comprendemos que los carismas son para edificar la comunidad que es una verdadera fraternidad. «A cada uno se le entrega la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Cor 12, 7). «Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente los apóstoles, en segundo lugar los profetas, en tercer lugar los maestros; luego los milagros; luego el don de curaciones, de asistencia, de gobierno, de diversidad de lenguas» (1 Cor 12, 28). Seguro que los hermanos habían oído la fábula antigua de Menenio Agripa que compara la sociedad con un cuerpo, que vive cuando sus miembros comparten energías y camino. Pero el apóstol habla desde una profundidad abismal y nueva. Somos por la eucaristía el cuerpo de Cristo. El don es él mismo, en su Amor, en su pan partido. Por tanto todos los dones son don del único don, el pan partido y la copa ofrecida, el don pascual del Hijo, entregado en la mesa. «El mismo dio a uno el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para la



perfección de los santos, para la obra del servicio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, hacia el hombre perfecto, hacia la medida de la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 11-17).

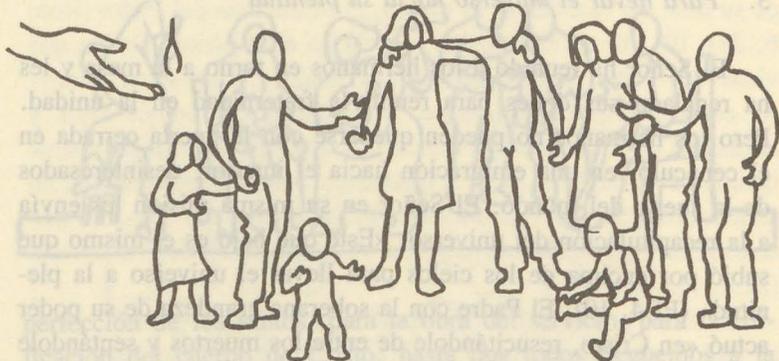
Los miembros son inseparables. Son distintos gestos de un mismo amor que se implican, al distinguirse. La distinción lleva consigo la comunión. «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante ser muchos, no forman más que un cuerpo, así también Cristo» (1 Cor 12, 12). La fraternidad no tiene un único servicio. Es como si un cuerpo sólo tuviera ojos o manos. Son muchos servicios. Pero no independientes, sino radicalmente dependientes y complementarios. No puede decir el ojo a la mano no te necesito. No puede decir la cabeza a los pies no os necesito. Los ojos son los ojos de la mano. Los pies son los pies de la cabeza. Los ojos se entregan por la mano, la cabeza camina por los pies. Lo que importa es la sin-tonía y la sim-patía del cuerpo. Que todos los hermanos sean uno, una misma persona comunitaria, para expresar juntos el único e inmenso gesto de amor del Señor. Todos al tiempo llorando, todos al tiempo cantando. Y los pequeños todavía más adentro en las entrañas. Es así como la fraternidad se realiza en la comunión de la unidad del Espíritu santo (1 Cor 12, 12-13, 7). Pero el gesto de amor del Señor que la reúne, al mismo tiempo la expropia, pues los dones no son sólo para edificar la comunidad en la unidad, sino para llevar el universo a su plenitud.

### 3. Para llevar el universo hacia su plenitud

El Señor ha reunido a los hermanos en torno a la mesa y les ha regalado sus dones para reunir la fraternidad en la unidad. Pero los hermanos no pueden quedarse con la puerta cerrada en el cenáculo, en una emigración hacia el interior, desinteresados de la suerte del mundo. El Señor en su misma misión les envía a la recapitulación del universo. «Este que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llevar el universo a la plenitud» (Ef 4, 10). El Padre con la soberana grandeza de su poder actuó «en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos por encima de todo principado, potestad, fuerza, dominación y de todo cuanto tiene nombre no solo en este mundo, sino también en el venidero. Todo lo puso bajo sus pies y le constituyó como cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud» (Ef 1, 20-23).

El mundo está dominado por los poderes de la esclavitud y de la enemistad. Fuerzas cósmicas imponentes que lo dominan envolviéndolo desde la altura. Por eso, a estos poderes de lo alto, se les llama en el himno «los cielos». El Padre, al entregar a Jesús, el Hijo de su amor, lo sacó del abismo, para encumbrarlo por encima de los cielos. Le hizo Señor no sólo de la fraternidad de su Iglesia sino de todos los poderes de los cielos, de la tierra y de los abismos. Al subir a las alturas, se llevó cautiva a la cautividad. Por su sangre inauguró el camino de la liberación (Col 1, 14) y de la reconciliación del universo (Col 1, 20). El vencido avanza glorioso en su reinado, mundo adentro, llevando los despojos de los poderes ya radicalmente vencidos. «Y una vez despojados los principados y las potestades, los exhibió públicamente incorporándolos a su cortejo triunfal» (Col 2, 15).

Ya ha sucedido el «día de la victoria», pero hay que mantener el combate hasta la consumación de la victoria. El Señor ha querido realizar su reinado a través de la Iglesia, que es su cuerpo. Es en su fraternidad, donde se reconoce su señorío, donde se acoge su liberación y reconciliación, donde se ha corporeizado ya su libertad y su paz. El es el Hijo entregado, en el que habita



«la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9). El Padre que es la misma plenitud del amor ha hecho desbordar su plenitud en su Hijo entregado y entronizado. El Hijo es, pues, la plenitud plenificada y plenificante, la plenitud desbordada y desbordante. La plenitud del amor, que está en él corporalmente, ha pasado al cuerpo de su Iglesia, que es así su plenitud plenificada y desbordada. Pero él ha querido desbordar la plenitud de su amor a través de su Iglesia, de modo que desbordando el amor en su Iglesia y por su Iglesia, el universo entero liberado y reconciliado sea desbordado también con la plenitud de su amor. La gracia irrastrable de su misterio se ha revelado ahora «para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los principados y a las potestades por medio de la Iglesia según el previo designio eterno que realizó en Cristo Jesús (Ef 3, 10-11).

El Señor que ha desbordado la gracia de su liberación y reconciliación sobre su Iglesia, inaugurando en ella su reinado, haciéndola su cuerpo, se abre ahora camino en ella y por ella para irradiar su reinado al universo, haciéndolo también su cuerpo. «Haciendo la verdad en el amor, hagamos crecer el universo hacia él, que es la cabeza, Cristo... realizando así el crecimiento del cuerpo, para su edificación en el amor» (Ef 4, 15.16). Incorporar es acoger en su señorío, para entregar el reino del Padre. El apóstol diseña la irradiación de este reinado como un combate nuevo y final. Un combate hacia dentro. La fraternidad, si no

está liberada, no puede luchar por la liberación; si no está reconciliada, no puede luchar por la reconciliación (cf. Rom 12, 2; 6, 12-13.19; Ef 4, 22-25). Pero la incorporación del universo en el señorío de aquel que es la cabeza exige también un combate hacia fuera. En este combate, el cosmos no sólo quedará desmascarado, sino transfigurado (Ef 4, 15-13). El señorío de los principados y potestades es atravesado y recreado por la fraternidad militante del Señor, que continúa venciendo las fuerzas cósmicas de la esclavitud y la enemistad (Ef 6, 10-13).

El cuerpo de la Iglesia, espacio irradiante del señorío del Señor, sale a los caminos del mundo para que también las fuerzas del cosmos se sometan a él, dejando transfigurarse en el espacio de su liberación y de su reconciliación, para la gloria del Padre. El mundo ha de pasar a su señorío, ha de vivir de su vida. El lo recapitulará, resumiéndolo y encabezándolo, por medio de su pequeña y transitiva fraternidad. No con las armas de este mundo, sino con las armas de la nueva creación debe luchar la Iglesia su combate en el universo (Ef 6, 13-18). Esta armadura de la fe, de la esperanza y del amor, que se hace armadura de su libertad, de su justicia y de su paz, la obligará a rechazar las armas del mundo que sean inservibles, la alentará a transfigurar las que se puedan transformar en el Señor, y la impulsará a buscar las armas nuevas, en las que la historia sea transfigurada en libertad y fraternidad, hasta que el Padre sea todo en todas las cosas.

#### 4. *Siendo una parábola de su amor en las sendas de la historia*

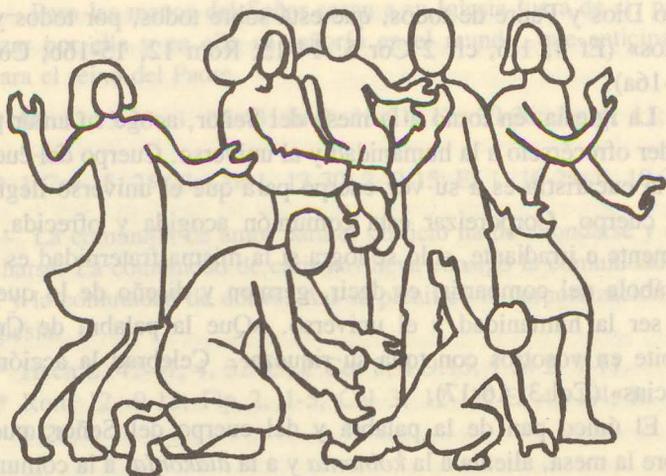
La imagen de la Iglesia, como cuerpo de Cristo, al igual que la de pueblo de Dios, contempla su misterio desde el Señor, que encabeza su Iglesia hacia su Reino, que él mismo lleva adelante por medio de nosotros. No hay, pues, misión, sin comunión y no hay comunión sin acogida del misterio. Entre la acogida del amor y la oferta del amor, se sitúa la comunión en el amor, que debe avivarse y corporeizarse, de plenitud en plenitud. «Por él, el cuerpo entero, alimentado y trabado por las coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento divino» (Col 2, 19). El dispone

constantemente en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, los dones de los servicios, por los que en su virtud nos ayudamos mutuamente en orden a la salvación, para que siguiendo la verdad en la caridad, crezcamos por todos los medios en él, que es nuestra cabeza (cf. Ef 4, 11-16)... Es el mismo Señor el que «colma de bienes divinos a la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud (cf. Ef 1, 22-23), para que ella anhele y consiga toda la plenitud de Dios (Ef 3, 19)» (LG 7).

Para corporeizar la plenitud de amor, que se desborda en la Iglesia, de paso para desbordar el mundo, la Iglesia misma debe ser una parábola de la plenitud del amor. La comunión en el don, el carisma originario del Hijo, nos lleva a la comunión en los carismas y servicios. Pero si hemos de «hacer la verdad en el amor», llevando a plenitud la comunión, que hemos acogido, no basta con la colaboración y la complementación de los carismas. El pan que se parte en la mesa obliga a que avancemos en la comunión de los servicios, por la comunión en los bienes y en la vida.

La comunión de los bienes nace de la mesa del Señor. No podemos venir a la mesa a compartir su cuerpo, quedándonos donde está cada uno en la Iglesia y en el mundo. No es posible que unos continúen siendo ricos y otros pobres, no es posible que unos continúen siendo dirigentes y otros dirigidos. «Exáminese cada cual y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin darse cuenta del cuerpo (del cuerpo de la fraternidad nacido del cuerpo inmolado de la eucaristía), come y bebe su propia condenación» (1 Cor 11, 28-29). El Señor en la mesa entrega todo lo que tiene. Cuando nosotros acogemos el pan, en nuestras manos, ya no es nuestro lo que tenemos. El pan que es la absoluta gracia convierte nuestros bienes, en dones recibidos para la gratitud y la gratuidad.

«Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9). Hasta la extrema pobreza se ha de convertir en generosidad con rebosante alegría, dando más allá de nuestras posibilidades, para que se haga cuerpo la parábola del compartir



los bienes, que autentifica y saca brillo a la comunidad de los dones.

La comunión de la vida nace también de la cena eucarística. El Señor en la mesa entrega todo lo que es. Y, cuando nosotros acogemos lo que nos da en sus manos, nuestra vida misma se hace don para compartir en la gratuidad y agradecer en la gratitud. La comunión de los servicios, que se autentifica con la comunidad de bienes, se origina en radicalidad en la comunidad de vida. «Como el Señor se dio en gracia a vosotros, también vosotros daos en gracia unos a otros» (Col 3, 13b). «Vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó por vosotros» (Ef 5, 2). «Unificando el cuerpo, el mismo Espíritu por sí y con su virtud, produce y urge la caridad entre los fieles. Por tanto, si un miembro tiene un sufrimiento, todos los miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, gozan juntamente todos los miembros (cf. 1 Cor 12, 26)» (LG 7). «Os exhorto, pues, yo preso en el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados. Con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un

solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4, 1-6; cf. 2 Cor 5, 14-15; Rom 12, 15-16b; Col 3, 12-16a).

La Iglesia, en torno a la mesa del Señor, acoge su amor para poder ofrecérselo a la humanidad y al universo. Cuerpo del cuerpo de la eucaristía es a su vez cuerpo para que el universo llegue a ser cuerpo. Corporeizar esta comunión acogida y ofrecida, inmanente e irradiante, solo se logra si la misma fraternidad es una parábola del compartir, es decir, germen y diseño de lo que ha de ser la humanidad y el universo. «Que la palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza... Celebrad la acción de gracias» (Col 3, 16-17).

El único pan de la palabra y del cuerpo del Señor, puesto sobre la mesa, alienta a la *koinonía* y a la *diakonía*, a la comunión y al servicio, a la comunión para el servicio. La comunión de la vida y de los bienes para compartir los servicios es la parábola que se ha de corporeizar en toda mesa, puesta en las encrucijadas de la historia, para ofrecer el cuerpo del Señor hasta que la humanidad y el universo lleguen a ser cuerpo desbordado por su plenitud.

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

— La comunión abismal «en Cristo», que sucede en el bautismo y en la eucaristía, nos convierte en su cuerpo misterioso, en su Iglesia.

\* Mt 28, 16-20; Jn 3, 1-8; Rom 6, 1-11; Ef 2, 1-10.

\* Mc 14, 22-25; Jn 6, 48-58; 1 Cor 10, 16-17; 11, 23-27.

— El Señor es la cabeza de su cuerpo, cabeza que le da vida y la dirige. Entre sus manos reparte sus dones para edificar en la unidad su fraternidad.

\* Jn 10, 1-16; 15, 1-10; Col 1, 18; 1, 24; 2, 9; Ef 1, 20-23.

\* 1 Cor 12, 1-31; Rom 12, 3-8; Ef 4, 7-16; 1 Pe 4, 9.

— Pero las manos del Señor sacan a su Iglesia fuera de sí, para realizar por ella y en ella su señorío en el mundo, que anticipa y prepara el reino del Padre.

\* Mt 13, 3-23; 3, 24-43; Jn 3, 13-21; 17, 20-26; Ap 4, 11; 5, 9-12.

\* 1 Cor 15, 25-28; Col 1, 13-20; 2, 9-15; Ef 1, 19-23; 6, 10-20.

— La comunión de amor para el servicio ha de ahondarse y ensancharse. La comunidad de carismas lleva consigo la comunidad de vida y la comunidad de dones. Así se plenifica la corporeización de la Iglesia.

\* Hech 2, 42-47; 4, 32-35; 1 Cor 8, 1-9.15; 1 Jn 2, 7-11.

\* Rom 12, 9-13; Flp 2, 1-5; Col 3, 12-17; Ef 4, 1-4; Jn 17, 9-26.

## 2. Vocabulario

### *La llamada a la unidad*

En las cartas de Pablo, en donde se expone el misterio de los carismas en la Iglesia, encontramos incesantes llamadas a la unidad, que responden a los riesgos que atraviesan las comunidades.

— *Llamada a la unanimidad en la pluralidad.* Los carismas no constituyen Iglesias. Por eso, cuando los carismas se absolutizan, intentan diseñar el misterio entero de la Iglesia. Todo el cuerpo no es solo ojos o manos. Hay que buscar una alma única en los gestos distintos y complementarios.

— *Llamada a la verticalidad para la horizontalidad.* En ocasiones los hermanos valoran más los carismas extraordinarios, que les ganan el aprecio de los hermanos en la horizontalidad de la vida común. Más importantes son, sin embargo, los dones, a través de los cuales se entrega verticalmente el Don del amor, la palabra y el pan. Apóstoles y profetas en primer lugar.

— *Llamada a la humildad para la caridad.* En las tensiones, que laten en todas las comunidades, los fuertes suelen afirmarse contra los débiles. Los fuertes creen que ellos muestran mejor el amor de Cristo. No hay que estimarse por encima de lo que

edifica y conviene. Más bien, hay que ponerse al nivel de los pequeños. Sin humildad no se avanza en la caridad, que es el vínculo de la unidad.

— *Llamada a la complementariedad para la unidad consumada.* La comunidad, cuando se mundaniza, sufre el riesgo de la autonomía. Los hermanos toman los dones por sí mismos y para sí mismos. En la fraternidad no hay lugar para la autonomía mundana. Al ponerse todos los dones juntos en las manos del Señor se avanza hacia la unidad del Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud.

El apóstol que ha profundizado en el misterio de los carismas para los servicios de la Iglesia, fraternidad en el mundo, suele usar dos imágenes para la unidad: la sintonía, imagen de la música, y la simpatía, imagen de la medicina. Cuando la fraternidad está toda ella tensa, con el único latido del amor de Cristo (sin-tonía), las lágrimas y las alegrías se hacen comunes, pues todos sienten lo que sufre cada uno de los hermanos, sobre todo los pequeños (sim-patía).

#### *La profecía de lo esperado*

La humanidad y el universo, por donde abre su senda la Iglesia peregrina, están dolorosamente germinando. Como la gracia primordial que les constituye no está totalmente desfigurada, se dan en ellos germinaciones que despuntan hacia algo nuevo. Pero como la gracia primordial está profundamente desfigurada, junto con las germinaciones están los gemidos y los gritos. Esperan en algo nuevo, añorado pero nunca encontrado.



— *Una mesa compartida, ardiente esperanza.* El mundo judío esperaba el año de la gracia, en el se que arrancaran las cadenas y se derribaran los muros. En el mundo griego se añoraba la tierra del principio, aquella edad de oro, en la que no había propiedad privada, pecado de origen que origina la historia de la desgracia. La mesa común de la fraternidad es la profecía. Pues todos los creyentes lo tenían todo en común y nadie llamaba suyos a sus bienes. Cada uno aportaba según podía y recibía según necesitaba. La parábola de la comunidad de bienes venía a responder a la ardiente esperanza de la tierra nueva.

— *Una sola alma, ardiente esperanza.* El mundo judío añoró siempre la paz, el fin de la división y la guerra. La paz era el bien esperado, cuando el lobo pastaría con el cordero, viviendo en la paz compartida. El mundo griego estaba enamorado de la amistad, como meta suprema de la existencia. Los amigos son los que comparten la misma alma. La vida común de la fraternidad se convierte así en profecía de lo esperado. Los hermanos tenían un solo corazón y una sola alma. En la unidad del Espíritu se hacía realidad el poder pensar y sentir lo mismo. La parábola de la comunidad de vida respondía así a la viva expectación de la humanidad nueva.

Esta parábola, entretrejida con los tres gestos de compartir la vida, los dones y los bienes, no fue un camino que condujo al fracaso. Como si la aventura ya no pudiera ser nunca repetible. Por el contrario, la parábola es una brecha abierta en el muro de la historia por donde han pasado y pasarán los puñados de hermanos en el Señor que, tomados de su mano, se dejen alentar y conducir por su mismo Espíritu. La novedad de la fraternidad del Señor está realizándose. Le espera todavía un futuro nuevo e inédito.

### 3. *Celebración: La Iglesia, el cuerpo misterioso de Cristo*

#### 1. *La oración del comienzo*

La humanidad convertida en cuerpo del Señor.

Oración por la unidad de los cristianos (cf. Prefacio de PE V/d).

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— Muchos miembros, un solo cuerpo (1 Cor 12, 12-31).

— Pues todos están viviendo de uno (Jn 15, 1-10).

— Aclamación entre las lecturas:

«Todos unidos, formando un solo cuerpo,  
un pueblo que en la pascua nació» (CL 408).

### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

Tiempo de oración para escucharla personalmente.

Tiempo de conversación para compartirla entre todos.

Sugerencias para un diálogo en profundidad.

1. El cuerpo de Cristo es un misterio de comunión en él. ¿Pasamos siempre desde el tejido constitucional de la Iglesia a adentrarnos en la hondura de la vida, que él nos comparte como cabeza?

2. Los dones edifican la comunidad para llevar el universo a la plenitud del reino de Dios. ¿Cómo podemos sobreparar las alternativas de hacer de la Iglesia el centro entero o hacer del mundo, tal como es, el último destino de la Iglesia?

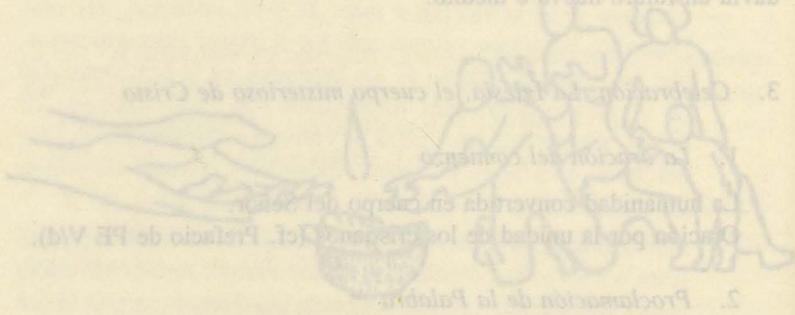
3. La dinámica entera de la comunión en Cristo. Nos es más fácil la comunión de dones en la corresponsabilidad. Pero sin ahondar la comunión de vida, la gestión eclesial se mundaniza. Y sin la comunión de bienes, la corresponsabilidad no es sacramento para el mundo.

### 4. *Aclamación final*

«Llamados a formar un solo cuerpo en un mismo Espíritu,  
cantamos y proclamamos:

un solo Señor, una sola fe,

un solo bautismo, un solo Dios y Padre» (CL 708).



— Muchos miembros, un solo cuerpo (1 Cor 12, 12-31)

## La Iglesia, templo del Espíritu

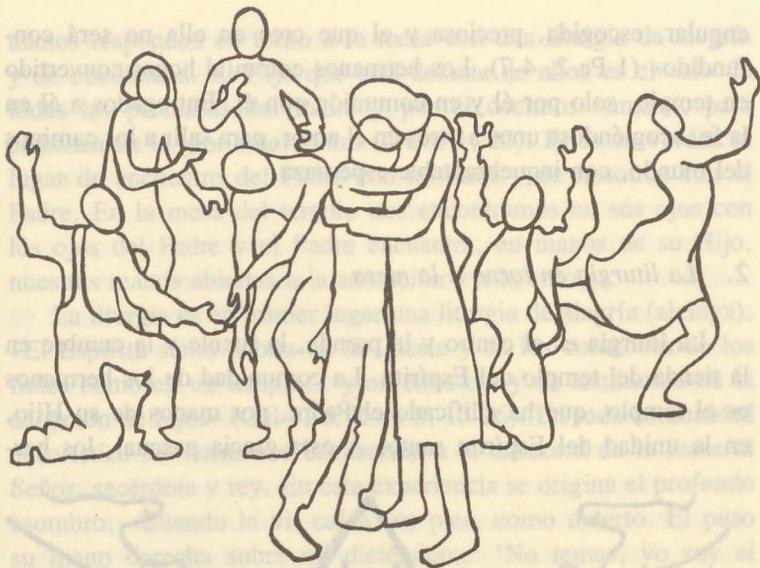
### 1. *El Espíritu santo habita en vosotros*

«Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra (Jn 17, 4), fue enviado el Espíritu santo en Pentecostés, para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu (Ef 2, 18)... El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor 3, 16; 6, 19)» (LG 4).

La purificación del templo, que en los sinópticos aparece a la entrada de la pascua (Mc 11, 15-17), en el evangelio de Juan aparece a comienzo del camino como declaración profética y mesiánica (Jn 2, 13-22). Jesús quiere anunciar la verdad del templo y del sacrificio. Más aún, el culto del viejo templo debe dar paso a la adoración en Espíritu y en verdad (Jn 4, 21-24). La cruz de Cristo llegará a ser no el altar del templo, sino el altar levantado sobre el mundo para todos los hijos que estaban dispersos. Si miramos más allá del templo, a la tienda del éxodo, que fue el templo más primitivo, diríamos que la tienda es el lugar del encuentro y de la marcha. Pues eso es en realidad el templo misterioso del cuerpo de Cristo. «Los judíos entonces le replicaron: ¿Qué señal nos muestras tú para obrar así? Jesús les respondió: Destruid este santuario y en tres días lo levantaré... El hablaba del santuario de su cuerpo» (Jn 2, 18b-19.21).

▲ Estamos de nuevo contemplando el «misterio de la Iglesia» desde el «misterio de Cristo». Si la Iglesia es el templo del Espíritu es porque el Hijo entregado y entronizado es su santuario, su piedra angular y su clave de bóveda. El santuario es el Hijo encarnado. «La palabra llegó a ser carne y puso su tienda entre nosotros y hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de fidelidad» (Jn 1, 14). El es el lugar del encuentro. En él se abre el cielo y así descende la revelación y asciende la ofrenda, descende la gracia y asciende la oración (Jn 1, 50-51). El santuario es sobre todo el Hijo crucificado y entronizado. Arrastrado por el Espíritu no solo es el portador del Espíritu (Jn 1, 32), sino el dador del Espíritu. Según la visión profética del templo, debajo del umbral, en dirección a oriente salía un inagotable manantial (Ez 47, 1). «Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba el que cree en mí. De su seno correrán torrentes de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él» (Jn 7, 37-39). Efectivamente, en la pascua, habiendo amado a los suyos, consumó su amor. Entregó el Espíritu en el madero, cuando de su costado salió sangre y agua. Este mismo aliento fue el que les alentó en la mesa, cuando todos estaban en torno a él (Jn 13, 1; 19, 30-34; 20, 20-22). Ya tenemos la tienda del encuentro y la marcha. El hogar, la mesa, el corro, la senda. Y ardiendo de fuego el pan y la copa ofrecidos en sus manos. En la pascua, entronizado en el Espíritu (Rom 1, 4), nos incendió de Espíritu santo (1 Cor 15, 45). El Señor es el Espíritu (2 Cor 3, 17).

Estamos viendo con nuestros ojos cómo se construye la Iglesia, templo del Espíritu. El Hijo entregado, que es el santuario, es al tiempo la piedra angular y la clave de bóveda. La palabra profética (Is 28, 16-17) y sálmica (Sal 117, 22-25) sobre la piedra angular que sería la piedra desechada por los arquitectos, aparece ahora en el Hijo rechazado por los hermanos y exaltado por el Padre (Mc 8, 10b-11). «El es la piedra que vosotros los constructores habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, por el que nosotros debemos salvarnos» (Hech 4, 11-12). Efectivamente, derribado el muro que nos separaba del Padre y entre



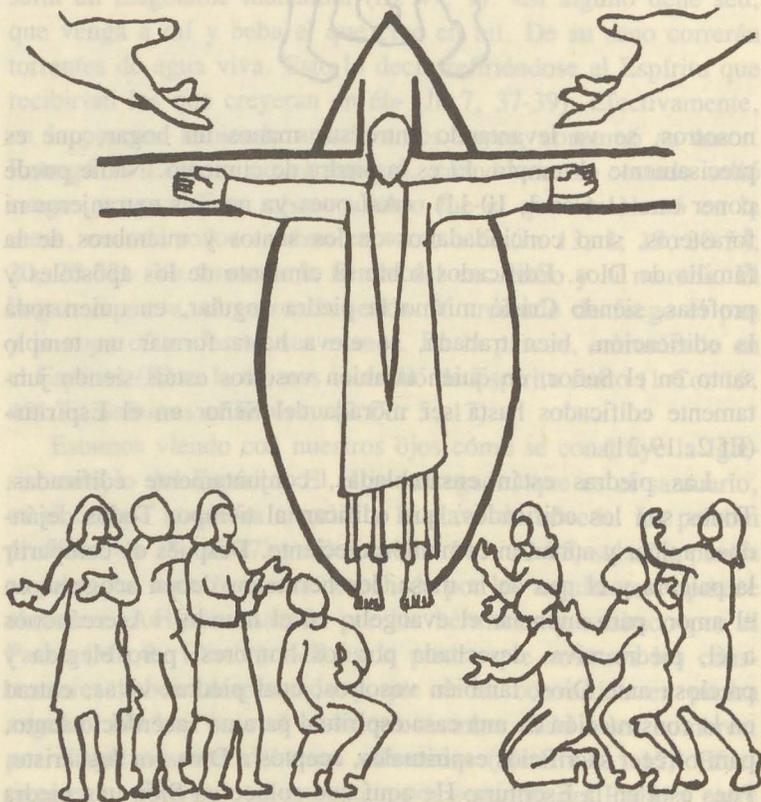
nosotros, se va levantando entre sus manos un hogar, que es precisamente el templo. El es la piedra de cimiento. Nadie puede poner otra (1 Cor 3, 10-11). «Así pues ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo mismo la piedra angular, en quien toda la edificación, bien trabada, se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados hasta ser morada del Señor en el Espíritu» (Ef 2, 19-21).

Las piedras están ensambladas, conjuntamente edificadas. Todos son los edificados, que edifican al tiempo. Todos dejándose apiñar y aunar en comunión creciente. Después de compartir la palabra y el pan de la mesa, los hermanos deben acogerse en el amor, para anunciar el evangelio en el mundo. «Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida y preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de una casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo. Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra

angular, escogida, preciosa y el que cree en ella no será confundido» (1 Pe 2, 4-7). Los hermanos entran al hogar convertido en templo, solo por él y en comunión con él. Entregados a él en la fe, acogiéndose unos a otros en el amor, para salir a los caminos del mundo, con inquebrantable esperanza.

## 2. *La liturgia en torno a la mesa*

La liturgia es el centro y la prenda, la fuente y la cumbre en la tienda del templo del Espíritu. La comunidad de los hermanos es el templo, que ha edificado el Padre, por manos de su Hijo, en la unidad del Espíritu santo. A esta gracia pascual, los her-



manos responden en torno a la mesa con una liturgia de alegría y de obediencia. El Hijo que está delante de ellos es el «sí» de todas las promesas del Padre y por él decimos «amén», para alabanza de la gloria del Padre (2 Cor 1, 20). El es en verdad el lugar de encuentro del Padre con nosotros y de nosotros con el Padre. En la mesa del templo nos encontramos en sus ojos con los ojos del Padre y el Padre encuentra, en manos de su Hijo, nuestras manos abiertas a la adoración y a la entrega.

La liturgia es en primer lugar una liturgia de alegría (aleluya). «El Espíritu santo habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo... y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos» (Gál 4, 6; Rom 8, 15-26). En toda comunidad eucarística los hermanos encuentran a la cabecera de la mesa al Señor, sacerdote y rey. En esta experiencia se origina el profundo asombro. «Cuando le vi, caí a sus pies, como muerto. El puso su mano derecha sobre mi diciéndome: 'No temas, yo soy el Primero y el Ultimo, el que vive... y tengo las llaves de la muerte y del abismo'» (Ap 1, 13.17-18). «Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito estad siempre alegres. El Señor está cerca» (Flp 4, 4). La alegría brota del Espíritu derramado en nuestros corazones. «La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, por el Espíritu santo, que se nos ha dado» (Rom 5, 5). Los corazones laten con su amor, que se desborda en la alegría. «El fruto del Espíritu es amor, alegría y paz» (Gál 5, 22).

Es el Espíritu el que ora en nosotros con gemidos inenarrables. Nosotros no sabemos orar, pero en torno a la mesa, el Espíritu ora desde las entrañas de la comunidad y de cada hermano unos gemidos que no se pueden decir y explicar. «Abbá», «Maranatha», «Aleluya», «Amén». Son gemidos que responden a la entrega que el Señor hace del pan de su palabra y de su cuerpo. «Cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones, con himnos y cánticos inspirados, y todo cuanto hagáis de palabra y de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3, 16). «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados, cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por

todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5, 19-20). Salmos que se toman del antiguo testamento en la clave de la pascua del Señor. Himnos de júbilo y de agradecimiento, la alabanza festiva de la acción de gracias. Cánticos que glorifican las grandes hazañas del Señor. Unos y otros, la plenitud del canto alentado por el Espíritu.

Pero la liturgia que comienza por la alabanza, avanza en la obediencia, la liturgia del «Amén». La comunidad no puede celebrar la liturgia en la alegría consumada. Es precisamente en torno a la mesa eucarística donde se oyen más los gemidos de la creación y de la Iglesia misma por la plenitud de la libertad y de la fraternidad. El que estaba a la cabecera de la mesa se ha puesto a la cabecera de la marcha. Nos está abriendo el camino atravesando el universo de los cielos y de la tierra, llevando en sus manos la propia sangre, como sacerdote, que es víctima al tiempo. Un nuevo templo, un nuevo sacerdote, una nueva ofrenda. Es el sacerdote sentado a la derecha del Padre para el servicio del santuario verdadero (Heb 8, 1-2). A la derecha del Padre y a la cabeza nuestra. El está «como Hijo al frente de su propia casa, que somos nosotros, si es que mantenemos la entera y gozosa satisfacción de la esperanza» (Heb 3, 6). El Pontífice misericordioso y compasivo que compartió con nosotros el barro y las lágrimas (Heb 5, 1-10), «penetró en el santuario de una vez para siempre, con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna». «La sangre de Cristo, que por el Espíritu santo se ofreció a sí mismo» (Heb 9, 12-14). En la liturgia en torno a la mesa se le ve a él ofreciéndose a sí mismo por nosotros, y allí mismo se le ve de paso hacia los caminos. Nosotros hemos de entrar con él, al camino nuevo y vivo, a la entrega de su misma obediencia, disponiéndonos a hacer la travesía de la misión entre la persecución y la esperanza (Heb 10, 19-20).

La alegría en el Señor es un salto de júbilo y una entrega en obediencia. Cuando él nos entrega el pan partido en sus manos, nuestros corazones se desbordan de alegría. «Tomad. Mi cuerpo por vosotros. La nueva alianza en mi sangre». Pero después se vuelve al Padre, abriéndonos la entrada, que podemos compartir con él, en su absoluta obediencia. «Por Cristo, con él y en él».

«Aleluya. Amén». El «amén» termina la alabanza y comienza la obediencia. Pero la obediencia termina siempre en alabanza. «Amén. Aleluya». Llenos de gozo y tomados de su mano pasamos de la liturgia en torno a la mesa, a la liturgia que se celebra por los caminos de la misión, una única y misma liturgia, que el Señor encabeza en el aliento de su Espíritu santo.

### 3. *La liturgia a lo largo de los caminos*

En la tienda de campaña que es la Iglesia, el Espíritu no solo alienta la comunión, sino también el servicio, no solo la oración, sino el camino (LG 4). Desde la mesa de la eucaristía hay que salir a prolongar la liturgia por los caminos, a pregonar las maravillas del Señor con palabras y con obras. «Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, pueblo adquirido para anunciar las grandezas de aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pe 2, 9-10). Somos el pueblo adquirido por su sangre, pueblo redimido y sellado con el Espíritu (Rom 3, 24; Ef 1, 13-14). Los hermanos son sacerdotes y reyes, sacerdocio de la realeza y reinado del sacerdocio (cf. Is 61, 6; 62, 3). Está germinando algo nuevo, que ha de ser cantado con un cántico nuevo. Por el pueblo elegido, «pueblo que yo me he formado para cantar mis hazañas» (Is 43, 21).

Las hazañas grandes del rey se cuentan en las inscripciones y se cantan en los cantos. Los hermanos, desde la primera hora, dejaron el cenáculo para proclamar, en las plazas, las maravillas del Señor. «Todos les hemos oído hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios» (Hech 2, 11). Los hermanos abrirán los caminos del Reino de Cristo en la tierra y lo harán por la proclamación del evangelio. «Dad culto a Cristo, el Señor, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15). La palabra, sin embargo, debe estar siempre acompañada del testimonio. «Tened en medio de los gentiles una conducta ejemplar a fin de que en lo mismo que os calumnian como malhechores, a la vista de vuestras buenas obras, den gloria a Dios en el día de la visita»

(1 Pe 2, 12). «Obrad como hombres libres y no como quienes hacen de la libertad un pretexto para la maldad» (1 Pe 2, 15). La liturgia de los caminos es, pues, la proclamación y la realización del evangelio, las palabras que se hacen y las obras que hablan.

«Os exhorto, pues, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios. Tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis a este mundo, antes bien transformaos mediante la renovación de la mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom 12, 1-4). Desde el misterio de Cristo, sucedido en la fraternidad, el apóstol llama, invita y suplica por la misericordia del Padre, que es la entrega de su Hijo, a que los hermanos acojan esta entrega, la compartan y la ofrezcan, ofreciéndose a sí mismos. Ofrecer el cuerpo, la persona misma, comunicándose y actuando. La misericordia penetra en el corazón y se expresa en la ofrenda. «Víctima viva y santa» es la entrega de sí mismo, en la que pasa la vida de Jesús, por las heridas del cuerpo. El «culto en el Espíritu» es la entrega «por el Reino de Cristo». Una entrega que no puede reducirse al cenáculo o a la intimidad personal, sino que ha de hacerse en la mundanidad y en la publicidad. El culto espiritual es así el culto alentado por el Espíritu compartiendo la ofrenda del Hijo, por la salvación del mundo. No acoplarse al mundo. Ni divinizarlo, ni huir de él, pero sí arrancarse de su dominación y configuración, para transfigurarse en la entrega del Hijo, que hay que discernir en cada instante para dar el salto al seguimiento concreto y situado, que exige la voluntad del Padre.

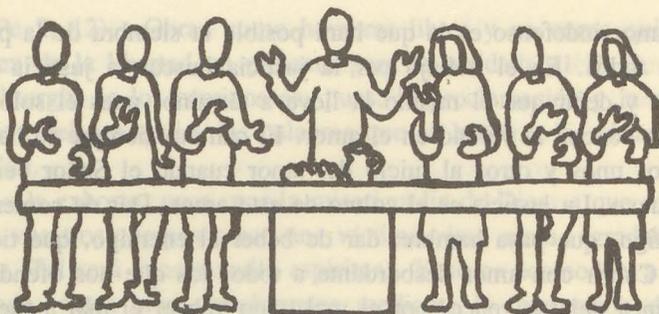
El apóstol ha descrito el camino de la liturgia diaria por los caminos del mundo, como la senda de las bienaventuranzas. La comunidad, unida en el amor de la fraternidad (Rom 12, 3-13), debe salir al terreno de la historia de los hombres ofreciendo los gestos del amor, que vencen al mal a fuerza del bien. Bendecir a los que nos persiguen, alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran. Abandonar la arrogancia y la autocomplacencia, para caminar en humildad y simplicidad. No devolver mal por mal, culpas por culpas, golpes con golpes. Esta senda

del amor indefenso es la que hará posible la siembra de la paz, entre todos. En el trabajo por la justicia buscar la justicia del Señor y dejar que él mismo la lleve a término, pues él solo es el que conoce la verdad en el amor. El camino siempre se hace, citados unos y otros al juicio del amor cuando el Señor venga de nuevo. La justicia es el colmo de este amor. Dar de comer al enemigo, que pasa hambre; dar de beber al enemigo, que tiene sed. Cubrir con amor desbordante a todos los que nos ofenden. Y nunca dejarse vencer por el mal, sino vencer el mal a fuerza de Dios (Rom 12, 14-21).

Esta liturgia de los caminos, que proclama y realiza el evangelio del Señor tropezará con muchas dificultades y tendrá que experimentar en ocasiones la dura persecución. Es una liturgia, el sagrado oficio del evangelio, que aspira a que todos los hombres y todas las criaturas compartan la ofrenda de la alabanza de gloria (Rom 15, 15-16). Y será una liturgia incontenible. Pues en la travesía de la persecución el Espíritu, el Paráclito, continúa revelando, sosteniendo, atestiguando y defendiendo (Jn 14, 15-20; 14, 23-26; 15, 26-27; 16, 7-15). Los hermanos con las marcas de la cruz dejarán pasar la gracia, para la definitiva acción de gracias (2 Cor 4, 8-15).

#### 4. *Avanzando en una sencilla tienda de campaña*

El templo, como decíamos, es el lugar del encuentro y de la marcha. Pero como el Hijo se hizo carne y nosotros somos espíritus encarnados, el templo no solo será un misterio de comunión, sino que necesitará el tejido de una institución encarnada para poder expresarse y entregarse. La Iglesia peregrina es una tienda de campaña, visible, social y terrestre. Es, en efecto, la Iglesia del Verbo encarnado en el que habita la plenitud de la gracia corporalmente. Pero como es una tienda que arde con el fuego del Espíritu, esta misma llama de amor viva la irá renovando y rejuveneciendo sin cesar. El Espíritu «guía a la Iglesia hacia toda la verdad. Hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Es-



poso. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (Ap 22, 17)» (LG 4).

¿Por qué decimos sencilla tienda de campaña? Porque la institución puede transparentar u oscurecer la comunión de amor, en la que el misterio de la Iglesia consiste. El Hijo tomó nuestro barro, a él indisolublemente unido, como signo y camino de su salvación. «De forma semejante, el tejido social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica para el incremento del cuerpo (Ef 4, 16)» (LG 8). Para transparentar y dejar pasar la gracia y la fidelidad de Hijo, que puso su tienda entre nosotros, la Iglesia necesita una morada terrestre sencilla, transparente y provisional. Esta sugerencia tropieza, sin embargo, con dos importantes dificultades.

El barro de la tienda de campaña es barro frágil y limitado. La naturaleza humana y la peregrinación terrestre son inadecuadas para mostrar el esplendor de la gracia, que la Iglesia lleva en su seno. La gracia de Cristo cabeza, derramada sobre el tejido social de la Iglesia, en la fuerza del Espíritu, transfigura y ensancha su vasija de barro, pero nunca esta vasija podrá acoger y dejar pasar toda la gracia del Hijo, derramada en ella sin medida. Esta tensión constitutiva y permanente solo se puede afrontar con un gesto permanente de trascenderse a sí misma. Excederse en amor para que lo visible deje pasar lo invisible, lo institucional deje pasar lo espiritual, la fragilidad deje pasar la firmeza de la gracia y la historia deje pasar su eternidad. Una renovación incesante, alentada por el Espíritu, se obrará siempre en la Iglesia.

El barro de la tienda de campaña está oscurecido por el pecado. No solo las limitaciones, sino las culpas dificultan la corporeización de esta tienda de campaña. «La Iglesia, recibiendo en su propio seno a los pecadores, santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación» (LG 8). La Iglesia de los pecadores en camino de conversión, debe reconocer siempre sus culpas y acogerse a la misericordia de su Señor. «Pues, aunque la Iglesia católica posea toda la verdad revelada por Dios y todos los instrumentos de la gracia, sin embargo sus miembros no la viven consecuentemente con todo el fervor debido, hasta el punto de que la faz de la Iglesia resplandece menos ante los ojos de nuestros hermanos separados y de todo el mundo, retardándose con ello el crecimiento del reino de Dios» (UR 4). «La Iglesia peregrinante, en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa» (LG 48).

El Señor nos ha dado su Espíritu, uno y único en él y en nosotros, para que continuamente nos renovemos hacia la plenitud (LG 7). La tienda se reforma y se recrea, en cuanto la Iglesia entra por el mismo camino de su Señor. No es posible para la Iglesia el camino intransitable de la mediocridad y de la mundanización, como el Espíritu mismo dice a las Iglesias: ni la pérdida del amor primero, ni la ambigüedad del amor, que hace caer en la inercia, ni la ambigüedad del amor, por su pacto con el mundo; ni la mediocridad del amor por ceder a la tibieza; ni el distanciamiento de su amor, por la autosatisfacción de la arrogancia (cf. Ap 2, 1-3, 22). «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2, 29). El camino obligado es el mismo camino de su Señor. Precisamente en LG 8 donde se habla de la corporeización visible de la Iglesia se señala con precisión este camino: ser pobres con la pobreza de Jesús (2 Cor 8, 9; Flp 2, 6), para evangelizar a los pobres (Lc 4, 18) e ir a buscar y a salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10). La misión de la Iglesia es la misma misión del Señor. Por tanto «debe caminar por el mismo camino que Cristo llevó, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia del servicio, de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso

por su resurrección. Pues así caminaron en la esperanza todos los apóstoles, que con muchas tribulaciones y sufrimientos sufrieron lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia (Col 1, 24)» (AG 5).

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

— El misterio del templo debe descifrarse desde el misterio de Cristo. El es el santuario, la piedra angular y la clave de bóveda:

\* Mc 11, 15-17; Jn 2, 18-21; 7, 37-39; 19, 30-34; 20, 20-22.

\* Hech 4, 11-12; 1 Cor 3, 10-11; Ef 2, 19-21; 1 Pe 2, 4-7.

— En el templo, la liturgia es la fuente y la cumbre del camino. En el altar, aclamamos llenos de alegría al Señor y nos ofrecemos en su misma ofrenda:

\* Flp 4, 4; Rom 5, 5; Gál 5, 22; Col 3, 16; Ef 5, 19-20.

\* Mc 14, 35-36; Jn 17, 19; Heb 9, 12-14; 2 Cor 1, 20.

— De la fuente se va al camino y del camino se va a la cumbre. La misma liturgia se ha de continuar en medio del mundo proclamando y atestiguando al Señor:

\* Hech 2, 11; 1 Pe 2, 9.10; 3, 15; 2, 12; 2, 15.

\* Rom 12, 1-4.14-21; Jn 14, 15-20; 2 Cor 8-15.

— La tienda del encuentro y de la marcha debe ser frágil y provisional para que deje pasar la llama de amor viva del Espíritu del Señor, que encabeza en la mesa y en el camino:

\* 2 Cor 6, 14-7, 1; Ap 2, 1-3, 22; 1 Cor 5, 1-6, 20.

\* Lc 4, 16-22; 19, 1-10; Flp 2, 6-11; 2 Cor 8, 9.

### 2. *Vocabulario*

#### *El gozo profundo de la liturgia*

Los primeros hermanos celebraban la cena del Señor en una casa de familia. Partían el pan por las casas y tomaban el alimento con

alegría y sencillez de corazón, dando gracias incesantes al Padre, por el don de su Hijo.

— La palabra griega que se usa para hablar de este gozo es una palabra especial, que significa saltar de alegría, alborozarse, regocijarse, no haber de contento.

— El júbilo era el clima del culto, ya en la alianza antigua. Se aclaman las misericordias del Señor de forma pública y ostensiva. Las hazañas, que ha hecho y hará. Incluso se invita a todos los pueblos y a todas las criaturas, a que se unan al coro de la alabanza. El sentido de la existencia judía era «la glorificación de Dios». Por ello, aunque el camino de su historia atravesase cañadas oscuras, se mantiene el gozo de la alabanza. La alegría de la liturgia es la fuerza para la vida.

— En torno a la mesa eucarística, centro del nuevo templo, la alegría de fiesta es característica de toda la comunidad y de cada uno de los hermanos. «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor». «No podían creer por la alegría». El motivo de esta inmensa alegría es la victoria pascual del Señor, que del pasado se ha hecho presente, anticipando así ya el futuro absoluto de su gracia. El saltar de alegría es un acontecimiento que depende de dejarse encontrar por el Señor en la mesa de la fracción del pan en el 'ya' de su victoria.

— La victoria pascual, sin embargo, ha sido solo un comienzo. Sólo en él se ha anticipado ya plena y realmente la gracia victoriosa del último día. En la humanidad, en la creación y en la misma Iglesia, penetradas de la gracia pascual, la victoria no ha sido todavía definitiva. Las cadenas permanecen, el muro no se ha terminado de derribar, las lágrimas continúan corriendo en los rostros de todos. ¿Cómo cantar un canto al Señor en tierra extranjera? Uniendo la alabanza y la entrega, el salto de júbilo y el irremediable llanto. Hasta que él vuelva. De todas formas la alegría es más fuerte que el llanto, pues en la cena del Señor se ve ya venir al Pantocrátor, que consumará la victoria de su gracia para entregar el Reino al Padre.

### *El compromiso radical de la liturgia*

Los primeros hermanos han comprendido el agudo contraste entre la fraternidad del Señor, en donde se inaugura su reinado, y el mundo, que es el reinado del príncipe de la injusticia. El mundo no es una

tierra de nadie. Es un reino, con un rey que a través de un mediador ejerce su reinado en un pueblo y en una tierra.

— «No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis participar en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios» (1 Cor 10, 21). El imperio romano está divinizado. Todo buen ciudadano debe participar en el culto imperial, que tiene su propia liturgia. El que no vaya al culto del emperador es un asocial y un apátrida. Se abre, pues, un agudo contraste entre el Señor y el César, entre la justicia y la injusticia, entre la luz y la tiniebla.

— En la fraternidad del Señor se ha inaugurado la nueva creación. No se puede vivir al tiempo en la vieja y en la nueva, no se puede servir a dos señores, no se puede llevar dos formas de vida, una doble vida. Los hermanos deben tener ante la vista esta disyuntiva. «¡No uncíros en yugo desigual con los infieles! Pues, ¿qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿qué unión entre la luz y las tinieblas? ¿qué armonía entre Cristo y Beliar? ¿qué conformidad entre el santuario de Dios y el de los ídolos?» (2 Cor 6, 14-16).

— Está en juego la alianza. «Yo seré para vosotros Padre y vosotros seréis para mí hijos e hijas». Esta entrega del Padre a nosotros por manos de su Hijo en la unidad del Espíritu nos obliga al éxodo. Se trata de un rompimiento frontal con el mundo. No salir fuera de él, pues en él hay que abrir las sendas del «Reino de Cristo». Pero hay que estar sin ser. «Por tanto salid de entre ellos y apartaos, dice el Señor». «Nosotros somos el santuario del Dios vivo» (cf. 2 Cor 6, 16-18).

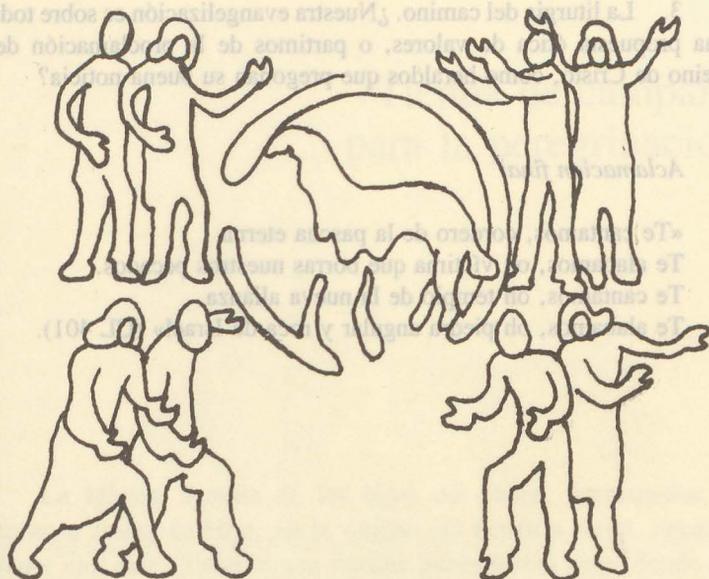
La liturgia en torno a la mesa nos sitúa en la hora del nuevo éxodo, en el paso del señorío de las tinieblas, al Reino del Hijo del amor, paso que ha de atestigüarse fiel y pacientemente a lo largo del camino.

### 3. *Celebración: La Iglesia, templo vivo del Espíritu santo*

#### 1. *La oración del comienzo*

El cuerpo de Cristo, convertido en santuario.

Oración en la dedicación de una Iglesia B (cf. Prefacio VIII dominical).



## 2. Proclamación de la Palabra

- Un templo de piedras vivas (1 Pe 2, 4-10).
- Con un manantial de amor inagotable (Jn 7, 37-39).
- Aclamación entre las lecturas:  
«¡Que alegría cuando me dijeron:  
vamos a la casa del Señor!» (CL 525).

## 3. Diálogo sobre la Palabra

- Tiempo de oración para escucharla personalmente.
- Tiempo de conversación para compartirla entre todos.
- Sugerencia para un diálogo en profundidad.

1. La liturgia fuente y cumbre. ¿La mesa del Señor, en el domingo, fiesta primordial, es en verdad el punto de arranque y el término de nuestro camino misionero?

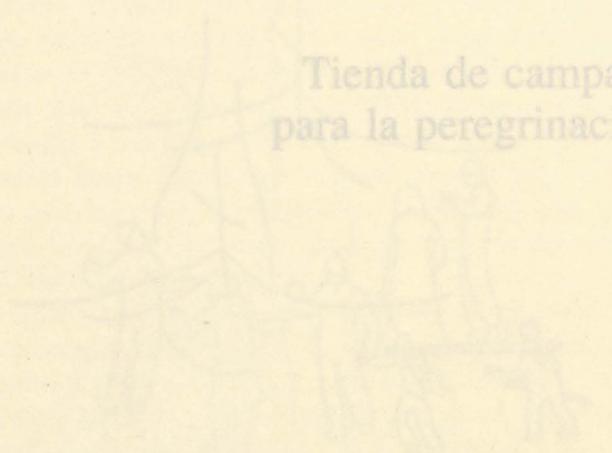
2. La liturgia en torno a la mesa. ¿Cómo vivimos la liturgia de la palabra? ¿cómo vivimos la liturgia eucarística? ¿cómo nos asociamos entre las manos de Jesús a su alabanza y a su ofrenda?

3. La liturgia del camino. ¿Nuestra evangelización es sobre todo una propuesta ética de valores, o partimos de la proclamación del Reino de Cristo, como heraldos que pregonan su buena noticia?

#### 4. *Aclamación final*

«Te cantamos, cordero de la pascua eterna.  
Te alabamos, oh víctima que borras nuestros pecados.  
Te cantamos, oh templo de la nueva alianza.  
Te alabamos, oh piedra angular y roca de Israel» (CL 401).

## 1 Tienda de campaña para la peregrinación



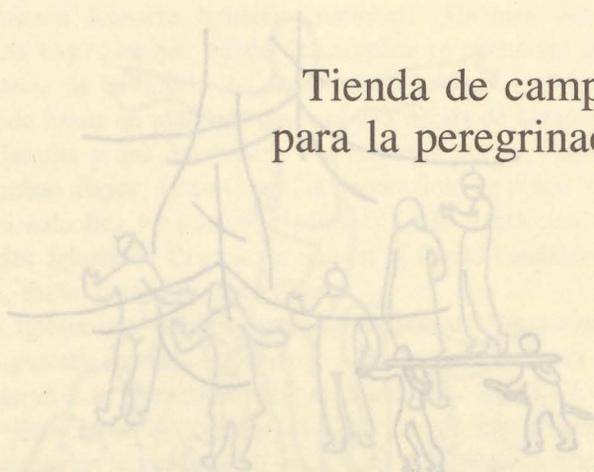
La Iglesia, familia de los hijos del Padre, hermanados en torno a Jesús, su Hijo, en la unidad del Espíritu santo, necesita tener una casa. Siempre una familia necesita una casa, donde los hijos se acojan y desde donde hagan su marcha. Pero como la Iglesia no tiene una casa fija, sino que va buscando la que está por venir, vamos a llamar a su techo, en vez de casa, «tienda de campaña». Esta palabra nos evoca el «pueblo peregrino» que viene de atrás y va hacia adelante. La Iglesia peregrina va preparando la mesa del Reino en la tierra, hasta que el Señor venga a poner su última mesa del último día. «Este pueblo mesiánico», que es peregrino, se cobija y avanza en una sencilla tienda de campaña. Su templo es la tienda de campaña del Espíritu, hecha al tiempo con juncos y palos de nuestra tierra.

A lo mejor esto os resulta molesto, porque esperaba una Iglesia pura y perfecta, una comunidad transparente de  
 que no se manchara con el barro de nuestra tierra. ¿Pero hasta  
 habéis podido pensar al ver a esta  
 rostro, que es  
 y otra la del  
 hermanos suelen decir hoy. Pero ya hemos confesado que la  
 Iglesia es la Iglesia del Señor crucificado. Por ello, todo en ella  
 sucederá según la imagen de su Señor, la Palabra del Padre que  
 se hizo carne y puso su tienda entre nosotros. Heróicos de mantener

### III

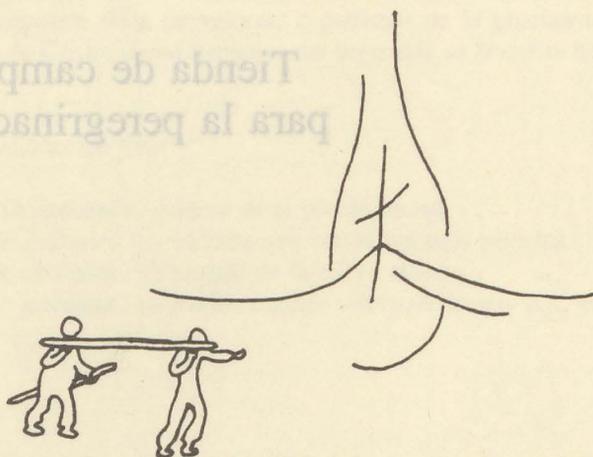
## LA IGLESIA, MISTERIO DE SERVICIO

## Tienda de campaña para la peregrinación



La Iglesia, familia de los hijos del Padre, hermanados en torno a Jesús, su Hijo, en la unidad del Espíritu santo, necesita tener una casa. Siempre una familia necesita una casa, donde los hijos se acojan y desde donde hagan su marcha. Pero como la Iglesia no tiene una casa fija, sino que va buscando la que está por venir, vamos a llamar a su techo, en vez de casa, «tienda de campaña». Esta palabra nos evoca el «pueblo peregrino» que viene de atrás y va hacia adelante. La Iglesia peregrina va preparando la mesa del Reino en la tierra, hasta que el Señor venga a poner su última mesa del último día. «Este pueblo mesiánico», que es peregrino, se cobija y avanza en una sencilla tienda de campaña. Su templo es la tienda de campaña del Espíritu, hecha al tiempo con lonas y palos de nuestra tierra.

A lo mejor esto os resulta molesto, porque esperabais una Iglesia pura y perfecta, una comunidad transparente de amor, que no se manchara con el barro de nuestra tierra. Incluso hasta habéis podido pensar al ver a esta Iglesia, con sombras en el rostro, que en realidad había dos Iglesias, una la Iglesia del amor y otra la del derecho, la comunidad y la institución, como algunos hermanos suelen decir hoy. Pero ya hemos confesado que la Iglesia es la Iglesia del Señor crucificado. Por ello, todo en ella sucederá según la imagen de su Señor, la Palabra del Padre que se hizo carne y puso su tienda entre nosotros. Hemos de mantener

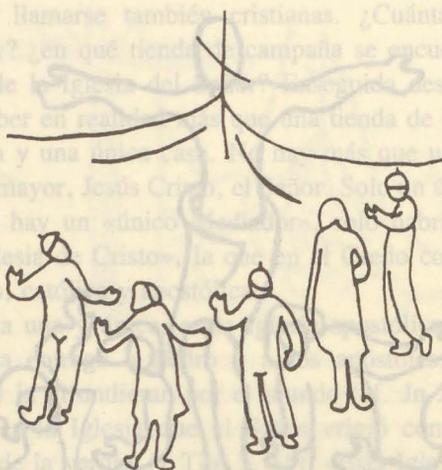


nuestra mirada fija en Jesús, Verbo encarnado y crucificado, si queremos desentrañar la encarnación visible de la Iglesia en la tienda de campaña, en la que peregrina hacia la casa definitiva del Padre.

«Cristo, Mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como una trabazón visible y la mantiene constantemente, por la cual comunica a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos, y el Cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no han de considerarse como dos cosas, porque forman una realidad compleja, constituida por un elemento humano y otro divino» (LG 8).

¿Veis lo que pasa en una familia? La familia tiene siempre una casa. La familia se hace en la casa. La casa es al tiempo para la familia. Jesús, el Hijo amado, el único que ha trazado el puente del Padre a nosotros y de nosotros a él, «el único Mediador», ha querido que su comunidad de hermanos, comunión de fe, de esperanza y de amor, para peregrinar aquí en la tierra, tenga una sencilla tienda de campaña que se pueda ver. El mismo la hace y la sostiene. Es una tienda que tiene un entramado comunitario («estructura social», «tejido social»). Más aún, lo

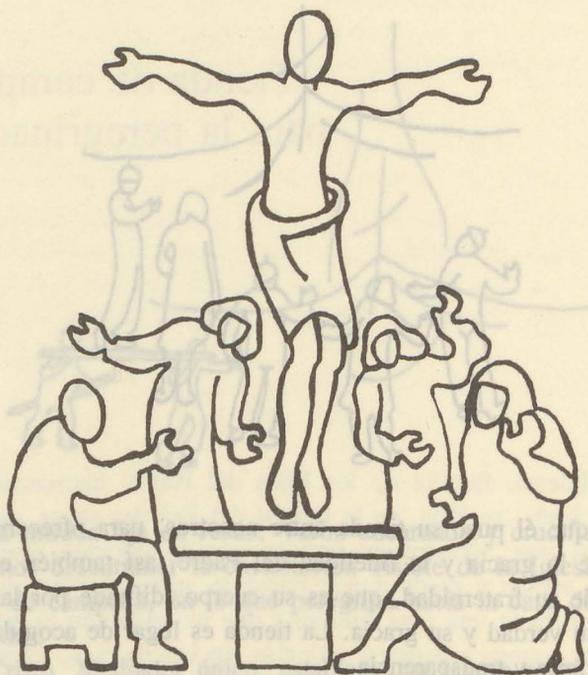
que quieren llamarse también cristianas. ¿Cuántas tiendas de campaña hay? ¿en qué tienda de campaña se encuentra de lleno el misterio de la Iglesia del Señor? Descubrimos que no puede haber en realidad más que una tienda de campaña, una única familia y una única casa que es el Padre. Solo un hermano mayor, Jesús Cristo, el único Hijo y el único Espíritu. Pues si solo hay un «único» Dios, ¿cómo puede haber una Iglesia, la «única Iglesia» de Cristo? La Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Confesamos que La Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Confesamos que el Señor en su pascua resucitó y ascendió al cielo para que la gobernaran los santos apóstoles. (Mt 28, 18ss) Es una Iglesia que se funda sobre la roca y que se fundamenta y ordena en esta única, verdadera y eterna comunión (sub-



mismo que él puso su tienda entre nosotros, para ofrecernos en su carne la gracia y la fidelidad del Padre, así también en esta tienda de su fraternidad, que es su cuerpo, difunde por la tierra entera su verdad y su gracia. La tienda es lugar de acogida y de paso, cobijo y transparencia.

La familia y la casa son inseparables. La familia es una comunidad de amor y la casa, un armazón de vigas y ladrillos. Pero las paredes se hacen hogar y el amor toma cuerpo en la mesa. Así ocurre en la fraternidad del Señor, que es su Iglesia. Su cuerpo misterioso se hace sociedad visible y organizada, su comunión en el Espíritu es una asamblea que se puede ver con los ojos, su Iglesia peregrina está ya enriquecida con los bienes descendidos del cielo. Cuando ponemos los ojos en el Señor crucificado, Palabra hecha carne crucificada, comprendemos que en él la Palabra llegó a ser carne y la carne llegó a ser Palabra. Su gracia se hizo nuestra flaqueza y nuestra flaqueza fue tomada por su gracia. Ya no podemos distinguir en la Iglesia la comunidad y la institución, la cúspide y la base, el centro y la periferia. Traicionaríamos su realidad misteriosa que es única.

¿Queréis que lo contemplemos hasta el fondo? Jesús, el Hijo amado del Padre tomó nuestro barro, uniéndose a él de tal manera que ya no se puede separar de él. Quería darse a nosotros, en



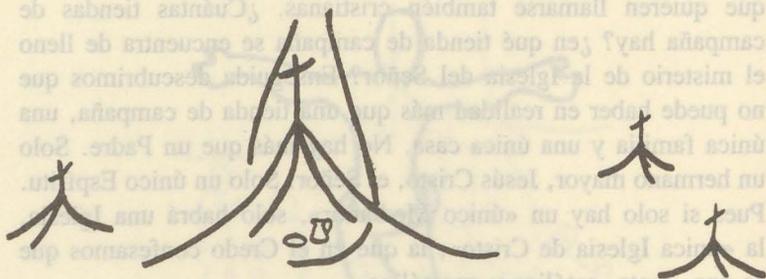
todo su amor, precisamente en nuestro barro, en nuestra naturaleza. De esta forma nuestro barro (cuerpo y espíritu) eran así «instrumento unido», «órgano viviente», por donde pasaba su salvación a nosotros. Nuestro barro sirvió a su amor. Por el barro, en el barro mismo, se manifestó y se entregó a nosotros. Así lo continúa haciendo en su Iglesia. Efectivamente, la estructura social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo que la vivifica. También aquí el tejido social y visible de la Iglesia es camino, por donde el Señor en su Espíritu se revela y se entrega. Por eso, el barro de que está hecha la Iglesia, las lonas de su tienda de campaña, sirven al Espíritu del Señor para que él realice la edificación de su Cuerpo (Ef 4, 16; LG 8).

A lo mejor se os ocurre preguntaros, pero ¿cómo es que hay muchas Iglesias? Antes creíamos que no había más que la católica, pero ahora ya vemos cerca a las comunidades protestantes, y otras muchas comunidades, separadas de la Iglesia católica,

que quieren llamarse también cristianas. ¿Cuántas tiendas de campaña hay? ¿en qué tienda de campaña se encuentra de lleno el misterio de la Iglesia del Señor? Enseguida descubrimos que no puede haber en realidad más que una tienda de campaña, una única familia y una única casa. No hay más que un Padre. Solo un hermano mayor, Jesús Cristo, el Señor. Solo un único Espíritu. Pues si solo hay un «único Mediador», solo habrá una Iglesia, la «única Iglesia de Cristo», la que en el Credo confesamos que es una, santa, católica y apostólica.

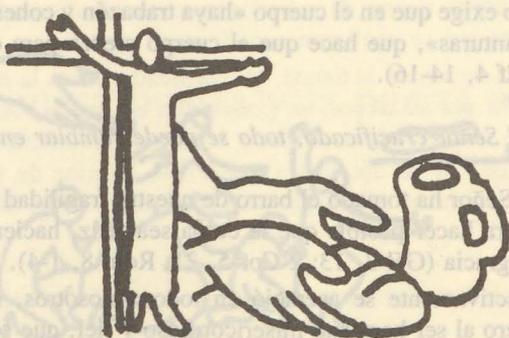
La Iglesia una y única, es la Iglesia apostólica que el Señor en su pascua entregó a Pedro y a los apóstoles, para que la gobernarán y la difundieran por el mundo (cf. Jn 21,17; Mt 28, 18ss). Esta es la Iglesia que el Señor erigió como columna y fundamento de la verdad (1 Tim 3, 15). «Esta Iglesia constituida y ordenada en este mundo, como una sociedad, permanece ('subsiste') en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él» (LG 8). ¿Qué ha pasado entonces? A lo largo de la peregrinación, en los momentos más difíciles de la travesía, los hermanos entraron en conflicto. Y algunos se marcharon de la tienda grande para poner otra tienda junto a ella. Primero, en la edad media, las comunidades eclesiales de oriente, después las comunidades de occidente con ocasión de la Reforma protestante. Todos fuimos responsables. Pero los hermanos se llevaron de la tienda común la palabra, el pan y el camino, que estaban sobre la mesa. Por eso el fuego que arde en aquellas tiendas procede de esta única lumbre y a ella conduce. En el único hogar de la tienda de campaña de la Iglesia católica está la plenitud del misterio del Señor. El, llevando adelante su propósito de gracia, ha hecho y hará que aquella salida y este retorno de todos, sea para manifestar y entregar más todavía su misterio de amor por la salvación del mundo.

Seguro que diréis que estas lonas de la tienda de campaña no dejan ver bien el fuego que arde dentro, ni lo dejan pasar fácilmente. Las manchas de la Iglesia, a las que también hemos aportado nosotros, están ante nuestros propios ojos. Y los pecados de todos no podemos ocultarlos. Pero, si ponemos los ojos en el Señor crucificado, descubriremos con asombro que él ha tomado



nuestro barro para darse. Y que nuestro barro no sólo es quebradizo, sino que está manchado. La Palabra hecha carne fue hecha pecado por nosotros. Las manchas que hay en las comunidades de hermanos y las que se ven en las lonas de la tienda de campaña, han sido tomadas por él, como camino de salvación. Nada hay que se resista a su fuego. El puso la mesa a los pobres y pecadores y en el madero quiso identificarse con nuestra miseria para transfigurarla en su gracia. «Pues mientras Cristo, santo, inocente, inmaculado (Heb 7, 26), no conoció pecado (2 Cor 5, 21), sino que vino a expiar los pecados del pueblo (Heb 2, 17), la Iglesia, recibiendo en su propio seno a los pecadores, santa, al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación» (LG 8). La Iglesia, por él es santa, pero por nosotros es la Iglesia santa de los pecadores, pecadores agraciados para la conversión.

Tendremos que limpiar continuamente nuestros corazones, nuestra mesa y nuestra tienda. Una conversión personal, comunitaria y estructural. Una purificación constante. La victoria será del Señor en nosotros. Pues la Iglesia fortalecida con su pascua (1 Cor 11, 26), vencerá en la paciencia del amor las dificultades de dentro y de fuera. Así se irá descubriendo cada vez más fielmente al mundo el misterio de Cristo. En claro-oscuro, en penumbra. Hasta que al fin de los tiempos el Señor haga brillar en ella y por ella toda la claridad de su rostro, la gloria de su gracia, para recapitular todo en él y entregar el Reino al Padre.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

#### *La Iglesia confiada a Pedro y a los doce*

— El Señor resucitado, que ha recibido todo poder en el cielo y en la tierra, confía su misma misión a los apóstoles (Mc 16, 14-20; Mt 28, 18-20; Lc 24, 44-49; Hech 1, 6-7; Jn 20, 18-20).

— En el mismo grupo, que es germen y diseño de toda la Iglesia, aparece Pedro, para representar la primacía de Jesús (Mt 16, 18-19; Lc 22, 31-32; Jn 21, 15-19).

— Así todos ellos, sobre el único cimiento que es el Señor, ayudan a edificar la casa de Dios, Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (Ef 2, 19-22; 1 Tim 3, 14-16).

#### *La Iglesia, comunión espiritual y trabazón visible*

— La Iglesia es una comunión de amor. Un Padre, un Señor, un Espíritu, una fe, una esperanza, una senda (Ef 4, 1-6).

— Pero esta comunidad de amor está organizada como un cuerpo, con muchos miembros (1 Cor 12, 12-30; Ef 4, 7-13).

— Eso exige que en el cuerpo «haya trabazón y cohesión por toda clase de juntas», que hace que el cuerpo crezca para edificarse en el amor (Ef 4, 14-16).

*Estando el Señor crucificado, todo se puede cambiar en amor*

— El Señor ha tomado el barro de nuestra fragilidad y de nuestro pecado, para hacer posible que la culpa sea feliz, haciendo aparecer en ella su gracia (Gál 3, 13; 2 Cor 5, 21; Rom 8, 1-4).

— Efectivamente se asemejó en todo a nosotros, menos en el pecado, pero al ser hermano misericordioso y fiel, que se presentó al Padre, ofreciéndose a sí mismo por nosotros, nos abrió el camino nuevo de su peregrinación (Heb 2, 14-18; 7, 26-28; 9, 11-14).

— El camino de la renovación de la Iglesia es, pues, incontenible. Es más fuerte la gracia del Señor que todas las flaquezas que ella tiene por dentro y los golpes que recibe por fuera. Las murallas del infierno no podrán contra ella (Ap 11, 17-18; 12, 10b-12a).

## 2. Vocabulario

### *Tienda única*

La Iglesia es una única tienda de campaña. Su origen y su imagen es la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu. Por Cristo y en Cristo, la Iglesia comparte esa misma comunión de amor, que procede del Padre y al Padre retorna en la unidad del Espíritu santo.

- La unidad de la tienda se funda en el mismo Señor, en su pascua, en su mesa. El, la única Piedra angular, el único Pastor de nuestras vidas. El único que reúne y conduce. Por ello una única mesa y una única senda.
- La unidad de la tienda está destinada a todos los hombres y a toda la creación. Se trata de reunir en uno a los hijos dispersos que estaban por el mundo. Y así por este único germen de unidad, recapitular los cielos y la tierra bajo su Cabeza.
- La unidad de la tienda en plenitud sucede sólo en la Iglesia católica. En ella dejando pasar la primacía del Señor, está el único colegio apostólico, presidido por Pedro para constituir un único Cuerpo, al que han de incorporarse para la plenitud todos los que creen en el Señor.



En la Iglesia católica, «auxilio general de salvación», «plenitud de todos los medios de la gracia», en esta única Iglesia, donde Señor se ha entregado en plenitud, se encuentran todos los bienes que los otros hermanos comparten en fragmentos en sus tiendas, en las Iglesias y comunidades eclesiales. Del Señor proceden y a él conducen, a su única Iglesia visible, servida por Pedro y por los doce.

### *Tienda oscurecida*

Esta afirmación, que es en realidad una confesión de fe en la gracia del Señor, expresa que la Iglesia católica posee toda la verdad revelada y todos los medios de la gracia. Pero los hermanos congregados en ella, en muchas ocasiones no viven hondamente su incorporación a Cristo.

- Esta Iglesia santa de los pecadores, enteramente alcanzada en cierto modo también por el pecado, no deja pasar la claridad del rostro del Señor en toda su luz. Por eso dificulta la reunión de los hermanos separados y retarda el crecimiento del Reino de Dios en el mundo.
- La tienda de campaña siempre está en claro-oscuro. La manifestación del misterio en la Iglesia católica se realiza al tiempo en fuerza y debilidad, en el pecado y la purificación, en la condición de pobreza y de persecución.
- El misterio de la tienda acoge y transparenta una llamada continua a la conversión. Pues en realidad la Iglesia ha de entrar

al camino mismo de su Señor en comunión ilimitada de destino, hasta que se configure con él, en su pascua.

El claro-oscuro de la tienda, la fragilidad y hasta la misma culpa, incorporadas por el Señor, se convierten en gracia. Así la Iglesia llevando en su cuerpo la humildad y la muerte de su Señor, se renueva y purifica de día en día, hasta que Cristo termine de presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga, para entregar el Reino al Padre.

### 3. *Celebración: Nuestra tienda de campaña al amanecer*

#### 1. *La oración del comienzo*

Que la familia de los hijos, viva de su amor.

Oración por la unidad de los cristianos A.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— Nuestra tienda de campaña es gracia en el barro (Ef 4, 1-16).

— No tenemos que temer a la noche

«Vamos cantando, él viene con nosotros» (CL 408).

— Sobre el único cimiento del Señor (Mt 16, 13-19).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

— Buscar una experiencia viva de oración.

— Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.

— Mirar juntos los pasos pequeños del camino  
(cada comunidad busca su propio itinerario).

#### 4. *Aclamación final*

«Es el Señor, nos acompaña al caminar,  
con su ternura a nuestro lado siempre va.

Si los peligros nos acechan por doquier  
nuestro amigo Jesús nos salvará» (CL 410).

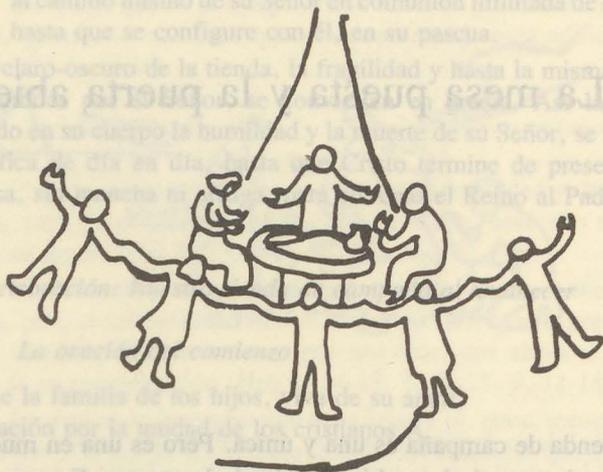
con su Espíritu (Lc 24, 25-27, 32). Es él mismo quien nos da el pan de la eucaristía: «Mi cuerpo por vosotros», «la nueva

## La mesa puesta y la puerta abierta

alianza... consumida en el pan y entregada en el pan y en la copa. Verdaderamente, en esta mesa, está puesta la mesa entera. En esta palabra... ha sucedido y sucederá toda la historia santa... regado... entera... toda la humanidad... En el corazón está... El corazón pequeño hace presente el gran misterio de Dios en pan y en vino. La familia de la Iglesia se reúne por el Espíritu y el Espíritu, ha alcanzado la libertad y la fraternidad y está enviada al mundo para la liberación de todos los pueblos. La Iglesia local es una

La tienda de campaña es una y única. Pero es una en muchas. Como en el carro de la multiplicación de los panes. Era un carro grande, hecho de carros. En cada carro estaba el carro entero, pero el carro grande no se terminaba en el pequeño. Una cosa así es la Iglesia, una y única, que está presente en cada una de las Iglesias locales. ¿Sabéis a lo que damos este nombre? Llamamos Iglesias locales o Iglesias particulares a las diócesis. Pero sería bueno que no nos imagináramos las diócesis como una parte de la Iglesia universal: algo así como un partido judicial en el mapa de la provincia. No os imaginéis la Iglesia local como una parte de «la diócesis del papa», el sucesor de Pedro. La Iglesia local es la Iglesia entera, que se hace presente en un trozo de tierra, por donde peregrina. Como el corazón, está en un sitio y vive toda la vida del cuerpo. Por eso decíamos que la Iglesia universal es una única tienda en muchas, puestas a lo largo de los caminos del mundo, todas ellas en la misma peregrinación. Tendremos que explicarlo despacio. Es sencillo. Ya lo veréis. Vamos a dar la palabra al concilio.

«La diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía a un obispo, para que la apaciente con su presbiterio, de forma que, unida a su pastor y reunida en el Espíritu santo por el evangelio y la eucaristía, constituye una Iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica» (CD 11). Con estas palabras se dice

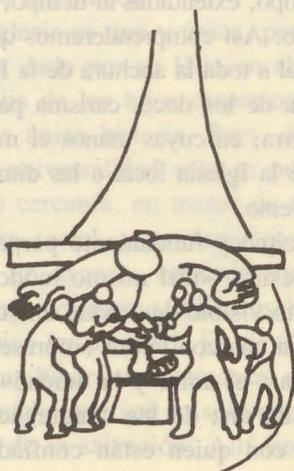


en toda profundidad lo que es la Iglesia local. Es una tienda de campaña, en la que está presente la Iglesia universal. Está formada «a imagen de la Iglesia universal». No es una parte, sino una «porción de la Iglesia universal». En todas estas tiendas y desde todas ellas y con todas ellas, existe la grande, la una y la única. La Iglesia universal está presente y actúa en las Iglesias locales, «en las cuales y de las cuales existe la una y única Iglesia católica» (LG 23). Si hemos comparado la Iglesia local a una tienda de campaña, vamos a entrar dentro para ver lo que hay en ella. Un corro de hermanos a la mesa.

Una mesa, en la que está puesta la mesa entera. La Iglesia está «reunida en el Espíritu santo y por el evangelio y la eucaristía». ¿Quién preside la mesa? Ya lo sabemos. Es el Señor, que hace las veces del Padre y que nos entrega su amor mismo. El amor del Padre, que es la gracia del Señor Jesús Cristo, se nos ha convertido en torno a la mesa en la «comunión en el Espíritu santo» (2 Cor 13, 13). Preside el Señor, el Hijo, enviado a nosotros, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros. Es el mismo Señor crucificado quien nos alienta con el Espíritu santo. Es él mismo quien nos proclama el evangelio. Toda la historia de la salvación, de la que él es el principio, el medio y el fin, nos la entrega en la mesa, en la palabra proclamada, ungida

con su Espíritu (Lc 24, 25-27.32). Es él mismo quien nos parte el pan de la eucaristía. «Mi cuerpo por vosotros», «la nueva alianza en mi sangre» (1 Cor 11, 23-26). Toda la misericordia de la alianza, consumada en la pascua y entregada en el pan y en la copa. Verdaderamente, en esta mesa, está puesta la mesa entera. En esta palabra, hecha pan partido, ha sucedido y sucederá toda la historia santa. En este cuerpo entregado está entrañada toda la humanidad, todo el universo y toda la historia. En el corazón está latiendo toda la vida del cuerpo. El corro pequeño hace presente el grande y está abierto de par en par a él. La familia de hermanos, allí reunida por el Señor en el Espíritu, ha alcanzado la libertad para la fraternidad y está enviada al mundo para la liberación de la reconciliación. La Iglesia local, nacida en la mesa, está abierta de par en par a toda la Iglesia. El mismo pan que la entraña en el Señor, la entraña en la Iglesia entera y de alguna manera en toda la humanidad peregrina en el cosmos (1 Cor 1, 1-3; Rom 1, 1-7).

¿Queréis ver la Iglesia con vuestros propios ojos? Acercaos a la eucaristía que el obispo preside con todo su pueblo. Hemos de decir que «la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde



preside el obispo rodeado de su presbiterio y ministros» (SC 41). En el altar de la catedral y en los altares de las «legítimas reuniones locales de fieles, unidos a sus pastores», está la Iglesia de Cristo. «En ellas se congregan los fieles por la predicación del evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la cena del Señor a fin de que por el cuerpo y sangre del Señor quede unida toda la fraternidad». «En todo altar, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo místico de Cristo, sin la cual no puede haber salvación» (LG 26).

Unas manos en las que sirven todos los apóstoles. La Iglesia local «se confía para ser apacentada al obispo con su presbiterio» (CD 11). En realidad, es el mismo Señor el que parte el pan en la mesa. Pero él ha querido dejarse ver en las manos de sus apóstoles, en los que se representa como cabeza y pastor, que reúne y encamina a su Iglesia. Sus manos aparecen en un puñado de manos. Las manos de los doce, encabezados por Pedro (Mt 16, 19; 18, 18; 28, 16-20). Hoy, en las manos de los obispos, con los presbíteros (en unidad de consagración y misión), presididos todos por el papa, que sucede a Pedro. En las manos grandes y abiertas de Jesús, están sostenidas las manos de todos ellos, manos unidas, inseparablemente unidas. Así lo alcanzan a ver nuestros ojos en la ordenación episcopal y sacerdotal; pero, sobre todo, en la concelebración de la eucaristía. Conviene que veamos este puñado de manos, unidas al tiempo, extendidas al tiempo, en las que el Señor se representa al tiempo. Así comprenderemos que lo mismo que el pan abre la Iglesia local a toda la anchura de la Iglesia y del mundo, así también el carisma de los doce, carisma para la travesía de la humanidad y de la tierra, en cuyas manos el mismo Señor entrega el pan y la copa, abre la Iglesia local a las dimensiones de toda la Iglesia en todo el universo.

Pedro es el «principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de toda la Iglesia». «Del mismo modo cada obispo es el principio y fundamento visible de unidad en su iglesia particular» (LG 23). Todos ellos a una con Pedro «representan toda la Iglesia en el vínculo de la paz, el amor y la unidad» (LG 23). Además los presbíteros en cada una de las congregaciones de fieles representan al obispo, con quien están confiada y animosamente

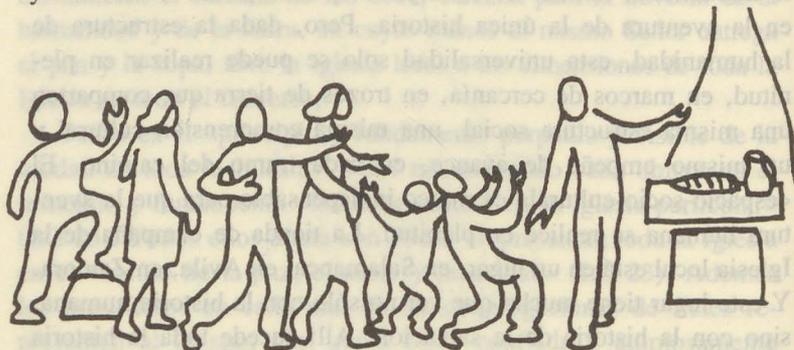


unidos. Las manos del obispo y las de su presbiterio son inseparables. Por eso, los presbíteros «hacen visible en cada lugar a la Iglesia universal» (LG 28). Los apóstoles, en su unidad, están partiendo el pan y ofreciendo la copa. Las manos que sirven a la mesa de la Iglesia local son, pues, representación del Señor, representación de todos los apóstoles y por ello representación de toda la Iglesia. Esta representación les une inseparablemente en comunión. El obispo que con su presbiterio sirve a la mesa en la Iglesia local es, por eso, el vínculo de unidad con todas las demás Iglesias que se sientan a la misma y única mesa de la cena del Señor en las otras tiendas de campaña, que peregrinan en todos los caminos del mundo.

En realidad la Iglesia es una y única, porque único es el don que el Padre nos ha dado por su Hijo en el Espíritu y única es la humanidad, familia de los hijos dispersos por la única tierra, en la aventura de la única historia. Pero, dada la estructura de la humanidad, esta universalidad solo se puede realizar en plenitud, en marcos de cercanía, en trozos de tierra que comparten una misma estructura social, una misma comprensión cultural y un mismo empeño de avance, en cada tramo del camino. El «espacio socio-cultural» es marco indispensable para que la aventura humana se realice en plenitud. La tienda de campaña de la Iglesia local está en un lugar, en Salamanca, en Avila, en Zamora. Y este lugar tiene mucho que ver no sólo con la historia humana, sino con la historia de la salvación. Allí sucede toda la historia

humana, allí toda la historia de la salvación. En germen. En representación. Precisamente la tienda de la Iglesia local está puesta en un trozo de humanidad, que peregrina en un trozo de tierra. Es el fermento que ha de recrear ese trozo de humanidad en la fraternidad universal y ese trozo de tierra en la mesa común abierta a todos (LG 13; AG 4; 10; 22). Se ve claro que la siembra del evangelio llevará consigo un diálogo de la gracia con la cultura de aquel lugar. La evangelización que lleva consigo la inculturación, la liberación y la reconciliación, será tarea obligada para los hermanos que se han sentado a la mesa en aquella tienda de campaña. Pues la mesa que era punto de llegada se ha convertido en punto de arranque, para hacer camino por el mundo hacia el Reino del Padre.

Ahora comprendemos el misterio de la Iglesia, desde su corazón que es la cena del Señor. Allí sucede y se vive la Iglesia local desde la Iglesia universal y la Iglesia universal desde la Iglesia local. Una en la otra. Una para la otra. Y al vivir desde, en y para la otra, se alcanza la mayor plenitud. Pues la Iglesia es icono viviente de la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu. La mesa es una y única. Un mismo don, en el que se nos da el don total. Unas manos en las que están todas las manos, un corro en que se reúne el corro entero. Una senda, en la que se avanza la senda entera. El pan y la copa, que nos incorporan al Señor, nos incorporan a su Iglesia para incorporar a la humanidad y al universo en su amor. Estando, pues, en el altar y en el camino de la Iglesia local, estamos en las entrañas de Cristo y, por ello, en el corazón de la Iglesia universal y del universo mundo.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

En los saludos y despedidas de las cartas apostólicas aparece con sencilla claridad el misterio de la Iglesia local (1 Tes 1, 1; Gál 1, 1-5; 1 Cor 1, 1-3; 2 Cor 1, 1-2; Rom 1, 1-7; Flp 1, 1-2, etc.).

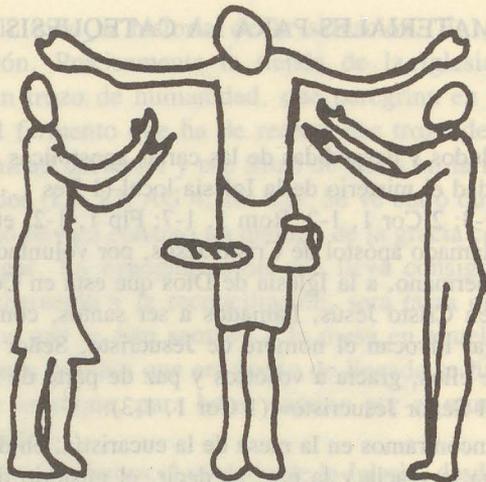
«Pablo, llamado apóstol de Cristo Jesús, por voluntad de Dios, y Sóstenes, el hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto: a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro, de nosotros y de ellos, gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo» (1 Cor 1, 1-3).

- Nos encontramos en la mesa de la eucaristía, en donde se nos entrega la gracia y la paz, es decir, el misterio del amor del Padre, entregado en la pascua de su Hijo, en el aliento del Espíritu santo.
- Esta mesa está servida por los apóstoles de Cristo, representación de su primacía, apóstoles en fraternidad, siervos de la edificación de la comunidad y de su marcha por el mundo.
- Esta Iglesia está reunida en una casa sencilla, en Corinto, pero su asamblea es una reunión pública y ecuménica. Allí se sienten unidos en la misma mesa, con todos los que comparten la misma eucaristía, invocando al mismo Señor, viviendo bajo su mismo señorío.

«Las Iglesias de Asia os saludan. Os envían muchos saludos Aquila y Prisca en el Señor, junto con la Iglesia que se reúne en su casa. Os saludan todos los hermanos.

Saludaos unos a otros con el beso santo. El saludo va de mi mano, Pablo. El que no quiera al Señor, ¡sea anatema!.. Marana tha. ¡Que la gracia del señor Jesús sea con vosotros» (1 Cor 16, 19-23).

- Una misma eucaristía, celebrada en los distintos altares les hace participar a las distintas Iglesias en un mismo misterio pascual, que les reúne y les envía en la misma misión, hasta que el Señor vuelva, Marana tha.
- Estando en Corinto, se abrazan con el mismo beso santo, con todos los hermanos, en la misma aclamación y en la misma obediencia de la fe. Las sendas pueden ser distintas, pero las huellas son las mismas.



## 2. Vocabulario

### Un único altar

¿Cómo es posible que hablemos de una única tienda de campaña y luego de muchas? Una en muchas o muchas en una. ¿Cómo se entiende? En cada una de estas tiendas hay un corro de hermanos a la mesa, pero el pan que se parte en todas es el mismo.

— Un mismo pan. La eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace a la eucaristía. Pero lo primero es que este pan es el que congrega e incorpora a la Iglesia. Del costado abierto del Señor nació el pan y la copa y en ellos se incorpora y constituye su cuerpo misterioso que es la Iglesia, el cuerpo comunitario de su cuerpo inmolado.

— Un único cuerpo. Llegamos a ser lo que comemos. Comemos su cuerpo inmolado, llegamos a ser su cuerpo eclesial en el aliento de su Espíritu que nos arrastra a su inmolación. Al comer su cuerpo, todos vivimos en él y él en nosotros. La fraternidad se entrelaza y se constituye en la mesa donde comemos nuestro propio misterio.

El pan de la mesa que nos incorporó al Señor nos ha incorporado unos a otros. Pero no sólo a los que estamos en el corro de la Iglesia local, sino a todos los hermanos que comparten este mismo pan en otras tiendas de campaña. La cena del Señor realiza la unidad del Cuerpo místico del Señor, que es la Iglesia extendida por toda la tierra.

Por eso allí donde su mesa está puesta, debe estar la puerta abierta en todas las direcciones del viento, de norte a sur, de este a oeste. Allí está reunida, presente, viviente y caminante la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Como en el corazón, situado en un lugar del cuerpo, está toda la vida que da vida a todos los miembros.

### *En esta tierra*

El único altar está puesto en esta tierra, aquí y ahora, en este espacio y en este tiempo, en este lugar y en esta hora. Pero como el Señor que preside el corro y parte el pan es también cabeza de la humanidad y del universo en la Iglesia, al darnos el pan nos siembra y nos enraíza en aquel trozo de tierra.

- Esta tierra es una gracia creada que lleva su huella. Esta humanidad de este pueblo, lleva incluso su imagen. Es como la tierra que está llena de vida, pero que por sí sola no puede germinar. Más aún si su vida está aprisionada, su fuerza encadenada y su luz ensombrecida.
- El grano de trigo que se siembra en la tierra, recoge la vida, la asume, la libera, la purifica, la transfigura, la potencia y la hace germinar. Así ahora la pequeña fraternidad de la Iglesia local queda sembrada en esta historia y en esta tierra.
- Esta siembra es una comunión en el camino de encarnación del Señor. La Iglesia comulga en su misericordia que le sembró en la tierra; en su encarnación, que le hizo que abriera una salida nueva a la tierra por su redención. La Iglesia comparte así su admirable intercambio con la historia de los hombres. En esta tierra, la siembra del evangelio llevará consigo no sólo la inculturación (fe-cultura), sino la transfiguración (fe-justicia).

Sembrada la Iglesia en este pueblo y en esta tierra, puede ser fermento que la transfigure. En la Iglesia local, por tanto, debe suceder un admirable intercambio con el marco histórico en el que se evangeliza. Es una gracia regalada a la gracia. La gracia de la pascua, puesta en la mesa, que pasa a las manos de todos los hermanos para la liberación y la reconciliación de la aventura humana en la que se siembra. La historia de cada pueblo transfigurada puede expresar la gracia del Salvador y ser compartida en todas las tiendas de campaña de la Iglesia universal, prefiguración de la humanidad nueva. Y, al tiempo, la germinación del evangelio ha purificado y ensanchado el rostro y el corazón de la humanidad de este

pueblo, para que pueda ser en su misma historia humana resplandor y símbolo de la nueva creación que está germinando, evocación de la gracia y preparación del evangelio.

### 3. *Celebración: Una misma mesa en muchos caminos*

#### 1. *La oración del comienzo*

Esta familia, reunida en tu presencia.

Oración por la Iglesia local.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— Al compartir el mismo pan, llegamos a ser todos un mismo cuerpo, el mismo que está en esta mesa y que peregrina por toda la tierra (1 Cor 10, 16-17).

— Canto a la fraternidad reunida por el pan compartido. «Donde hay caridad y amor, allí está el Señor» (CL 026).

— La entrega del Señor por nosotros nos hace ser uno. Al comulgar en su gesto «por ellos», pasamos a ser unos por otros, en la unidad de la Iglesia, a favor del mundo (Jn 17, 18-26).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

— Buscar una experiencia viva de oración.

— Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.

— Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

#### 4. *Aclamación final*

«Llamados a formar un solo cuerpo en un mismo Espíritu: Cantamos y proclamamos: Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre» (CL 708).

## La unidad en la comunión para el servicio

une a los hermanos entre sí. Pero como los carismas son los servicios, esta unión de comunión es para servir juntos, completándose unos a otros. Los carismas sirven para que todos los frutos a la Iglesia (cf. Ef 4, 12) y a la que guía hacia la verdad entera (cf. Jn 16, 13) y unifica en comunión («koinonía») y ministerio («diakonía»)» (LG 4).

*Dones para reunir*... Si preguntáis para qué dan los padres a cada uno de sus hijos, es de amor, seguro que enseguida caéis en la cuenta: «para ellos mismos, sino para el bien de la familia entera». Así ocurre con los carismas que el Señor regala a cada uno en el seno de su Iglesia. En el pan y en la copa se entregan al mismo.

Nos estamos adentrando en el misterio de la Iglesia. El pueblo de Dios, que existe como cuerpo de Cristo en la tienda de campaña del Espíritu, es una familia de hermanos. El Padre, por manos de su Hijo, en la unidad de su amor, los ha reunido en torno a la mesa. Todos viven de uno, de un único don, de una única gracia. El don del Padre es su Hijo, en el aliento del Espíritu. Jesús, el Hijo entregado en la pascua convertida en mesa, les da comunión en su mismo amor y los ha hecho ser a todos hijos y hermanos en él.

Según hemos visto ya, todos son «uno en Cristo». El Espíritu del Hijo les ha igualado a todos en la igualdad más radical, que rompe todas las diferencias, que hay en el mundo. Son una creación nueva. Un Señor, una fe, un bautismo, un pueblo elegido (Ef 4, 5). «Común dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una salvación, una esperanza y una indivisa caridad. Ante Cristo y ante la Iglesia no existe desigualdad alguna» (LG 32). Pero al tiempo cada uno de los hermanos es distinto. Pues además de la gracia que les iguala a todos en la filiación, en la fraternidad y en la herencia, cada uno de ellos ha recibido un don («carisma»), para un servicio («diakonía»).

Veis una familia, en la que todos son iguales y al tiempo distintos. Todos han recibido el ser de los padres, pero cada uno

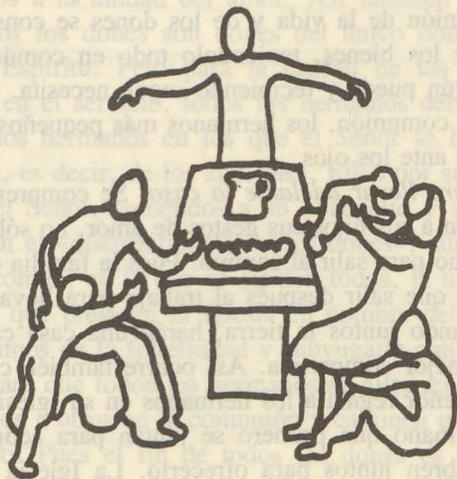


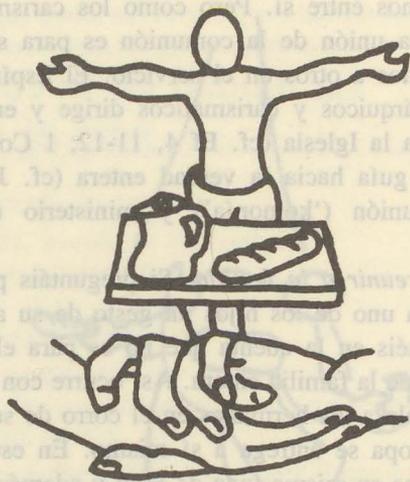
ha recibido además un rasgo de su rostro, un gesto de su amor, para servir juntos a la mesa y caminar juntos en el camino. Así, en la familia de la Iglesia, el Padre por manos de Jesús, en el aliento del Espíritu, ha regalado a cada uno de los hijos un don de su amor, que es una fuerza para el servicio. Jesús que es la cabeza de todos y de todo, al compartirles su mismo y único Espíritu, les ha hecho ser miembros de su cuerpo. Y así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, así la Iglesia, cuerpo de Cristo, encabezado por él, tiene muchos dones, unos grandes y otros pequeños, pero todos regalados para ponerse a servir en torno a la mesa y caminar detrás de él en el camino.

Al contemplar a los hermanos en el corro, les vemos iguales y al tiempo distintos. Todos son hijos y cada uno tiene un carisma distinto, para un servicio distinto. Pero todos tienen que completarse. No puede decir el ojo a la mano, no tengo necesidad de ti. Por eso la diferencia lleva consigo la comunión. El Espíritu que a cada uno le regala un gesto del Señor, le une al Señor y al tiempo le une con los otros en una «necesidad común». Lo que falta a un hermano, el Señor por el Espíritu se lo ha regalado a otro. Por eso es el mismo Espíritu el que, al regalar los carismas,

une a los hermanos entre sí. Pero como los carismas son para los servicios, esta unión de la comunión es para servir juntos, completándose unos a otros en el servicio. El Espíritu «con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos los frutos a la Iglesia (cf. Ef 4, 11-12; 1 Cor 12, 4; Gál 5, 22) a la que guía hacia la verdad entera (cf. Jn 16, 13) y unifica en comunión ('koinonía') y ministerio ('diadonía')» (LG 4).

*Dones para reunir a la familia.* Si preguntáis para qué dan los padres a cada uno de los hijos un gesto de su amor, seguro que enseguida caéis en la cuenta que no es para ellos mismos, sino para el bien de la familia entera. Así ocurre con los carismas que el Señor regala a los hermanos en el corro de su Iglesia. En el pan y en la copa se entrega a sí mismo. En este don de sí mismo, les entrega su misma vida de Hijo y además un gesto de su amor. En sus manos enriquece las manos de todos al tiempo. Ahora las manos de cada uno, con el don que cada uno ha recibido, tienen que ponerse a compartir y a servir en la misma mesa. El Señor les ha dado los carismas, por las necesidades y las tareas de su Iglesia, para edificarla, para renovarla y para agrandarla.





Los servicios serán distintos, unos le representarán a él como cabeza («dones jerárquicos»), otros le representarán como sus miembros («dones carismáticos»), pero todos son dones para el servicio. La Iglesia en el corro de la mesa será, pues, una comunión: la comunión que nace del pan partido. En primer lugar todos compartirán la vida, teniendo un solo corazón y una sola alma, por el amor. Pero además han de compartir los dones poniéndolos al servicio de los otros hermanos para el bien común. Y esta comunión de la vida y de los dones se consumará en la comunión de los bienes, teniéndolo todo en común, aportando cada uno según puede y recibiendo según necesita. En todo este camino de la comunión, los hermanos más pequeños tendrán que estar siempre ante los ojos.

*Dones para llevar adelante la casa.* Se comprende bien que los padres dan a sus hijos sus gestos de amor, no sólo para servir a la mesa, sino para salir al camino. Pues la familia que se sienta a cenar tiene que salir después al trabajo para llevar adelante la casa. Trabajando juntos la tierra, harán una casa cada vez más habitable y mejor compartida. Así ocurre también con los carismas que el Señor regala a los hermanos en su Iglesia. Como los dedos de la mano que primero se juntan para acoger el pan y después se abren juntos para ofrecerlo. La Iglesia es fermento

de la humanidad en el mundo. Tiene que sembrarse para que la humanidad se convierta en la nueva fraternidad y el universo en la tierra nueva. Su misterio de comunión en Cristo es para la recapitulación de la humanidad y el universo bajo su cabeza en alabanza de gloria del Padre.

Los hermanos tendrán que salir de la mesa y hacerse a los caminos de la misión. La Iglesia entera comparte la misión del Señor. Y los hermanos, cada uno según el don recibido, han de caminar de la mano de los otros para anunciar el evangelio a toda la creación, reuniendo el gran corro de la Iglesia y transfigurando el universo, a la espera de que vuelva el Señor. Por eso, haciendo la verdad en el amor, los hermanos han de hacer crecer todas las cosas hacia aquel que es la cabeza, pues los dones que recibieron han sido para llevar el universo a la plenitud. Ahora se comprende cómo la gracia recibida en la Iglesia hasta desbordar es para desbordar de gracia la aventura entera de la historia. Pues el Padre dio a su Hijo exaltado como cabeza a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo lleva todo a la plenitud.

En una familia, los dones recibidos son para reunir a los hermanos y llevar adelante la casa. Todos son uno en el amor. Todos deben ser guiados y encauzados por el padre. Todos deben ser destinados a la unidad del amor. Así también ocurre en la Iglesia. Todos los dones son dones del único don, el don del Hijo en su Espíritu. Pero para la unidad de los dones en la comunión y en el servicio, todos los hermanos deben estar a la escucha de los hermanos en los que el Señor se hace presente como cabeza, es decir, de los apóstoles. Ellos por su parte deben vivir sólo del Señor, sometidos a su evangelio y siervos de su eucaristía. En el «discernimiento de los dones», aunque se haga en la mesa común, en la que se sienten todos, la última palabra la tienen los que presiden la Iglesia en nombre del Señor. Pero no para ser amos de la fraternidad y subyugarla con dominio. Su servicio es para que todos los hermanos se alleguen al Señor, se entreguen unos a otros en la comunión y caminen unos con otros en el servicio. Pues el fin de todos los dones es la unidad de



amor de la Iglesia, para la unidad de amor de la humanidad y del universo.

Es necesario, pues, que en torno a la mesa se vaya entretejiendo este misterio de comunión para el servicio, en un puñado de hermanos que sean como el germen y el diseño de lo que ha de suceder en todo el cuerpo de la Iglesia y en todo el cuerpo del mundo. El mismo y único Espíritu irá abriendo caminos en esta germinación.

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

— Jesús llamó a seguirle a todos los hermanos. Un grupo se animó a hacer camino con él: apóstoles y discípulos. Ya antes de pascua compartieron con él la misión. Y de dos en dos continuaban su obra por los pueblos y las aldeas.

\* Llamó a los doce, para que estuvieran con él y enviarlos a predicar (Mc 3, 13-19; 6, 6b-13).

\* Pero también llamó a los setenta y dos para anunciar el evangelio junto a ellos (Lc 10, 1-12).

— En la travesía de la pascua, entronizado sobre el universo en la Iglesia, volvió a reencontrarlos para que desde el cenáculo se hicieran todos juntos a los caminos del mundo, hasta los confines de la tierra.

\* Juntos trabajaban mucho en el Señor para extender su señorío (1 Tes 5, 12-22; Flp 4, 2-3; Rom 16, 1-16).

\* Haciendo juntos corro en la mesa y dando juntos testimonio por el camino (Hech 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16).

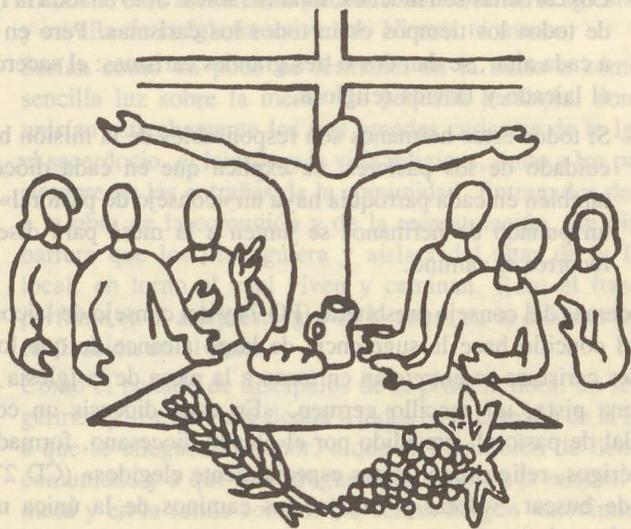
— La comunidad de los discípulos, aparece así como un puñado de hermanos, que acogen, comparten y ofrecen la misma vida de Jesús.

\* Como los sarmientos, que enraizados en una misma cepa, viviendo del mismo amor, son los testigos del Señor en medio del mundo, en donde han de dar fruto (Jn 15, 1-17).

\* Como los miembros de un cuerpo, que viviendo del mismo Espíritu, edifican la comunidad en la unidad y se entregan a la recapitulación del universo (Ef 4, 1-16).

— Pablo ha profundizado en esta fraternidad de hermanos y apóstoles, que él mismo compartió atravesando la ecumene detrás del Señor.

\* Todos iguales, por ser hijos y hermanos (Gál 4, 4-6; Rom 8, 15-17).



\* Pero todos distintos, pues sus dones eran para servicios distintos (1 Cor 12, 12-29; Rom 12, 3-8).

El misterio de la Iglesia, tal como aparece diseñado en el concilio Vaticano II (LG; DV; SC; GS), nos provoca a volver a la primera hora de la predicación evangélica.

## 2. Vocabulario

### *Consejo de pastoral*

Cuando se descubre la Iglesia como misterio de comunión, hay que buscar caminos para acogerla, compartirla y ofrecerla. En la Iglesia local, en la diócesis, en la parroquia donde la Iglesia local toma cuerpo de modo tan significativo (aunque también en otras comunidades eclesiales «bajo» el obispo) hay un altar y, sobre él, el pan y la copa, el cuerpo inmolado que se incorpora al cuerpo eclesial. La Iglesia es cuerpo de la eucaristía. Toda ella está llena de dones. Es una comunidad carismática. Por tanto toda ella, aunque de manera distinta, es responsable de la misión.

- Los carismas son muchos, innumerables. Solo en toda la Iglesia de todos los tiempos están todos los carismas. Pero en torno a cada altar, se dan dos o tres grandes carismas: el sacerdocio, el laicado y la vida religiosa.
- Si todos estos hermanos son responsables de la misión bajo el cuidado de los pastores, se explica que en cada diócesis y también en cada parroquia haya un «consejo de pastoral». Que un puñado de hermanos se junten a la mesa para diseñar y recorrer el camino.

Además del consejo presbiteral (PO 7) y del consejo de laicos (AA 26), el concilio hace la sugerencia de largo alcance de que los tres grandes carismas se entretajan en torno a la mesa de la Iglesia local. Fue una pista, un sencillito germen. «En cada diócesis un consejo especial de pastoral, presidido por el obispo diocesano, formado por los clérigos, religiosos y laicos especialmente elegidos» (CD 27). Se trata de buscar, valorar y ensayar los caminos de la única misión eclesial en el mundo.

### Fraternidad apostólica

Cuando el concilio intenta rastrear los nuevos caminos de la Iglesia evoca el puñado de hermanos que, en las primeras comunidades cristianas, se entregaban unidos y a fondo perdido a la obra de la evangelización. «Aquellos hombres y mujeres, que ayudaban al apóstol Pablo en la evangelización, trabajando mucho en el Señor (cf. Flp 4, 3; Rom 16, 3ss)» (LG 33; AA 10). En realidad este puñado de discípulos, viviendo y caminando en fraternidad, continuaban el camino de los primeros apóstoles, que caminaban junto al Señor. Eran los doce, pero también otros seguidores y compañeros, con ellos, detrás de él (cf. Lc 9, 1-6; 10, 1-16). Algo así parece adivinarse en los textos del concilio cuando se llama a los sacerdotes y a los laicos a ser verdaderamente «hermanos en el Señor». Además del consejo de pastoral, ¿cómo se podría configurar esta común fraternidad en medio de la Iglesia?

- En torno a la mesa de la eucaristía de la Iglesia local, un puñado de hermanos, alentados por el Espíritu, podrían entregarse a vivir la unidad de la comunión y del servicio. Sin concentrar nada, sin dirigir nada, sin reclamar nada, sin singularizarse por nada que no sea el seguimiento apasionado de Jesús en medio de su Iglesia, peregrina hacia el Reino. Este puñado de hermanos viviría así de lleno para la edificación de la Iglesia local y en ella de la Iglesia universal. Ni más ni menos.
- Serían como un poco de fermento en la masa o como una sencilla luz sobre la mesa. Un pequeña parábola, donde se unirían estrechamente los tres grandes carismas de la Iglesia, el sacerdocio, el laicado y la vida religiosa, junto a los pobres, siempre en las entrañas de la comunidad. Entregados de lleno a la obra de la comunión y de la recapitulación, sin ninguna barrera que los distinguiera y aislara del altar de la Iglesia local, en torno al cual viven y caminan. Roto el frasco de perfume en el arciprestazgo, en la zona, en la diócesis para su edificación en el amor.
- Como el puñado de discípulos de la primera hora, un sencillo germen y diseño. Para alentar a todos en el corazón de la Iglesia a que se alleguen al Señor, a que se incorporen de lleno a la comunidad y a que se entreguen por entero a la misión. En la mesa y en la senda común. No serían ningún «movimiento», ni ningún gesto carismático diferente. Tampoco serían el signo

de la totalidad, que solo encabeza el Señor y se expresa en la Iglesia única y universal. Corporeización enteramente relativa y transitiva. Por el Señor para su Iglesia, camino de su Reino. Acogiendo todo en el corazón (LG/GS).

Este puñado de vidas, en las manos del Señor, podrían entrar juntas, entrelazadas con todos, al camino de la santidad, la senda del amor crucificado, universal vocación de todos, carisma que está en el origen y el fin de todos los carismas. Así serían sin más una sencilla presencia alentadora, que dejara pasar por ella todo el misterio de Cristo, en todo el misterio de la Iglesia, para todo el misterio del Reino. Sencilla germinación en torno al altar, paso para convocar a la multitud y al universo. Como los hermanos que acompañaron a los apóstoles de la primera hora. Evocando hoy la vuelta a aquel «modelo apostólico enteramente primero». Algo así se evoca en esta palabra «fraternidad apostólica», que a veces se oye en un lugar y en otro de la Iglesia, con el mismo y distinto resplandor.

### 3. *Celebración: Un puñado de existencias entre las manos del Señor*

#### 1. *La oración del comienzo*

Iguales y distintos, por causa del amor.

Oración por los sacerdotes, por los religiosos, por los laicos (Misal).

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— Todos los dones son dones del Don: el amor que el Padre nos ha tenido en su Hijo, entregado en su Espíritu santo. Hay que vivir los carismas desde el carisma radical (1 Cor 13, 1-7).

— «Jesús nos ha reunido, amémonos, hermanos». En la mesa del lavatorio de los pies y de la fracción del pan, recibimos el don y la tarea de la fraternidad. Canto «Ubi caritas» (CL 151).

— El único amor que nos reúne es el Espíritu, que se nos parte en el pan y la copa y nos hace enraizarnos en la única cepa para dar fruto en favor del mundo (Jn 15, 1-17).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

— Buscar una experiencia viva de oración.

- Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.
- Mirar juntos a los pasos pequeños del camino.

#### 4. *Aclamación final*

«Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Yo soy la senda:

seguidme en vuestros pasos

y vuestro será el Reino prometido.

Gustad y ved qué bueno es el Señor» (CL O 30).

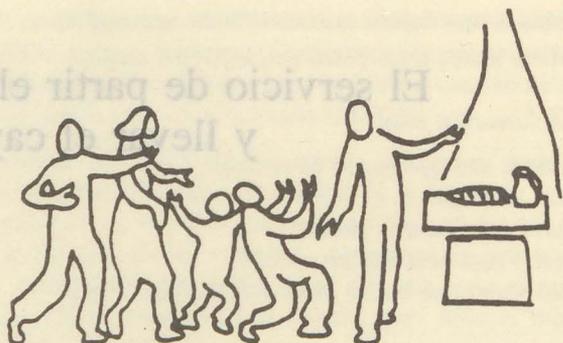
Jesús, el Señor, para reunir en uno a los hijos dispersos, sentarlos a su mesa y conducirlos por sus huellas a la casa del Padre, ha confiado a un puñado de hermanos su servicio de primogénito, que los encabeza en la mesa y en el camino. Son los apóstoles, a los que envió como él mismo había sido enviado por el Padre. Se hicieron con él a los caminos, compartiendo su misma vida y su mismo servicio, hasta el punto de ocupar su destino (Mc 3, 13-19; Mt 10, 1-42). Los hizo «seca» a modo de grupo estable de fraternidad compartida, poniendo a Pedro a su frente (Mt 16, 18; Jn 21, 15-17). Atravesada la pascua, los reencontró de nuevo en el cenáculo para dejarse ver en la soberanía de su gracia, haciéndoles testigos de su resurrección. En este mismo encuentro les envió en su misma misión, para reunir a los hermanos y preparar su mesa grande para todos (Mt 28, 16-20; Mc 16, 15; Lc 24, 45-48; Jn 20, 21-23; Hech 2, 1-26). Se les encargaba así preparar la familia y el hogar del Padre, en la fuerza del Espíritu, poniendo a Cristo como única piedra angular, aunque también ellos sostuvieran la casa, como cimientos (Ef 2, 20; Ap 21, 14). Así todos los hermanos podrían venir a hacer corto con él en la mesa y caminar detrás de él en el camino.

El encargo que el Señor confió a los apóstoles ha de durar hasta el fin de los siglos (Mt 28, 20). Por eso los apóstoles buscaron a hermanos que les ayudaran a ocupar el servicio de

## El servicio de partir el pan y llevar el cayado

Jesús, el Señor, para reunir en uno a los hijos dispersos, sentarlos a su mesa y conducirlos por sus huellas a la casa del Padre, ha confiado a un puñado de hermanos su servicio de primogénito, que los encabeza en la mesa y en el camino. Son los apóstoles, a los que envió como él mismo había sido enviado por el Padre. Se hicieron con él a los caminos, compartiendo su misma vida y su mismo servicio, hasta el riesgo de compartir su destino (Mc 3, 13-19; Mt 10, 1-42). Los hizo «doce» a modo de grupo estable, de fraternidad compartida, poniendo a Pedro a su frente (Mt 16, 18; Jn 21, 15-17). Atravesada la pascua, los reencontró de nuevo en el cenáculo para dejarse ver en la soberanía de su gracia, haciéndoles testigos de su resurrección. En este mismo encuentro les envió en su misma misión, para reunir a los hermanos y preparar su mesa grande para todos (Mt 28, 16-20; Mc 16, 15; Lc 24, 45-48; Jn 20, 21-23; Hech 2, 1-26). Se les encargaba así preparar la familia y el hogar del Padre, en la fuerza del Espíritu, poniendo a Cristo como única piedra angular, aunque también ellos sostuvieran la casa, como cimientos (Ef 2, 20; Ap 21, 14). Así todos los hermanos podrían venir a hacer corro con él en la mesa y caminar detrás de él en el camino.

El encargo que el Señor confió a los apóstoles ha de durar hasta el fin de los siglos (Mt 28, 20). Por eso los apóstoles buscaron a hermanos que les ayudaran a compartir el servicio de



la misión. Después, a modo de testamento, «confiaron a sus cooperadores inmediatos el encargo de acabar y consolidar la obra por ellos comenzada, encomendándoles que atendieran a todo el rebaño, en medio del cual el Espíritu santo les había puesto para apacentar la Iglesia de Dios (Hech 20, 28)». Los colaboradores, por la imposición de las manos y el don del Espíritu, pasaron a ser sus sucesores. «Así, pues, los obispos, junto con los presbíteros y diáconos, recibieron el servicio de la comunidad» (LG 20). Efectivamente el servicio de Pedro y de los doce permanece y se transmite en el «orden sagrado de los obispos», unidos todos en unión inseparable, en torno a aquel que es en verdad vicario de Cristo, cabeza visible de toda la Iglesia, principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de la fe y de la comunión. En los obispos, a quienes asisten los presbíteros, Jesucristo nuestro Señor está presente en medio de los fieles. Testigos y enviados, son por ello sus representantes (Mt 10, 40).

Los hermanos que comparten, aun en forma distinta, el carisma de «los doce» han recibido del Señor el encargo de hacer sus veces de primogénito, cabeza y pastor. Decimos que le representan, o mejor, que él mismo se hace presente en ellos para llevar adelante el encargo del Padre. Es el mismo Señor quien en ellos predica el evangelio, convocando a los hermanos al corro de la Iglesia, si es que acogen su amor en la fe y en el bautismo. Es él mismo quien les parte el pan en la mesa, incorporándolos a sí mismo, como miembros vivos de su Cuerpo. Congregados, los reúne en la unidad animada por el Espíritu. Y después, par-

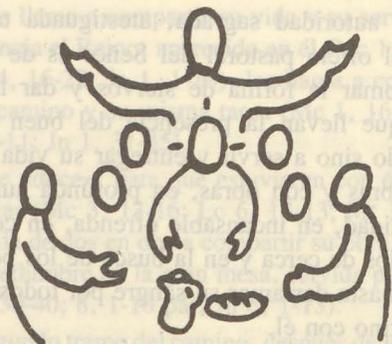
tiendo de la mesa, es él mismo quien los conduce en la peregrinación hacia la bienaventuranza del hogar del Padre (LG 21; 28). La imagen del Pastor lo pone ante los ojos. El pastor reúne al rebaño sobre la pradera para darle de comer y después lo pastorea guiándolo hacia otra tierra, que está más adelante. Este servicio (*diakonía*) es un don que se da por la gracia (*carisma*) de la imposición de las manos. Los apóstoles enriquecidos por Cristo con el aliento del Espíritu (Hech 1, 8; 2, 4; Jn 20, 22-23), transmitieron a su vez a sus colaboradores, por la imposición de las manos, el don del Espíritu (1 Tim 4, 14; 2 Tim 1, 6-7). Los obispos, a los que asisten los presbíteros, son así ungidos en la misma unción de Jesús, enviados en su misma misión, configurados en su misma imagen. En el obispo, que recibe la plenitud del apostolado, rodeado por los presbíteros, que le ayudan, compartiendo con él en unidad de consagración y misión el ministerio apostólico, está presente Cristo como Señor. Ellos «actúan en la persona de Cristo cabeza», para que él se haga presente reuniendo, incorporando y conduciendo a todos.

El mismo Señor, por manos de sus apóstoles, reúne a los hermanos (LG 25; 28a). Jesús es el profeta del reino del Padre, el heraldo de su palabra. Más aún, es la Palabra misma del Padre, en la que el Padre se dice y se da a sí mismo por entero. El Reino ha llegado en él, en sus palabras, en sus signos, en sus sendas. Todo su amor se consumió en su pascua. El «evangelio



del Reino» es ahora el «evangelio de Cristo». «Ha llegado el Reino», «Jesús es el Señor». Todo el amor del Padre, toda su gracia y fidelidad, aparecida en la cruz gloriosa, se entrega ahora en la mesa, en el pan y en la copa que se comparten. Hay que salir a los caminos a proclamar que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre. El es el evangelizador, él es el evangelio. Los apóstoles le prestan la voz y él dice su palabra por todas las sendas del mundo. «Todos vosotros sois hermanos porque el Padre os ama. Venid a ser hijos en el Hijo, sentaos a la mesa a compartir como hermanos. Venid tras él a la senda de la herencia». Esta es la palabra que convierte, convoca y congrega. En anuncio y en enseñanza, en diálogo y en testimonio. Por ello «los obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo», «maestros auténticos», «herederos de la autoridad de Cristo». Ellos predicán, ilustran, aplican a la vida, ayudan a fructificar, apartan del error. Ellos son en la comunión apostólica los testigos de la verdad divina y católica por el aliento del Espíritu santo

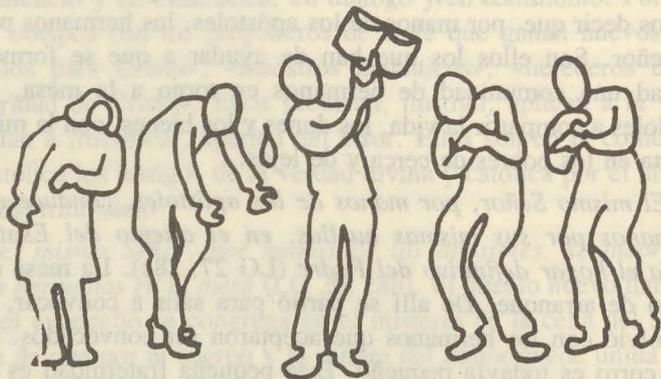
*El mismo Señor, por manos de los apóstoles, se incorpora a los hermanos en la mesa (LG 26; 28b).* El pueblo nuevo llamado por el evangelio se congrega en el misterio de la cena del Señor a fin de que por el cuerpo y la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad. En torno al altar, reunida la fraternidad bajo el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del cuerpo místico de Cristo, sin la cual no puede haber salvación. «En estas comunidades, por más que con frecuencia sean pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente; el cual con su poder da unidad a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Porque la participación del cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa, sino que pasemos a ser aquello que recibimos» (LG 26). Por manos de los apóstoles pasa el cuerpo del Señor a manos de los hermanos. El está a la cabecera de la mesa. Es el sacerdote y la víctima, el que se entrega y el entregado. Los apóstoles al actuar en la persona de Cristo le prestan sus manos para que él mismo se entregue a sí mismo y así la fraternidad pueda ser alentada en la unidad del Espíritu.



Un único cuerpo, porque partimos el mismo pan. Por eso podemos decir que, por manos de los apóstoles, los hermanos pasan al Señor. Son ellos los que han de ayudar a que se forme de verdad una comunidad de hermanos en torno a la mesa, ayudándoles a compartir la vida, los dones y los bienes, con la mirada puesta en los pobres de cerca y de lejos.

*El mismo Señor, por manos de los apóstoles, conduce a los hermanos por sus mismas huellas, en el aliento del Espíritu, hacia el hogar definitivo del Padre (LG 27; 28c).* La mesa es el punto de arranque. De allí se partió para salir a convocar. Allí se volvió con los hermanos que aceptaron ser convocados. Pero este corro es todavía pequeño. Esta pequeña fraternidad es para reunir a todos los hombres en la gran fraternidad de la Iglesia y así reunir a todas las criaturas en la gran fraternidad de la tierra nueva, como ofrenda de alabanza al Padre por su inmensa gloria. Los apóstoles han de ayudar a toda la comunidad a que avance sobre las huellas del Señor anunciando el evangelio siendo así toda ella una comunidad misionera. Pero, como él testimonia la palabra con los signos, han de ayudar a toda la comunidad a que avance tras él, curando las heridas de los pobres, siendo así toda ella una comunidad diaconal. Y, como él abre brecha en el mundo de los poderes arrojando los demonios, también los apóstoles han de alentar a todos, junto con ellos, aunque en gestos distintos, a trabajar por la justicia de su reinado en medio del mundo, siendo así toda la comunidad militante. Los obispos, a los que asisten los presbíteros, van llevando el cayado del Señor por el

camino, con su autoridad sagrada, atestiguada también con el ejemplo. Pues el oficio pastoral del Señor es de suyo el don y el encargo de tomar la forma de siervo y dar la vida por los hermanos. Ya que llevan la presencia del buen Pastor que no vino a ser servido sino a servir y entregar su vida en rescate por todos. Con palabras y con obras, en profunda humildad, en absoluta disponibilidad, en incansable ofrenda, en cercanía íntima, a la escucha de los de cerca y en la busca de los perdidos, siendo todo para todos hasta derramar su sangre por todos. En comunión ilimitada de destino con él.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

El don y el servicio de los doce apóstoles va apareciendo por los caminos, detrás de Jesús. Ellos son el germen y diseño de la Iglesia. Por eso sus huellas son inspiración para todos los hermanos. Aunque hay algo propio, que les marca: son testigos, enviados y representantes del Primogénito, cabeza y pastor de todos los hermanos y de todo el universo.

— Jesús los llama a compartir su vida y su servicio. Después de que anuncia el Reino, aparecido en él (Mc 1, 14-15; Mt 4, 12-17; Lc 4, 16-22; Jn 1, 1-18), les llama a compartir con él su mismo camino y su misma tarea (Mc 1, 16-20; Mt 4, 18-22; Lc 5, 1-11; Jn 1, 31-35).

— Les hace «doce», para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (Mc 3, 13-16; Lc 6, 12-13; Mt 10, 1-4). Después les manda de dos en dos a compartir su obra. Por fin, se reúne la muchedumbre en la gran mesa, servida por ellos, junto a él (Mc 6, 30-40; 8, 1-10 par; Jn 6, 1-13).

— En el segundo tramo del camino, después de la crisis de Galilea, Jesús enseña a los doce a compartir su destino.

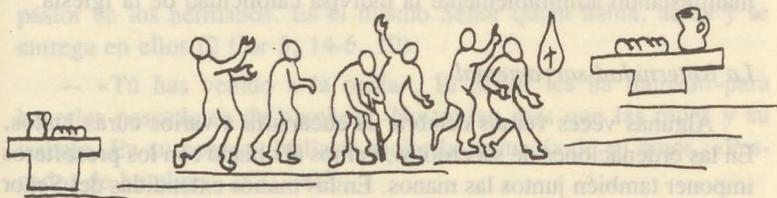
\* Ellos tienen que estar dispuestos a perder con él (Mc 8, 31-33 par).

\* Poniéndose a servir con él en el último lugar (Mc 9, 33-37 par).

\* Arriesgando incluso la vida por los hermanos con él (Mc 10, 41-45 par).

— En la cena antes de padecer, cuando les parte su cuerpo entregado y su sangre derramada (Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29; Lc 22, 15-20; 1 Cor 11, 23-25), les encarga que le presten sus manos para continuar partiéndolo. «Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11, 25; cf. Lc 22, 29-30).

— Y en la mesa, después de resucitar, les envía en su misma misión. Serán sus enviados y sus representantes, presencia suya a la cabecera de la mesa y del camino, hasta que vuelva. «Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros» (Mc 16, 9-20; Mt 28, 16-20; Jn 20, 19-23; Lc 24, 36-43). «Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo... poniendo en nosotros... la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortara por medio de nosotros» (2 Cor 5, 19-20).



## 2. Vocabulario

### *La colegialidad episcopal*

Lo mismo que, por disposición del Señor, Pedro y los demás apóstoles fueron un solo colegio apostólico, así también se unen entre sí el Papa, sucesor de Pedro, y los obispos, sucesores de los apóstoles.

— La fraternidad de los obispos («cuerpo de los obispos») incluye el poder primacial de Pedro, «vicario de Cristo», «pastor de toda la Iglesia». El tiene sobre la Iglesia una potestad plena, suprema y universal que puede siempre ejercer libremente.

— Pero también en esta fraternidad del «cuerpo de los obispos» permanece el «cuerpo apostólico». Ellos, con la cabeza, tienen también suprema y plena potestad sobre la Iglesia univesal.

En efecto, el Señor puso a Simón, como roca y portador de las llaves, como pastor de todo el rebaño (Mt 16, 16-19; Jn 21, 25ss), pero el oficio que le dio de atar y desatar (Mt 16, 19), se lo dio también al colegio apostólico entero (Mt 18, 18; 28, 16-20). Aquí se fundamenta la colegialidad episcopal; en medio de esta comunión, el obispo de cada Iglesia local:

— es el principio y fundamento visible de la unidad de su Iglesia local, formada a imagen de la Iglesia universal. En las Iglesias locales y de las Iglesias locales existe la una y única Iglesia católica.

— Pero al tiempo, como miembro del colegio episcopal, debe tener la solicitud por la Iglesia universal, extendida por toda la tierra.

Así todos los obispos, a una, según el mandamiento del Señor, deben defender la unidad de la fe y la disciplina, alentar el amor al cuerpo místico de Cristo y en especial a sus miembros más pobres, promover la acción misionera, para anunciar el evangelio a todo el mundo, aportando obreros para la mies y toda clase de ayudas espirituales y materiales. Así se hacía en las antiguas Iglesias locales, manifestando admirablemente la indivisa catolicidad de la Iglesia.

### *La fraternidad sacramental*

Algunas veces vemos celebrar la eucaristía a varios curas juntos. En las ordenaciones de sacerdotes, vemos al obispo con los presbíteros imponer también juntos las manos. En las manos extendidas del Señor

están las manos del obispo y las manos de los presbíteros, ungidas en una misma consagración y enviadas en una misma misión.

- La «fraternidad sacramental» es la fraternidad que nace entre los sacerdotes y entre ellos con el obispo, porque sus manos juntas fueron ungidas en el sacramento de Cristo, por la imposición de las manos, para servir al único sacramento de Cristo, el pan y la copa de la mesa, y así edificar a la Iglesia de Cristo, sacramento universal de salvación para el mundo.
- La «fraternidad íntima» es la vivencia de la fraternidad sacramental. Estas manos que están entrelazadas por el mismo servicio han de llegar a estar unidas íntimamente por el mismo amor. Estos hermanos juntos proclaman la palabra, parten el pan, llevan el cayado, juntos y al tiempo, en comunión jerárquica. Entonces juntos han de comulgar el amor entrañable de Jesús por los hermanos.

Esas manos que han de convocar, congregar y conducir juntas, han de latir el mismo latido del Señor «por ellos», la misma caridad apostólica. Los obispos han de ser padres, hermanos y amigos de los presbíteros. Y éstos, a los obispos, les han de amar como padres, hermanos y amigos, con caridad sincera y obediencia sacerdotal. Compartiendo la vida, los dones y los bienes, con la mirada puesta en los pequeños. Así, esta íntima fraternidad aparecerá como germen y diseño de la Iglesia y serán aliento de su peregrinación por el mundo.

### 3. *Celebración: Hermanos en el puesto del Primogénito*

#### 1. *Oración del comienzo*

Les hizo dispensadores de sus misterios.

Oración de la misa de Cristo sacerdote.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— Los apóstoles van llevando la presencia del Señor, cabeza y pastor de los hermanos. Es el mismo Señor quien habla, actúa y se entrega en ellos (2 Cor 5, 14-6, 10).

— «Tú has venido a la orilla». El Señor les ha llamado para hacerles pescadores de hombres. No tenían más que las redes y su trabajo. En su pobreza brillaría mejor la primacía de su amor. «Pescador de hombres» (CL. 407).

— Lo mismo que hacía él por los caminos, les encarga que hagan ellos; convocar, reunir y conducir. Dando gratis lo que gratis habían recibido (Mt 9, 35-10, 7).

### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

- Buscar una experiencia viva de oración.
- Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.
- Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

### 4. *Aclamación final*

«El Señor es mi Pastor».

Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo, porque tú vas conmigo.

Tu vara y tu cayado me sosiegan.

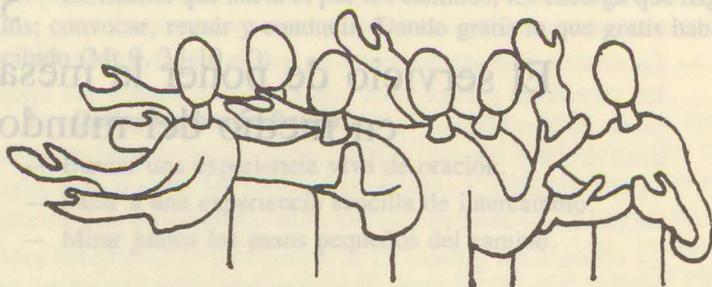
«El Señor es mi pastor» (CL 505).

5

## El servicio de poner la mesa en medio del mundo

El Señor entronizado está a la cabecera de la mesa. En sus manos enclavadas se entrega a sí mismo. «Ya» se ha inaugurado el Reino. Ya ha aparecido la fraternidad en torno a la mesa compartida. Ya los últimos han empezado a servir con él. Pero su Reino «todavía no» se ha consumado. Faltan muchos hermanos en el corro. La tierra todavía es un campo de guerra, donde se oyen los gemidos por la liberación y la reconciliación. Todavía los pobres mueren en la noche. Al entregarles el Señor el pan partido, los hermanos gritan: *Maranatha*. «Ya estás, Señor», pero «ven, no tardes». Es necesario salir de la mesa para proclamar su reinado y hacerlo presente en medio del reinado de las tinieblas, hasta que él vuelva. «Cristo, hecho obediente hasta la muerte, y en razón de ello, exaltado por el Padre (cf. Flp 2, 8-9), entró en la gloria de su Reino; a él están sometidas todas las cosas hasta que él se someta a sí mismo y a todo lo creado al Padre, para que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Cor 15, 27-28). Tal potestad la comunicó a sus discípulos para que quedaran constituidos en una libertad regia y vencieran en sí mismos el reino del pecado (cf. Rom 6, 12) e, incluso sirviendo a Cristo también en los demás, condujeran a sus hermanos hasta aquel rey, a quien servir es reinar» (LG 36).

El fin del pueblo mesiánico, reunido en torno a la mesa, es recapitular la humanidad y el universo, para que todos participen

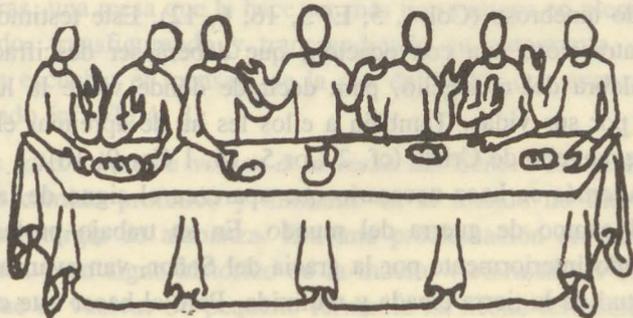


de la libertad gloriosa de los hijos, para alabanza de la gloria del Padre. Así esta fraternidad del Señor, aunque sea pequeña, es «germen de unidad» e «instrumento de redención» de la humanidad y del universo entero. Los pastores de la Iglesia «saben que ellos no fueron constituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo» (LG 30). Junto a los presbíteros puso el Señor a los laicos, dándoles dones distintos, que al tiempo los distinguen y los unen en íntima necesidad. A unos les confió, en nombre suyo, el partir el pan en la mesa y llevar el cayado en el camino, haciendo sus veces. Pero a los laicos les confió sobre todo el encargo de poner esta mesa en medio del mundo, para que el mundo se convierta en hogar, anticipando así el reino del Padre. Unos le representan, delante de los hermanos, como cabeza de la Iglesia y del universo, otros han de representarle en medio de los hermanos, como germen y fermento de la nueva creación, en las entrañas de la historia humana.

*En torno a la mesa el Señor ha dado parte a todos en su filiación, en su fraternidad y en su herencia.* Después a cada uno les ha dado un don, para el servicio. ¿Cuál es entonces el don (carisma) de los laicos? En el bautismo han llegado a ser hijos y hermanos en él; en la confirmación han sido ungidos para ser apóstoles en él. Les ha dado parte en su pueblo santo, pueblo sacerdotal, profético y real. Son sacerdotes, profetas y reyes con él. Entrañados así en su mismo cuerpo, son miembros vivos suyos, para edificar la Iglesia en la unidad y por ella llevar el

universo a su plenitud. Están, pues, en la tienda de campaña del Espíritu para trabajar en el servicio de la comunidad y para hacer la peregrinación por el mundo. En el paso de la Iglesia al mundo se sitúa de modo especial el don que han recibido. Ellos son en Cristo siendo en el mundo. Y son en el mundo siendo en Cristo. Su ser en el mundo es lo «propio y peculiar de los laicos». «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios, tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el mundo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida» (LG 31). En medio del mundo, desde dentro del mundo, «igual que la levadura» en la masa. En el tejido social y mundano, pero aportando la vida nueva en Cristo, la existencia y la senda de su fe, de su amor y de su esperanza, para iluminar y transfigurar la aventura de la historia, alentando en ella el Espíritu del Señor, avanzando su reinado en el mundo para gloria del Padre.

*Los laicos han de partir de la mesa del Señor.* En el pan y la copa se «prefiguran el cielo y la tierra nueva» (cf. Ap 21, 1). En ellos se alimentan para la vida y la misión, pues pasan a vivir de aquel que se entregó por todos en su amor, que es el alma de todo apostolado (LG 35; 33). En la mesa está el anticipo del universo transfigurado. En la mesa está el aliento para transfigurarlo. Más aún, en la mesa está el encargo sacerdotal de transfigurarlo, como ofrenda, pues ellos son el pueblo de la adquisición, para proclamar, en la liturgia del camino diario en medio del mundo, las maravillas del Señor que ha inaugurado en el



reino de las tinieblas el amanecer de su luz admirable. Ciertamente es necesario subrayar que en torno a la mesa, en medio de la Iglesia, con su trabajo apostólico, especialmente el catequético, pueden ayudar a los hermanos a acoger el amor de Jesús; y con su entrega al servicio, les pueden ayudar a compartir y ofrecer el amor de Jesús. Incluso hasta pueden ser llamados a una ayuda más cercana a los apóstoles, como los compañeros de Pablo (Ef 4, 3; Rom 16, 3ss). Pero toda esta labor dentro de la comunidad, como verdaderos discípulos, está en la línea de su vocación indivisa de ser hombres de Cristo, Iglesia en el mundo, para ser fermento del mundo. No pueden recaer en formas de clericalismo, sino que habrán de ser presencia alentadora para que toda la comunidad, edificada en la comunión, se abra al mundo y se siembre en él ensanchando el «Reino de Cristo» en medio de la historia humana.

*Los laicos han de poner una mesa en medio del mundo.* Partiendo de la mesa de la eucaristía salen al mundo a pregonar que «ya ha aparecido la mesa» que esperábamos y atestiguar su anuncio con la entrega incondicional para ayudar a ponerla en medio de los hombres. Con su palabra encarnada proclaman la mesa. El Señor les ha hecho testigos iluminados con la gracia de la palabra, para que la fuerza del evangelio brille en la vida diaria, familiar y social (Mt 5, 14-16). Su palabra aparece primero en el testimonio de la vida. Su profesión de fe se hace vida desde la fe y así pasa a ser testimonio de vida, para el coloquio de la gracia con los hermanos, en medio del camino compartido, coloquio que a veces se hace combate con los dominadores de este mundo tenebroso (Col 4, 5; Ef 5, 16; 6, 12). Este testimonio es una atracción, una convocación, que deberá ser descifrada por la palabra del evangelio, para decir de dónde viene la luz que pasa por sus vidas. También a ellos les ha de apremiar el amor y el evangelio de Cristo (cf. 2 Cor 5, 14; 1 Cor 9, 16).

Además se hace necesario que aparezca el signo de la mesa en el campo de guerra del mundo. En su trabajo profesional, alentado interiormente por la gracia del Señor, van avanzando la plenitud de la tierra creada y redimida. Pero al hacer este camino

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

## 1. Textos

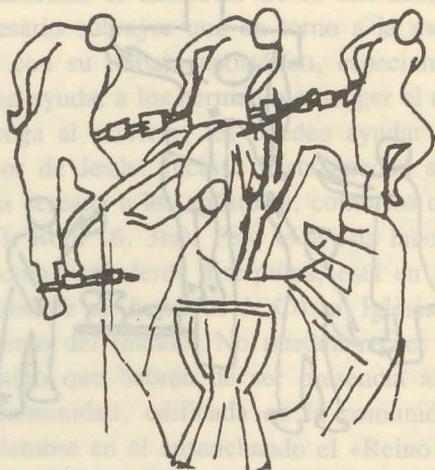
— *Luchar*... además de los doce, Jesús llamó a otros para hacer camino con él y compuso una comunidad apostólica (Jc 16, 1-16).

— *Llamad*... hermanos, como piedras vivas, edificad sobre Cristo, piedra de tropiezo y edificio para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios (Ef 2, 20-22; Col 1, 12-14; 1 Pe 2, 4-5).



de progreso hacia adelante, tropiezan con cadenas y con muros. Se hace necesario, no sólo trabajar profesionalmente, sino luchar por la liberación y la reconciliación en medio del montaje injusto y opresor del mundo. Este combate, alentado interiormente por la gracia del Señor, libera «saneando las estructuras y los ambientes del mundo que incitan al pecado». Pero en este mundo tenebroso hay que avanzar además el camino del compartir y del servir. Así en la liberación, se avanza la comunión. «Para que los bienes creados se desarrollen al servicio de todos y cada uno de los hombres y se distribuyan entre ellos, según el plan del Creador y la iluminación de su Verbo» (LG 36), que clavado en la cruz ha inaugurado el Reino de su justicia, de su paz y de su amor. El mundo ve aparecer así una mesa, en medio de sus trincheras, una mesa que le hace ser más tierra nueva en plenitud, liberando, transfigurando y trascendiendo su autonomía, y le avoca a escuchar el mensaje de la paz del Señor que avanza en su reinado (cf. Flp 4, 8).

510 *Los laicos han de volver a la mesa del Señor.* En realidad todo su camino profético y militante en el mundo no fue más que una liturgia de alabanza. Era una proclamación en palabra encarnada y en signo histórico de la muerte victoriosa del Señor hasta que él vuelva. Su pequeño fermento ha hecho fermentar la



masa del pan. Ahora pueden venir a la mesa a ofrecerlo, anticipando ya ahora la ofrenda de la humanidad en el cosmos, que se consumará en gloria. En ellos se han producido abundantes frutos del Espíritu. Los frutos más fecundos de su misión, las iniciativas apostólicas, el trabajo diario, la vida de familia, el compromiso en las estructuras del mundo, las pruebas y los sufrimientos del camino son ahora «los sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo» (1 Pe 2, 5), que en la eucaristía, por manos de los presbíteros, se ofrecen para ser el cuerpo de Cristo, consagrando así el mundo mismo al Padre (LG 34). El carisma laical es así don del Señor para con-vocar, con-gregar y con-ducir a su Iglesia hacia la recapitulación del universo, haciendo ya germinar desde ahora en la historia los cielos nuevos y la tierra nueva por la representación del Primogénito, que como uno más de los hermanos, se sembró en el mismo corazón del mundo.

Así, «en la diversidad, todos darán testimonio de la admirable unidad del Cuerpo de Cristo, pues la misma diversidad de gracias, servicios y funciones, congrega en la unidad a los hijos de Dios, porque todas estas cosas son obra del único e idéntico Espíritu (1 Cor 12, 11)» (LG 32).

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

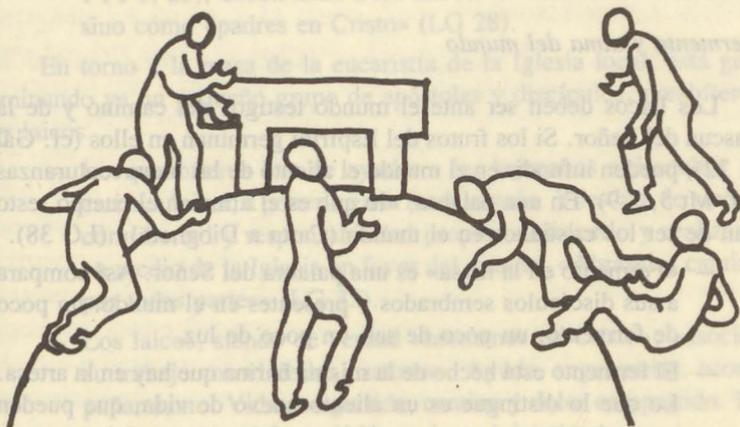
## 1. Textos

— *Lucharon por el evangelio a mi lado*: Además de los doce, Jesús llamó a su lado a otros muchos hermanos, para hacer camino con él y compartir su obra. Tanto la tradición sinóptica como las cartas apostólicas lo atestiguan (Lc 10, 1-24; 24, 13-35; Flp 4, 1-9; Rom 16, 1-16).

— *Llamados a proclamar sus maravillas*: los hermanos, como piedras vivas, se allegan a la piedra angular que es Jesucristo, piedra de tropiezo y edificación. Así entran a formar «un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales por medio de Jesucristo» (Ef 2, 20-22; Col 1, 12-13; 1 Pe 2, 4-10).

— *En la liturgia de la vida diaria*: lo que sucede en la mesa hay que llevarlo al camino. Ofrecerse como hostias vivas en la ofrenda por los hermanos, no configurándose con este mundo, sino siendo en él fermento vivo (Rom 12, 1-21; Jn 15, 1-17; 1 Jn 2, 3-17).

— *Haciendo el camino de la justicia en el mundo*: este camino de novedad es una senda de luz, en medio de las tinieblas del mundo.





Ellos son la luz del mundo y la sal de la tierra. Las bienaventuranzas son las huellas de este camino (Mt 5, 1-12.13-16.38-48; 6, 24-34 par).

— *Que conduce a un combate para avanzar la brecha de la luz:* las armas han de ser distintas. Revestidos de la fe, de la esperanza y del amor, los hermanos tendrán que revestirse de la libertad y de la justicia del Señor, para la liberación y reconciliación del mundo (Gál 5, 16-25; Rom 12, 11-14; Ef 6, 10-20). Efectivamente, los dones recibidos del Señor, que se llevó cautiva a la cautividad, son para llevar el universo hacia la plenitud (Ef 4, 7-16).

## 2. Vocabulario

### *Fermento y alma del mundo*

Los laicos deben ser ante el mundo testigos del camino y de la pascua del Señor. Si los frutos del Espíritu germinan en ellos (cf. Gál 5, 22), pueden infundir en el mundo el aliento de las bienaventuranzas (cf. Mt 5, 3-9). En una palabra, «lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo (Carta a Diogneto)» (LG 38).

- «Fermento en la masa» es una palabra del Señor. Así compara a sus discípulos sembrados y presentes en el mundo: un poco de fermento, un poco de sal, un poco de luz.
- El fermento está hecho de la misma harina que hay en la artesa. Lo que lo distingue es un aliento nuevo de vida, que pueden comunicar y que es capaz de hacer fermentar.

- La masa de harina encierra también mucha vida. Pero por sí sola no puede hacerse pan. Tampoco el fermento, separado de la masa.

Los cristianos en el mundo son ese pequeño fermento. Eso es la Iglesia misma, fermento y alma del mundo hasta que la humanidad se convierta en fraternidad y el universo en hogar común. El mundo, que padece la muerte, encuentra en ese pequeño fermento el alma que anima, que vitaliza, que hace capaz de caminar. La gracia pascual del Señor libera, fortalece, transfigura y trasciende la gracia de la creación creada también entre sus manos. Por eso la Iglesia, pequeño fermento, es plenitud de aquel que lleva todo a plenitud.

### *Un puñado de hermanos*

La fraternidad sacramental de los presbíteros es paso hacia la «fraternidad apostólica» de presbíteros y laicos. Sus distintos carismas no son barrera de división, ni plataforma de dominación.

- Los laicos que tienen como hermano a Jesucristo, que vino a servir, tienen también como hermanos a aquellos en quienes el Señor se presenta como «primogénito en la forma de siervo» (LG 32).
- Los presbíteros, que de alguna manera han engendrado a los hermanos por el evangelio y por el bautismo (1 Cor 4, 15; 1 Pe 1, 23), deben amar a los laicos, no sólo como hermanos, sino como «padres en Cristo» (LG 28).

En torno a la mesa de la eucaristía de la Iglesia local, está germinando ya un pequeño grupo de apóstoles y discípulos, presbíteros y laicos.

- Los presbíteros han de ayudar a los hermanos a descubrir su carisma laical, a ponerlo en la mesa común. Y les han de alentar con libertad y responsabilidad propia, a ofrecerlo y realizarlo en medio de la Iglesia en favor del mundo. «Abraseles camino por todas partes» (LG 33).
- Los laicos, siendo de verdad «hermanos en Cristo», «asocien su trabajo con el de los pastores». Ayuda, sugerencias, acompañamiento. Vida compartida, camino y dolor compartido. De los frentes pueden venir las mejores iniciativas.

### 3. *Celebración: Luz del mundo y sal de la tierra*

#### 1. *La oración del comienzo*

Los hermanos que proclaman y construyen el Reino.

Oración por los laicos (Misal).

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— El Padre nos ha arrancado del dominio de las tinieblas y nos ha hecho pasar al reino del Hijo de su amor. Esto nos sitúa en el combate por la luz, como proclamación de la justicia, la libertad y la paz ya aparecidas (Ef 6, 10-20).

— Los hermanos en medio del mundo son así «llama que ha de encender», «levadura y grano de sal», «la mañana que vuelve a nacer», el «reino nuevo, que empieza a germinar». «Id y enseñad» (CL 409).

— Ser luz en el mundo es dar testimonio de las bienaventuranzas con la palabra y sobre todo con las obras. Así aparece una justicia distinta y nueva, que convoca a dar gloria al Padre, cuyo Reino ha aparecido en la entrega de su Hijo (Mt 5, 13-16).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

— Buscar una experiencia viva de oración.

— Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.

— Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

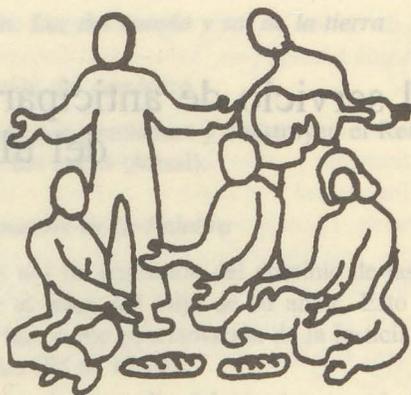
#### 4. *Aclamación final*

«Pueblo de reyes, asamblea santa, pueblo sacerdotal, pueblo de Dios, bendice a tu Señor» (CL 401).

La vida religiosa es, pues, un «signo escatológico». Es 6

## El servicio de anticipar la mesa del último día

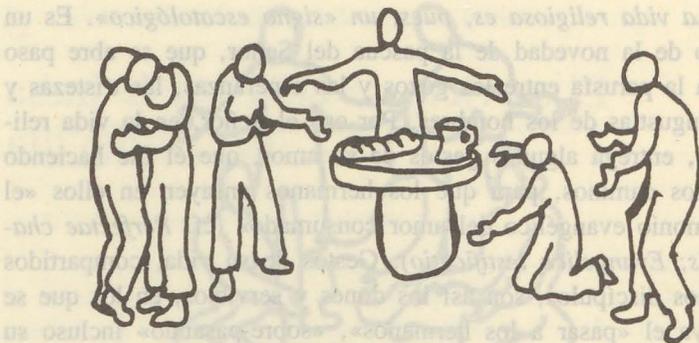
Cuando el Señor parte el pan y la copa en la mesa, se nos da por entero a sí mismo. «¿Mi cuerpo entregado». «Mi sangre derramada». Y todos los hermanos gritan: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús». En aquel instante estamos viendo la plenitud del tiempo consumado. Se hace presente la pascua y se anticipa la parusía. *Marana tha*. Es un grito de presencia y de expectación. Entre las manos del Señor, «ya» está reunida la familia, «ya» está puesta la mesa. «Ya» se ha sembrado la gracia en el corazón de la historia. Pero «todavía no» se han reunido los hijos dispersos. «Todavía no» se han recreado los cielos y la tierra. Todavía ahora lloran y mueren muchos hermanos en la noche. Por eso el Señor, al tomar en sus manos el pan y entregarlo, entrega también los gestos de su amor, para llevar su misma misión adelante. El don de los laicos expresa el «ya» de su gracia, que está fermentando las entrañas del mundo. Pero otros hermanos, con el carisma de la vida religiosa, tendrán que expresar el «todavía no» de la gracia presente, anticipando su consumación gloriosa en la parusía. En el don de los seculares, el Señor se hace presente entre los hermanos, transfigurando, como fermento, la humanidad y el universo. En el don de los religiosos, el Señor se hace presente «más allá» de ellos, trascendiendo como primicia la humanidad y el universo presentes.



El carisma de la vida religiosa «constituye una consagración peculiar que se radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa de forma plena» (LG 44; PC 5). Lo vemos con nuestros ojos en la noche santa de pascua. El agua del bautismo para pasar a la sangre de la eucaristía. El carisma de la vida religiosa es un don que parte del sacrificio de la eucaristía y se asocia íntimamente a él, existiendo desde él. En el pan y en la copa se nos da por entero la plenitud de la consumación, realizada ya en el Señor y que va irrumpiendo poco a poco en la aventura humana de la historia. En el «por ellos» de la entrega del Señor se expresa toda la novedad de la nueva creación. Este «por ellos» pasa a manos de los presbíteros, para que aparezca el Señor a la cabeza de la mesa y de la marcha. Pasa a manos de los laicos para sembrarse en el corazón del mundo, poniendo ya la mesa entre los frentes. Pasa a manos de los religiosos para evocar el último día de la bienaventuranza gloriosa, haciendo que la Iglesia peregrina gravite así hacia la definitiva consumación del amor. «Al no tener el pueblo de Dios una ciudadanía permanente en este mundo, sino que busca la futura, el estado religioso, que deja más libres a sus seguidores frente a los cuidados terrenos, manifiesta mejor a todos los creyentes los bienes celestiales —presentes incluso en esta vida— y sobre todo da testimonio de la vida nueva y eterna conseguida por la redención de Cristo y preanuncia la resurrección futura y la gloria del reino celestial» (LG 44).

*La vida religiosa es, pues, un «signo escatológico».* Es un signo de la novedad de la pascua del Señor, que se abre paso hacia la parusía entre los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres. Por eso el Señor, en la vida religiosa, entrega algunos gestos de su amor, que él fue haciendo por los caminos, para que los hermanos ensayen en ellos «el testimonio evangélico del amor consumado» (cf. *Perfectae charitatis; Evangelica testificatio*). Gestos de su vida, compartidos por los discípulos, son así los dones y servicios, en los que se ensaya el «pasar a los hermanos», «sobre-pasando» incluso su trabajo por transfigurar este mundo. Lo que parece una meta inalcanzable puede aparecer como arras y anticipo en un puñado de existencias. «Este mismo estado imita más de cerca y representa perpetuamente en la Iglesia aquella forma de vida, que el Hijo de Dios escogió al venir al mundo para cumplir la voluntad del Padre y que dejó propuesta a los discípulos que quisieran seguirle». En estos gestos de amor por los caminos aparece ante todo «la elevación del reino de Dios sobre todo lo terreno y sus grandes exigencias; se muestra también a la humanidad entera la maravillosa grandeza de la virtud del Cristo que reina y el infinito poder del Espíritu santo, que obra maravillas en la Iglesia» (LG 44). Si los laicos se entretajan con los pasos de la aventura humana, como fermento, los religiosos deben «pasar de» estas mediaciones para mostrar y hacer visible la inmediatez y la plenitud del amor pascual en el claro-oscuro de la peregrinación. No es un mayor amor, es una forma distinta de amor. En los laicos aparece la «inserción» del amor del Señor; en los religiosos la «trascendencia» del amor del Señor. Su amor uno y único en todos.

*Entrar al camino de la libertad escatológica.* El latido profundo del don de la vida religiosa será entonces el «solo Dios basta». «Solo el Señor», «sumamente amado», «amado sobre todo», «en su soberana primacía», «en absoluta preferencia» (LG 44). Esta acogida de la gracia pascual, camino de la mesa del último día, hará que los religiosos se abracen con la pobreza, la virginidad y la obediencia del Señor en formas nuevas que des-

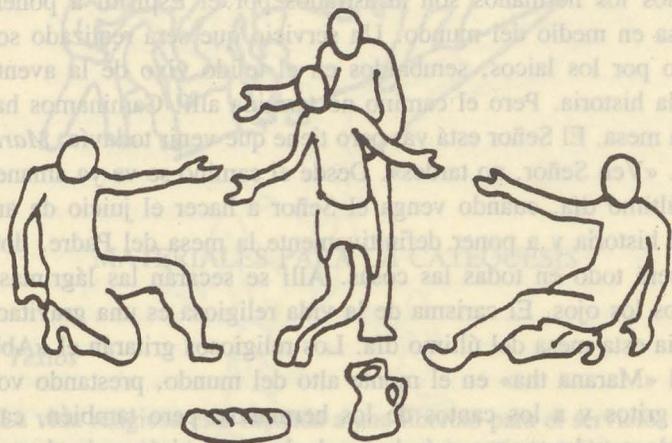


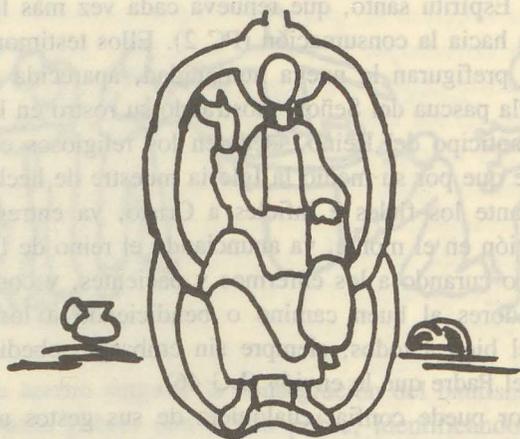
cifran con acento singular la consagración del bautismo (PC 12-13). Se harán pobres con Cristo pobre, identificándose con los últimos, para mostrar que la tierra sólo se salva desde el cielo. Ensayarán el anonadamiento del Señor, haciendo brillar en él la riqueza de su gracia. Permanecerán vírgenes con un corazón indiviso, sublimando el amor humano, para expresar el desposorio del Señor con la humanidad en su Iglesia. Pero esta libertad de los bienes y de las ataduras personales nace de la comunión en la obediencia del Hijo, que se entregó por entero a la voluntad del Padre, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Los consejos evangélicos, a los que están llamados todos, adquieren en la vida religiosa una forma propia para anticipar la mesa del último día. El «solo él», «totalmente él» y «exclusivamente él» rompe lazos, relativiza posiciones, para que el corazón consagrado ya en el bautismo anticipe la libertad final, disponiéndose a vivir la caridad ardiente en la alabanza y el servicio. Con vínculos firmes y estables, para «representar mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su esposa, la Iglesia» (LG 43; PC 1).

*Para ofrecer su amor en el servicio escatológico.* Los religiosos, en la profesión de los consejos evangélicos, por el amor al que conducen, se entregan así de un modo nuevo y distinto al servicio de la Iglesia para extender el reino de Cristo en el mundo. ¿Cómo? Pues tomando los gestos de la oración y el servicio, que el mismo Señor hizo por los caminos, acompañado de sus apóstoles y discípulos, y realizándolos ahora en este tiempo, en el

aliento del Espíritu santo, que renueva cada vez más la historia avocándola hacia la consumación (PC 2). Ellos testimonian, manifiestan y prefiguran la nueva humanidad, aparecida en el camino y en la pascua del Señor, mostrando su rostro en la Iglesia, germen y anticipo del Reino. «Cuiden los religiosos con atenta solicitud de que por su medio la Iglesia muestre de hecho, mejor cada día, ante los fieles e infieles a Cristo, ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes o curando a los enfermos y pacientes, y convirtiendo a los pecadores al buen camino o bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos, siempre sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que le envió» (LG 46).

El Señor puede confiar cualquiera de sus gestos a los hermanos para que los vivan con enloquecido atrevimiento «en el estado de parusía», dentro de la pequeñez y fragilidad, para transparentar su presencia en la Iglesia, sacramento universal de la salvación del mundo. Pero para que estos gestos realicen y transparenten la radical escatologización de la historia, el Señor los regala generalmente para vivirlos «en el monte de la contemplación» o en el «basurero de la miseria». Más arriba de la historia, gritando incesantemente la alabanza y la intercesión. Más abajo de la historia, al infierno y a la nada del mundo, haciendo florecer la miseria con la misericordia. Gestos que em-

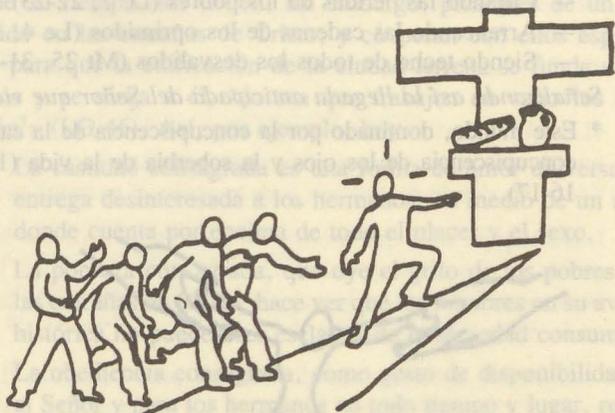




palman estrechamente con los otros gestos no menos enloquecidos y radicales de los laicos, que transfiguran el mundo desde dentro. Un gesto y otro nacidos del pan que parten los apóstoles, en la mesa. Dados para caminar juntos por la senda de la única misión del Señor, cuyo cayado se visibiliza en las manos de sus apóstoles, llamados ellos, por su carisma y su servicio, a ser los primeros en preceder también a los hermanos en la locura del amor.

La Iglesia parte al camino desde la mesa de la eucaristía. Todos los hermanos son arrastrados por el Espíritu a poner la mesa en medio del mundo. Un servicio que será realizado sobre todo por los laicos, sembrados en el tejido vivo de la aventura de la historia. Pero el camino no termina allí. Caminamos hacia otra mesa. El Señor está ya, pero tiene que venir todavía. *Marana tha*. «Ven Señor, no tardes». Desde el camino se ve ya amanecer el último día, cuando venga el Señor a hacer el juicio de amor a la historia y a poner definitivamente la mesa del Padre, donde él será todo en todas las cosas. Allí se secarán las lágrimas de todos los ojos. El carisma de la vida religiosa es una gravitación hacia esta mesa del último día. Los religiosos gritarán el «Abbá» y el «Marana tha» en el monte alto del mundo, prestando voz a los gritos y a los cantos de los hermanos, pero también, caminando por las partes más bajas de la tierra, irán curando todas

las heridas de la miseria. Son signos de la espera y de la esperanza en el «todavía no». Todavía no está puesta la mesa, pero nos encaminamos a ella. Con su servicio se evoca la mesa del porvenir y así se añora el último día. Son por tanto un pequeño signo, que se convierte en presencia alentadora para toda la Iglesia, para que todos los hermanos se entreguen de lleno a su vocación, a vivirla en el camino, en un amor que no conozca el desfallecimiento. Se ve con claridad, que los tres dones: episcopado-presbiterado, laicado y vida religiosa son inseparables. Gestos de una misión. Juntos en torno a la mesa y juntos caminando por el camino. Para que aparezca el Primogénito que va delante de nosotros, yendo junto a nosotros y pasando de nosotros, para reunir a su Iglesia y llevar el universo a su plenitud, en alabanza de la gloria del Padre.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

La vida religiosa está llamada a una libertad para el servicio, que ponga ante los ojos de los hermanos la anticipación del último día.

— *Llamados a la libertad escatológica*: Jesús invitaba a romper con el apego del corazón a la riqueza, de manera que pudiéramos ser libres enteramente para su seguimiento.

\* «Vende lo que tienes, dáselo a los pobres, ven y sígueme» (Mc 10, 17-27; Mt 10, 9-10; 1 Cor 9, 15-18).

\* Dándose al Señor para los hermanos con corazón indiviso (Mt 19, 10-12; 1 Cor 7, 7-8.32-34; 2 Cor 11, 1-2).

\* Compartiendo la obediencia del Hijo, entregado como siervo (Mc 14, 32-35; Jn 12, 27-29; Flp 2, 6-8; Heb 5, 7-9).

— *Para poder vivir el servicio escatológico*.

\* Algunos hermanos, en el monte de la contemplación, comparten con Jesús su alabanza de gloria al Padre por los hermanos (Mt 6, 7-14; Rom 8, 14-39; Jn 17, 1-26; Col 1, 11b-20).

\* Otros hermanos, por los caminos del mundo, se excederán en amor realizando los signos mesiánicos de Jesús.

— Acogiendo a los niños en su nombre (Mc 9, 37).

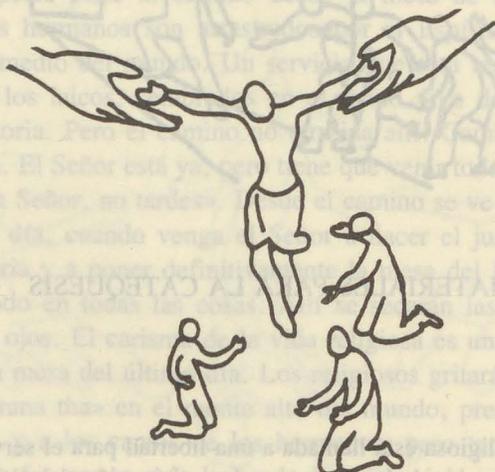
— Curando las heridas de los pobres (Lc 7, 22-23).

— Arrancando las cadenas de los oprimidos (Lc 4, 18).

— Siendo techo de todos los desvalidos (Mt 25, 31-45).

— *Señalizando así la llegada anticipada del Señor que viene*.

\* Este mundo, dominado por la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (1 Jn 2, 16-17),



- \* es una representación que se termina, a la que los hermanos deben asistir «pasando» de su figura (1 Cor 7, 29-31),
- \* entregándose a vivir la libertad gloriosa de los hijos por la que suspiran todas las criaturas (Gál 5, 16-24; Rom 8, 18-27),
- \* intentando expresar la suprema bienaventuranza del Señor (Lc 10, 23-24), en las bienaventuranzas que contradicen y transfiguran el mundo (Mt 5, 1-12).

## 2. Vocabulario

### *Los religiosos, añoranza del porvenir*

«Nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a la humanidad o inútiles para la ciudad terrena. Porque, aunque en algunos casos no estén directamente presentes con los hombres de su tiempo, los tienen, sin embargo, presentes de un modo profundo en las entrañas de Cristo, y cooperan con ellos espiritualmente para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en Dios y se dirija a él, 'no sea que trabajen en vano los que la edifican'» (LG 46). Así, por ejemplo, hoy.

- La castidad consagrada es una forma de amor universal y de entrega desinteresada a los hermanos, en medio de un mundo donde cuenta por encima de todo el placer y el sexo.
- La pobreza consagrada, que oye el grito de los pobres desde las entrañas de Cristo, hace ver que los hombres en su aventura histórica no pueden ser esclavos de la sociedad consumista.
- La obediencia consagrada, como gesto de disponibilidad para el Señor y para los hermanos en todo tiempo y lugar, resplandece en un mundo en que se ejerce el poder precisamente por la manipulación.

«La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación por perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana» (GS 39). Así el Señor por su Espíritu, actúa en toda la Iglesia «despertando el deseo del siglo futuro» y llamando a dar testimonio manifiesto de la morada celestial, a mantenerlo vivo en la familia humana (GS 38). La vida religiosa se hace así signo del porvenir definitivo, sencillo diseño de la nueva humanidad

y aliento para avanzar en su novedad más allá de donde el mundo puede y sospecha. «El mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas» (LG 31).

*Todos juntos, en la mesa y en el camino*

La profundización en el misterio de la Iglesia a la luz del Espíritu del Señor, en el concilio Vaticano II, ha descubierto el lazo misterioso de la comunión de la Iglesia universal, presente en la Iglesia local. Los religiosos, que antes del concilio servían a la Iglesia en clave de exención, descubren ahora una clave nueva (LG 45), que precisamente es la más antigua, cuando las vírgenes consagradas vivían para toda la Iglesia, entrañadas en el corazón de la Iglesia local. ¿Cómo se relacionan la exención y la inserción en estos hermanos que viven para Cristo y su cuerpo, que es la Iglesia? El documento «Mutuae relationes» (14 de mayo de 1978) aporta una gran luz en esta búsqueda.

- La Iglesia universal no es un conglomerado de Iglesias particulares. La misma Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, se hace presente y operante en cada Iglesia particular.
- «La Iglesia particular constituye el espacio histórico en el cual una vocación se expresa realmente y realiza su tarea apostólica... Es donde se anuncia y es recibido el evangelio».
- Los obispos, a los que asisten los presbíteros, son los responsables de encabezar y guiar, en cada lugar, la misión local y la universal. Todos los hermanos con ellos, han de hacer corro en la mesa y en el camino.

Los religiosos, aunque estén disponibles para cualquier llamada misionera de Pedro en la Iglesia universal, han de poner su don en el altar y en la senda de la Iglesia local, viviendo desde ella con todos los hermanos la universalidad de la misión, y alentando a ella con especial significación.

3. *Celebración: Gestos que dan testimonio de su amor excesivo*

1. *La oración del comienzo*

Con espíritu de pobreza y humildad de corazón.

Oración por los religiosos (Misal).

## 2. Proclamación de la Palabra

— El seguimiento del Señor con un corazón sin dividir, amándose del todo en todo, hace posible la libertad para un servicio que transpone los umbrales del mundo (1 Cor 7, 29-31).

— El camino del seguimiento es una residencia y una peregrinación. Unos hermanos han de mostrar más la residencia, otros la peregrinación hacia la morada santa por las huellas de Jesús. «Hacia ti morada santa» (CL O 16).

— Todos los hermanos, sin embargo, deben hacer presente en el mundo la mesa en donde se acogen todos los desvalidos, en los cuales se hace presente el Señor como juez, anticipando el juicio del último día (Mt 25, 31-45).

## 3. Diálogo sobre la Palabra

— Buscar una experiencia viva de oración.

— Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.

— Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

## 4. Aclamación final

«Vamos a preparar el camino del Señor».

«Visitará nuestras casas

nos llenará de esperanza,

él nos dará la salvación.

Compartirá nuestros cantos,

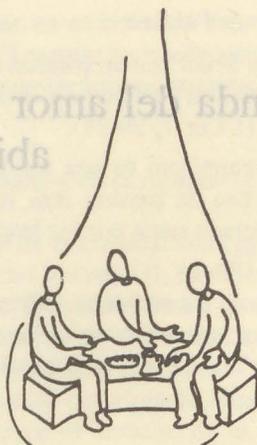
todos seremos hermanos,

él nos dará la libertad» (CL 17).

## La senda del amor crucificado, abierta a todos

*La santidad es el fuego de su amor.* Toda la familia de hermanos, que el Señor ha reunido en torno a él, en la mesa, ha recibido de su plenitud gracia sobre gracia. Todo el amor, que el Padre le dio a él, nos lo ha dado él a nosotros. «Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu santo llamamos 'el solo Santo' (Lc 1, 35; Mc 1, 24; Lc 4, 34; Jn 6, 69; Hech 3, 14; 4, 27.30; 1 Jn 2, 20; Ap 3, 7) amó a la Iglesia como su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5, 25-26), la unió a sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu santo para gloria de Dios» (LG 39).

El Padre desde siempre amó a su Hijo, y los dos se abrazaron en el abrazo común del Espíritu santo. Pero el Padre desde antes de la creación del mundo se propuso, en su Hijo amado, con el aliento mismo del Espíritu, reunir una inmensa familia de hijos y prepararles el hogar de los cielos y la tierra. Se proponía amarnos como le amaba a él, para que nosotros pudiéramos amarle, como él le ama. Nos eligió en él para que fuésemos santos en su presencia por el amor, compartiéndonos su filiación, para ser conformes a la imagen de su Hijo, de modo que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos (cf. Ef 1, 3-14; Rom 8, 29). Cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Hijo amado se entregó por nosotros hasta la muerte. Consumó su amor e inclinando la cabeza entregó el Espíritu. En su pascua, entregada en



el pan y la copa de su mesa, su amor ha pasado a su Iglesia, que es su Cuerpo, en la unidad del mismo Espíritu. Del Padre, por el Hijo, en el Espíritu ha llegado hasta la Iglesia todo el amor, que la hace «indefectiblemente santa», para vivir en la comunión del Hijo y hacer el camino del Hijo.

*Todos los hermanos han sido llamados a la santidad.* Jesús, el Señor, cuando recorría nuestros caminos apareció como el amor mismo, maestro ejemplar de toda santidad. A todos y cada uno de sus discípulos les decía: «Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Cuando murió en el madero, nos entregó el Espíritu. Ahora podemos decir que su amor mismo está en nosotros. Pues el Padre por manos de Jesús lo ha derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu santo que nos ha sido dado (Rom 5, 5). «Dios es amor y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Efectivamente agraciados en el amado, justificados en su sangre, hemos pasado a comulgar con él, incorporándonos a él, llegando hasta participar de su divina naturaleza. Ahora somos hijos en el Hijo, en la unidad del Espíritu santo (Gál 4, 4-7; Rom 8, 15-17).

En el bautismo, hemos llegado a ser una creación nueva (2 Cor 5, 17). Pues nos ha dado su «novedad de vida» (Rom 6, 4)



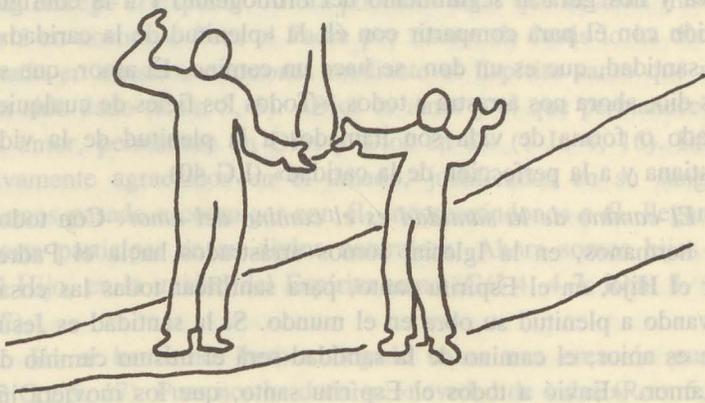
y nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, para conmorir y conresucitar con él (Rom 6, 5-8), viviendo en él para el Padre, por los hermanos, en el mismo Espíritu. Al sentarnos con él a la mesa, nos parte su cuerpo y su sangre, y se entrega él mismo a sí mismo con todo su amor. Así unidos a él, siendo un cuerpo y un espíritu con él, podemos ya vivir su mismo amor, que le llevó a entregarse en obediencia, hasta la muerte y muerte de Cruz. El aparece así como el «autor y consumidor» de nuestra santidad, ya que nos ha santificado por el Espíritu y hemos llegado a ser santos.

Este «Espíritu de nuestro Dios» que late en el fondo de todos los «santificados» les alienta y arrastra sin cesar a vivir de su amor. Si vivimos del Espíritu, hemos de caminar según el Espíritu» (Gál 5, 25; Rom 8, 4), ya que el Espíritu en nosotros nos lleva y nos guía al seguimiento del Primogénito y a la configuración con él para compartir con él, la «plenitud de la caridad». La santidad, que es un don, se hace un camino. El amor, que se nos dio, ahora nos arrastra a todos. «Todos los fieles de cualquier estado o forma de vida son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40).

*El camino de la santidad es el camino del amor.* Con todos los hermanos, en la Iglesia, somos arrastrados hacia el Padre, por el Hijo, en el Espíritu santo, para santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo. Si la santidad es Jesús que es amor, el camino de la santidad será el mismo camino de su amor. «Envió a todos el Espíritu santo, que los moviera in-

teriormente, para que amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (Mc 12, 30) y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó (Jn 13, 34; 15, 12)» (LG 40). Amar al Padre y a los hermanos, por Jesús, en el Espíritu, entregándonos por entero a este mismo amor, en eso consiste el camino de la santidad. Pasamos así a compartir su entrega, viviendo «como conviene a los santos» (Ef 5, 3), es decir, despojándonos del hombre viejo para renovarnos en el Espíritu y revestirnos del hombre nuevo en justicia y santidad verdadera (Ef 4, 22-24). Esta transfiguración nos lleva a comulgar el amor mismo de Jesús, que se entrega a los hermanos en alabanza de gloria del Padre. Y aunque somos pequeños y necesitados siempre de su perdón, podemos revestirnos como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, dulzura y paciencia (Col 3, 12), llegando a fructificar los frutos del Espíritu, que son amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (Gál 5, 22; Rom 6, 22).

*Este camino del amor se hace sobre las mismas huellas del Hijo. Pisando sobre ellas desde el don de su gracia que él ha dado a cada uno de los hermanos (cf. 1 Cor 12, 7-11; Ef 4, 7-16). Para alcanzar esta perfección los hermanos han de esforzarse por «seguir sus huellas y configurarse a su imagen», comulgando en su obediencia al Padre por los hermanos. El camino parte de*



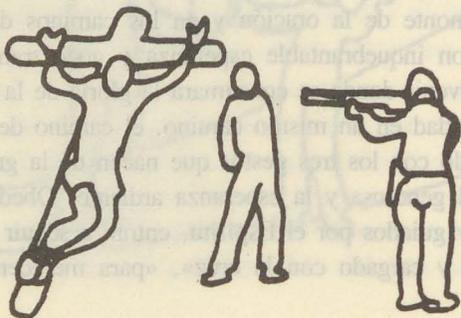


la comunión, se hace seguimiento y conduce a la configuración. Es necesario comulgar con él, en la unidad del Espíritu, en su absoluta obediencia al Padre, en la entrega total a su gloria para ofrecer la salvación a los hombres (Jn 6, 38; 8, 29; Heb 10, 5.7; Lc 22, 42). Desde esta comunión han de vivir el «espíritu de los consejos evangélicos», que son sendas de libertad: la libertad de su pobreza (2 Cor 8, 9) y de su obediencia (Flp 2, 7-8). Esta libertad para el amor, posibilita cada vez más la entrega. Los hermanos van siendo libres para el servicio, en el don que cada uno ha recibido.

El don supremo de la caridad de Cristo han de vivirlo y darlo en el gesto de amor y de servicio que a cada uno se le ha confiado. Los hermanos que han recibido el servicio apostólico, tendrán que ser imagen viva del Señor, cabeza y pastor, que parte el pan en la mesa y lleva el cayado en el camino. Los laicos, trabajando para que la mesa del Reino se ponga en medio del mundo, expresarán a Jesús, el hermano entre hermanos, que con su caridad laboriosa trabajó y continúa trabajando para transfigurar la sociedad y la creación. Los religiosos, por su parte, vivirán y amarán de tal manera en el monte de la oración y en los caminos del mundo, que evoquen con inquebrantable esperanza y gozo transfigurando la mesa del porvenir donde se consumará la gloria de la gracia. Es una misma santidad en un mismo camino, el camino de la pascua del Señor, vivido con los tres gestos que nacen de la gracia: la fe viva, la caridad generosa y la esperanza ardiente. Obedeciendo la voz del Padre y guiados por el Espíritu, entran a seguir a «Cristo, pobre, humilde y cargado con la cruz», «para merecer participar

en su gloria». Es un camino sin vacilación en la «fe viva que excita la esperanza y obra por la caridad» (LG 41).

*Este camino de la santidad es la senda del amor crucificado.* Al seguir este camino más de cerca sobre las huellas del Señor y adentrarse en su anonadamiento, se va manifestando más claramente su amor a todos (LG 42). Tanto ha amado el Padre al mundo, que le ha entregado a su Hijo único, para que el mundo se salve por él (Jn 3, 17). «En esto hemos conocido el amor, en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3, 16-17). «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 12-13). Lo que importa es que el mundo se sienta amado, para que todos los hombres canten con la Iglesia el himno de alabanza a la gloria de la gracia, que se nos ha aparecido. Este camino del amor crucificado, que es una senda de servicio, «muestra a todos la caridad, con la que Dios ha amado al mundo» (LG 41). Por eso se explica que la Iglesia desde la primera hora haya visto en el martirio la «prueba mayor de la caridad». Es en la vida de los seguidores que llevan en el cuerpo las marcas de la cruz, por donde se pasa la vida al mundo, para que así la gracia que se entrega, se desborde en acción de gracias. El seguimiento lleva así a la configuración y ésta, a su vez, a la glorificación. En el camino de la santidad se avanza en la verdadera humanización y recapitulación del mundo y hasta los que parecen excesos que contradicen al mundo, se convierten en «señal y estímulo de la caridad», «manantial extraordinario de fecundidad espiritual en el mundo» (LG 42), cuya figura está pasando hacia su consumación gloriosa en el último día.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

## 1. Textos

El Padre nos ha llamado a la comunión con su Hijo en la unidad del mismo Espíritu. Esta comunión de amor, en la que participamos todos, está destinada a consumarse en plenitud. Por ello todos los hermanos están llamados a la santidad.

— *Llamados a la comunión de su amor.* El Padre se nos ha entregado por entero en la pascua de su Hijo. Y el Hijo nos ha entregado en su pascua el aliento de su Espíritu sin medida (Jn 19, 25-37; Jn 20, 19-23). En el bautismo, comulgamos en su muerte y su resurrección. Nuestro hombre viejo es crucificado con él y pasamos a vivir con él su vida nueva (Rom 6, 1-11; Col 2, 9-13). El Espíritu, derramado en nuestros corazones, nos hace ser hijos, hermanos y herederos con él. Así todos hemos llegado a ser santificados en Cristo Jesús, santos (Jn 3, 3-17; Gál 3, 26-4, 7).

— *Llamados al camino de su amor.* El camino, que se abre ante nosotros es, pues, el camino de su amor al Padre y a los hermanos en el mismo Espíritu. Sobre sus mismas huellas (Mc 8, 34-37; 12, 28-34). Este amor, que primero nos entrega y después nos encarga, es un amor nuevo, el suyo, que consiste en dar la vida por los hermanos (Jn 15, 9-13; 1 Jn 4, 7-13).



El camino del seguimiento sobre sus huellas es un camino pascual, de morir con él para vivir con él. Vamos llevando en el cuerpo las marcas de la cruz, para pasar a su vida (2 Cor 4, 5-15; 5, 14-17).

- *Llamados a la configuración en su amor.* Este camino de amor, nos conduce a configurarnos con él. A esto estábamos destinados, a ser imagen del Hijo, siendo él el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 29). La comunión en su destino, hace que nos desvistamos del hombre viejo y pasemos a configurarnos con el hombre nuevo, en donde se desbordan los dones del Espíritu (Ef 3, 20-24). Así revestidos de misericordia, pasamos a vivir según el Espíritu, fructificado en medio del mundo, que a través de nosotros se verá recreado y avocado a su transfiguración (Col 3, 12-17; Mt 5, 13-16; Jn 15, 9-17; 17, 17-26).

Es así como siendo hombres nuevos en Cristo, podremos dejar pasar por nosotros la perfección y la misericordia del Padre para todos los hombres y todas las criaturas (Mt 5, 48; Lc 6, 36).

## 2. Vocabulario

### *Precisamente en el camino*

Para ser santo ¿hay que salirse del camino de la vida diaria, en donde hemos sido puestos por el Señor? ¿hay que vivir el amor crucificado, a pesar de las tareas que tenemos entre manos? No. Es precisamente en estas tareas del don que cada uno ha recibido donde se puede consumir en nosotros el don radical del amor de Cristo, en el que se encierran todos los dones.

- Los pastores, partiendo el pan y llevando el cayado, precisamente en «su ministerio», «a través de» este mismo servicio se van configurando, en la caridad pastoral, con la imagen del Sacerdote eterno y del Pastor supremo, haciendo de su vida una eucaristía desentrañada.
- Los laicos, en la familia y en el trabajo, allí mismo, haciendo presente al Cristo que se entrega a sus hermanos y trabaja para ellos. En el trabajo diario han de buscar su perfección, ayudando a sus conciudadanos y mejorando la sociedad y la crea-

ción entera. Por el trabajo cotidiano avanzarán a una mayor santidad, incluso apostólica.

- Los religiosos, que evocan la patria a la que nos dirigimos, con excesos de amor, en la contemplación y en el servicio, según el encargo recibido, se configuran con aquel que nos sobrepasa en el amor y nos arrastra hacia sí, al seno del Padre, nuestro hogar definitivo.

Más aún. Cuando los hermanos no puedan pastorear, ni trabajar, ni servir, cuando entren a la condición de los pobres, oprimidos por la pobreza, el dolor y la persecución, dichosos ellos. Es en los pobres, marcados por la cruz, donde el Señor diseña su rostro pascual y continúa su pasión en favor del mundo. Sepan pues estos pobres «que están unidos de una manera especial con Cristo en sus dolores, por la salvación del mundo» (LG 41).

### *La prueba suprema del amor*

La vocación a la santidad, a la que todos estamos llamados, es una vocación de amor. Somos llamados todos a la consumación del amor, en gestos distintos y complementarios, que expresan toda la entrega del amor del Señor en favor de su Iglesia y de su creación. Pero «el máximo testimonio de amor» es el martirio.

- El maestro aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo. Entregado por el Padre, se dejó entregar por nosotros en la cruz, donde dio su vida por nosotros. Allí nos amó hasta el extremo, derramando su sangre.
- El martirio es la comunión en la pascua del Señor, en el mismo gesto último de la sangre vertida. Por eso no sólo es la prueba suprema de nuestro amor a él, sino la manifestación suprema de su amor a los hermanos, en nuestro cuerpo mortal.
- Este camino de la cruz se abre ante todo discípulo. Todos han de tomar la cruz para seguirle. El seguimiento es, sobre todo, proclamarle y confesarle ante el mundo, que se enfrenta al avance de su reinado de gracia.

El martirio pertenece al «estado de confesión» de la fraternidad de los discípulos. Derramar la sangre es la suprema confesión y configuración. «Supremo don», «suprema prueba de caridad». Las perse-

cuciones preparan siempre a la Iglesia una entrada al viacrucis. «Y si este don se da a pocos... conviene que todos vivan preparados para confesarle y seguirle por el camino de la cruz» (LG 42).

### 3. *Celebración: El amor que arde y alumbraba en todos*

#### 1. *La oración del comienzo*

Manifestar el misterio del amor a todos.

Oración por la santa Iglesia A.

#### 2. *Proclamación de la Palabra*

— Al ser amados, hemos de amar. Al recibir el Espíritu, hemos de caminar en el Espíritu; al ser santificados, hemos de ser santos, revestidos de entrañas de misericordia (Col 3, 12-17).

— La fuerza del Señor se nos entrega en la mesa, donde el Señor nos parte su cuerpo y su sangre: alianza nueva, vida nueva, mandamiento nuevo. «Beberemos la copa de Cristo» (CL O 10).

— El amor que el Señor nos entrega nos pide que lo ofrezcamos. Y este amor, acogido en la fe y mantenido en la esperanza, nos conduce a dar la vida por los hermanos (Jn 15, 9-13).

#### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

— Buscar una experiencia viva de oración.

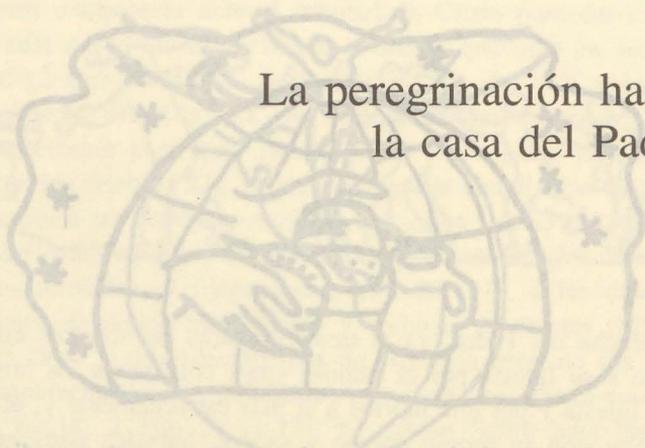
— Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.

— Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

#### 4. *Aclamación final*

«Os doy un mandato nuevo:  
que os améis, que os améis,  
como yo os he amado» (CL 152).

## La peregrinación hacia la casa del Padre



En la cena del Señor, cuando él nos parte su cuerpo entregado y su sangre derramada, se nos anticipa «ya» la tierra que esperamos, pero es «de paso a» su definitiva consumación. El Espíritu, que nos hace gritar el *Marana tha*, nos hace suplicar ardientemente que venga el Señor a consumir la redención y la reconciliación aquí anticipada. «Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (Ap 22, 17)» (LG, 4). En torno a la mesa del Señor, la Iglesia se siente enviada «a la dilatación del reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por él mismo al fin de los tiempos, cuando se manifieste Cristo nuestra vida (Col 3, 4) y la misma criatura sea liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 21)» (LG 9). Y es que esta misma Iglesia, en la que todos hemos sido llamados en Cristo y santificados en el Espíritu, «no se consumará en la gloria celestial, hasta que no llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (Hech 3, 21) y cuando con el género humano, también el universo entero que está íntimamente unido con el hombre y por él alcanza su fin, sea perfectamente instaurado en Cristo (cf. Ef 1, 10; Col 1, 20; 2 Pe 3, 10-13)» (LG 48).

El Padre, cuando Jesús se entregó por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz, le entronizó sobre todo y le dio el nombre sobre todo nombre. Es decir, le puso a su derecha y a la cabeza



nuestra. Cuando decimos a la cabeza nuestra, estamos diciendo a la cabeza de la Iglesia y del universo. El Padre le hizo Primogénito de los hermanos, poniéndole a la cabeza de la Iglesia. Pero como él quiere reunir a todos los hijos dispersos y reconstruir el escenario de los cielos y la tierra como mesa común, le hizo también primogénito de toda la creación, poniéndole a la cabeza del universo. El Hijo mayor es cabeza de la familia y de la casa. Es cabeza de la casa, siendo cabeza de la familia. Pero si encabeza la casa es para reunir en ella a la familia, en un encuentro de amor y de alegría todavía más consumado. Podemos decir que todo el amor del Padre, la plenitud de su amor, está en su Hijo Amado, que se nos entregó y ahora nos encabeza. Y que este amor ha pasado al pequeño grupo de hermanos que lo ha acogido en la Iglesia, en la mesa para el camino. La Iglesia, que es el cuerpo entrañado en su cuerpo, es así también la plenitud de su amor. Pero esta plenitud es para desbordarla en la humanidad y el universo, llamados también hacia la plenitud. Pues el Hijo lleva a plenitud todas las cosas. «Todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza del universo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo lleva todo a plenitud» (Ef 1, 22-23; cf. LG 2; 7; 9; 17). En efecto, al ser entronizado, derramó su Espíritu sobre su Iglesia, que ha pasado a ser el «germen y comienzo de este Reino en la tierra» (LG 5). Por eso la Iglesia es el camino para la recreación y recapitulación del universo.



Ella ha de tender «eficaz y constantemente a recapitular la humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo, como cabeza, en la unidad de su Espíritu» (LG 13).

*El Señor encabeza la marcha.* A la cabecera de la mesa, se entregó a su Iglesia, constituyéndola en cuerpo suyo, al darle su mismo Espíritu vivificador, y asociándola a su misma misión de recreación de la humanidad en el universo. Ahora la Iglesia, arrastrada por el Espíritu, continúa haciendo con él la travesía de la misión. Al levantarse él de la mesa para salir a los caminos del mundo a reunir a los hijos perdidos y recrear la casa común, la Iglesia se ha hecho con él peregrina. Más todavía es en él «sacramento universal de salvación» (LG 48). ¿Qué queremos decir con esta palabra tan honda? Que en la Iglesia se entrega y se hace visible todo el misterio del amor del Padre, que es su Hijo, en la unidad del Espíritu, para la unidad de todos los hombres con el Padre y entre sí (LG 1). Pero esta familia de hermanos es al tiempo «germen de unidad» e «instrumento de redención» de la humanidad y del universo (LG 9). El «sacramento de salvación universal» es, pues, el sacramento en el que se da y se realiza la redención y la reconciliación del universo, bajo la cabeza del Primogénito para alabanza de la gloria del Padre. Por eso, hemos de decir que el Señor, estando sentado a

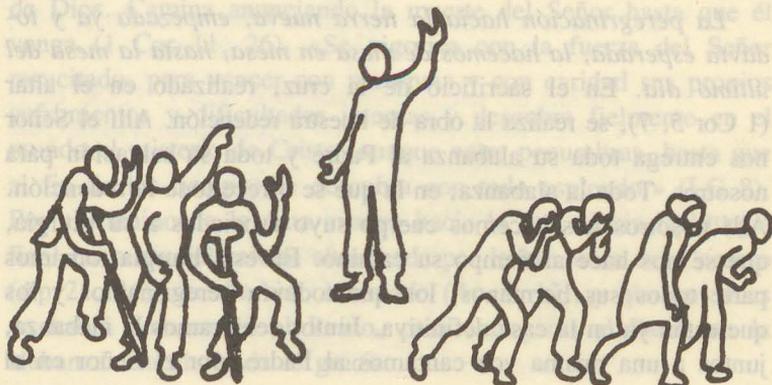


la derecha del Padre, va al tiempo delante de nosotros encabezando a su Iglesia por el camino «para conducir a los hombres a su Iglesia y por ella unirlos a sí más estrechamente y, alimentándolos con su propio cuerpo y sangre, hacerlos partícipes de su vida gloriosa» (LG 48). Parte de la mesa para abrir camino hacia la tierra nueva, compartiendo con la Iglesia su misma misión en el Espíritu. Por eso reúne a la humanidad y a la creación en la mesa, donde les parte su mismo cuerpo glorioso, hasta que llegue la mesa del último día. En verdad, la restauración prometida ha empezado ya y la plenitud de los tiempos ha llegado a nosotros. La renovación del mundo está irrevocablemente decretada y ha empezado a germinar ya en la Iglesia.

*El Señor sale al encuentro de la marcha.* Como cuando un pastor va delante de su rebaño por el camino y al llegar la noche se vuelve de cara a su rebaño, para preparar el descanso, separando a las ovejas de las cabras, así el Señor que va delante, avanzando la nueva humanidad en su Iglesia (1 Cor 15, 26-27), se volverá a nosotros revestido de majestad y acompañado de sus ángeles (Mt 25, 31). Efectivamente, a la caída de la tarde, seremos examinados de amor. «Venid benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino, preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 34-36). Un examen de amor a cada uno en el instante de su muerte, y a todos en el juicio del último día. Efectivamente, antes de reinar con Cristo glorioso, todos

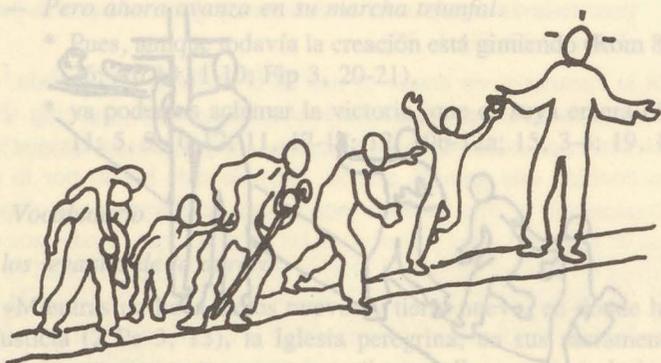
debemos comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta cada cual según las obras buenas o malas que hizo en su vida mortal (2 Cor 5, 10; cf. Jn 5, 29; Mt 25, 46). «Y como no sabemos ni el día ni la hora, por aviso del Señor, debemos vigilar constantemente para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena (Heb 9, 27), si queremos entrar con él a las nupcias, merezcamos ser contados entre los escogidos (Mt 25, 31-46), no sea que como aquellos siervos malos y perezosos (Mt 25, 26), seamos arrojados al fuego eterno (Mt 25, 41), a las tinieblas exteriores en donde habrá llanto y rechinar de dientes (Mt 22, 13; 25, 30)... Los padecimientos de esta vida presente son nada en comparación con la gloria futura que se va a revelar en nosotros (Rom 8, 18; 2 Tim 2, 11-12). El mismo Señor hará nuestro cuerpo frágil a semejanza de su cuerpo glorioso (Flp 3, 31) cuando venga para ser glorificado en sus santos (2 Tes 1, 10)» (LG 48). En esta peregrinación que hacemos tras él hacia la tierra nueva, nos encontramos, pues, entre el «ya» y el «todavía no», entre la presencia y la expectación.

*En esta marcha hacia la tierra nueva, detrás del Señor, nos acompañan muchos hermanos. Nosotros somos todavía peregrinos en la tierra, otros ya difuntos se purifican, mientras otros están glorificados contemplando al mismo Dios uno y trino, tal cual es. Pero todos somos una misma familia de hermanos. Todos vivimos en Cristo, de su mismo Espíritu. Una misma fraternidad nos entrelaza, una misma alabanza hay en labios de todos. La*

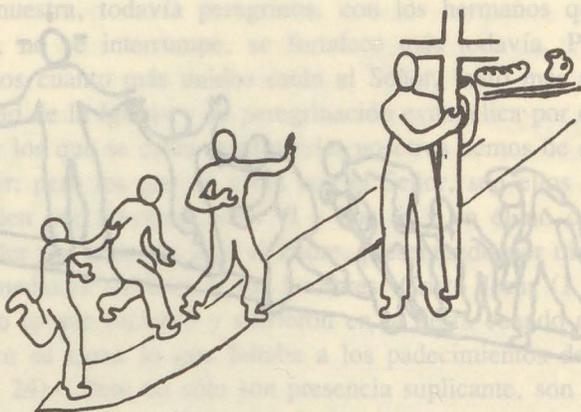


unión nuestra, todavía peregrinos, con los hermanos que durmieron, no se interrumpe, se fortalece más todavía. Pues los hermanos cuanto más unidos están al Señor, tanto más alientan la unidad de la Iglesia y su peregrinación evangélica por el mundo. Por los que se están purificando, nosotros hemos de suplicar al Señor; pero los que ya están con el Señor, son ellos los que interceden por nosotros. «Por él y con él y en él no cesan de interceder por nosotros ante el Padre, presentando por medio del único mediador de Dios y los hombres, Cristo Jesús (1 Tim 2, 5), todo lo que hicieron y sufrieron en la tierra cuando completaban en su carne lo que faltaba a los padecimientos de Cristo (Col 1, 24)». Pero no sólo son presencia suplicante, son además presencia alentadora. Pues cuando los hermanos se transforman más en la imagen de Cristo (2 Cor 3, 18), en ellos el Señor nos habla, nos ofrece un signo de su Reino y con una nube tan grande de testigos (Heb 12, 1) somos atraídos poderosamente hacia él. Podríamos decir incluso que los santos se nos convierten en senda de comunión con el Señor y entre nosotros. La comunión con los santos «nos une a Cristo, de quien dimana como fuente y cabeza toda la gracia y la vida del pueblo de Dios» (LG 49; 50). Conviene que amemos a estos amigos, hermanos y herederos con nosotros, que demos gracias al Padre por ellos, que los invoquemos para que supliquen por nosotros por medio de Jesucristo único redentor. Todos estos testimonios de amor terminan en Cristo, corona de los santos, y por él, llegan al Padre en el Espíritu.

*La peregrinación hacia la tierra nueva, empezada ya y todavía esperada, la hacemos de mesa en mesa, hasta la mesa del último día.* En el sacrificio de la cruz, realizado en el altar (1 Cor 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención. Allí el Señor nos entrega toda su alabanza al Padre y toda su salvación para nosotros. Toda la alabanza, en la que se ofrece toda la redención. Allí nosotros nos hacemos cuerpo suyo asociados a su liturgia, que se nos hace al tiempo su camino. En esta liturgia tomamos parte todos sus hermanos, los que todavía peregrinamos y los que están ya en la casa definitiva. Juntos celebramos la alabanza, juntos a una misma voz cantamos al Padre, por el Señor en el



Espíritu (LG 50). Hemos de confesar que allí mismo, en la mesa, se nos entrega toda la liberación y toda la reconciliación y que, por tanto, en estos sacramentos se «prefiguran el cielo nuevo y la tierra nueva (Ap 21, 1)» (LG 35). Pero no podemos esconder este anticipo en nuestro corazón, ni siquiera en el cenáculo, en donde vivimos gozosos la fraternidad. La humanidad y la creación continúan gimiendo. La proclamación de la victoria de la cruz hay que hacerla por el camino. El camino de la evangelización es una liturgia continuada. Es palabra proclamada, signos que transfiguran, combates que abren brechas. Estamos combatiendo el combate de la luz, en el mundo hostil de la noche, pero ya han empezado los levantes de la aurora. La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Camina anunciando la muerte del Señor hasta que él venga (1 Cor 11, 26). «Se vigoriza con la fuerza del Señor resucitado, para vencer con paciencia y con caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra con todo esplendor» (LG 8). Por el camino de la cruz avanza hacia la luz. Hacia la liturgia final en la ciudad celeste alumbrada por la lumbrera del Cordero (Ap 21, 24), que ha sido inmolado (Ap 5, 12), y que entonces ya habrá consumado el Reino, para entregarlo al Padre en la alabanza a la gloria de su gracia.



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. Textos

Entre la mesa de la pascua del Señor y la mesa de su parusía, la Iglesia se encuentra en el camino de la peregrinación. Pasa al paso de su Señor, que avanza reuniendo a todos los hermanos para recapitular el universo entero para gloria del Padre.

#### — *El Señor encabeza la marcha.*

- \* El Padre le resucitó y le encumbró sobre todo (Flp 2, 6-11; 1 Cor 15, 22-28; Mc 16, 19; Hech 3, 32-36),
- \* por encima del universo en la Iglesia (Col 1, 12-20; Ef 1, 3-14.19-23; Rom 5, 12-21). Así va avanzando el Reino para entregarlo al Padre.

#### — *El Señor re-encuentra la marcha.*

- \* El Señor, volviéndose desde el Padre, vendrá con majestad (Mc 13, 24-27; Mt 24, 26-28; Lc 17, 23-24),
- \* para hacer justicia sobre la aventura humana (Lc 12, 35-48; Mt 25, 1-46; 1 Tes 4, 13-18).

— Pero ahora avanza en su marcha triunfal.

\* Pues, aunque todavía la creación está gimiendo (Rom 8, 18-26; Ap 13, 1-10; Flp 3, 20-21),

\* ya podemos aclamar la victoria, que es suya entera (Ap 4, 11; 5, 9.10.12; 11, 17-18; 12, 10b-12a; 15, 3-4; 19, 1-7).

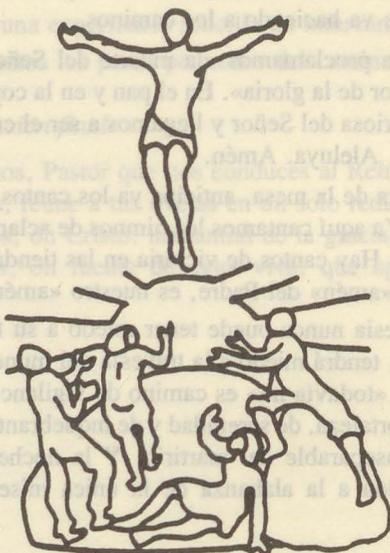
## 2. Vocabulario

### En los levantes de la aurora

«Mientras no haya cielos nuevos y tierra nueva, en donde habite la justicia (2 Pe 3, 13), la Iglesia peregrina, en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen entre dolores de parto hasta el presente, en espera de la manifestación de los hijos de Dios (Rom 8, 19-22)».

— Ya somos hijos de verdad (1 Jn 3, 1), pero todavía no se ha manifestado lo que seremos en gloria (Col 3, 4). Estamos haciéndonos hijos y estamos haciéndonos hermanos. Por el sello del Espíritu, prenda de nuestra herencia (Ef 1, 14).

— Ya estamos en casa, porque tenemos las primicias del Espíritu y somos en verdad templo suyo, tienda de campaña de su gloria,



pero todavía estamos en el destierro y gemimos por la patria (Rom 8, 23; Flp 1, 23).

En la eucaristía, en donde se nos da el anticipo y la prenda, allí mismo sentimos los gemidos de la humanidad y de la creación. Pero no los sentimos como bienaventurados, sino como peregrinos que gimen también este gemido común. Gemido más hondo por lo que experimentamos y más extático por lo que recibimos para ofrecer. Hemos de hacernos a los peligros y a las tribulaciones, tendremos que gloriarnos en nuestra pequeñez porque la indefectible fidelidad es del Señor. El hace que la Iglesia persevere siendo digna esposa suya y que no deje de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu santo. El camino de la peregrinación, por el que se renueva para ser sacramento de la unidad salvadora para todos, no puede ser otro que la cruz de su Señor. Por ello, va amaneciendo en la aurora ya comenzada (LG 9).

#### *Escuchad, hay cantos de victoria*

La Iglesia, que se reúne a la cena de su Señor, y comulga con su amor victorioso se ve arrastrada cada vez más hacia él, llevando consigo a toda la humanidad y a todo el universo. No llora primero en el camino y después canta el himno de la victoria. Canta primero la victoria y luego se va haciendo a los caminos.

- En la mesa proclamamos «la muerte del Señor», «del crucificado Señor de la gloria». En el pan y en la copa comulgamos la vida gloriosa del Señor y llegamos a ser el cuerpo del Señor resucitado. Aleluya. Amén.
- La alabanza de la mesa, anticipa ya los cantos de la Jerusalén celestial. Ya aquí cantamos los himnos de aclamación y acción de gracias. Hay cantos de victoria en las tiendas de la Iglesia. El Señor, «amén» del Padre, es nuestro «amén».

Por eso la Iglesia nunca puede tener miedo a su fragilidad. Sólo si vuelve sobre sí, tendrá miedo a la travesía del mundo. El contraste entre el «ya» y el «todavía no» es camino de vigilancia y de súplica, pero también de fortaleza, de serenidad y de inquebrantable esperanza. La alabanza es inseparable del martirio. Y la noche es ocasión de vuelta más decidida a la alabanza de la única misericordia que la sostiene.

3. *Celebración: El Señor de la mañana, que hace amanecer*

1. *La oración del comienzo*

Y allí, junto con la creación, libre de pecado y de muerte.  
Oración de la fiesta de Jesucristo, Rey del universo.

2. *Proclamación de la Palabra*

— La pascua ha sido entronización del Señor, el Hombre nuevo, que inaugura la nueva humanidad para la nueva creación. El mismo lleva adelante su reinado, hasta consumarlo y entregarlo al Padre (1 Cor 15, 20-28).

— Se levanta de la mesa y sale al camino, como un pastor que encabeza a su rebaño. Estando él, aunque el rebaño camine por cañadas oscuras, el miedo no le vencerá nunca. «El Señor es mi pastor» (CL 504).

— A la caída de la tarde, vendrá a hacer un juicio de amor. Su reinado de justicia, en favor de los pequeños, nos conduce al tribunal donde hemos de ser examinados según nuestras obras (Mt 25, 31-46).

3. *Diálogo sobre la palabra*

— Buscar una experiencia viva de oración.

— Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.

— Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

4. *Aclamación final*

«Te cantamos, Pastor que nos conduces al Reino,  
te alabamos, reúne a tus ovejas en un solo redil.  
Te cantamos, oh Cristo, manantial de la gracia,  
te alabamos, oh fuente de agua viva, que apaga nuestra sed»  
(CL 401).

## María, madre del Señor, madre y figura de la Iglesia

El Padre de la misericordia para llevar a término la redención del mundo, «cuando llegó la plenitud del tiempo, envió a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiéramos la adopción de hijos» (Gál 4, 4-5). «El cual por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo y se encarnó, por obra del Espíritu santo, de María la Virgen» (LG 52). María es, pues, la hija predilecta del Padre, la madre del Hijo y el sacrario del Espíritu santo. Al mismo tiempo, está íntimamente unida a la descendencia de Adán, a todos los hombres que acogen la gracia del Hijo, «pues es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza» (LG 53). María, la madre del Hijo, es la madre de todos los que son hijos en él, la madre de la entera familia de la Iglesia, que la venera como «madre amantísima». Ahora bien, siendo madre es germen y diseño de la Iglesia entera que vive en la comunión del Hijo y camina por las huellas del Hijo.

«Prototipo y modelo destacadísimo» de la Iglesia (LG 53). «La madre de Dios es tipo de la Iglesia... precisamente en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo» (LG 63). Y sobre todo, «cuando ha terminado ella su peregrinación y está ascendida y glorificada en los cielos aparece más aún como imagen y principio de la Iglesia» (LG 68). La Iglesia,



al ir celebrando los misterios de Cristo en el camino, «venera con amor especial a la bienaventurada madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y contempla gozosamente como una imagen purísima de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (SC 103).

*María, la Virgen, figura de la Iglesia que se entrega al Señor.* En medio de la noche del pecado que envuelve a la humanidad y a la historia, hay ya una promesa de victoria (Gén 3, 15), que se presenta después en la Virgen que dará a luz al hijo, que se llamará Enmanuel (Is 7, 14; Miq 5, 2-3; Mt 1, 22-23). Cuando vimos aparecer a la madre predestinada, «toda santa e inmune de toda mancha de pecado como formada por el Espíritu santo y hecha una nueva criatura» (LG 56), se presentó «entre los humildes y pobres del Señor, que de él esperan con confianza la salvación» (LG 55). Ha llegado la plenitud de los tiempos. Con ella se inaugura la nueva economía de la gracia, cuando el Hijo tomó nuestra carne de barro y de pecado, para liberarnos por «los misterios de su carne» tomada de ella. Pobre y sencilla, con las manos vacías y abiertas, aparece así como la Virgen, que se entrega al Señor.

El ángel la saluda de parte de Dios como la «llena de gracia» (Lc 1, 28). Se había propuesto entregar a su Hijo, por manos de

la Virgen de Nazaret, para que comulgara con nuestra sangre y pudiera amarnos hasta derramar su sangre en la muerte de cruz. Ella responde al ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra» (Lc 1, 38). María, hija de la humanidad, «acepta la palabra divina» y «abraza la voluntad salvadora de Dios», con un corazón abierto, entregado, generoso, que no está ni dividido ni impedido por el pecado. Puede darse del todo en todo. «Como esclava del Señor se consagró totalmente a sí misma a la persona y a la obra de su Hijo» (LG 56). Ha pasado a ser la madre de Jesús, el Hijo único y amado del Padre. Y como él ha sido enviado para ser el redentor, ella se entrega totalmente para «servir al misterio de la redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56). Con las manos vacías y abiertas se ha entregado en la obediencia de la fe, «creyendo y obedeciendo» (LG 63). Presta sus manos al Hijo obediente, entregándose ella misma en su obediencia. No es un mero instrumento pasivo, sino que coopera por la libre obediencia de la fe a la salvación de los hombres, y así «obedeciendo fue causa de la salvación propia y la del género humano». Los santos Padres pudieron confesar: «La muerte vino por Eva, la vida por María» (LG 56).





La Iglesia es así también la virgen, que ha de entregarse al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Debe imitar su obediencia de la fe, recibiendo fielmente la palabra y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre. Así también ella llega a ser madre, siendo «virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al esposo e imitando a la madre de su Señor, por la virtud del Espíritu santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad» (LG 64).

*María, la madre, figura de la Iglesia que entrega al Señor.* La virgen María, que por el anuncio del ángel «recibió en su corazón y su cuerpo al Verbo de Dios», entregando a este mismo Hijo, «entregó la vida al mundo» (LG 53), «derramó sobre el mundo la vida que renueva todas las cosas» (LG 56). Ella camina siempre llevando a su Hijo, ofreciendo a su Hijo. Ella presenta a su Hijo, todavía en sus entrañas, llevándolo a casa de Isabel para que Juan salte de alegría (Lc 1, 39-45). Ella le envuelve en pañales y le recuesta en el pesebre para inaugurar la paz en la tierra (Lc 2, 1-14). Ella le sostiene en sus rodillas para que se pueda hacer el corro de los hermanos, con los pastores que vienen

de cerca y los magos que vienen de lejos (Lc 2, 15-20; Mt 2, 12). Ella le ofrece al Padre y se ofrece con él, cuando Simeón lo levanta en alto y lo proclama como luz de las naciones y gloria de su pueblo (Lc 2, 22-35).

María es la madre del Primogénito, que va ofreciendo a su Hijo para que él sea nuestro y nosotros seamos de él. Lo va pasando a nosotros y nos ayuda a que nosotros vayamos pasando a él. Es ella la que nos le señala para que hagamos lo que él diga (Jn 2, 1-11) y la que nos enseña en el cenáculo a que abramos por entero las manos para acoger el fuego de su amor (Hech 1, 14). Y esto lo hace, siendo ella misma la que acoge y aprende de su Hijo, recibiendo y haciendo su palabra (Lc 2, 19.51; Mc 3, 35; Lc 11, 27-28). Pero no sólo se entrega a él, sino que le entrega todo su ser para que él lo entregue, como suyo, en la ofrenda de la cruz, cuando su Espíritu, en el agua y la sangre que ella le prestó, pasó a nosotros (Jn 19, 25-27). Ella misma hace con él la travesía de la pascua, con-doliéndose con él, con-muriendo con él, con-ascendiendo con él, con-reinando con él. La entrega total en la hora de la encarnación, la mantiene así en su peregrinación con él por el camino, una peregrinación de la fe, que se hace amor en esperanza.

«Así avanzó la bienaventurada virgen María en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo en pie (Jn 19, 25), se conolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón de madre a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima que había engendrado en sus entrañas» (LG 58). Atravesada la cruz, permaneció en el cenáculo suplicando que el Espíritu incendiara a los hermanos de su Hijo que habían de salir a los caminos del evangelio. Por fin, «terminado el curso de la vida terrena, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como reina del universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan (Ap 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte» (LG 59).

María, la madre del Señor, es figura de la Iglesia, también madre, que le entrega. La Iglesia, «también ella, es hecha madre



por la palabra de Dios fielmente recibida; en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu santo y nacidos de Dios» (LG 64). Así la Iglesia ha de caminar llevando a su Señor, ayudando a que su amor pase a los hombres y a que éstos se entreguen a este amor, entrando así a la comunión que es sacramento de salvación del mundo. Ella sólo debe buscar la gloria de Cristo en la absoluta obediencia de la fe, que se hace camino de amor en el gozo de la esperanza. La Iglesia, al mirar a María, descubre cómo ha de vivir para el Señor, para que él «por la Iglesia nazca y crezca también en el corazón de los fieles» (LG 65).

*María, madre de amor y signo de esperanza.* María es la madre del Hijo de Dios, nuestro Redentor. «Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras él moría en la cruz, cooperó, en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61). Madre es la que nos da el ser y nos acompaña en el camino. Ella, al darnos a Jesús, nos ha dado la vida nueva. «Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó como Primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 29), a saber: los

fieles a cuya generación y educación coopera con amor de madre» (LG 63).

Pero las madres no sólo dan la vida, sino que acompañan. Ella, «una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio de salvación, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Con su amor de madre cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz» (LG 62). Ella es mediadora, abogada, auxiliadora y socorro nuestro. «Es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el siglo futuro. Así en la tierra, hasta que llegue el día del Señor (2 Pe 3, 10), antecede con su luz al pueblo peregrinante de Dios, como signo de esperanza segura y de consuelo» (LG 68).

Esta presencia de María, madre de Jesús y madre de la Iglesia, no arranca nunca al Señor la primacía de ser el único mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos (1 Tim 2, 5-6). Todo lo que María hace por nosotros se funda en esta única mediación del Señor, «de ella depende totalmente y de ella misma saca toda su fuerza; y lejos de impedirlo, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo» (LG 60). María nos recibe para pasarnos a Jesús. Al amarla desde la fe verdadera, la vamos conociendo mejor y se despierta en nosotros un amor de hijos hacia la madre y un deseo de suplicarla que nos acompañe en el seguimiento de Jesús, imitando lo que ella misma hizo. Por ella pasamos a él y por él al Padre en la



unidad del Espíritu santo. Cuando honramos a la madre es mejor conocido, amado y glorificado el Hijo por el cual han sido hechas todas las cosas (Col 1, 15-16) y en quien el Padre tuvo a bien que habitara toda la plenitud (Col 1, 19), para manifestar la gloria de su gracia (LG 66).



## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. *Textos*

«He ahí a tu hijo» (Jn 19, 25-27).

— *Estaban junto a la cruz:* Es la hora de la consumación del amor. Ha sido rechazado. Han echado a suertes su túnica. Han puesto vinagre en sus labios. «Todo está consumado». Un puñado de hermanos están bajo la cruz, es decir, en la mesa. La cruz, la sede. La mesa, sus manos. El pan y la copa, agua y sangre. En el Espíritu. Ellos son la comunidad de hermanos y amigos del ajusticiado entronizado. Los pequeños han llegado a estar a la cabecera. Tan cerca, que pueden ver, oír y ser testigos.



— *Juan y María*: Ella apareció antes en las bodas de Caná (Jn 2, 1-5), el discípulo en la última cena (13, 23-25). María en los dos momentos, junto a los discípulos en seguimiento. Juan ha de llevar adelante la obra de Jesús. María entre Jesús y Juan. En el paso de Jesús a Juan. Pues él será el testigo íntimo, el que proclame su victoria, dejando pasar a él a los hermanos (19, 35; 20, 8; 21, 22-23).

— *He ahí a tu hijo*: Palabra de revelación. Cada uno de ellos, una persona individual y al tiempo corporativa.

\* María, por una parte la madre, que acogió a Jesús, que se asoció y consagró a él. Por otra, figura de la Iglesia, comunidad de discípulos en seguimiento.

• Juan, el discípulo en quien Jesús se da y se revela. Pero también figura de la Iglesia apostólica, comunidad de testigos, que lo anuncian al mundo.

\* María, regazo materno de Jesús, madre de la comunidad de apóstoles, a los que enseña a pasar a Jesús. La Iglesia apostólica ha de ser Iglesia de discípulos y la Iglesia de discípulos solo puede ser siendo Iglesia apostólica.

- Juan, en silencio, se lleva a María a su casa, a su servicio, a su misión. Ella está así asociada íntimamente a la misión de los apóstoles y de la Iglesia entera. Madre de Jesús, madre de los apóstoles, madre de la Iglesia.

## 2. Vocabulario

### *La víctima, salida de sus entrañas*

María es «germen y diseño» de la Iglesia. ¿Qué quiere decir esto? Que en ella empieza a germinar la Iglesia. Se entregó por entero a Jesús, para entregarle después a todos. Fue «sacramento» e «instrumento» de su amor. Pero no sólo hemos de contemplar en ella el «qué», sino el «cómo». No sólo es germen, sino imagen, diseño, figura, tipo ejemplar de la Iglesia. Vamos un momento a deternernos en «cómo» es madre del Señor.

- María es madre acogiendo la palabra y cumpliéndola. «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 34-35). Nosotros seremos sus madres, cuando nos entreguemos en la obediencia de la fe a cumplir y hacer la voluntad del Padre, dando a luz el amor de su Hijo en el mundo.
- Pero María es sobre todo madre entregando su ser a Jesús, para que él lo entregue como suyo propio por nosotros. La palabra acogida se hizo carne (Lc 1, 30-38, cf. Jn 1, 14). El cuerpo entregado y la sangre derramada en la cruz han salido de sus entrañas (Jn 19, 25-27.34).

La Iglesia debe pasar al Señor su ser, para que sea él mismo quien lo entregue en favor de los hombres. Ella es madre que engendra a Jesús en los hombres por el evangelio, el bautismo y la eucaristía. Pero es también madre que va ayudando a que Jesús se forme en los hombres, por su entrega sacrificial, en la misma entrega pascual de su Señor. La asociación ardiente de María a la travesía de Jesús se presenta como figura suprema de la consumación de su maternidad. La Iglesia, desentrañando la eucaristía, que la hace ser cuerpo de Cristo, en un servicio humilde y crucificado por el mundo, ayuda a que aparezca a la luz el misterio de Cristo que se está engendrando en ella entre gérmenes y gemidos, en las entrañas del universo y de la humanidad.

*Ser padres, con entrañas de madres*

María, que es la imagen de la Iglesia como madre, lo es de un modo singular de todos aquellos que trabajan en la misión apostólica del evangelio. «La Virgen en su vida fue ejemplo de aquel amor materno, con el que es necesario que estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres» (LG 65).

- «Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con vosotros, como una madre cuida con cariño de sus hijos» (1 Tes 2, 7; Gál 4, 19). «Como un padre, a sus hijos, lo sabéis bien, a cada uno de vosotros, os exhortábamos» (1 Tes 2, 11; 1 Cor 4, 15).
- El obispo, enviado a servir y a dar la vida, sacado de entre los hermanos y rodeado él mismo de flaqueza, debe acogerlos, abrazándolos como «verdaderos hijos suyos» (LG 27). Y los presbíteros «tengan la solicitud de padres en Cristo» con los hermanos a los que engendraron por el evangelio (LG 28).

María se presenta así como la imagen viva de los apóstoles, que han de ser padres y al mismo tiempo tener la ternura de las madres, para que aparezca en su servicio la gracia y la fidelidad del Hijo único, que vuelto al Padre, se ha vuelto ahora a nosotros. Y si la vocación apostólica es un diseño de toda vocación, todos encontramos en María la imagen viva para amar como madres a los hermanos que el Señor nos dio ayudándonos a que vivan para Jesús, siguiendo sus pasos.

3. *Celebración: María, madre y figura de la Iglesia*

1. *La oración del comienzo*

Que la Iglesia atraiga a todos los hijos.

Oración de santa María, madre de la Iglesia.

2. *Proclamación de la Palabra*

- La plenitud de los tiempos es la entrega del Hijo del amor. Toda la historia de la misericordia del Padre se ha cumplido en el Hijo encarnado, entregado y entronizado. Pero el misterio de su encarnación se realizó por manos de una mujer, su madre (Gál 4, 4-7).

- María, pobre del Señor, se admira de que en sus entrañas se haya entregado la misericordia que se abre paso a todos los pueblos en aquella mesa de la fiesta del cambio de puestos (Lc 1, 46-55).
- Jesús, entronizado en la cruz, nos entrega la vida nueva, en su cuerpo roto y su sangre derramada, que tomó de las entrañas de María. Así nos da a su madre como madre nuestra, imagen de seguimiento y primicia de la nueva humanidad (Jn 19, 25-27).

### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

- Buscar una experiencia viva de oración.
- Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.
- Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

### 4. *Aclamación final*

«Estrella y camino, prodigio de amor».

«Tú nos lo diste en Belén, en pobre portal,  
en tu regazo le ven el rey y el zagal.

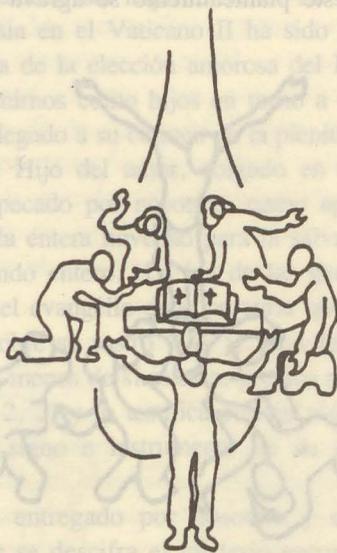
Tú nos lo diste en la cruz, altar de dolor,

muerto en tus brazos está un Dios redentor» (CL 316).

La Iglesia debe pasar al Señor su ser para que el mismo quien lo entregó en favor de los hombres, se entregue a los hombres. Pero es también María quien entrega a Jesús a los hombres, por su entrega sacrificial, en la misma entrega pasional de su Señor. La asociación ardua y profunda de la entrega de Jesús se presenta como figura suprema de la consumación de su humanidad. La historia de la misericordia del Padre se cumplió en el hijo entregado, entregado y entronizado. Con el misterio de su entrega se realizó por medio de una mujer, su madre (Gál 4, 4). La historia de la misericordia del Padre se cumplió en el hijo entregado, entregado y entronizado. Con el misterio de su entrega se realizó por medio de una mujer, su madre (Gál 4, 4).

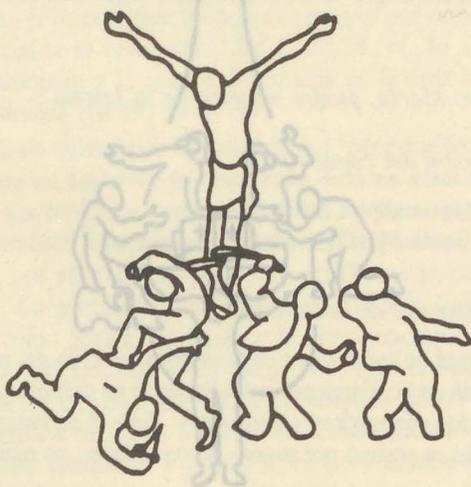
## 10 En el amanecer del tercer milenio

La Iglesia del Señor, reunida en el Sínodo '85 ha conmerorado unánimemente el concilio Vaticano II, como el don más grande del Espíritu recibido en los últimos años y como la expresión legítima y válida del depósito de la fe, tal como se contiene en la sagrada Escritura y en la tradición viva de la Iglesia. Es hora de avanzar. Conocer el concilio más amplia y profundamente,



asimilarlo internamente, afirmarlo con amor y llevarlo a la vida. Estudiar todos los documentos en sí mismos y en su conexión entre sí; prestar especial atención a las cuatro constituciones mayores y entender el concilio en continuidad con la gran tradición de la Iglesia. La Iglesia es la misma en todos los concilios. Y en todo este camino de acogida honda del concilio, no se puede separar el espíritu de la letra, el carácter pastoral de la fuerza doctrinal. «Como a los apóstoles en el cenáculo con María, el Espíritu santo nos ha señalado lo que quiere decir a la Iglesia en su peregrinación hacia el tercer milenio». «El mensaje del concilio Vaticano II... es la carta magna y permanece siéndolo para el tiempo futuro» (RF II, d 7).

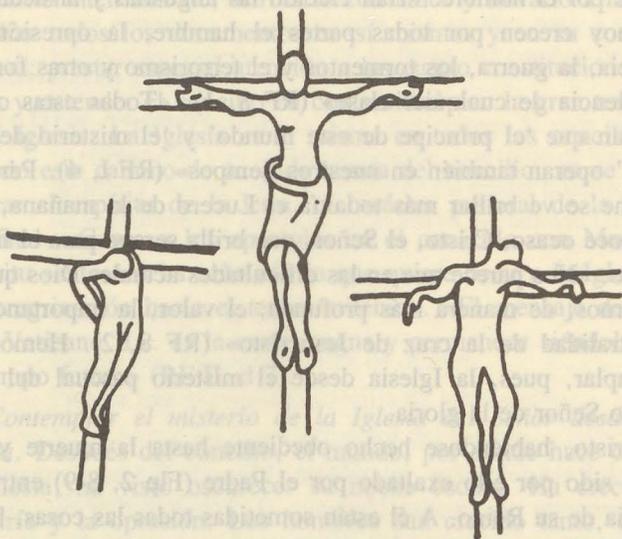
*Contemplar el misterio de la Iglesia del Señor desde más arriba.* Después del concilio, el mundo, por donde hace camino la Iglesia, ha visto oscurecer su noche oscura. Ha crecido la idolatría y la opresión. Los hombres han crecido tanto, que se creen ya los dueños últimos y absolutos de la historia. Se consideran la medida de todas las cosas. Ellos mismos, por sí mismos y para sí mismos. De la autonomía del mundo se ha pasado a la absoluta independencia, el inmanentismo de la secularización (RF I, 4). Pero con este planteamiento se agrava la explotación del



hombre por el hombre. «Han crecido las angustias y ansiedades. Pues hoy crecen por todas partes el hambre, la opresión, la injusticia, la guerra, los tormentos y el terrorismo y otras formas de violencia de cualquier clase» (RF 8, 1). «Todas estas cosas muestran que 'el príncipe de este mundo' y 'el misterio de iniquidad' operan también en nuestros tiempos» (RF I, 4). Pero en la noche se ve brillar más todavía el Lucero de la mañana, que no conoce ocaso, Cristo, el Señor, que brilla sereno para el linaje humano. «Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, de manera más profunda, el valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo» (RF 8, 2). Hemos de contemplar, pues, la Iglesia desde el misterio pascual del crucificado Señor de la gloria.

«Cristo, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (Flp 2, 8-9) entró en la gloria de su Reino. A él están sometidas todas las cosas, hasta que él se someta a sí mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (1 Cor 15, 27-28)» (LG 36). La Iglesia es en verdad el reino de Cristo en misterio, pues en su pascua y en su mesa el Padre nos entrega toda la caridad de su misericordia en la unidad del Espíritu santo. La contemplación del misterio de la Iglesia en el Vaticano II ha sido trinitaria y cristocéntrica. La historia de la elección amorosa del Padre (Ef 1, 3-6), que ha querido reunirnos como hijos en torno a él y recapitular el universo en él, ha llegado a su culmen en la plenitud de los tiempos, cuando apareció el Hijo del amor, colgado en el madero de los criminales, hecho pecado por nosotros, como aparición de la absoluta gracia y de la entera novedad para la salvación de todos los hombres y del mundo entero. ¡La luz de las gentes es Cristo! La Iglesia al anunciar el evangelio debe procurar que esta luz resplandezca claramente sobre su rostro (LG 1). «La Iglesia se hace más creíble si, hablando menos de sí misma, predica más y más a Cristo crucificado (1 Cor 2, 2) y lo testimonia con su vida» (RF II, 2). Es así como se hará signo e instrumento de su comunión para la salvación de todos.

Es en el Hijo entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros, en donde se descifra el misterio escondido en el rostro

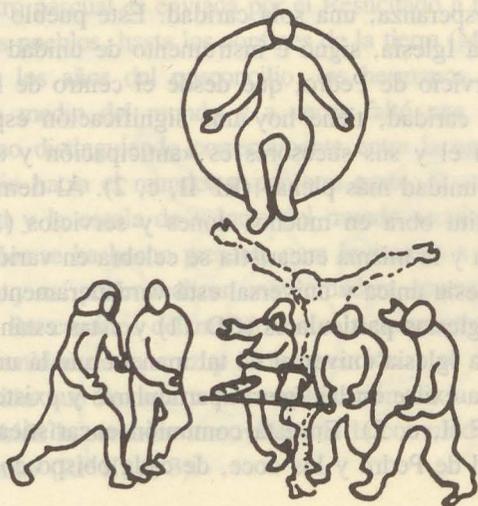


del hombre. «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (GS 22). En este Hijo aparece la inagotable riqueza de la gracia del Padre. Hay que contemplarle como «el Hijo de Dios», que es «el Hombre nuevo». El se ha entregado en amor, en obediencia, en anonadamiento, para que los hombres lleguemos a ser hijos del Padre, hijos y hermanos en él, de modo que todas las criaturas puedan también tomar parte en esta familiaridad compartida. La sublimidad de la vocación del hombre está en ser llamado a la comunión con el Hijo, en su filiación y en su servicio, para hacer aparecer el reinado de su gracia, que está germinando ya en su Iglesia.

*Contemplar el misterio de la Iglesia del Señor desde más abajo.* En los años del posconcilio hemos concentrado casi todos nuestra mirada en el cambio de las estructuras. Por una lectura parcial del concilio se ha hecho una presentación unilateral de la Iglesia como una estructura meramente institucional, privada de su misterio. Hemos hablado demasiado de renovar las estructuras externas y hemos proclamado poco el misterio del Padre apa-

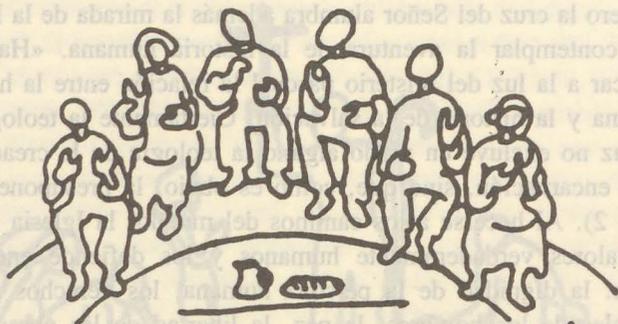
recido en Cristo (RF I, 4). Pretendíamos pasar de una estructura a otra, de la alternativa jerárquica a otra alternativa democrática (RF II, 3), pero sin bajar a la hondura del misterio. La Iglesia es el pueblo de Dios, que existe como cuerpo de Cristo, siendo templo del Espíritu, porque es «el misterio de Cristo», «la Iglesia en Cristo». Hacia esta hondura deben dirigirse a partir de ahora nuestras miradas. La Iglesia es la Iglesia del Señor crucificado y resucitado. Pero si le contemplamos a él, como hombre nuevo, que ha inaugurado ya la consumación del tiempo (LG 8), entonces esta Iglesia que es el pueblo mesiánico de los hijos, germen de unidad e instrumento de redención (LG 9), debe ser considerada no como una alternativa, sino como una nueva criatura, la nueva humanidad del Hombre nuevo. Esto no significa que en ello se dé una entera anticipación de la novedad escatológica, pues es todavía una Iglesia peregrina, que camina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, haciendo su senda por la cruz hacia la luz (LG 8). Por eso es una Iglesia que permanece santa y que ha de purificarse continuamente (RF II, 3).

La pascua del Señor se nos entrega en la mesa. Allí se entrega todo el misterio, para ser acogido y ofrecido. «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del



Espíritu santo con vosotros». En esta mesa el Señor nos entrega todo su amor en su palabra: en la sagrada Escritura (DV 12), desde la tradición viva de la Iglesia (DV 9), descifrada por la interpretación auténtica del magisterio (DV 10). Palabra que ha de ser proclamada, como primer oficio, por los pastores y por todos los hermanos, pues la Iglesia misma es por su naturaleza misionera (AG 2), pero que tiene que ser acogida primero como evangelio que llama a la conversión y congrega a la comunidad. «La evangelización de los no creyentes, supone la autoevangelización de los bautizados», una evangelización, por cierto, hoy nueva, con una catequesis integral y sistemática (RF II, b, 2). Así volveremos al bautismo por donde llegamos a la mesa de la eucaristía. La Iglesia vive y se funda «en la participación viva y fructuosa del misterio pascual del Señor (SC 10)». «La eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida cristiana (LG 11). La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y hace, es decir, edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (1 Cor 10, 16s)» (RF II, c, 1).

Esta contemplación de la Iglesia desde la comunión eucarística nos ayudará a ver cómo debe organizarse en su unidad y pluriformidad. Es una Iglesia única. Un solo Dios, un solo y único mediador, Jesucristo, un solo Espíritu santo, un solo bautismo, una sola eucaristía, un solo servicio apostólico, una sola fe, una sola esperanza, una sola caridad. Este pueblo mesiánico es una y única Iglesia, signo e instrumento de unidad y de paz. Por eso el servicio de Pedro, que desde el centro de la unidad, preside en la caridad, tiene hoy una significación especial. La comunión con él y sus sucesores es «anticipación y signo profético de una unidad más plena» (RF II, c, 2). Al tiempo el uno y único Espíritu obra en muchos dones y servicios (1 Cor 12, 4s). «La única y la misma eucaristía se celebra en varios lugares. Por ello la Iglesia única y universal está verdaderamente presente en todas las Iglesias particulares (CD 11) y éstas están formadas a imagen de la Iglesia universal de tal manera que la una y única Iglesia católica existe en las Iglesias particulares y existe por ellas (LG 23)» (RF II, c, 2). En esta comunión eucarística se funda la colegialidad de Pedro y los doce, de cada obispo con su pres-



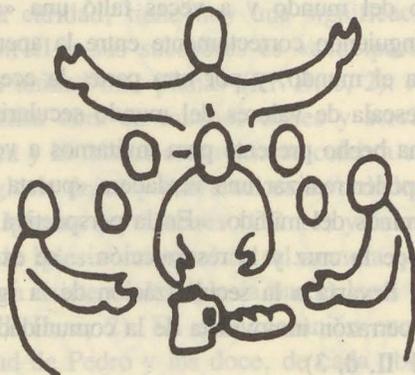
biterio, pero también la comunión de todos los carismas en torno a la mesa de la Iglesia local, para hacer camino todos juntos detrás del Señor (cf. LG 22; 23; 28; AA 9). Esta comunión se abrirá para acoger a todos los hermanos, que no están todavía sentados a la única mesa y así todos unidos en plena comunión ofrecer «un testimonio común del amor salvífico de Dios hacia el mundo necesitado de salvación» (RF II, c, 3-7).

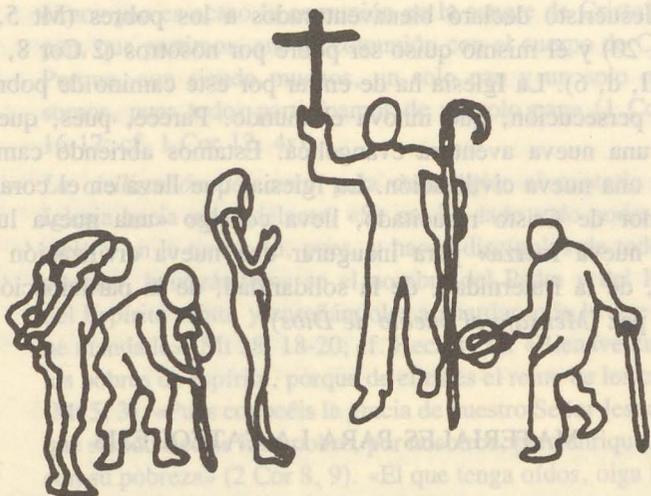
*Contemplar el misterio de la Iglesia del Señor hacia más adelante.* «La Iglesia como comunión es sacramento para la salvación del mundo» (RF II, d, 1). Efectivamente, la Iglesia del Señor crucificado es un misterio de comunión para la recapitulación. En el encuentro pascual es enviada por el Resucitado a todo el mundo, a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra (Mt 28, 18; Hech 1, 8). En los años del posconcilio, los hermanos se lanzaron al trabajo en medio del mundo y a veces faltó una «discreción de espíritus no distinguiendo correctamente entre la apertura legítima del concilio hacia el mundo, y por otra parte, la aceptación de la mentalidad y la escala de valores del mundo secularizado» (RF I, 4). El Señor se ha hecho presente para invitarnos a volver los ojos a su cruz, y así poder realizar una verdadera «puesta al día» de la Iglesia en los caminos del mundo. «En la perspectiva pascual, que afirma la unidad de la cruz y la resurrección... se excluye la fácil acomodación que llevaría a la secularización de la Iglesia. Se excluye también la cerrazón inmovilista de la comunidad de los fieles en sí misma» (RF II, d, 3).

Es Pero la cruz del Señor ilumina además la mirada de la Iglesia para contemplar la aventura de la historia humana. «Hay que explicar a la luz del misterio pascual la relación entre la historia humana y la historia de la salvación. Ciertamente la teología de la cruz no excluye en modo alguno la teología de la creación y de la encarnación, sino que, como es obvio, la presupone» (RF II, d, 2). Al hacerse a los caminos del mundo, la Iglesia acepta los valores verdaderamente humanos y los defiende enérgicamente: la dignidad de la persona humana, los derechos fundamentales de los hombres, la paz, la libertad de las opresiones, de la miseria, de la injusticia. «La salvación integral sólo se logra si estas realidades humanas son purificadas y ulteriormente son elevadas a la familiaridad con Dios por Jesucristo en el Espíritu santo» (RF II, d, 3).

Efectivamente, la Iglesia tiene ante sí el mundo, es decir, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que vive, el mundo, teatro de la historia humana, con sus fracasos y sus victorias. Pero lo ve «fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación» (GS 2).

El camino de la Iglesia en el mundo es la senda de la recreación. Ella es la nueva humanidad del Hombre nuevo, que siembra en la tierra la nueva creación. La misión es en primer





lugar un anuncio, pero este anuncio debe ir acompañado de un «coloquio de gracia», el diálogo entre la humanidad, que ya es gracia, con la gracia pascual aparecida en la victoria de la cruz del Señor. El camino del diálogo con todos, avanzando hacia los creyentes de las religiones no cristianas y hasta los no creyentes. Pues la misión del Señor en la travesía de la tierra es un envío al «camino para comunicar la plenitud de la gracia» (RF II, d, 5). Pero cada grupo humano, en un pueblo y en una tienda, tienen un modo propio de entenderse y realizarse. Es su propia cultura, el desciframiento de sí mismos. El diálogo misionero debe dar paso a la «inculturación», que no es la mera adaptación externa, porque significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en todas las culturas humanas (RF II, d, 4). Pero la inculturación debe llevar consigo la transfiguración de la tierra. Se trata de una salvación integral, que implica la promoción humana, incluso temporal. «En esa misión ciertamente se da una distinción entre los aspectos materiales y los de la gracia, pero de ninguna manera, una separación. Esa dualidad no es un dualismo» (RF II, d, 6). Ahora bien, esta transfiguración pasa por la opción preferencial por los pobres.

«Jesucristo declaró bienaventurados a los pobres (Mt 5, 3; Lc 6, 20) y él mismo quiso ser pobre por nosotros (2 Cor 8, 9)» (RF II, d, 6). La Iglesia ha de entrar por este camino de pobreza y de persecución, que innova el mundo. Parece, pues, que se abre una nueva aventura evangélica. Estamos abriendo camino hacia una nueva civilización. La Iglesia, que lleva en el corazón el amor de Cristo resucitado, lleva consigo «una nueva luz», «una nueva fuerza» para inaugurar una nueva civilización del amor, de la fraternidad, de la solidaridad, de la participación y de la paz (*Mensaje al pueblo de Dios*).

## MATERIALES PARA LA CATEQUESIS

### 1. Textos

El Sínodo '85 ha subrayado algunos textos evangélicos, desde los que se descifra con mayor hondura la lectura y la realización del concilio, camino del tercer milenario. Los anotamos brevemente.

- *La centralidad de la cruz* para contemplar el misterio de la Iglesia desde más arriba. «No quise saber entre vosotros más que a Jesucristo y a éste crucificado» (1 Cor 2, 2).
- *La comunión eucarística* para contemplar el misterio de la Iglesia desde más abajo. «La copa de bendición, que bende-



¿no es acaso la comunión en la sangre de Cristo? Y el pan, que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque, aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Cor 10, 16-17; cf. 1 Cor 12, 4s).

— *La civilización del amor* para contemplar el misterio de la Iglesia hacia más adelante. «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 18-20; cf. Hech 1, 8). «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 3). «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre, por nosotros, para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9). «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2, 7).

## 2. Vocabulario

### *La victoria de la cruz*

El Sínodo '85 quiso escuchar «lo que dice el Espíritu a las Iglesias» (Ap 2, 7ss). Y en el cenáculo descubrió esta voz y suplicó al Espíritu, que le ayudara a realizarla. «Haga el Espíritu, por intercesión de María, madre de la Iglesia, que en el final de este siglo, la Iglesia, bajo la palabra de Dios, celebre los misterios de Cristo para la salvación del mundo» (RF II, d, 7).

— Los padres en su mensaje al pueblo de Dios lo descifraban así: «en comunión con Cristo, presente en la Iglesia (*Lumen gentium*), en la escucha de la Palabra de Dios (*Dei Verbum*), en la sagrada liturgia (*Sacrosanctum concilium*), en el servicio a los hombres y, sobre todo, a los pobres (*Gaudium et spes*)».

— Pero pusieron los ojos en el Cristo pascual, en el crucificado Señor de la gloria, en su Reino de justicia, de amor y de paz, ya inaugurado. Pues el hombre, en su grandeza, se debate entre la soberbia y la desesperación.

— La centralidad de la cruz no nos sitúa, pues, ante el pesimismo, pero tampoco ante el optimismo. «Nos colocamos en el rea-

lismo de la esperanza cristiana» (RF II, d, 2). Entre el ya y el todavía no, entre la mesa y la marcha, entre las lágrimas y el cántico nuevo.

Pero en la pascua es inseparable «la unidad de la cruz y de la resurrección». Más aún, la debilidad es el lugar donde aparece la fuerza. La palabra de la cruz del apóstol Pablo proclama la debilidad de Dios y la locura de Dios, que hace el milagro de inaugurar irremediamente la creación nueva en la nada del mundo. Por esta senda, en el reinado de la gracia del Hijo crucificado, encontrará el hombre su verdadero reinado: ser hermano y siervo para que el universo, sin sangre vertida de verdugos y víctimas por turno, llegue a la plenitud en la recapitulación del Señor, para gloria del Padre.

#### *Alabanza y martirio*

En una noche oscura, en ansias y en amores inflamada, esta humanidad que somos nosotros, debatiéndose entre la idolatría y la opresión es una cuestión para sí misma (GS 21). Apuntan en ella «signos de una nueva hambre y una nueva sed hacia las cosas trascendentes y divinas» (RF II, a, 1). La respuesta es la cercanía del Señor. Que los hombres vean su gracia, presente y como a ojos vista, esa gracia que colma y sobrepasa todos sus deseos.

- Ese rostro cercano y amoroso, donde se junta el cielo con la tierra, donde se descifra el enigma de la historia, aparece en los santos. Siempre, en las grandes travesías, los envía el Señor para señalar su paso.
- En este tiempo tan recio hay que suplicar al Señor como mendigos que regale un puñado de testigos a su Iglesia para su humanidad y su creación. Han aumentado el vacío y las lágrimas.
- Pero la aparición de la gratuidad, que testimonia al Señor ante una humanidad autónoma que parece que no le necesita, sólo puede nacer de un fuerte sentido de conversión, en el que se empalme la adoración y el martirio.

La celebración de los misterios es una liturgia de alabanza que después se hace camino. Debe estar penetrada «del Espíritu de la glorificación de Dios» (RF II, b, 1). Alabanza y martirio empalman: la oración, la adoración, que conduce al darse en la oblación de sí mismo y a servir en amor y trabajar por la justicia (RF II, a, 4) en

camino sin retorno. Se abre, pues, ante la Iglesia, el camino de la santidad, la senda del amor cualificado, sobre las mismas huellas del Señor glorioso que lleva en su cuerpo las marcas de la cruz. Sobre estas huellas sucederá la travesía martirial del nuevo éxodo

### 3. *Celebración: Proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva*

#### 1. *Oración del comienzo*

Que su nombre sea glorificado en las naciones.

Oración por la evangelización de los pueblos A.

#### 2. *Proclamación de la palabra*

— La absoluta gracia y novedad del Padre ha aparecido en la cruz de su Hijo, misterio de misericordia y fidelidad, que se abre camino hacia toda la humanidad y todo el universo desde los últimos, los que no son (1 Cor 1, 18-31).

— Este don irrevocable se nos entrega en la mesa de la eucaristía, nueva alianza en la sangre, que incorpora a la Iglesia y la envía a la travesía entera de la tierra. «Beberemos la copa» (CL O 10).

— El Señor, a quien ha sido dado todo lo que hay en el cielo y en la tierra, está siempre con nosotros, y va siempre delante de nosotros. Con nosotros o sin nosotros, avanzará hasta entregar el Reino al Padre (Mt 28, 16-20).

### 3. *Diálogo sobre la Palabra*

- Buscar una experiencia viva de oración.
- Pasar a una experiencia sencilla de intercambio.
- Mirar juntos los pasos pequeños del camino.

### 4. *Aclamación final*

- 4. «Extiende por el mundo, tu reino de Salvación,
- 5. Oh cruz, fecunda fuente de vida y de redención.
- 6. La gloria por los siglos a Cristo libertador,
- 7. Su cruz nos lleve al cielo la tierra de promisión.
- 8. ¡Victoria! ¡tú reinarás!» (CL 106).

## DISEÑO DE LA CATEQUESIS

### 1. *Constitución dogmática sobre la Iglesia (Lumen gentium)*

Capítulo I. El misterio de la Iglesia

Capítulo II. El pueblo de Dios

Capítulo III. Constitución jerárquica de la Iglesia y particularmente del episcopado

Capítulo IV. Los laicos

Capítulo V. Universal vocación a la santidad en la Iglesia

Capítulo VI. De los religiosos

Capítulo VII. Indole escatológica de la Iglesia y su unión con la Iglesia celestial

Capítulo VIII. La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia

### 2. *Comentario a la Lumen gentium («Luz de los pueblos»)*

Luz de Cristo. Luz de la Iglesia. Luz de los pueblos (LG 1)

#### I. La Iglesia misterio de comunión (LG 2-17)

1. La parábola de la familia y de la casa
2. Nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido
3. Para recapitularlo todo en él
4. Dándole como cabeza del universo a la Iglesia
5. En torno a la mesa del Señor
6. Familia de hijos y de hermanos
7. Para reunir a todos los hijos dispersos
8. Para preparar la gran mesa común

## II. Altura, hondura y anchura de su misterio

1. La Iglesia, reino de Cristo en misterio (LG 3; 5)
2. La Iglesia, nuevo pueblo de Dios (LG 9)
3. La Iglesia, cuerpo de Cristo (LG 9)
4. La Iglesia, templo del Espíritu (LG 4)

## III. La Iglesia misterio de servicio

1. Tienda de campaña para la peregrinación (LG 8a)
2. La mesa puesta y la puerta abierta (LG 13; 23; 26; 28)
3. La unidad en la comunión para el servicio (LG III; IV; VI)
4. El servicio de partir el pan y llevar el cayado (LG III)
5. El servicio de poner la mesa en medio del mundo (LG IV)
6. El servicio de anticipar la mesa del último día (LG VI)
7. La senda del amor crucificado, abierta a todos (LG V)
8. La peregrinación hacia la casa del Padre (LG VII)
9. María, madre del Señor, madre y figura de la Iglesia (LG VIII)
10. En el amanecer del tercer milenio (Sínodo '85)

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. *La constitución Lumen gentium. Su texto y su contexto*  
*Lumen gentium. Constitución dogmática sobre la Iglesia, en Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Madrid 1965, 9-123.
- G. Alberigo-F. Magistretti, *Constitutionis dogmaticae Lumen Gentium Synopsis historica*, Bologna 1975.
- J. L. Martín Descalzo, *El concilio de Juan y Pablo. Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II*, Madrid 1967.
- G. Philips, *La Iglesia y su misterio en el concilio Vaticano II* (2 vols.), Barcelona 1968/1969.
- G. Baraúna (ed.), *La Iglesia del Vaticano II. Estudios en torno a la constitución conciliar sobre la Iglesia* (2 vols.), Barcelona 1966.
- C. Morcillo (ed.), *Comentarios a la constitución sobre la Iglesia*, Madrid 1966.
- M. Nicolau y otros, *La Iglesia del Vaticano II. Comentario a la constitución «Lumen gentium»*, Bilbao 1966.
- J. L. Martín Descalzo, *Un periodista en el concilio* (4 vols.), Madrid 1963-1966.
- R. Laurentin, *Balance de las sesiones del concilio*, Madrid 1964-1967.
- Y. Congar, *Historia del concilio Vaticano II*, Barcelona 1967.
- A. Wenger, *Historia del concilio Vaticano II*, Barcelona 1967.
- E. Dhanis-A. Schönmetzer (ed.), *Acta congressus internationalis de theologia Vaticani II*, Città del Vaticano 1968.
- G. Martelet, *Les idées maîtresses de Vatican II. Introduction à l'esprit du Concile*, Bruges 1966.
- M. M. Philipon, *L'Eglise de Dieu parmi les hommes. La sens spirituel de Vatican II*, Bruges 1964.
- H. Küng, *La Iglesia en concilio*, Salamanca 1965.
- H. Fries, *Aspectos de la Iglesia*, Madrid 1965.
- Concilium*. Revista internacional de teología, n.º 1, Madrid 1965.
- H. Küng, *La Iglesia*, Barcelona <sup>2</sup>1969.
- Y. Congar, *Esta es la Iglesia que amo*, Barcelona 1969.
- A. Bandera, *La Iglesia, imagen de Cristo*, Guadalajara 1969.
- P. Faynel, *L'Eglise* (2 vols.), Bruges 1970.

- I. Riudor, *La Iglesia de Dios, Iglesia de los hombres* (2 vols.), Madrid 1972.
- E. Schillebeeckx, *La misión de la Iglesia*, Salamanca 1971.
- J. Ratzinger, *El nuevo Pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Barcelona 1972.
- L. Bouyer, *La Iglesia de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu*, Madrid 1973.
- K. Rahner, *Cambio estructural en la Iglesia*, Madrid 1974.
- Y. Congar, *Un pueblo mesiánico. La Iglesia, sacramento de la salvación. Salvación y liberación*, Madrid 1975.
- Y. Congar, *Le concile Vaticano II. Son Eglise, Peuple de Dieu et Corps du Christ*, Paris 1984.
2. *La recepción del Vaticano II. Balance y perspectiva*
- Acerbi, *Due ecclesiologie. Ecclesiologia giuridica ed ecclesiologia di comunione nella «Lumen gentium»*, Bologna 1975.
- G. Alberigo (ed.), *Les Eglises après Vatican II. Dynamisme et prospective*, Paris 1981.
- J. Ratzinger, *Informe sobre la fe*, Madrid 1984.
- C. Floristán-J. J. Tamayo, *El Vaticano II, veinte años después*, Madrid 1985.
- Facultad de Teología de Vitoria, *Balance del concilio Vaticano II a los veinte años*, Vitoria 1985.
- H. de Lubac, *Diálogo sobre el Vaticano II. Recuerdos y reflexiones*, Madrid 1985.
- J. A. Estrada, *Veinte años después del concilio*, en *Iglesia: Identidad y cambio*, Madrid 1985.
- F. Koenig, *Iglesia, ¿adónde vas? G. Licheri entrevista al cardenal Koenig*, Santander 1986.
- G. Alberigo-J. P. Jossua (eds.), *La recepción del Vaticano II*, Madrid 1987.
- J. Ruiz-Jiménez-P. Bellosillo (eds.), *El concilio del siglo XXI*, Madrid 1987.
- J. Antón, *El misterio de la Iglesia II. De la apologética de la Iglesia-sociedad y la teología de la Iglesia-misterio en el Vaticano II y en el postconcilio*, Madrid 1987.
- A. González Montes (ed.), *Iglesia, teología y sociedad veinte años después del concilio Vaticano II*, Salamanca 1988.
- J. M. Laboa (ed.), *El postconcilio en España*, Madrid 1988.
- R. Blázquez, *La Iglesia del concilio Vaticano II*, Salamanca 1988.
- R. Latourelle (ed.), *Vaticano II: Balance y perspectivas*, Salamanca 1989.
- Instituto Superior de Pastoral, *La Iglesia en la sociedad española. Del Vaticano II al año 2000*, Estella 1990.
- C. Floristán, *Vaticano II, concilio pastoral*, Salamanca 1990.

Cf. también los siguientes números monográficos de revistas: *Sal Terrae* 63 (1975); 71 (1983); 73 (1985); *Iglesia Viva* 93 (1981); 112 (1984); *Razón y Fe* 211 (1985-1986); *Misión abierta* 49 (1985); *Pastoral misionera* 11 (1975); 12 (1976).

### 3. *Balance y prospectiva en la mesa común de la Iglesia*

*El Vaticano II, don de Dios. Los documentos del Sínodo extraordinario de 1985*, Madrid 1986.

*La aportación del episcopado español al Sínodo '85*, en J. M. Laboa, *Postconcilio*, 391-475.

5. La misericordia entrañable
6. El paso de la esclavitud a la libertad
7. La hondura del camino de entrada
8. Los pasos del destierro
9. La entrada del retorno
10. La tierra encadenada
11. La lucha por la liberación
12. La última hondura de la esclavitud y de la reanimación
13. La oposición de la gracia
14. El camino de la gracia
15. La pasena de la gracia
16. La Iglesia de la comunión
17. La Iglesia de la liberación
18. La fraternidad para la consumación

• «*Misericordia entrañable*», como indica su subtítulo, es una historia de la salvación anunciada a los pobres. Anunciada como confesión apasionada y sencilla del pequeño discípulo que se encuentra en el amanecer de la pascua: «*Es el Señor*». Quiere hacer aparecer el rostro amable de Jesucristo en su Iglesia santa.

• «*Misericordia entrañable*» ha aparecido a color, con ilustraciones gráficas. Reunidos en el Cabo de Don Sancho, Eloy y Ramón, Esteban y Marcelino, Fidela y Andrea, Celestina y Edoa, pusieron voz e imagen a las palabras. Dos volúmenes delicias en la colección *Pedal*, no. 189-190.

Nueva Alianza, s. 98 - 2.ª ed. - 486 págs. - ISBN: 84-7031-101-7

EDICIONES SIGUEME - Apartado 331 - E-37080 SALAMANCA/ESPAÑA

MARCELINO LEGIDO

## MISERICORDIA ENTRAÑABLE

historia de la salvación anunciada a los pobres

1. Se llenaron de alegría al ver al Señor
2. Nos eligió antes de la creación del mundo
3. Una casa para la familia de los hombres
4. La fraternidad rota
5. La misericordia entrañable
6. El paso de la esclavitud a la libertad
7. La hondura del camino de entrada
8. Los pasos del destierro
9. La entrada del retorno
10. La tierra encadenada
11. La luchas por la liberación
12. La última hondura de la esclavitud y de la enemistad
13. La aparición de la gracia
14. El camino de la gracia
15. La pascua de la gracia
16. La Iglesia de la comunión
17. La Iglesia de la liberación
18. La fraternidad para la consumación

- *«Misericordia entrañable», como indica su subtítulo, es una historia de la salvación anunciada a los pobres. Anunciada como confesión apasionada y sencilla del pequeño discípulo que se encuentra en el amanecer de la pascua: «Es el Señor». Quiere hacer aparecer el rostro amable de Jesucristo en su Iglesia santa.*
- *«Misericordia entrañable» ha aparecido a color, con ilustraciones gráficas. Reunidos en el Cubo de Don Sancho, Eloy y Ramón, Esteban y Marcelino, Fidela y Andrea, Celestina y Elisa, pusieron voz e imagen a las palabras. Dos volúmenes deliciosos en la colección Pedal, nn. 189-190.*

Nueva Alianza, n.º 98 - 2.ª ed. - 486 págs. - ISBN: 84-301-1012-7

EDICIONES SIGUEME - Apartado 332 - E-37080 SALAMANCA/ESPAÑA

## **COLECCION NUEVA ALIANZA**

120. Palabra de Dios, ciclo C  
por A. Pronzato
119. Palabra de Dios, ciclo B  
por A. Pronzato
118. Palabra de Dios, ciclo A  
por A. Pronzato
117. Energía familiar  
por G. Calvo
116. Moral evangélica, moral social  
por B. Bennàssar
115. Valoración cristiana de la experiencia  
por M. Gelabert
114. Vida y misterio de Jesús de Nazaret  
por J. L. Martín Descalzo
113. Cara a cara  
por G. Calvo
112. Moral de bolsillo  
por A. Hortelano
111. La Madre de Jesús  
por X. Pikaza
110. La sombra del Galileo  
por G. Theissen

---

**EDICIONES SIGUEME**

En los días del Vaticano II, el Señor prendió fuego a su Iglesia, inaugurando en ella un nuevo pentecostés. El concilio no es un acontecimiento pasado. Es el diseño y el aliento en el camino de la Iglesia que espera la venida gloriosa del Señor.

Este libro pone en la mesa común de la Iglesia un sencillo comentario a la constitución *Lumen gentium*, el documento central del concilio, para que los más pequeños puedan oír esta voz y se dejen prender por este «fuego».

Las diversas catequesis sacadas del concilio van acompañadas de algunos materiales: textos, vocabulario, celebraciones y pistas para el camino. Todo ello son sencillamente unos papeles para caminar. En absoluta provisionalidad. Para que pasen a la mesa de la comunidad la Escritura santa y el texto mismo del concilio. Lo que sí pretendemos es que la mesa se convierta en lugar de encuentro y de marcha.

ISBN: 84-301-1203-0



9 788430 112036